



CÉSAR
CERVERA
MORENO

LOS
AUSTRIAS
EL IMPERIO DE LOS
CHIFLADOS

Lectulandia

De la mano de Juana La Loca desembarcó en España una dinastía extranjera que había hecho de los matrimonios entre parientes su seña de identidad en el resto de Europa. Los Habsburgo («los Halcones») aterrizaron en la península y pusieron la hacienda y la infantería castellana a disposición de sus disparatadas empresas. Cada generación más endogámica; cada vez más chiflados. Carlos I, el depresivo; Felipe II, el imprudente; Felipe III, el ludópata; Felipe IV, el vicioso; Carlos II, el endemoniado.

La confusa y peculiar España alimentó sus contradicciones, las del Emperador de la Cristiandad que arrasó Roma; las del rey puritano que vivía obsesionado con el sexo; las del pacificador que disparó los gastos militares. Pero en ningún caso este libro trata de regresar a los términos de la «leyenda negra», ni de recrearse en anécdotas poco creíbles, sino de contar cómo el Imperio español sobrevivió de pie varios siglos, a pesar de los problemas mentales y familiares de sus soberanos. En el imperio de los chiflados, la locura y la genialidad convivían sin problema.

Lectulandia

César Cervera Moreno

Los Austrias. El imperio de los chiflados

ePub r1.0

Titivillus 31.10.2017

Título original: *Los Austrias. El imperio de los chiflados*
César Cervera Moreno, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A mis padres, César y Marisa, por estar siempre ahí

PRÓLOGO

Los reyes también lloran, ríen, se excitan y prefieren irse de puente antes que trabajar en los despachos. La vida privada de los monarcas ha sido un aspecto desdeñado por los historiadores demasiadas veces, hasta el punto de que algunos reyes se han convertido en estatuas sin alma aferradas a un apodo. Sin embargo, Felipe II tenía poco de prudente y Felipe IV menos aún de Rey Planeta, a menos que hablemos de mujeres. Se equivocan quienes creen posible separar la vida privada y pública de los reyes, como si fuera factible diferenciar al dirigente del padre de familia o al guerrero del hombre trastornado y vulnerable. En este libro he tratado de difuminar al máximo la línea entre ambas esferas y de explicar cómo las locuras y vicios de la aristocracia se extendían también hacia el pueblo. Estamos, por eso, frente al imperio de los chiflados.

A principios del siglo XVI aterrizó en España una dinastía procedente del corazón de Europa para reemplazar a los maltrechos Trastámara. Maltrechos, porque la descendencia de los Reyes Católicos había desfallecido antes de tiempo, cayendo la corona en quien menos convenía, en la hija mediana, aquella que había heredado la locura de la madre de Isabel la Católica y que se había casado con un extranjero. Los Trastámara, la dinastía que nació con un fratricidio dos siglos antes, estaban condenados a caer en el olvido frente al ímpetu de los Austrias. Felipe I procedía de una familia que había hecho de los matrimonios entre parientes el eje de su política exterior: «Hagan otros la guerra; tú, feliz Austria, cástate; porque los reinos que Marte da a los otros, a ti te los concede Venus», rezaba la traducción de unos versos latinos del siglo XVI. Y esa misma estrategia que les haría conquistar media Europa les destruiría desde dentro: la endogamia devino en el hechizo de Carlos II, con un coeficiente de consanguinidad similar al que se hallaría en el fruto de una relación entre un padre y una hija.

Y ahí está el foco de las extravagancias. La odisea de unos reyes extranjeros, cada generación más chiflados, que llegaron a España sin apenas hablar el idioma y creyéndose a salvo de las maquinaciones de una de las aristocracias más revoltosas del continente. La extraña muerte del primer Felipe y la Guerra de las Comunidades les advirtieron de cuán errados estaban. España era un país peligroso, ya de por sí abonado a las extravagancias, a los locos y a que la vida privada dominara la política. Aún resonaba en Castilla la historia de Enrique el Impotente, el rey atrapado por sus debilidades y superado por sus hermanos pequeños. A su llegada a España, Carlos recibió una buena dosis de esa peculiaridad española. Su hermano Fernando, educado aquí por el abuelo paterno, le miraba al modo Trastámara, es decir, con ganas de empezar una guerra civil entre hermanos; su madre le miraba con locura, sorprendida

de que el hijo que había parido en un retrete dieciséis años antes hubiera crecido tanto; y su abuelastra, Germana de Foix, le miraba con lujuria. Las cosas no iban a resultar sencillas para un joven al que los locales apodaban «bocina fea».

Carlos V dirigió los reinos hispánicos en nombre de la reina titular, Juana, mientras ella permanecía encerrada en Tordesillas décadas y décadas. Una situación completamente anómala y sin precedentes en la Historia. Le sucedió Felipe II, que, con su obsesión por el papeleo y su insospechada adicción al sexo, reinó a bandazos sobre el primer imperio global. A su heredero, Felipe III, le quedaba tan grande la corona de su padre que prefirió delegar sus responsabilidades en un hombre ambicioso y desprendido de los asuntos importantes. Al duque de Lerma le preocupaba más mantener al rey inerte y controlar el mundo cortesano que mejorar la Administración o guerrear contra los enemigos del Imperio español. Del siguiente en la lista, Felipe IV, se pueden decir muchas cosas elogiosas —inteligente, seductor, mecenas del arte— y, sin embargo, ninguna que le sirviera para reinar con diligencia. Su vida estuvo vertebrada por el sexo con desconocidas de toda clase social y por la legión de bastardos que engendró, pese a lo cual fue incapaz de dejar más heredero varón que Carlos II, el pobre niño envejecido. Entre exorcismos al rey y lamentos se ahogó la historia de los Austrias en España. Un final confuso, sin gloria alguna.

Y a pesar de todo, a pesar de todas estas chifladuras... el Imperio español dominó Europa con puño de hierro durante un par de siglos. En paralelo a los escándalos cortesanos, los extremeños se hacían pasar por dioses en América, los barbudos españoles ganaban fama de furiosos en los campos de batalla, los artistas hacían florecer en distintos campos el Siglo de Oro y las bravuconerías españolas despertaban tantas admiraciones como insultos. «Los reyes no tienen la ternura en el lugar en donde nosotros la tenemos», vino a decir el gran duque de Alba antes de su muerte. Esos reyes chiflados pagaron los esfuerzos hispánicos con ingratitud. El Gran Capitán murió sintiéndose despreciado por Fernando el Católico, Hernán Cortés se desesperó por el trato del emperador Carlos; Alejandro Farnesio iba a ser procesado por su tío, Felipe II, cuando le alcanzó la muerte, y Ambrosio de Spínola falleció humillado por el conde duque de Olivares, repitiendo en bucle las palabras «honor y reputación».

Tal vez fueron reyes que no estuvieron a la altura de la grandeza de ese Imperio y de esos súbditos mayúsculos («¡Dios, que buen vassalo, si oviesse buen señor!»), pero este no es un libro para retornar a los términos de la Leyenda Negra, que los enemigos inventaron cuando apenas podían dañar por las armas a la Monarquía Hispánica. El Imperio español fue la estructura más organizada y con más medios a su disposición en la época, así como fue un manojo de personajes desequilibrados, al igual que pueden encontrarse en cualquier otro periodo o corte. En eso España tenía poco de diferente. Los reyes no tienen quien censure sus errores, ni la forma de escabullirse del trono en caso de enfermar o no querer reinar. Si la extravagancia y el error suelen ser la regla general entre humanos, aquellos dirigentes obligados a reinar

desde antes de aprender a caminar, y hasta que ya no pueden mantenerse de pie, son especialmente propensos al disparate. Niños medio huérfanos y con litros de endogamia en la sangre al frente de los principales reinos de Europa. ¿Qué puede salir mal?

Extravagancias, sin necesidad de recurrir al anecdotario clásico y poco riguroso. ¿Murió Maximiliano I de una indigestión de melones o Felipe III por tener demasiadas mantas encima? Esas historias son falsas, aunque aparecen repetidas en los anecdotarios. Son útiles para intuir ciertas realidades y, como los motes, para dar brochazos de la compleja personalidad de esos hombres. ¿Cómo entender, si no, que Carlos se encerrara de forma súbita en una casita de Bruselas cuando toda su obra política se desmoronaba? ¿Cómo digerir que Felipe II persiguiera la falta de moral mientras hacía acopio de obras eróticas? ¿O que Carlos II renegara de su propia familia de locos para entregar las llaves del Imperio a otra estirpe de chiflados?

JUANA, LA SEMILLA DE LA LOCURA



LOCA POR AMOR, HERENCIA Y PODER

Hace frío en el puerto holandés cuando la chiquilla castellana pone sus pies por primera vez en las tierras de su prometido. Es un mundo desconocido, de una neblina persistente y de un sol pálido. La hija de los Reyes Católicos podía pasar por flamenca. Sus grandes ojos, su rostro ovalado, su nariz fina y delicada, su piel clara y su cabello dorado habían convertido a Juana en una de las princesas más deseadas de Europa, si bien no se la tenía por tan bella como bien formada. Pero, más allá de su apariencia, el interior de la adolescente, apenas dieciséis años, tiembla ante aquel mundo desconocido. Si a su salida de España parecía un pajarito nervioso, después de las contrariedades del trayecto marítimo Juana mantiene el ánimo únicamente ante la deliciosa idea de reunirse al fin con el hombre de su vida. Felipe, el príncipe que habría de apodarse *el Hermoso*. Ni las tormentas ni el clima hostil desmontaron el cuento de hadas. Fue el indiferente recibimiento de la familia de su futuro esposo lo que heló su ánimo. Ni Felipe ni nadie de su corte estaban presentes en el puerto.

Hubo un tiempo en el que Juana *la Loca* podría haber sido Juana *la Hermosa*, e incluso Juana *la Inquieta*. A pesar de su condición de hija tercera de los Reyes Católicos, la infanta española mostró desde pequeña grandes aptitudes para la danza y para la música —tocaba el clavicordio y el órgano— y recibió una formación humanista que impresionó a Luis Vives, hombre destacado de la época. Además, aprendió francés y latín a la perfección, y se desenvolvía con el alemán y el flamenco. No se esperaba en esos días tanto de la educación destinada a una mujer. Ni siquiera la de una infanta, pero Isabel la Católica tuvo grandes afanes culturales, muy por encima de los de su marido Fernando. De esta forma, Juana no era ninguna analfabeta ni una paleta trasladada a Flandes como el que envía ganado hacinado al matadero.

Los encantos de Juana dispararon las peticiones de mano entre los grandes príncipes europeos. Castilla y Aragón habían logrado al fin salir del aislamiento internacional que les imponían la larga guerra contra los musulmanes de la península y los propios conflictos internos de un país abonado al *cainismo*. El descubrimiento del Nuevo Mundo y la conquista de Granada impresionaron a Europa, que vislumbraba en la unión dinástica de Isabel y Fernando una potencia a tener en cuenta. Frente a la retahíla de ofertas, los Reyes Católicos la incluyeron en el doble

tratado matrimonial con el emperador de Alemania, Maximiliano de Austria. El objetivo anhelado era aislar a Francia y alejar sus tentáculos de las posesiones aragonesas en Italia. Así, Juan y Juana, dos de los hijos de los Reyes Católicos, contrajeron matrimonio con los hijos de Maximiliano, Margarita y Felipe. Para transportar tan preciada carga, la flota castellana dispuso cerca de cien embarcaciones, al cuidado del almirante de Castilla, en lo que pretendía ser un alarde de poderío naval.

A Laredo (entonces Castilla, hoy Cantabria) acudió toda la familia para despedir a Juana. Isabel pasó la noche del 20 de agosto de 1496 subida en el barco de su hija. Quería pasar las últimas horas de Juana en Castilla durmiendo con ella. El viaje estuvo plagado de vicisitudes, incluso tendrían que bajar a tierra en el puerto británico de la isla de Portland durante unos días. Una vez en las costas holandesas llegó la sorpresa: no había ningún representante del conde de Flandes y de su familia. El romanticismo nunca se contó entre los puntos fuertes de Felipe. Juana y la comitiva castellana deambularon durante treinta y cuatro días, al más puro estilo de un éxodo bíblico, hasta llegar a Lille, donde se produciría el encuentro entre el príncipe flamenco y la infanta castellana.

Por el camino, la joven pudo conocer en Bruselas a la viuda de Carlos el Temerario, el más destacado duque de Borgoña de la historia. La inglesa Margarita de York conversó con Juana y tal vez le dio varios consejos sobre cómo adaptarse a un país hostil. En la siguiente etapa del camino, Amberes, la castellana enfermó debido a los estorbos del camino. Se calcula que desde que la comitiva partió de España hasta que cumplió con su tarea murieron varios millares de cortesanos por enfermedad, frío y hambre, puesto que en Flandes nadie quiso hacerse cargo de sus gastos. Casi las mismas personas que perdió Felipe II un siglo después, también por esas latitudes, cuando estrelló su flota invencible contra las costas británicas.

Por tanto, la pareja se conoció al fin en Lille. Felipe era de mediana estatura, labio bello, mofletudo, gran nariz y un cuerpo bien proporcionado. Su aspecto físico difícilmente le haría hoy merecedor del apelativo de «hermoso», al menos según lo reflejado en los cuadros; pero lo cierto es que en su época gozó de un enorme éxito entre las mujeres. Aunque exhibía unos dientes cariados, lo disimulaba con piezas de oro, de modo que puso de moda en la corte de Bruselas lucir dientes dorados incluso entre los que portaban una dentadura sana. Juana tampoco se pudo resistir a sus encantos y a su sonrisa dorada. Entre ambos estalló una pasión palpitante y una fiebre erótica que les llevó a adelantar la fecha prevista para su matrimonio. Temiendo en vano que el amor huyera con una ráfaga de aire frío, la pareja reclamó al primer sacerdote a mano que los casara. Tenían prisa en empezar con las maniobras sexuales. Ya se adivinaba la turbulenta cadencia del matrimonio: arrebatos de pasión entremezclados con largas ausencias e infidelidades de Felipe.

El sexo emergió en el horizonte de Juana como un mundo inesperado y adictivo, y lo que es más grave, funcionó como detonante de su locura. La sexualidad despertó

alteraciones psíquicas tales como los celos y la obsesión por su marido. ¿Loca de amor o amor de loca? El psiquiatra Francisco Alonso-Fernández defiende que la coincidencia cronológica de ambos fenómenos —la locura y la historia de amor— ha llevado a la confusión en muchos análisis históricos. Esto es: la enfermedad de Juana no tuvo su causa en aquella historia de amor, pero sí marcó su comienzo. Ella fue hasta entonces una niña normal, que no dio pruebas de sufrir ningún tipo de trastorno mental. Se la consideraba una joven seria, reservada y responsable a la que sus padres encontraban parecida a su abuela paterna, Juana Enríquez. Hasta el punto de que Isabel se refería algunas veces a su hija como «suegra», mientras Fernando la llamaba «madre». Eran bromas de la época.

La pasión inicial se consumió debido al comportamiento obsesivo de Juana. Daba comienzo una vida conyugal marcada por las infidelidades de Felipe el Hermoso y por la absoluta soledad de ella. Sus arranques temperamentales empezaron a ser de dominio público, pero se consideraban un rasgo heredado de su imponente madre, también propensa a sufrir accesos de melancolía y celos. Antes de casarse con Isabel, Fernando ya había tenido dos hijos bastardos, un niño llamado Alonso, que fue arzobispo de Zaragoza, y una niña, de nombre Juana. Después de casado tuvo dos hijas con varias nobles. Las infidelidades de su esposo fueron la causa de la mayoría de esos arranques de pasión y celos de Isabel. Por esta razón nadie veía a Juana como una loca, solo temperamental. Y en verdad la actitud de Felipe daba motivos para la ira. ¿Hubiera aguantado él un comportamiento así de su esposa? «Yo estaré conforme con esto si Felipe, como hizo mi tío el rey Enrique con su esposa, la reina, me da su venia para que yo me busque mi Beltrán de la Cueva para concebir mis propios bastardos», dijo ella, retadora, en una ocasión.

Lo más sorprendente es que Felipe no reconoció a ningún bastardo como hijo suyo. Un cronista posterior, Laurent Vital, relató que durante uno de sus viajes acompañando a Carlos V se encontró con un hombre que afirmaba haber tenido por padre a Felipe el Hermoso. El tiempo demostró que únicamente era un farsante y un vividor que se había valido de aquel invento para viajar, sin escatimar lujos, por las mejores ciudades de Europa. Por pura curiosidad, Carlos pidió que el gorrón fuera llevado a su presencia. El cronista lo consideró «muy a propósito, mas no pude creer que fuera su hijo porque no se le parecía». Un interrogatorio nada incisivo reveló que se trataba de un mozo huérfano procedente de Premesques, cerca de Lille. El castigo fue tan leve como su historia: el monarca ordenó que se despojara al farsante de las ropas que había acumulado durante su gira europea y que, custodiado por algunos oficiales de justicia, desanduviese la ciudades que había visitado explicando sus auténticos orígenes.

Acostumbrada a la austeridad castellana, el lujo y el complicado protocolo de la corte borgoñona aislaron a Juana. La convirtieron en una extraterrestre en una tierra de clima triste y moral relajada. El conde de Flandes apenas disimulaba sus relaciones extramatrimoniales. Si en Castilla ser doncella hasta el matrimonio era

cuestión de honor (Francisco de Quevedo observó un siglo después que, dada la escasez, «debieron de gastarse las doncellas» en tiempos de su abuelo); en Flandes importaba menos serlo o no. Medio siglo después, un capitán de los tercios españoles diría de las flamencas: «De su naturaleza son libres y muy blancas, rubias, hermosas y corteses; poco limpias en el comer, pero en el vestir muy aseadas, y tan bien entendidas, que no hay ninguna que no dispute cosas de la fe como si fueran teólogos».

Los frecuentes coqueteos de Felipe con las damas flamencas irritaban gravemente a Juana, quien presa de los celos no dudaba en espiar cada movimiento de su marido e incluso agredir a las mujeres más descaradas. En una ocasión Juana golpeó con un peine a una de las damas sospechosa de ser una de las amantes de su esposo. Además de la agresividad, los celos la empujaban a comportarse de una forma extraña, desconfiada, irritable y apartada de las prácticas religiosas que se le presumían a la hija de los Reyes Católicos. Esta relajación contrastaba con la piedad extrema que había mostrado de niña, cuando se flagelaba con cierta frecuencia.

El abandono de las prácticas religiosas iba en consonancia con su abstracción del mundo exterior. Se olvidaba durante meses de pagar a sus servidores y se quedaba con la mirada fija en el vacío, como si no le interesara aquello que no estuviera relacionado con su atractivo marido. Si bien Felipe pendoneaba de una manera que incluso la más tolerante y cabal mujer hubiera considerado inadmisibles, también cumplía ocasionalmente con sus obligaciones conyugales. Así lo revelan los seis hijos, uno de ellos póstumo, que tuvo la pareja de forma escalonada, casi uno cada año a partir de 1498. Todos ellos fueron niños nacidos para ser reyes: Leonor, reina consorte de Portugal; Carlos, rey de España y emperador del Sacro Imperio; Isabel, reina consorte de Dinamarca; Fernando, archiduque de Austria y sucesor de su hermano al frente del Imperio; María, reina consorte de Hungría y Bohemia, y la desdichada Catalina, reina consorte de Portugal.

Verse colmada de hijos no calmó el temperamento de la castellana, ni compensó la frialdad de su marido. La joven se sentía cada vez más triste y sola; sumida en la apatía, recostada la mayor parte del día y la noche en su almohadón. La preeminencia de los consejeros franceses barrió de sus puestos al puñado de españoles que aún velaban por el bienestar de Juana. Flamencos y franceses compartían el interés por quitar cualquier ápice de protagonismo político a la princesa española. En Flandes sabían que seguía viva, y bien viva, por los gritos aterradores que lanzaba desde sus aposentos. A Juana le dolía el alma cada vez que la rústica belleza conocida como Felipe abandonaba el lecho. Empeoraba su apatía, comía cada vez menos y gritaba más si podía. Solo en su presencia mejoraba. Así lo demostró cuando la pareja viajó junta a España en 1503.

A principios del nuevo siglo los planes sucesorios de los Reyes Católicos saltaron en mil pedazos. La muerte se llevó a los hermanos mayores de Juana, Juan e Isabel. Además, el hijo del fallecido Juan nacería muerto, y moriría también el de Isabel y

Manuel de Portugal. No consta que Juana sintiera mucha pena al saber de la muerte de sus hermanos, quizás porque los obstáculos de su matrimonio ocupaban su mente por completo. La política solo echó más leña al fuego. Ella y su ambicioso esposo se situaron en la primera línea de la sucesión. Y lo peor no es que el archiduque de Austria y conde de Flandes fuera ambicioso, que lo era, sino que era demasiado amigo del rey francés.

Se atribuye a Luis XII la autoría del feliz mote de Felipe cuando, al cruzar sus tierras, recibió al flamenco con la coletilla: «He aquí un hermoso príncipe». Para estrechar lazos, Francia propuso al Hermoso que su hijo Carlos se casara con Claudia de Francia, una de las hijas del monarca galo. A pesar de la fuerte dependencia que tenía de su marido, Juana se negó a firmar un acuerdo matrimonial de características tan perjudiciales para los reinos hispánicos. También rehusó aceptar, al contrario que su marido, la famosa moneda que los reyes franceses entregaban a sus huéspedes simbolizando su autoridad frente a los vasallos. Era aquella una prueba de que en la joven todavía quedaban voluntad y buen juicio. Así las cosas, los Reyes Católicos buscaron la forma de desmontar las amistades peligrosas de su yerno. No hallaron el modo, y Juana pagó por estas intromisiones. Aparte de su habitual soledad, la castellana se quejaba a sus padres de que no contaba con fondos para pagar a su séquito.

Cuando se presentó la ocasión de titularse príncipes de Asturias, Felipe agarró del brazo a su esposa y juntos viajaron a España. Se presentaron en las principales ciudades del país como herederos de las coronas hispánicas, Castilla y Aragón. Sin embargo, una vez conseguido su propósito de asegurarse la herencia de los Reyes Católicos, el conde de Flandes anunció que quería regresar a sus posesiones norteafricanas. La propia Isabel intentó en vano convencer a su yerno de la necesidad de que permaneciera más tiempo en España, pues debía afianzar su autoridad en los que en el futuro iban a ser sus reinos. Los agasajos no sirvieron de nada. A principios de 1503, Felipe abandonó la corte de los Reyes Católicos para desconsuelo de la princesa Juana, que tuvo que quedarse junto a sus padres al estar embarazada del que sería su cuarto hijo. Sus padres descubrieron pronto que el pesar que sentía Juana por la marcha de su marido ni era sano ni era normal. La heredera de los reinos hispánicos se comportaba como una psicótica.

EL REGRESO DE JUANA: LA ÚLTIMA PREOCUPACIÓN DE ISABEL LA CATÓLICA

En contraste con el apelativo de connotaciones religiosas que hubiera recibido en cualquier otro país de Europa, tal vez *la Posesa* o *la Hechizada*, sorprende que en Castilla se buscara a los problemas de Juana una explicación naturalista. Estaba loca, se reconocía, sin necesidad de invocar demonios ni criaturas del averno. El mito del

país de fanáticos que dominaron los Reyes Católicos se desmonta con un único dato: España tenía la red más amplia de hospitales para enfermos mentales de ese periodo. A iniciativa del padre mercedario Juan Gilabert Jofré se fundó en Valencia el primer centro psiquiátrico del mundo con una organización terapéutica. A la inversa, el país más avanzado en este aspecto retrocedió a lo largo de los siglos XVI y XVII hacia lo demoníaco como origen de los males de la mente, mientras en Europa se imponían las ideas científicas. Así lo demuestra el caso del último de los herederos de Juana, Carlos *el Hechizado*, que de nacer dos siglos antes a lo mejor hubiera sido *el Estéril* o *el Enfermo*.

La Juana que regresó a Castilla tras su primera estancia en Flandes se parecía muy poco a la que cinco años antes había partido desde Laredo. Literalmente, estaba loca. Los arrebatos de ira, los ayunos autoimpuestos y las noches en vela convencieron a los Reyes Católicos de que a su niña la habían trastornado en Flandes. A eso se sumaba que la espantada de Felipe desató en Juana, todavía encinta, un estado de abatimiento que requirió cuidados médicos. En mayo de 1503 alumbró a su segundo hijo varón, Fernando, lo que fue seguido de un empeoramiento de su salud. Intentó viajar a Flandes sin equipaje y con ropa de verano en pleno invierno para reunirse con su esposo. La detuvo en el castillo de La Mota (Medina del Campo) el obispo de Córdoba, que avisó a los reyes de inmediato. En este estado, Isabel la Católica acudió a tranquilizar a su hija a la plaza de armas. Halló una estampa que de algún modo debió de recordarle a las trágicas locuras protagonizadas por su propia madre, la loca de Arévalo: medio desnuda, Juana exigía entre alaridos que la guardia bajara el puente levadizo para que pudiera irse. La heredera de Castilla se enfrentó a su madre con «palabras de tanto desacatamiento y tan fuera de las que una hija debe decir a su madre, que si yo no viera la disposición en que ella estaba, no se las sufriera en ninguna manera», según dejó escrito Isabel. Lo más trágico es que madre e hija no volverían a verse tras aquel enfrentamiento.

Juana se creía víctima de una conjura para evitar su regreso a Flandes y ni siquiera era capaz de ver el delicado momento por el que pasaba su madre, a quien un cáncer de útero devoraba lentamente. De cara a su sucesión, Isabel entendió que la pérdida de la razón de su hija no era transitoria y elevó a las Cortes de Castilla el proyecto de ley que planteaba que si Juana se encontraba ausente, o mal dispuesta, o incapaz de realizar en persona las funciones reales, Fernando ejercería la regencia de Castilla. Era una cláusula anti hijas locas y yernos ambiciosos. Finalmente, Francisco Jiménez de Cisneros convenció a la reina de que la mejor solución era que dejase partir a su hija para reunirse con su marido. A Flandes arribó en la primavera de 1504, dejando en España bajo la custodia de los Reyes Católicos a su bebé recién nacido. Pero el sabio cardenal se equivocaba de cabo a rabo. Juana no mejoró. A los síntomas que habían surgido en España se sumaron los habituales celos que acompañaban los coqueteos de Felipe con otras mujeres. En una ocasión cazó a una dama de la corte escondiendo en su escote un mensaje de Felipe. En medio de las

risas de las otras damas de la corte, Juana entró en cólera y exigió a la joven, de tez blanca y algo pecosa, que le entregara inmediatamente la nota. Cuando a continuación la dama se tragó el papel, Juana agarró unas tijeras de coser para cortarle las trenzas y desfigurar la cara pecosa.

Tan harta estaba de las pícaras y descaradas damas flamencas que la esposa de Felipe se rodeó de esclavas moriscas traídas desde España para la ocasión. Con ellas ocupaba el día bañándolas y perfumándolas como si fueran muñequitas, y de paso haciendo lo propio con su cuerpo y sus vestidos. Juana se obsesionó con su higiene, bañándose varias veces al día y pretendiendo que su marido hiciera lo propio. A Felipe, que ella se bañara le pareció hasta buena idea, pero otra cosa era que le obligara a él. El soberano se opuso como contrario a su dignidad real y amenazó con no volver a dormir con la princesa en tanto no se desprendiera de aquellas manías que le estaban trastornando el seso. Las exigencias de Juana sirvieron a Felipe otra excusa más para abandonar el lecho.

La locura de Juana oscilaba según el día. Había días buenos y días malos. O más bien había días con más o menos dosis de drogas. Un médico converso de origen turco, Teodoro Leyden, le administraba hierbas y algunos productos especiales con alcaloides opiáceos, que sosegaban su ánimo. Esa era la única forma de contener su agresividad. El tesorero de Juana, Martín de Moxica, anotaba casi cada día en un diario, hoy perdido, las manifestaciones del estado de excitación de la princesa de Asturias, apuntes que enviaba a los Reyes Católicos de forma periódica. Por ese testimonio sabían los monarcas que las cosas iban a peor.

En noviembre de 1504 falleció Isabel de Castilla. La reina llevaba dos años sufriendo episodios de fiebre prologada en silencio y viendo cómo se le hinchaban las piernas, aumentaba su peso y le aparecían úlceras en las extremidades, lo que ella achacó a los estragos de la edad. Desde la muerte de su hijo Juan la depresión había llamado a su puerta. Sin embargo, con el empeoramiento de los síntomas buscó sus causas en un tumor. Se especula con que se tratara de un cáncer de útero o de recto. A causa del histórico recato de la reina, se negó a ponerse bajo el tratamiento debido y a hacer pública su naturaleza. Un contemporáneo, el doctor Álvaro de Castro, afirmó que «la fístula en las partes vergonzosas y cáncer que se le engendró en su natura» estaba provocado por cabalgar en exceso durante las campañas militares en Granada. Un ejercicio de especulación médica que iba más allá de las pruebas disponibles.

La muerte de Isabel desencadenó la disputa sobre quién debía sucederla, dado que Fernando solo era rey consorte de Castilla. El testamento de la reina estipulaba que, si bien la heredera del trono era su hija Juana, Fernando administraría y gobernaría Castilla en su nombre hasta que el infante Carlos cumpliera veinte años. La reina sabía que su hija no estaba para reinar y de su marido no se fiaba. Los Reyes Católicos intentaron cerrar la puerta a la posibilidad de que aquel borgoñón afrancesado invadiera el trono castellano. Lo que Isabel no podía imaginar era que, en su ausencia, la mayoría de nobles se podrían de parte de Felipe antes que de

Fernando, al que buena parte de la aristocracia llamaba el «viejo catalanote». El borgoñón fue proclamado rey de Castilla el 12 de julio de 1506 en las Cortes de Valladolid y reinaría con el nombre de Felipe I, aunque no por mucho tiempo.

En el viaje que trasladó a los nuevos reyes a España una tormenta azotó su carraca y les separó del resto de la flota a la altura del estrecho de Calais. Perdió el mástil principal y a poco estuvo de zozobrar. Tanto temió por su vida Felipe que se hizo colocar un odre hinchado bien cosido al cuerpo para que le sirviera de salvavidas. Juana, en cambio, se vistió con sus mejores ropas y se colocó sus joyas más valiosas para pasearse por la cubierta como un hermoso espectro. La mayoría de la tripulación intuyó en la actitud de la castellana que se resignaba a morir ese día junto a su amado. Aceptaba su muerte. Embutido en aquel salvavidas casero, Felipe preguntó a su esposa si es que ella no tenía miedo:

—¿Por qué había de tenerlo? ¿Es que acaso se conoce de algún monarca que haya perecido ahogado?

Quizás hubo quien la creyó una loca al escuchar esa respuesta, si es que esta divertida anécdota realmente tuvo lugar, pero en verdad tenía razón: no se conocía ningún rey que hubiera muerto ahogado en el mar. Aunque tampoco se sabía de ninguno que muriera por beber un vaso de agua demasiado frío. O al menos no se tenía constancia de ninguno hasta Felipe I.

FELIPE EL HERMOSO, EL CADÁVER QUE REINÓ UNOS MESES



El primero de los reyes extranjeros que reinaron en Castilla en el siglo XVI asustaba por ambicioso. Lo que para la resabiada y depredadora nobleza local era mucho decir. Porque no se trataba de un cualquiera. Quien había aterrizado en Castilla era el hijo primogénito del emperador del Sacro Imperio Germánico. En Felipe I de Castilla, como más tarde ocurriría con su hijo Carlos V, confluían dos de las casas más importantes de Europa.

La casa de su padre era la de los Habsburgo (los Austrias), que aportaba el poder y el prestigio. Esta familia encontraba su origen en el antiguo Ducado de Suabia, una región germanófona de lo que hoy es Suiza, y su nombre procedía del pequeño castillo conocido como el «castillo del Azor» (Halcón) que albergaba un importante foco de cetrería. A través de este territorio, los Austrias extendieron en silencio su patrimonio y su poder hasta asumir la corona imperial, ya en tiempos modernos. España supuso su cima, hasta que esta rama familiar se destruyó por el abuso de los matrimonios entre parientes.

La riqueza y la temeridad las aportaba la casa materna. Felipe era borgoñón por parte de madre. Y lo que resultaba más importante, era descendiente de Carlos el Temerario, el intrépido duque de Borgoña que había puesto contra las cuerdas a Francia. Este noble, cuyo lema personal era *Je lay emprins* («me atrevo»), se atrevió a desafiar a Europa desde su pequeño territorio y, al final de su vida, pagó las consecuencias de tanta ambición al ver su imperio deshilacharse. El programa político orientado a convertir Borgoña en un poderoso reino se vino abajo cuando uno de sus más estrechos aliados traicionó al noble en Nancy, dándole muerte y abandonando su cadáver a merced de las bestias.

Tres días después de la batalla se encontró el cadáver, desnudo y medio devorado por los lobos, al borde de un estanque helado. Las viejas cicatrices de guerra permitieron a su médico de confianza reconocer a Carlos; si bien, no faltaron quienes creyeron durante años que el legendario duque seguía con vida, a la espera de descubrirse en un brillante golpe teatral. Pero aquello no ocurrió. Le sucedió su hija María de Borgoña, a la que las cortes europeas ofrecieron sus más apuestos príncipes. Cuando todavía era una niña de cinco años, recibió su primera proposición para desposarse, precisamente, con Fernando de Aragón. Su oferta fue desechada, no así la del hijo del emperador Federico III.

A pesar del poder de su padre, el futuro Maximiliano I pasaba por ser un soberano con escasos recursos. Un príncipe pobre y poderoso que cortejaba a una soberana rica pero intrascendente. Cuando María y sus consejeros se decidieron por Maximiliano, financiaron su viaje a Gante y le dieron dinero para equiparse y presentarse con pompa y esplendor. Y así fue el joven príncipe en busca de aquella princesa atrapada en una torre custodiada por un dragón. Caballero y galante, Maximiliano besó a su novia por primera vez delante del obispo de Tréveris. Era costumbre en los enlaces reales entre extranjeros que la joven escondiera una flor en su pecho, para que la buscara el pretendiente y así exhibiera su astucia. Después de pasar varios minutos buscando en vano, con la consiguiente incomodidad, el obispo accedió al fin a que la princesa facilitara la tarea al emperador: se aflojó el corpiño, mostrando el camino a las manos invasivas de Maximiliano, que a la mañana siguiente se casó con aquella dulce mujer temeraria.

De los tres matrimonios de Maximiliano solo en este logró tener descendencia, sus hijos Felipe y Margarita. De hecho fue lo único positivo que obtuvo de Borgoña. A la muerte de María a causa de un accidente de caballo, cuando Felipe tenía cuatro años, Maximiliano buscó hacerse con el control de las provincias flamencas en contra del testamento de su esposa. La guerra entre el padre y los consejeros de su hijo se escenificó con la encarcelación de Maximiliano en la Plaza Mayor de Gante hacia 1488. La intervención del emperador Federico III permitió la liberación de su hijo y, tras una década de tensión entre el Imperio y Borgoña, los territorios de Carlos el Temerario pasaron a estar bajo el vasallaje del emperador. Felipe vivió con incomodidad el enfrentamiento entre la familia de su madre y la de su padre, pero en realidad no tenía razones para luchar con su padre o con su abuelo. Al fin y al cabo, él era el heredero de ambos territorios.

Solo en 1496 se produjo la ruptura entre padre e hijo por lo que se definiría en la actualidad como desavenencias políticas. El joven se negaba a convertirse en un mero lugarteniente del emperador en los Países Bajos, y prefería abstenerse de guerrear contra Francia junto a Maximiliano. Lo que desconocía era que aquella juventud pasada entre puñales familiares iba a prepararle a la perfección para lo que le esperaba en España.

En un curioso giro del equilibrio de poderes en Europa, los dos vástagos de Maximiliano habían sido prometidos con los hijos de los Reyes Católicos. Curioso, porque hasta entonces los reinos de la Península Ibérica, a excepción de Portugal, habían vivido mirando hacia sí mismos y apenas hacia el exterior. No obstante, el ascenso al trono de Castilla de Felipe I demostró que la apuesta de Maximiliano era acertada y pondría a disposición de su hijo los recursos con los que él siempre había soñado. Con todo, el camino hacia el trono de Felipe no estuvo exento de obstáculos, empezando porque debió deformar a su antojo varios puntos del testamento de Isabel la Católica.

La testaruda reina castellana buscaba con su testamento evitar que Fernando

accediera a la línea de sucesión de su reino («tanto monta, monta tanto», pero cada uno en su reino); que el yerno extranjero mantuviera sus zarpas lejos de España, y que, bajo ninguna circunstancia, recayera la tarea de reinar en Juana. Podía portar la corona si quería, pero gobernaría Fernando hasta que el futuro Carlos I alcanzara la mayoría de edad. Fue en este terreno de incertidumbre donde emergió Felipe sin que nadie le hubiera enviado invitación. El joven se valió de la hostilidad de la nobleza hacia Fernando para reclamar los derechos de su esposa sobre la corona y el gobierno.

UN EXTRANJERO EXPULSA AL «VIEJO CATALANOTE» DE CASTILLA

Felipe halló su principal apoyo en un noble llamado don Juan Manuel, antiguo embajador de los Reyes Católicos en la corte imperial, que trabajó entre las sombras para allanar la llegada del marido de Juana. Algunos de los pesos pesados de la nobleza castellana, véase el marqués de Villena o el duque de Nájera, se convencieron pronto de que había llegado la hora de que «el viejo catalanote» regresara a sus tierras. Pesaba en su ánimo el resquemor que buena parte de la aristocracia había ido acumulando contra los Reyes Católicos, los monarcas que habían puesto cerco a los felices y revoltosos años de Enrique *el Impotente*. Así miraban Flandes como un lugar donde la nobleza podía moverse con mayor libertad y acumular más patrimonio. Los escasos aliados que el aragonés aún conservaba en Castilla poco pudieron defenderle, frente al aluvión de regalos y prebendas con las que los hombres de Felipe conquistaron los oídos y los ojos de la nobleza. Por algo le llamaban el Hermoso.

Otros tantos apoyaban a Felipe simplemente porque pensaban que su mujer sí estaba en condiciones de reinar. En un intento desesperado por neutralizar la influencia que Felipe ejercía sobre su esposa, Fernando envió a Lope de Conchillos como secretario de la princesa Juana. Quería que firmara un documento que aprobara su nombramiento como gobernador, pero el secretario fue descubierto con la carta y encarcelado. Después de este incidente, Felipe expulsó de su corte a la mayoría de españoles del servicio de la reina y prohibió la visita de los embajadores a su esposa, casi como si fuera su prisionera. La Concordia de Salamanca, que luego sería papel mojado, pareció sosegar en noviembre de 1505 los ánimos entre ambos monarcas a través de un acuerdo que les permitía gobernar a la vez. Nada más lejos de la realidad: a los dos les convenía ganar tiempo: uno porque estaba demasiado lejos y al otro porque estaba demasiado solo.

En paralelo a estas maquinaciones, Felipe y Juana marcharon al fin a España el 8 de enero de 1506. La castellana había abandonado en la península a uno de sus hijos, recién nacido, durante su anterior viaje, y para no faltar a la costumbre, esta vez se dejó a cuatro en Flandes, como el que deja la tierra en barbecho. Ella iría donde

estuviera el amor de su vida, en caso de querer más hijos ya le pediría otros por el camino. O eso debía de pensar su trastornada mente. La nueva reina de Castilla se negó a viajar hacia España si iban en la expedición otras mujeres. Y ante los lamentos de su esposa, Felipe se vio obligado a embarcar a las damas de la corte a escondidas. Cabría pensar si no le hubiera resultado más fácil dejarlas en tierra, y no es que pretendiera acompañarse de un harén itinerante, insistió porque si aparecía en España con una Juana rodeada solo de hombres se interpretaría como que era su prisionera. Sabía, al fin y al cabo, que debía andar con pies de plomo entre una nobleza muy excitable.

Tras la tormenta que dispersó a la flotilla, que bien parecía soplada por la mismísima Isabel la Católica desde el Olimpo, la carraca principal se refugió en la costa inglesa. Para Enrique VII de Inglaterra aquella visita sorpresa resultó muy lucrativa. Su relación con el soberano de los Países Bajos era cordial, pero, a la vista de la estancia de tres meses en su corte, debía ser amistad pegajosa o no ser. El monarca inglés aprovechó la visita de Felipe para sacarle hasta los higadillos, en lo que a acuerdos comerciales se refería. Y tampoco Juana desaprovechó la ocasión de dejar su impronta chiflada en Inglaterra. Ante la oportunidad de reencontrarse con su hermana Catalina —viuda en ese momento del primer hijo de Enrique VII—, Juana mostró cierto desinterés y prefirió recluirse en sus aposentos. Se escondió los tres meses en su cámara, con la mirada perdida y el cuerpo rígido.

Los más románticos tal vez pudieron pensar que apuntaba con su mirada perdida a España, pero una vez que la pareja desembarcó en La Coruña, el 26 de abril de 1506, la actitud de Juana se mantuvo igual de errática. Comenzaba aquí la primera de las ceremonias que harían reyes de pleno derecho a Felipe y Juana. Debían jurar en la iglesia los privilegios del antiguo Reino de Galicia y después el pueblo les prestaría juramento de fidelidad. Embarazada de nuevo, Juana evitó asistir a estos actos con vagas excusas. En realidad creía que España no debía ser regida por un flamenco y la mujer de un flamenco. Advertido de aquellas peligrosas palabras, Felipe tanteó entre la aristocracia la posibilidad de encerrar a su esposa.

Su comportamiento estaba dando pie a no pocos comentarios entre los nobles. Incluso entre sus defensores más férreos se empezó a sospechar que algo olía a podrido en la cabeza de la reina. Después de una audiencia con ella, el cortesano Pedro López de Padilla reconoció entre lágrimas que su cordura solo duraba las primeras frases. A partir de ese punto se perdía. Por su parte, el almirante de Castilla definió como muy rara su forma de proceder, pero no se convenció de que eso fuera perturbación mental.

A principios del verano, Felipe I y Fernando el Católico se vieron frente a frente en Remesal, una localidad de Zamora. El nuevo rey de Castilla acudió al frente de un ejército de miles de soldados castellanos y flamencos, tal vez creyendo que el viejo aragonés se preparaba para la guerra. «Es como si me quisiera prender y hacerme prisionero», anotó el aragonés al ver aquel despliegue. Con tantos años de

experiencia, Fernando sabía distinguir una guerra que se puede ganar de una ya perdida de antemano. Se acercó a su yerno desarmado y únicamente acompañado de unos pocos nobles de confianza. Durante la entrevista los dos soberanos, suegro y yerno, pactaron en un ambiente íntimo la Concordia de Villafáfila, que entregaba el gobierno a Felipe a cambio de un puñado de concesiones para Fernando, entre ellas varias relacionadas con los territorios de América.

A pesar de reconocer el triunfo de su yerno, el aragonés ocultaba una escritura firmada ese mismo día donde se mostraba en contra del acuerdo y aseguraba que solo lo había firmado por las presiones de su yerno. Por si faltó cinismo en esa jornada, los grandes nobles besaron la mano de su anterior soberano antes de verle partir. Más tarde tuvo lugar un segundo encuentro entre ambos soberanos en Renedo, cerca de Tudela del Duero, donde Felipe hizo oídos sordos a los consejos básicos que Fernando le dio sobre la mejor forma de conducir el gobierno.

Juana no estuvo en Remesal ni en Renedo, a pesar de que Fernando insistió en ver a su hija. La leyenda ha querido ver en su ausencia una estrategia de Felipe para evitar que Juana se opusiera al acuerdo. Se da por hecho que la reina no habría consentido que su padre abandonara bruscamente Castilla. Sin embargo, demasiadas cosas se dan por hechas en una mujer que había abandonado a sus hijos a diestro y siniestro, que no había derramado ni una lágrima al saber de la muerte de sus hermanos y que había pasado por alto que su madre se estaba muriendo con tal de pisar allí donde pisara su marido.

Banquetes, amoríos, desenfrenos y cacerías... Felipe no tardó en acomodarse al trono y envolvió su corte en Burgos de consejeros flamencos, al tiempo que Fernando se retiraba hacia Aragón maldiciendo a los castellanos y quién sabe si planeando su subterránea venganza. Vestida de negro por un luto imaginario, Juana se empeñó ahora en que debía haber sido su padre quien gobernara Castilla hasta que su hijo Carlos alcanzara la mayoría de edad. Una reacción rabiosa contra su marido, a quien amaba y odiaba a partes iguales. Solo a regañadientes accedió a que las Cortes de Castilla, reunidas en Valladolid, les juraran fidelidad a ella y a su marido.

A Felipe su plan le estaba saliendo a las mil maravillas al fin, hasta el punto de que se interesó por los asuntos de las Indias. Con este fin convocó en Burgos al cartógrafo y navegante florentino Américo Vespucio, que por orden de Fernando había sustituido a Cristóbal Colón en el control de las políticas del otro lado del Atlántico. Lejos de lo que popularmente se cree, Vespucio no puso su nombre al continente, únicamente fue el primero en darse cuenta de que aquellas tierras iban más allá del *finis terrae* señalado por Tolomeo. Fue el cosmógrafo alemán Martín Waldseemüller el que años después, por sus informes, usó el nombre de Américo para bautizar el nuevo continente.

La salud de Felipe I impidió a Américo llegar a tiempo a la reunión. En menos de lo que dura un verano se cruzó en su vida un vaso de agua demasiado frío. «¡Mi reino por un vaso de agua!». Según apuntan los cronistas, Felipe se encontraba en el

palacio burgalés de la Casa del Cordón cuando cayó súbitamente enfermo, el 16 de septiembre de 1506. Al beber un vaso de agua fría tras jugar un partido de pelota con un capitán vizcaíno sintió las primeras fiebres. Al día siguiente salió de caza como si nada, pero su estado fue agravándose hasta presentar un cuadro de neumonía. Uno de sus médicos describe los síntomas de la enfermedad en una carta: «Estábase con la calentura y con sentimiento en el costado, y escupía sangre. Y se le hinchó la campanilla, que decimos úvula, tanto que apenas podía hablar». En menos de diez días falleció el rey, con tan solo veintiocho años. Su muerte sembró la locura definitiva en Juana y un sinfín de rumores en Castilla. ¿Enfermo o envenenado?

EL CADÁVER MÁS VIAJERO

Por lo común, el suegro al que no le cae bien su yerno se limita a escatimarle los langostinos en la cena de Nochebuena o a lanzarle una sonrisa cínica cuando le regala una corbata horrible. Pero entre soberanos es otra cosa: la opción del veneno siempre está sobre la mesa. El máximo beneficiado de la muerte de Felipe fue Fernando el Católico, y también fue el principal sospechoso de provocar su muerte. O al menos de desearla. De hecho, la bipolar nobleza castellana ya estaba desencantada con el rey extranjero que habían entronizado y buscaban una alternativa. No les gustaba ni un pelo la invasión de consejeros flamencos, ni que los cargos locales se los estuvieran repartiendo entre ellos, a excepción de un acaparador don Juan Manuel. En solo dos meses, la mayoría de los nobles ya se habían enfurecido y miraban de reojo los movimientos del soberano aragonés.

No ayudaba a liberar de sospechas a Fernando la fama de intrigante que les acompañaba a él y a su padre, Juan II de Aragón, desde la muerte de su hermanastro Carlos de Viana, heredero del trono de Navarra. Este se había enfrentado con Juan por defender la integridad de Navarra, el reino de su madre. Su escudo de armas personal era la mejor alegoría de lo que estaba pasando: dos sabuesos riñendo entre sí por un hueso, clara alusión a la disputa que los reyes de Francia, Aragón y Castilla mantenían por el control del Reino de Navarra. Su lema no era menos irónico: *utrimque roditur* («por todas partes me roen»). En 1461, la prematura muerte del navarro convirtió a su padre y a su hermanastro en sospechosos de haberlo roído demasiado. Al igual que le ocurrió a Isabel con las inciertas muertes de sus dos hermanos, los beneficios que Fernando obtuvo de la muerte de Carlos le pusieron en la picota. Lo cierto es que la causa real de su muerte fue probablemente la tuberculosis que padecía desde que Juan II ordenó su cautiverio en una celda húmeda, oscura, mal ventilada y sin ropa de abrigo.

La ciencia médica también ha dado una respuesta poco novelesca a la muerte de Felipe el Hermoso, aunque haya quien prefiera no escucharla. La pulmonía o la forma neumónica de la peste explican sus síntomas. Y a decir verdad, la peste estaba

sacudiendo Castilla en esos años. La muerte de Isabel la Católica desencadenó una crisis económica y demográfica concentrada en este territorio hispánico, con años de malas cosechas, hambruna y pueblos «sitiados por la peste». Felipe pudo así contagiarse en sus numerosas relaciones extramatrimoniales o en sus visitas a prostíbulos de Burgos, donde era habitual el contacto con personas de higiene descuidada y la aparición de todo tipo de infecciones.

Una vez certificada su muerte, siguiendo instrucciones de Juana, los servidores flamencos del rey le vistieron con sus mejores galas, tras lo cual se instaló su cadáver en un trono para que presidiera simbólicamente los ritos religiosos. A continuación, se procedió a embalsamar el cuerpo. El corazón fue enviado inmediatamente a Bruselas y el cuerpo enterrado en la Cartuja de Miraflores, a pocos kilómetros de la ciudad, debido a la irrupción de la peste en Burgos.

Pero aquí no terminaron las ceremonias, sino todo lo contrario. Juana recordó de repente que el deseo de Felipe era ser enterrado en el Panteón Real de Granada. Ordenó desenterrarlo a la luz de las antorchas, pues decía que «una mujer honesta, después de haber perdido a su marido, que es su sol, debe huir de la luz del día». Cuando el obispo de Burgos recordó que los desenterramientos estaban prohibidos por ley, la reina ignoró sus advertencias y procedió a levantar la tumba. Juana pidió a los presentes, embajadores incluidos, que confirmaran que se trataba del cadáver de su marido, tras lo cual inició un espectáculo fúnebre en forma de gira por los pueblos de Castilla. Lo narra con claridad un testigo de aquellos días, Pedro Mártir de Anglería, también presente en el cortejo que escoltó los restos de Isabel la Católica hasta Granada:

En un carruaje tirado por cuatro caballos traídos de Frisia hacemos su transporte. Damos escolta al féretro, recubierto con regio ornato de seda y oro. Nos detuvimos en Torquemada... En el templo parroquial guardan el cadáver soldados armados, como si los enemigos hubieran de dar el asalto a las murallas. Severísimamente se prohíbe la entrada a toda mujer...

Ni siquiera la muerte de su marido había liberado a Juana de sus celos enfermizos. Repudiaba la presencia femenina, por lo que llenó el cortejo de mujeres viejas y feas. De alguna forma esperaba que Felipe despertara en cualquier momento de aquel hediondo embrujo. Apenas había derramado una lágrima a su muerte, ni tampoco había cambiado su semblante durante la enfermedad; pero estuvo continuamente a su lado, dándole de comer y de beber ella misma, a pesar de estar embarazada. Ni de día ni de noche le abandonó. Ahora no se separaba del féretro y a veces lo destapaba para asegurarse de que seguía allí y dirigirle unas palabras. La «odisea macabra», «el lúgubre cortejo», «la comitiva de la reina loca» —o como quisieran llamarlo los atemorizados castellanos y los historiadores— se detuvo en Torquemada en las Navidades de 1506 para que Juana diera a luz a la última de sus hijas, Catalina. La bautizó así por aquella hermana pequeña que vivía en Inglaterra, también triste y alejada de sus familiares, y a la que paradójicamente no había hecho

ni caso cuando visitó las islas.

Después de recuperarse del parto, la reina de Castilla reanudó el cortejo hasta bien avanzada la primavera. En una ocasión, Juana ordenó parar en un convento para tomarse un descanso. Al saber de la presencia de las religiosas, pues resultó ser un convento de monjas, la viuda de España entró en cólera y pidió que abrieran el féretro de Felipe a campo abierto y en medio de la noche. ¡Que no se atrevieran aquellas monjitas rurales a tocar el cadáver de su hombre! Durmió en una casucha en el campo y su séquito a la intemperie, porque prefería una pulmonía a dormir bajo el mismo techo que otras mujeres.

Como es costumbre en estos casos, los relatos sobre la locura de la reina fueron exagerándose conforme se difundían por Castilla, un territorio donde reinaba la anarquía. Lo curioso es que no hubieran hecho falta exageraciones si todo el reino hubiera visto la estampa, siglos después imaginaba por el pintor Francisco Pradilla y Ortiz. El espectral cortejo solo se movía de noche e iba secundado por el olor a putrefacción que desprendía un cadáver cada vez más descompuesto. Ella, vestida de harapos negros, arrojaba platos y demás utensilios contra los sirvientes cada vez que le invadía la ira. Por no hablar de sus extraños movimientos con la boca, los ojos y las manos.

Aunque el muy cabal y preparado Cisneros se hizo cargo de la regencia, incluso él tenía las manos atadas. Precisaba al menos de la firma de la reina para actuar en su nombre, y ella se negaba a tratar con nadie y a firmar documento alguno sobre el gobierno del Estado. Y no solo eso. También se negó a entregarle el capelo cardenalicio que los Reyes Católicos habían gestionado en su favor. Ya era mala suerte que hubiera cogido manía personal precisamente al único hombre capaz de poner orden en el reino. La inactividad política y las chifladuras del reinado de Juana terminaron en el verano de 1507. Al más puro estilo del Séptimo de Caballería, Fernando el Católico apareció en el horizonte de Castilla y ordenó la reclusión de su hija en Tordesillas. Sin sospechar que allí habría de vivir el resto de su vida, Juana accedió a ir a esta localidad vallisoletana mientras el féretro de su marido también fuera trasladado allí. Así, colocaron el féretro de Felipe en el monasterio de Santa Clara para que la reina pudiera contemplarlo desde una ventana del palacio. Su hija Catalina también le acompañó hasta Tordesillas.

Fernando decretó el internamiento de su hija a través de una resolución en 1509, si bien ella nunca dejó de ser la reina de pleno derecho. Juana permaneció recluida cuarenta y seis años en el castillo-palacio de Tordesillas, sin que ni siquiera la llegada al trono de su hijo Carlos rebajara las condiciones de su cautiverio. Por eso es difícil distinguir cuánto había en Juana de enajenada y cuánto de víctima del poder. Sobre todo del poder y de la ambición de los hombres de su vida, su padre, su marido y su hijo. Del mismo modo es complicado discernir si Fernando ordenó que no recibiera visitas y no se comunicara con el exterior o si aquel aislamiento se lo había impuesto ella misma. En 1508 se negó a recibir al embajador inglés, que llevaba una petición

matrimonial de Enrique VII. El anciano rey no había borrado de su mente los encantos de Juana y seguía pensando, como muchos en Europa, que los rumores sobre su locura estaban deformados.

LA RECLUSIÓN DE LA REINA TITULAR Y LA «CENICIENTA ESPAÑOLA»

Durante los primeros siete años se encargó de vigilar a la reina Luis Ferrer, hombre estricto y duro, quien más que un cuidador era un carcelero sin otra misión que evitar una fuga. A la legítima soberana de Castilla solo se le permitía salir del palacio para visitar el féretro de su marido y para asistir a las ceremonias religiosas, si bien con los años perdió interés en ambas actividades. Luis Ferrer vio en la repulsa de la viuda de Felipe a los oficios divinos una prueba de que un demonio habitaba en su interior. Así las cosas, trató de someterla a un exorcismo, pero la oposición violenta de la reina hizo que desistiera. No fue el único que pensó en esta solución a sus problemas. Ya en tiempos de Felipe II se descartó otra propuesta para que unos sacerdotes le despojaran del hechizo. El rey consideró entonces que no merecía la pena martirizar a su abuela.

A Ferrer le sucedió en el puesto de vigilancia el caballero Hernán Duque de Estrada. El trato a la cautiva se hizo más amable y Juana pudo pasear a pie y a caballo por los alrededores del palacio. Los rumores sobre un presunto enamoramiento de Juana y Hernán precipitaron su relevo por los marqueses de Denia (y condes de Lerma) a partir de 1518. La forma en la que estos procedieron es una de esas controversias siempre abiertas. Hubo sospechas de que la reina fue maltratada y se le suministraba la comida a cuentagotas, lo cual no parece muy verosímil si se tiene en cuenta que murió con setenta y cinco años, más vieja que ninguno de sus padres o de sus hijos. Precisamente, los marqueses se encargaban de que Juana comiera y bebiera incluso en contra de su voluntad, para que nadie les pudiera responsabilizar de su muerte.

Fernando la visitó al menos tres veces y Carlos V un mínimo de doce. Tal vez una cifra escasa, pero suficiente para constatar que el tratamiento que recibía era lo bastante respetuoso. Otra cosa es qué pasaba de puertas para dentro una vez se apagaban los ecos de aquellas visitas. En su primer viaje a España, Carlos se reencontró con su madre después de más de una década sin verla. Sobre el terreno no decidió cambiar ni un ápice de las condiciones de su régimen de vida, porque estaba contento con la labor de los marqueses, aunque entendió que era cruel que su hermana más pequeña, Catalina, de diez años, estuviera criándose en un ambiente así. La niña era de «aspecto gracioso y dulce, con hermosos cabellos rubios», es decir, con el mismo aire flamenco presente en sus hermanos. Sin embargo, la niña vestía de tal modo que «al ver su porte nadie la tomaría como una de las nietas de los Reyes Católicos». El cronista Laurent Vital la describió con lástima:

No lleva más adorno, encima de su sencillo jubón, que una chaquetilla de cuero, o por mejor decir, una zamarra de España que podía valer dos ducados. Su adorno de cabeza era un pañuelo de tela blanco...

Carlos se prometió alejar a su hermana de aquel pozo de tristeza. Tras organizar un solemne funeral en recuerdo de su padre, cuyos restos mortales seguían custodiados en un convento de Tordesillas, Carlos marchó hacia Valladolid y dispuso que Catalina fuera sacada de su cautiverio en secreto e incorporada a la corte junto a su hermana Leonor, con el tratamiento de infanta de España. Una maniobra realizada sin que Juana se diera cuenta. Según las crónicas, los servidores del rey penetraron de noche en la cámara de la infanta, haciendo un hueco en la pared, y la sacaron de Tordesillas para llevarla a Valladolid. Carlos y Leonor, otra de sus hermanas, recibieron entusiasmados a Catalina y la trataron como a la protagonista de un cuento de princesas.

El problema surgió cuando los lamentos de Juana por la pérdida de la niña se dejaron sentir incluso en Valladolid. «¡Me han robado a mi hija!», clamó al enterarse de que Catalina ya no estaba en Tordesillas. Su enloquecida reacción llevó a Carlos a consentir que la hermana pequeña regresara con su madre, aunque exigió que tuviera su propia cámara y recibiera el servicio y la atención que correspondían a su dignidad. Pero los carceleros de Juana no cumplieron con lo acordado y la convirtieron también en otra protagonista de un cuento, en este caso el de la Cenicienta. El marqués de Denia, Bernardo de Sandoval y Rojas, obligó a Catalina a firmar varias cartas donde aseguraba que estaba bien tratada, en un tiempo en el que era objeto de vejaciones constantes e incluso de malos tratos. Como si aspirara a ser la madrastra malvada, la marquesa se presentaba en público con sus hijas, postergando a la infanta de España a un segundo plano. Casualmente, ellas lucían las joyas y vestidos que Carlos enviaba a Catalina. Sin más compañía que la de su madre, a la infanta no le quedaba otra diversión que mirar desde la ventana a la gente que pasaba hacia la iglesia. A veces echaba monedas allí para que los niños fuesen a jugar bajo su ventana.

El trato a Juana era igualmente denigrante. «Vuestra Majestad provea, por amor de Dios, que si la reina, mi señora, quisiere pasearse al corredor del río o de las esteras, o salir a su sala recrear, que no la estorben», rogó Catalina a su hermano a través de una carta que, en agosto de 1521, logró burlar el marcaje de la marquesa. Se quejaba la infanta de que, para estar más tranquila con su familia e invitados, a la noble le gustaba encerrar a Juana en una cámara sin ventanas y únicamente iluminada con una vela.

Paradójicamente, las condiciones mejoraron cuando el cautiverio real se transformó en secuestro comunero. Al caer Tordesillas en manos del movimiento que se había rebelado contra el poder de Carlos, los comuneros dieron más libertad de movimientos a Juana y la trataron como lo que de hecho era: la legítima heredera de los Reyes Católicos. Catalina, de catorce años, se mostró receptiva a las peticiones comuneras. O al menos de eso le acusaba el marqués de Denia en las cartas que le

escribió al rey una vez liberada Tordesillas. «Los de la Junta (comunera) pusieron a la señora infanta en más soltura de la que conviene a la honestidad y recogimiento de quien es», suscribió, haciéndose eco de esas informaciones el cardenal Adriano — regente de Castilla— en una carta dirigida a Carlos. El emperador recriminó a Catalina su actitud, pero ya sabía por sus propias fuentes que su hermana y su madre no estaban recibiendo el trato adecuado para dos miembros de la familia real.

Carlos se vistió de Salomón. Ratificó a los marqueses de Denia como carceleros de su madre y a la vez planeó la forma de sacar a su hermana de allí definitivamente. El 2 de enero de 1525 Catalina marchó a la corte de Lisboa a casarse con el rey Juan III, el príncipe azul que rescataría a la Cenicienta de Tordesillas. Cerca de cumplir los dieciocho años, la infanta viajaba por segunda vez lejos de aquella jaula de oro donde se quedó su madre. En el país vecino se rumoreaba que Juan III había mantenido durante una temporada una aventura amorosa con la viuda de su padre, o lo que es lo mismo, con Leonor, la hermana de Carlos y Catalina. La llegada de la hija menor de Juana la Loca sepultó completamente esta relación, si es que existió en algún momento, y alzó a Catalina como una importante figura de la historia de Portugal hasta su muerte en 1578. Fue, además, una aliada clave de su hermano Carlos y de su sobrino Felipe II en la corte lusa.

Catalina dejó atrás para siempre a su madre, la loca de Tordesillas. Si se pretendía que mejorase su salud mental, las duras condiciones del encierro lo impidieron. Los años la hicieron más violenta aún con el servicio y la sumergieron en un estado de aletargamiento. También empeoraron sus problemas con la comida: mandaba que depositaran los platos en la puerta para que, cuando le viniera el hambre, pudiera comer sentada en el suelo. Después arrojaba la vajilla contra la pared o la escondía en los armarios y detrás de los baúles. Un buen método para no tener que lavar los platos, o para calibrar el alcance de su locura. En la fase final de su vida, la esquizofrenia se movió en el terreno abonado durante años por la melancolía y las paranoias. Las idas y venidas, los dramas familiares, las muertes y las visitas a cuentagotas, habían dejado exhausta su salud mental. Ya no sabía quién estaba muerto y quién vivo. A veces se preguntaba por qué Fernando no había vuelto a visitarla.

En 1552, Felipe II encargó al padre jesuita Francisco de Borja que visitara a Juana y la confesara. No le preocupaba especialmente la salud física de su abuela en ese momento, sino más bien la salud de su alma y las noticias de que había descuidado sus deberes religiosos. El jesuita la halló fuera de sí, obsesionada con que las damas que la atendían eran brujas que ensuciaban el agua bendita y escupían a los símbolos religiosos. En esta misma línea, otro jesuita que la atendió posteriormente la encontró atemorizada por un gato tenebroso que, según la narración de Juana, se había comido a varios familiares, a sus padres incluidos, y ahora la había colocado a ella en su mira. Y si bien el gato devorador de reyes desistió, no lo hizo así el deterioro físico intrínseco a la vejez. Sus piernas se ulceraron y la fiebre y los vómitos aparecieron de

forma crónica. La muerte entre gritos de dolor alcanzó a Juana en 1555, el mismo año que el hombre que reinaba en su nombre, su hijo Carlos V, renunció a sus reinos.

EL PRÍNCIPE QUE MURIÓ POR AMAR DEMASIADO



Los hijos de los Reyes Católicos padecieron existencias tormentosas, y la mayoría destinos fatales. La política fue cruel con los últimos Trastámara y los condujo a la extinción. A la mayor, Isabel, le alcanzó la muerte con solo veintisiete años cuando su matrimonio con el rey de Portugal dibujaba la posibilidad de una unión dinástica entre las casas reales de ambos países. El único hijo varón, Juan, murió por amar demasiado. O al menos eso creyeron sus contemporáneos. De Juana, su apodo lo dice todo. Con su longeva pero triste vida en Tordesillas languideció la dinastía de «los fratricidas». La siguiente en la línea de sucesión, María, se limitó a engendrar heredero tras heredero para Portugal, sin posibilidad de ayudar a sus hermanas. Y la pequeña, Catalina, vivió en primera persona el acontecimiento más significativo de la historia de Inglaterra: la ruptura con la Iglesia católica. Pagó aquel protagonismo derramando litros de lágrimas por los desprecios de su marido.

Que las coronas hispánicas cayeran en manos de la atormentada Juana y su marido extranjero resultó una carambola. No era el plan A, ni el B, ni siquiera el C. Por no ser, no era ni deseable. Si los Trastámara querían sobrevivir necesitaban a un heredero varón que perpetuara la dinastía que estaba al frente, por primera vez, de los dos grandes reinos de la península. Tras perseguirlo durante años, el ansiado varón nació el 30 de junio de 1478 en el Alcázar de Sevilla, donde los Reyes Católicos habían instalado su corte en el contexto de la Guerra de Sucesión Castellana. Al heredero se le dio el nombre de Juan, al igual que los padres de Isabel y Fernando. Aunque el matrimonio ya contaba con una hija, el sexo del joven fue motivo de grandes celebraciones en la ciudad, entre ellas una justa en la que compitió el propio Fernando. Durante ocho noches hubo cantos, danzas y fuegos artificiales. Consta también la lidia de ocho toros pagados por el cabildo de la catedral hispalense. Así y todo, el cronista Hernán Pérez del Pulgar, el de las *Hazañas*, reparó en un mal augurio: «Entre la solemnidad del bateo y la de la misa de purificación se interpuso un eclipse de sol».

Juan de Aragón y Castilla tuvo relevancia política incluso antes de aprender a caminar. Con dos años fue investido con el título de príncipe de Asturias. A los cuatro juró como heredero de la Corona de Aragón. Y en 1490 fue armado caballero en los campos de Granada, en plena guerra contra los musulmanes. Sus cualidades le hacían el príncipe prometido. El niño se reveló pronto como un hermoso hijo de Isabel, es

decir, rubio, con el rostro ovalado y un cuerpo grácil. De Fernando heredó la boca y brochazos de su carácter, pero el joven desarrolló unas espaldas anchas y unas facultades atléticas nada presentes en el aragonés. Todo en el «ángel» (como lo llamaba Isabel) brotaba con facilidad. Pero también enfermaba con facilidad. Viruelas, resfriados y unas extrañas fiebres, tal vez tuberculosis, acompañaron la corta vida del joven. Los reyes buscaron el remedio a su mala salud alimentándole con caldos de tortugas capturadas en las Islas Baleares, quizá pretendiendo que se le endureciera el caparazón.

Los Reyes Católicos no escatimaron recursos para educar a tan alto príncipe, y le sumergieron en el humanismo. El resultado final atrajo la admiración de las grandes cortes europeas, hasta el punto de que Carlos V se fijaría en la educación de Juan para vertebrar medio siglo después la del futuro Felipe II. La sede del príncipe quedó fijada de forma permanente en el palacio de los Mendoza de Almazán, a cuyo calor cultural acudieron de inmediato los hijos de los grandes nobles de Castilla. El aprendizaje del heredero fue orquestado por fray Diego de Deza, un maestro en Teología en la Universidad de Salamanca. El fraile ejerció la figura medieval del sabio y piadoso consejero que tutelaba al príncipe en los asuntos morales, mientras que otros maestros se encargaban de adiestrarle en el uso de las armas y la política más inmediata.

A los diecisiete años, los Reyes Católicos le incluyeron en el doble tratado matrimonial acordado con el emperador Maximiliano. Isabel había sopesado la posibilidad de casar a su hijo con Juana *la Beltraneja*, a modo de reconciliación con su sobrina, pero el rechazo de esta dio vía libre al desembarco austriaco. La misma flota que transportó a Juana a Flandes trajo en su regreso a Margarita. Después de la boda entre Juana y Felipe, la flota del almirante Enríquez salvó una tempestad que a punto estuvo de acabar con la vida de Margarita, que, según la leyenda, bromeó sobre su posible epitafio, acordándose de que esta era su segunda boda: «Yace aquí Margarita, ¡infeliz ella! Pues dos veces casada, murió doncella».

Arribó a finales de 1497 a Santander, donde tuvo lugar un aparatoso recibimiento. Educada en la tradición germano-borgoñona, Margarita poseía una belleza delicada, una cabellera rubia y unos ojos levemente rasgados. «Si la vierais, creeríais contemplar a la mismísima Venus», concluyó Anglería. A su llegada a España, la doncella apenas podía disimular la alegría de verse liberada del todo de su anterior matrimonio.

LA VIDA DE MARGARITA, O CÓMO SACAR PROVECHO DEL INFORTUNIO

En su ciega ambición, Maximiliano había concedido que su hija, apenas un bebé, se casara con el heredero francés como parte de un tratado entre Francia y el Imperio para trocear los Países Bajos. Pero el matrimonio nació muerto. El futuro Carlos VIII,

de trece años de edad, recibió con alegría a una Margarita de solo tres años y se casó con ella al asomar la pubertad. Sin embargo, la voracidad territorial de Francia llevó al rey a anular el matrimonio, no consumado, para casarse con la duquesa Ana de Bretaña, con quien Carlos sí podía compartir lecho. Margarita vivió con humillación el nuevo matrimonio y quedó en la corte francesa como una apestada. Los privilegios se evaporaron y sus criados se redujeron al mínimo. De marginada evolucionó a rehén de los franceses debido a las circunstancias políticas. A su feliz regreso a los Países Bajos le fue comunicado un nuevo acuerdo matrimonial: Juan aparecía en su horizonte.

El tiempo demostró que Margarita se había librado de unos cuantos disgustos. Los cronistas franceses pusieron a Carlos VIII el apodo de *el Afable* o incluso de *el Victorioso*, mientras que los españoles le motejaron Charles *el de la Cabeza Gruesa* o directamente *el Cabezudo*, en tono burlesco. Hacían referencia a su enorme cráneo, su corta altura y su cuerpo giboso. Un apodo que se demostraría irónicamente letal. Saliendo de la habitación de la reina, El Cabezudo sufrió un golpe en la cabeza con el dintel de la puerta de una galería todavía en construcción. Logró recuperarse y presenció el juego de la pelota en el castillo de Amboise, pero mientras miraba el espectáculo perdió el habla súbitamente y cayó desplomado después de emitir palabras confusas. Solo nueve horas más tarde el rey falleció debido a una fractura de cráneo. Lo hizo sin dejar descendencia viva, dado que ninguno de los cuatro hijos que engendró con Ana de Bretaña sobrevivió a la infancia. El matrimonio se desgració debido al empeño de Carlos por suprimir el ducado de su esposa.

Cuando Margarita desembarcó en España sabía que Juan se asemejaba al sueño de toda princesa. El médico alemán Jerónimo Münzer le había descrito al joven como un excelente retórico y gramático que «causa maravilla». Su falta de temperamento —anotaba— podía corregirse con los años y la experiencia de gobierno. El primer encuentro y la boda en Burgos en 1497 confirmaron las buenas referencias que manejaba Margarita. Al fin dejaría de ser doncella. Los jóvenes quedaron «flechados» uno por el otro como si fueran víctimas de un encantamiento.

La boda constituyó el evento más lustroso en la Castilla de aquellos años, incluyendo entre los invitados a Cristóbal Colón, protegido de la reina. Sumando todas las joyas regaladas, se alcanzó la cifra de 1339 perlas medianas, 50 «perlas del tamaño de avellanas mondadas» y otras 48 «harto mayores». Los festejos casi acabaron en desgracia cuando la hacanea que montaba Juan hizo un quiebro extraño y tiró al jinete a una acequia. No era buen augurio que el príncipe cayera así delante de su esposa, de los reyes y de toda la corte. Los recién casados y su séquito se trasladaron a continuación a Medina del Campo para dar satisfacción a sus cuerpos. Él quería reivindicar su virilidad. En esta ciudad el príncipe Juan enfermó de viruela y tuvo que guardar reposo hasta septiembre. El estado del joven entró en una fase declinante. El sexo fue señalado como el origen de sus males. ¿Acaso la flamenca venía con ganas de resarcirse de los años de desprecio de su primer marido? Pedro

Mártir de Anglería anota:

Preso del amor de la doncella, nuestro joven príncipe vuelve a estar demasiado pálido. Tanto los médicos como el rey aconsejan a la reina que, de cuando en cuando, aparte a Margarita del lado del príncipe, que los separe y les conceda treguas, pretextando el peligro que la cópula tan frecuente constituye para el príncipe.

Aprovechando una ligera mejoría en la salud del príncipe, la pareja se trasladó a Salamanca. El príncipe sufrió allí un ataque acompañado de violentas fiebres, que le llevó a la tumba el 8 de octubre de 1497. En plenos festejos por la boda de su hija mayor, Fernando decidió ocultar a su esposa la gravedad del estado del príncipe, si bien decidió ir a su lado en cuanto tuviera ocasión. Juan reconoció a su padre que sentía cercana la muerte, y le rogó varonilmente que acatase los designios de Dios... El aragonés se complació en escuchar en su hijo palabras propias de un anciano y, no sin llorar como un niño, se resignó a verle morir. Falleció en brazos de su padre solo seis meses después de su boda con Margarita, a la que destinó sus últimas palabras: «A partir de ahora, mi alma habita dentro de ti».

La historia novelada culpó a la joven de desatar en Juan un desenfreno sexual que su salud no pudo aguantar. Nada más lejos de la realidad. El exceso de amor o de pasión no mató a Juan de Trastámara, como creyeron sus contemporáneos. La mala salud había sido una constante en su vida; y el sexo, si acaso, únicamente restó energías al príncipe cuando más las necesitaba para recuperarse de sus achaques. Eso como mucho. La verdadera causa de su muerte fue con toda probabilidad la tuberculosis.

Las cópulas de Juan y Margarita no cayeron en saco roto, si es que vale la metáfora para algo tan profano. Margarita quedó embarazada de una niña y Castilla, incluidos los abuelos de la criatura, se limpió las lágrimas del luto para volcarse en los preparativos del parto. Desde el principio, los Reyes Católicos habían tratado con extrema calidez a la joven, sobre todo si se tiene en cuenta que venía de una familia que la había mandado a Francia siendo un bebé. El testamento de Juan reclamaba a sus padres que nada les faltara a su esposa y al hijo que pudiera dar a luz, puesto que el niño debía heredar en el futuro los reinos hispánicos. No obstante, aguardando con ansiedad el parto, la corte acogió la peor de las noticias: «Margarita ha tenido un aborto en vez de la deseada prole. El parto esperado con ansias tan vivas no nos deparó sino una masa informe».

En este punto a Margarita solo le quedaban dos posibilidades: retirarse a un convento o volver a casarse, en cuyo caso eran los de su sangre quienes debían decidir al candidato. Maximiliano I pidió la palabra. Reclamó que su hija regresara inmediatamente a Flandes y, en tanto, fue preparando la lanzadera diplomática para arrojar a su hija hacia otro matrimonio infortunado. De España se marchó con pesar por haber perdido al amor de su vida y por haber fracasado en la tarea póstuma que Juan le asignó. Su divisa personal sintetiza aquel sentimiento: *Fortune infortune fort*

une («en la fortuna y en el infortunio»). Una vez en Flandes, Margarita fue casada con el duque de Saboya, cuyo porte atlético enamoró de nuevo a la viuda. Varonil, bebedor y cazador —casi como un Gastón buscando a su Bella—, de lo que no andaba muy sobrado era de salud. Como no hay dos sin tres, el matrimonio también terminó precipitadamente, con la muerte del saboyano en 1504 a causa de una fiebre palúdica.

En los años sucesivos, Margarita se encargaría de educar en Malinas a los hijos de su cuñada, la despegada Juana. La viuda de Juan de Trastámara y de Filiberto de Saboya fallecería en 1530, satisfecha con que al final, en cierto modo sí dio un heredero a España: Carlos de Gante. Ante la ausencia de Juana se convirtió en el referente femenino de su sobrino, así como en la persona que le convenció del valor de las mujeres gobernantes. Bajo su tutela, Carlos creció rodeado de poetas, músicos, escultores y arquitectos. Además, su regencia sobre los Países Bajos consolidó en este territorio, más si cabe, el amor por las artes y la estabilidad económica.

Los Reyes Católicos tenían hijas suficientes sobre las que depositar sus reinos, pero sin un varón no podrían salvar la dinastía Trastámara, a la que ambos pertenecían. La muerte de Juan dejaba una única oportunidad para «los fraticidas» que Fernando engendrara otro hijo varón, ya fuera con Isabel o con su segunda esposa. No fue así. Con Juana y sus hermanas se perdió en las páginas de la historia la estirpe que había surgido en una trágica noche de 1369 en Montiel. Tras casi veinte años de guerra entre hermanos, el bastardo Enrique de Trastámara se enfrentó en una lucha mortal a su hermano el rey Pedro I el Cruel (*el Justiciero*, según el otro bando). Enrique retó a Pedro a que cruzaran aceros con un grito épico:

—¿Dónde está ese judío hideputa que se nombra rey de Castilla?

—¡El hideputa seréis vos, pues yo soy hijo legítimo del buen rey Alfonso!

Don Pedro era el legítimo rey, estaba en lo cierto, pero tras dos décadas de guerra sucia pocos en Castilla querían que siguiera portando la corona. Acorralado en Montiel, el monarca fue descubierto cuando, amparado en la noche, trataba de escabullirse del castillo de esta localidad. Habiendo desarmado Pedro a Enrique, el caballero francés Bertrand du Guesclin intervino sujetando al rey por la pierna y haciéndolo girar, momento que aprovechó el hermano bastardo para asestarle una estocada mortal. Después de la lucha, el francés se justificó con su cita más conocida: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor». A continuación, la cabeza del monarca fue clavada en una pica y exhibida entre las tropas. Nacía así un nuevo rey y otra dinastía. Llamado por algunos el Fratricida, Enrique instauró en Castilla una dinastía que reinaría durante casi dos siglos y que saltaría a la Corona de Aragón a principios del siglo xv. El enlace entre los Reyes Católicos unificó ambas ramas en 1469.

EL CALVARIO DE LOS ÚLTIMOS TRASTÁMARA

La muerte del príncipe que pudo salvar a la dinastía y el fallido nacimiento de su hijo póstumo abrieron la sucesión a su hermana mayor, Isabel. La primera hija de Fernando e Isabel nació cuando aún vivía Enrique el Impotente, en 1470. Era un tiempo en el que los jóvenes príncipes batallaban contra el rey y había poco espacio para celebrar con pompa el nacimiento de la niña. Además, el valor de Isabel como heredera quedó pronto minimizado con el nacimiento de Juan. Los reyes incluyeron a su hija en el acuerdo de paz con Portugal, el Tratado de Alcáçovas, que finalizaba la Guerra de Sucesión castellana desatada a la muerte del Impotente. Entre una infinidad de puntos, el texto acordaba la boda de la infanta Isabel con Alfonso, el hijo único del rey Juan II de Portugal. El hecho de que, según el tratado, Isabel quedara como rehén en Évora evidenciaba que no era una boda más. Estuvo dos años así hasta que las cortes portuguesas dieron luz verde al matrimonio en 1490. Se casó y se enamoró del heredero portugués, de quince años, al que ella le sacaba cinco. Sin embargo, cuando todavía estaba ocupado en los festejos de la boda, Alfonso perdió la vida en un accidente de caballo. Andaba por la ribera de un río y sucedió que el animal resbaló y el príncipe quedó aplastado por la bestia. Tampoco faltó en esta ocasión quien quiso ver la mano de Fernando en esta muerte, algo tan absurdo como imaginarse a uno de sus asesinos colocando cáscaras de plátano por el campo.

Tras un matrimonio de apenas ocho meses, Isabel regresó a la corte de sus padres para llorar la muerte de Alfonso. Su tristeza contrastaba con el momento de euforia que vivían los Reyes Católicos, a punto de lograr la conquista de Granada. El 25 de noviembre de 1491, los reyes firmaron con el emir de Granada, Boabdil, el acuerdo definitivo para rendir la ciudad. Los monarcas se comprometían a respetar los bienes y las personas que vivían en Granada, a garantizar la libertad de culto y a que se siguiera empleando la ley coránica para dirimir conflictos entre musulmanes. A cambio de estas concesiones, que solo se cumplieron al principio, «el rey chico» consistió la rendición el 2 de enero de 1492, en una ceremonia desprovista de humillaciones, como demuestra el hecho de que Boabdil no besara las manos de los reyes españoles. Tras la rendición, el último emir se trasladó a un territorio asignado por los reyes en Las Alpujarras, pero al cabo de dieciocho meses cruzó el Estrecho para morir en Fez décadas después.

En Roma, el final de la cruzada fue celebrado con campanadas, encierros y corridas de toros. Los conquistadores recibieron la calificación de «atletas de Cristo», y los reyes el título de «Católicos» con el que hoy son conocidos en los libros de Historia. No había así espacio en aquella corte para consolar a la joven viuda, que se cortó la cabellera, se vistió de luto y se entregó a la oración como si fuera una monja. Lo que ella no sabía era que en Portugal había un hombre que seguía recordando su belleza. A la muerte sin descendencia del padre de Alfonso, el suegro de Isabel, le sucedió en el trono su primo Manuel, duque de Viseu. Soltero a sus veinticinco años, Manuel *el Afortunado* pidió a los Reyes Católicos la mano de Isabel, cuyos encantos le habían marcado durante su estancia en Portugal. La quería, ya no como princesa,

sino como reina de Portugal. A pesar de las quejas de la infanta, que estaba convencida de que debía meterse a monja, al final aceptó y se casó el 30 de septiembre de 1497. Mientras Fernando el Católico veía morir a su hijo heredero en Salamanca, la reina asistía al enlace entre Isabel y Manuel.

Como no podía ser de otra forma, la muerte de Juan de Trastámara deslució el casamiento y sustituyó la alegría por luto. Así las cosas, Isabel pasó en cuestión de seis días de tener pie y medio en el convento a ser reina de Portugal y heredera de los reinos hispánicos. En 1498 el portugués y la española fueron jurados como príncipes de Asturias en Toledo. Los obstáculos llegaron de la Corona de Aragón. A pesar de la exhibición de fuerza de castellanos y portugueses, las cortes aragonesas no se amilnaron y mostraron sus reparos para hacer heredera de su trono a una mujer. En toda la historia de su reino solo había existido un caso parecido, el de la reina Petronila, hija de Ramiro II *el Monje*, y se había resuelto casándola con el conde Ramón Berenguer IV de Cataluña. Esta unión dinástica entre la casa de Barcelona y la de los reyes de Aragón tuvo por condición que Ramiro ejerciera de rey solo hasta tener descendencia. Tal vez se podía recurrir a esta fórmula de nuevo.

En paralelo a este debate con visos medievales, Isabel dio a luz a un niño en el Palacio Arzobispal de Zaragoza ese mismo verano. Al igual que ocurrió con su boda, la alegría se esfumó en cuestión de días. Las complicaciones del parto causaron una hemorragia a Isabel, que falleció con veintiocho años. El nuevo heredero, Miguel, tampoco vivió mucho tiempo. Murió de unas fiebres repentinas antes de cumplir dos años, cuando se hallaba bajo la custodia de sus abuelos en Granada. Con él desapareció la posibilidad de unificar Castilla, Aragón y Portugal bajo un mismo soberano, un sueño que Felipe II sí cumpliría más adelante.

No renunció del todo a esta pretensión Manuel el Afortunado, que estrechó más los lazos entre ambos países casándose con otra hija de los Reyes Católicos, María de Aragón. De este matrimonio nacieron hasta diez hijos (otra prueba de que las mujeres Trastámara eran muy fértiles, al contrario que las Austrias), de los que la mayoría llegaron a la edad adulta. Por lo demás, el protagonismo político de María se limitó a apoyar que el Imperio portugués destruyera las ciudades santas islamitas de La Meca y Medina, y conquistara los lugares santos de la cristiandad, especialmente Jerusalén. En esas estaba cuando murió en las complicaciones de uno de sus partos. Diez hijos en dieciséis años destruyeron su salud. Por cierto que tanto le gustó al portugués el sabor de las infantas españolas que, a la muerte de María, en 1517, contrajo matrimonio con una de las hijas de Juana la Loca.

Y así fue como la corona castellana y la sucesión aragonesa rebotaron hasta los pies de Felipe I, el hombre que importó los Habsburgo a España, aquí llamados Austrias por su lugar de origen. En caso de haber muerto Felipe, Juana y sus herederos, la corona habría caído en María y Manuel el Afortunado, y solo en caso de devastación bíblica en la más pequeña y maltratada hija de los Reyes Católicos: Catalina de Aragón.

Nacida en el Palacio Arzobispal de Alcalá de Henares el 15 de diciembre de 1485, Catalina de Aragón era tal vez la más parecida físicamente a su madre Isabel. Es decir, ojos azules, cara redonda y tez pálida. La niña fue llamada Catalina, como la abuela de Isabel, la inglesa Catalina de Lancaster. Predestinada por su nombre, la joven fue prometida en matrimonio a los cuatro años con el príncipe de Gales, Arturo Tudor, primogénito de Enrique VII de Inglaterra. La decisión de los Reyes Católicos obedecía también en este caso al interés por aislar al Reino de Francia. Por su parte, lo que Enrique VII buscaba era sangre fresca, como los vampiros, salvo que él la quería procedente de alguna casa real para legitimar la dinastía que acababa de iniciar en Inglaterra, los Tudor.

Porque los Tudor no andaban sobrados de buena sangre. Tras desposarse con Arturo en la catedral de San Pablo de Londres, Catalina enviudó en cuestión de un año. El heredero inglés y su esposa se vieron afectados por «el sudor inglés», una misteriosa enfermedad que atacaba sobre todo a varones jóvenes, sanos y fuertes, de buena posición económica. Esta epidemia azotó varias veces a Inglaterra y a otras regiones de Europa a finales de la Edad Media, hasta que desapareció de golpe en 1552. Aún es un misterio para los expertos en epidemias qué tipo de enfermedad fue. Tal vez algún tipo de gripe o un hantavirus que provocara afecciones pulmonares graves.

El Robin Hood de las pandemias mató a Arturo y dejó convaleciente a Catalina. Pero a decir verdad la salud de Arturo, que recibía su nombre del legendario rey británico, nunca valió gran cosa. La viudedad complicó la posición de Catalina en las islas, puesto que ni siquiera tenía quien sustentara su pequeño séquito. Durante siete años su papel consistió en mediar en los asuntos diplomáticos entre su país de adopción y el de nacimiento, una suerte de embajada en tiempos de crisis. La muerte de Isabel la Católica invalidó los acuerdos comerciales entre los dos países y enturbió su alianza. En consecuencia, la corona se negó a cubrir los gastos de Catalina y la echó a un lado. Su padre le escribiría en esos años lamentando su situación e insuflándole ánimos: «Solo Dios sabe la tristeza que invade nuestro corazón cuando pienso en tu desgracia y en tu penosa vida. Os amamos más que ningún padre ha amado a su hija».

Dado que todavía se adeudaba parte de la dote del anterior matrimonio, Enrique VII resolvió al fin casar a la madrileña con su otro hijo, el futuro Enrique VIII. La fecha de la boda se pospuso sucesivamente en lo que se debatía sobre el himen de Catalina. Sobre si lo tenía o no. Catalina aseguraba que no había consumado su primer matrimonio, lo cual resultaba extraño a menos que fueran ciertos los rumores sobre la homosexualidad de Arturo. La virginidad de la joven se convirtió en una cuestión de primer orden: podía determinar si la dote debía pagarse o no, así como la validez del anterior matrimonio.

CATALINA, LA MADRILEÑA QUE FUE DESPLAZADA POR UNA «MALA

PERRA»

Catalina «poseía unas cualidades intelectuales con las que pocas reinas podrían rivalizar», en palabras de los cronistas. Erasmo de Rotterdam y Luis Vives no escatimaron elogios hacia la hija de los Reyes Católicos y su milagro de educación femenina. Enrique se sintió así afortunado de casarse con ella, en 1509, durante una ceremonia privada en la Iglesia de Greenwich. Para entonces él ya era rey de Inglaterra y ella «la reina de todas las reinas y modelo de majestad femenina», según la describiría un siglo después William Shakespeare. En definitiva, una de las soberanas más queridas por el pueblo inglés en la Historia. Él tampoco era mal partido. Su robustez física hacía que Enrique VIII destacara en las justas, la caza y las partidas de *royal tennis*, antepasado del actual tenis. Fue además un músico completo, escritor y poeta, así como un ávido apostador y jugador de dados. Un amante de la vida al que se le atragantó lo de tener hijos.

Pese a la buena sintonía, la sucesión de embarazos fallidos enturbió la convivencia entre el rey y la reina. De los seis embarazos de Catalina solo la futura María I alcanzó la mayoría de edad. ¿Estaba acaso maldita? Algunos estudios modernos han especulado con la posibilidad de que Enrique contagiara la sífilis a su esposa. Esto habría derivado en sus fallidos embarazos y encendido, a su vez, la impaciencia del rey, que en materia política encontró en ella a la mejor socia. En 1513, su marido la nombró regente del reino mientras él viajaba a luchar junto a España y el Sacro Imperio contra Francia. La reina lidió con una incursión escocesa en Inglaterra, que desembocó en la batalla de Flodden Field. Se dice, entre el mito y la realidad, que Catalina acudió embarazada y equipada con armadura a dar una arenga a las tropas antes de la contienda. Lejos de agradecerle sus servicios, Enrique volvió a casa hecho un basilisco y maldiciendo a Fernando el Católico por retirarse de la guerra. El rey, sensible e inteligente para algunas cosas, exhibía un carácter impulsivo y colérico, que fue empeorando con los años. Por esas fechas se planteó por primera vez el divorcio de Catalina.

A partir de 1517, Enrique comenzó un romance con Elizabeth Blount, una de las damas de la reina. Al bastardo resultante de esta aventura, Enrique Fitzray, le reconoció como hijo suyo y le colmó con varios títulos. Ante tal humillación, Catalina reaccionó con la dignidad regia que tan querida le había hecho en Inglaterra. Su personalidad le había granjeado las simpatías de los grandes nobles, clérigos e intelectuales del reino. Pero aquello no le bastó para sobrellevar los desprecios de su marido. Entre las muchas relaciones extramatrimoniales de Enrique, una de ellas marcó un antes y un después, la que mantuvo con Ana Bolena, una seductora y ambiciosa dama de la corte que provocó un cisma, literalmente.

En este sentido, el cine anglosajón ha tendido a retratar a Catalina como la belleza marchita e hispánica (morena y piel oscura) que se vio solapada por la exuberancia

sajona de Ana. Nada más lejos de la realidad. Catalina era de facciones rubias y delicadas, hermosa a pesar de que los sucesivos embarazos castigaron su aspecto; mientras que Ana Bolena, educada en Malinas y París, tenía ojos oscuros y cabellos negros. En lo que no va desencaminado el séptimo arte es en el atractivo de Ana, deslumbrante, hasta tal punto que nadie se fijaba de primeras en el defecto físico de su mano izquierda: tenía seis dedos o, para ser más precisos, cinco y un pequeño muñón. Lo ocultaba con mangas largas, puesto que en la Inglaterra de los Tudor aquello podía pasar como un signo de brujería. Cuando Enrique se cansó de su hermana, María Bolena, se enzarzó en un romance con la pequeña Ana. La joven se resistió al principio, pero con sus reparos se aseguró de que Enrique no la usara como un entretenimiento pasajero. El rey se apasionó con aquella mujer que se había atrevido a decirle que no. No solo quiso hacerla su amante, sino también su reina.

Enrique VIII propuso al papa una anulación matrimonial basándose en que se había casado con la mujer de su hermano. El matrimonio era nulo, en tanto que incestuoso. «No descubrirás la desnudez de la mujer de tu hermano» (Levítico), citó el cardenal Wesley para respaldar los argumentos del rey. Catalina se interpuso recordando que ella nunca consumó el matrimonio con Arturo, por lo cual ni siquiera era válido. Haciendo caso a la española, el papa Clemente VII rechazó la anulación, mas sugirió como medida salomónica que Catalina podría retirarse simplemente a un convento, dejando vía libre a un nuevo matrimonio del rey. Así las cosas, el obstinado carácter de la reina, que se negaba a que su hija María fuera declarada bastarda, impidió encontrar una solución que agradara a ambas partes. La intervención del sobrino de Catalina, Carlos V, neutralizó las amenazas de Enrique VIII hacia Roma. Si Clemente VII temía a alguien en Europa era al hombre que había saqueado la ciudad en 1527.

Intuyendo que nada sacaría de Roma, Enrique VIII tomó una resolución radical: rompió con la Iglesia católica y se hizo proclamar «jefe supremo de la Iglesia de Inglaterra». En 1533, el arzobispo de Canterbury declaró nulo el matrimonio con Catalina y el soberano se casó con Ana Bolena, a la que el pueblo denominaba «la mala perra». La pareja se consolidó definitivamente con la noticia del embarazo de Ana, que los astrólogos y magos anticiparon un niño. Se equivocaban. Nació otra niña, llamada Isabel, condenada también a una infancia traumática.

Enrique privó a Catalina del derecho a cualquier título salvo el de princesa viuda de Gales, en reconocimiento a su condición de esposa de su hermano Arturo, y la desterró al castillo del More en el invierno de 1531. Después fue trasladada al castillo de Kim Bolton, donde tenía prohibido comunicarse por escrito y sus movimientos quedaron todavía más limitados. El 7 de enero de 1536, antes de morir a causa posiblemente de un cáncer, Catalina de Aragón escribió una carta a su sobrino Carlos pidiéndole que protegiera a su hija, la cual sería desposada posteriormente con Felipe II. Además, dirigió otra carta a su esposo donde le perdonaba por sus errores, terminando con estas palabras: «Finalmente, hago este juramento: que mis ojos os

desean por encima de todas las cosas. Adiós».

El color negro de su corazón, indicio tal vez de que sufrió algún tipo de cáncer, propagó por Inglaterra el rumor de que la hija pequeña de los Reyes Católicos había sido envenenada por orden del rey. Contribuyó a esta idea el hecho de que, según la tradición, Enrique VIII celebrara una fiesta en palacio y prohibiera guardar luto en la corte en aquellas fechas. Ana Bolena podía al fin cantar victoria, al menos durante unas semanas. Coincidiendo con la muerte de Catalina, Ana sufrió un aborto de un hijo varón. El monarca ni siquiera se tomó la molestia de ir al lecho de la parturienta a consolarla. Solo unos meses después, Ana fue decapitada en la Torre de Londres acusada falsamente de emplear la brujería para seducir a su esposo, de tener relaciones adúlteras con cinco hombres, de incesto con su hermano, de injuriar al rey y de conspirar para asesinarlo.

La cuestión de fondo era que Enrique VIII ya se había prendido de otra joven guapa y delicada, Jane Seymour. El día siguiente al de la ejecución de Ana contrajo matrimonio con ella y engendró a su único hijo varón, el príncipe Eduardo. Doce días después de aquel parto murió Jane por fiebres puerperales. No obstante, el rey contrajo matrimonio otras tres veces. Ni siquiera consumó el siguiente, con Ana de Cleves, a la que llamaba en privado «la yegua de Flandes» por su escaso atractivo. Mostraba el rostro picado por la viruela, la nariz enorme y los dientes saltones. El envejecido y obeso soberano se divorció de nuevo para casarse con Catalina Howard, a la que también decapitó. Fueron aquellos sus años más desquiciados. Como si de un adelantado caso de Dr. Jekyll y Mr. Hyde se tratase, Enrique VIII tornó con los años hacia un carácter violento y tiránico, ya fuera por la sífilis o por los golpes en la cabeza que sufrió a lo largo de su vida.

El 17 de enero de 1536, en una justa, Enrique sufrió un golpe que le dejó inconsciente por más de dos horas y derivó en dolores de cabeza e insomnio. Aquel accidente coincidió con una de las represiones más crudas contra los católicos y la ejecución de Ana Bolena. Ese mismo accidente redujo su movilidad y desató su obesidad a causa de una herida en el muslo mal curada. Falleció en 1547, cuando todavía seguía casado con su sexta esposa, Catalina Parr.

Paradójicamente, la muerte de Eduardo VI de Inglaterra, a los quince años de edad, por una tuberculosis, forzó que la corona pasara sucesivamente a las hijas marginadas del rey. María, hija de Catalina de Aragón, e Isabel, hija de Ana Bolena.

CARLOS V, EL EMPERADOR QUE NACIÓ EN UN RETRETE



CASTILLA CONTRA EL REY QUE NO HABLABA ESPAÑOL NI ALEMÁN

Sin literatura alguna, sin remilgos. Así fue la entrada a este mundo del hombre que dominó la Europa de su tiempo. Porque no hay poesía en nacer en un retrete y morir de paludismo, una enfermedad estimada hoy como propia del Tercer Mundo y ligada a condiciones higiénicas deficientes. Lo hizo cuando Carlos de Gante ya se había resignado a ser Carlos de Yuste a consecuencia de un fuerte proceso depresivo.

El segundo hijo de Juana la Loca y Felipe el Hermoso nació el 24 de febrero de 1500 en el castillo de Gante, la sede de la dinastía borgoñona, cuando la madre, sintiéndose indispuesta, abandonó una fiesta y se retiró a su cámara. No alcanzó a llegar allí. El parto fue un abrir y cerrar de ojos, depositándose el bebé en lo que se llamaba un pequeño retrete, que igual podían ser unas letrinas que un gabinetillo. El médico psiquiatra Francisco Alonso-Fernández sugiere de este modo que las extravagantes circunstancias del parto pudieron causar lesiones cerebrales en el neonato. En caso de registrar crisis epilépticas en su infancia, debió de ser solo en los primeros años de aprendizaje, pues ni siquiera el abuso de alcohol a lo largo de su vida sacó a flote las epilepsias de nuevo. De lo que no cabe duda, en cambio, es del nocivo impacto que tuvo el criarse con una madre psicótica y un padre ausente.

Juana delegó su papel de madre en los miembros de la dinastía de Borgoña. Carlos era borgoñón por parte de padre, austriaco por la dinastía de su abuelo, español por su madre y alemán por las circunstancias. Era imposible, pues, que una educación estrictamente flamenca le preparara para gobernar en el maremágnun de reinos y títulos que, por distintas casualidades, iban a recaer sobre sus hombros. Felipe el Hermoso insistió en que sus hijos nacieran y se criaran en los Países Bajos, pero, ante la incapacidad de Juana y los constantes viajes del matrimonio a España, los niños quedaron confiados a la viuda del príncipe Juan de Trastámara, Margarita de Austria, que les hablaba únicamente en francés en su pequeña corte de Malinas. El joven de Gante fue instruido con la vista puesta en el único título que tenía asegurado, el Condado de Flandes, lo que explica su falta de conocimientos de la historia y las tradiciones españolas. No en vano, consciente de que Carlos podría ocupar algún día su trono, Fernando el Católico envió al humanista Luis Cabeza de Vaca a Flandes con la misión de que enseñara castellano y las costumbres españolas a

Carlos, Leonor, Isabel y María, los cuatro hijos de Juana que se criaron juntos. Otros dos españoles, Archieta, y sobre todo Juan de Vera, el obispo de León, aunaron esfuerzos para hispanizar al joven. Sin éxito.

El pequeño grupo de españoles perdió el partido por goleada. Resultaba prácticamente imposible competir con el resplandor de la corte borgoñona, famosa en toda Europa por su complicado protocolo palatino, su peculiar aire caballeresco y por ser la patria de notabilísimos pintores, entre ellos, los hermanos Van Eyck. Carlos creció en este ambiente de fertilidad humanística y, con solo seis años, recibió el título de conde de Flandes a consecuencia de la muerte de su padre. Aunque el gobierno de los Países Bajos estaba *de facto* en manos de Margarita de Austria, Carlos debió hacer frente a una serie de responsabilidades desde muy joven. Fue la prematura advertencia de que no iba a gozar de treguas a lo largo de su vida. Quizás por ello se acostumbró a reventar anímicamente cada cierto tiempo.

Con once años, al conde de Flandes le fue asignado como preceptor un clérigo de origen humilde con fama de santidad, Adriano de Utrecht, cuya carrera había empezado como párroco de una iglesia rural y habría de acabar como la cabeza de Roma. Adriano se encargó de que el joven conde gozara de una plena formación humanista, aunque por alguna razón desconocida no logró que en Carlos calara del todo el latín, que se antojaba imprescindible para alcanzar un nivel aceptable de cultura. Lo mismo que con el latín y el español le sucedía con el alemán y el inglés, que supuestamente aprendió de forma parcial. Una cosa es la teoría y otra la práctica. Las carencias que mostró con los años hacen intuir que el hijo de Juana no fue un estudiante brillante, sino más bien un alumno adormilado apasionado por la caza, las chicas y las justas. Las matemáticas tampoco le gustaban un pelo.

El intrincado protocolo borgoñón abrió la puerta al otro hombre que acompañó a Carlos en sus primeros pasos políticos. Guillermo de Croy, señor de Chièvres, ejerció el puesto de primer chambelán por herencia familiar y se ganó la confianza del adolescente a base de fiestas de pijamas. Guillermo de Croy hizo llevar su cama junto al lecho del niño Carlos para que siempre tuviera a alguien con quien conversar si se despertaba a media noche. La extraña decisión de aquel hombre de cincuenta y un años dio sus frutos. Ningún otro consejero ejercería tanta influencia sobre Carlos en toda su vida. El señor de Chièvres, en tanto, fue el responsable de completar la formación política de su discípulo, instándole a implicarse en los asuntos de Estado y a leer previamente los despachos que estaban sobre su mesa.

EL HOSTIL RECIBIMIENTO DEL «BOCINA FEA»

En el horizonte del joven conde de Flandes y sus consejeros flamencos irrumpió España el 23 de enero de 1516, el día que murió Fernando el Católico. El viejo rey dejó escrito que su nieto debía heredar los reinos hispánicos ante la incapacidad de su

hija Juana y que, de forma temporal, el cardenal Cisneros ejercería como regente. Pese a nacer hijo de unos hidalgos pobres, Francisco Jiménez de Cisneros ya había presidido el Consejo de Regencia de Castilla tras la muerte del rey Felipe I y en los años finales del gobierno de Fernando. Su valía como gobernante y su fidelidad a Isabel, Fernando y Carlos quedaba fuera de toda duda. Salvo para Guillermo de Croy, quien jamás apreció los esfuerzos de Cisneros, y ni siquiera le concedió la satisfacción de conocer en persona al joven rey por el que tanto había batallado. Con la reina Juana encerrada en su locura y la revoltosa nobleza castellana tramando maldades, Cisneros apremió a Carlos a viajar cuanto antes a Madrid. No lo hizo hasta pasado un año del fallecimiento de Fernando, rey de Aragón y gobernador de Castilla. ¿Cuánto tiempo más podría el cardenal sujetar a las fieras?

Dos cuestiones se interponían entre Carlos y España. Por un lado era necesario reunir los recursos financieros y logísticos para viajar hasta el sur de Europa, lo cual se solucionaba con una buena dosis de paciencia, que es de lo que más carecen los adolescentes. La otra cuestión problemática no dependía de él. Debía asegurarse de que el nuevo e impetuoso rey de Francia, Francisco I, no se lanzara a la yugular de los Países Bajos en su ausencia. Al igual que Felipe el Hermoso, el señor de Chièvres era partidario de una relación amistosa con Francia, sobre todo a la vista de sus éxitos militares en el norte de Italia. Chièvres avaló el humillante Tratado de Noyon el 13 de agosto de 1516.

Era un tratado humillante al menos para los castellanos y los aragoneses, que, frente a las victorias de Fernando e Isabel en las últimas décadas en Italia, consideraron que los términos firmados suponían retroceder un siglo. Carlos reconocía los derechos franceses sobre el Reino de Nápoles (ese mismo que el Gran Capitán había afianzado por la vía de las armas), aunque Francisco se avenía a cederlo como dote en el matrimonio entre su hija Luisa de Francia y Carlos. Hasta que se celebrara el matrimonio Carlos debía pagar 100 000 ducados en rentas anuales por un reino que ya le pertenecía, y 50 000 hasta que tuvieran sucesión. En cuando a Navarra, conquistada por Fernando el Católico para Castilla, Carlos se comprometía a reconsiderar la licitud de su dominio y las reclamaciones de los anteriores reyes, la casa de Albret. En suma, el tratado no representaba el verdadero pulso político del periodo y resultaba denigrante a nivel simbólico. Si bien Carlos nunca se llegó a casar con la hija de Francisco, dada su prematura muerte, sí tuvo que reconocerse expresamente vasallo del rey de Francia por sus señoríos de Flandes y Artois.

Una vez asegurada su posición como soberano de los reinos hispánicos gracias al reconocimiento del papa León X, Carlos partió el 8 de septiembre de 1517 con su escuadra rumbo a Santander. En esta flota, formada por cuarenta naos, iban embarcados los principales cortesanos flamencos de Carlos, encabezados por Chièvres; la hermana mayor del rey, Leonor; y un puñado de consejeros españoles, entre los cuales se destacaría el obispo Mota por su protagonismo en las Cortes de Castilla. La travesía se complicó a causa de una fuerte tormenta. Un barco se

incendió, con ciento sesenta pasajeros, en su mayoría servidores de la corte, y con unas cuantas mujeres de la vida. Su presencia dio lugar al cruel comentario del cronista Laurent Vital: «Y aunque fuese una gran desgracia, no pudo haberse prendido el fuego para perder menos gente de bien, que allí donde se prendió».

No está claro que compartiera esta opinión Carlos, cuya fama de mujeriego ya empezaba a resonar. ¿Prefería perder un barco atestado de aduladores y leguleyos con caras de sapo o a uno con hermosas mujeres de la vida? La respuesta es sencilla de intuir: si Chièvres iba a bordo prefería sin duda salvar a los sapos. La influencia del flamenco sobre el joven le iba a ocasionar varios tropiezos a su llegada a España. Ni siquiera el recibimiento fue remotamente el esperado. La tormenta forzó que la escuadra desembarcara en el pequeño puerto de Tazones, en Asturias, lejos del recibimiento oficial que estaba preparado en Laredo. Para más ridículo, los asturianos confundieron la expedición con un ataque turco o francés y se dispusieron a combatir a aquella invasión extranjera con sus rudimentarias armas.

Asturias había sido la cuna de la Reconquista y seguía muy vinculada a la política de Castilla, pero a nivel socioeconómico se trataba de una tierra remota y aislada. Se antojaba el peor lugar desde donde tomar contacto con el país. Tras repeler el ataque de aquel ejército de pescadores y campesinos, Carlos avanzó en dirección a Valladolid lastrado por el mal tiempo otoñal y maldiciendo cada monte. El monarca enfermó a causa de un aguacero cerca de Santander y ni siquiera sus amados bufones lograron arrancarle una leve sonrisa. Los médicos trataron el catarro con raspaduras de unicornio, el animal fabuloso a cuya cornamenta se atribuían poderes curativos (en Extremadura existía una versión de la leyenda llamada *el escornao*, una mezcla de jabalí, toro y caballo, con un gran cuerno en la frente).

Con energías renovadas por el unicornio, Carlos se entretuvo en Tordesillas visitando a su madre, que, tras sorprenderse en su honda locura de que sus hijos no siguieran siendo niños, autorizó formalmente a su primogénito para titularse rey. Todo ello retrasó todavía más su marcha hacia Valladolid, lo que en el entorno de Cisneros se interpretó como una maniobra de Chièvres para que Carlos jamás se reuniera con el anciano cardenal. Cisneros había partido con entusiasmo a su encuentro nada más saber de la llegada al fin del hijo de Juana. Pero a principios de noviembre, en Roa, apenas a 60 kilómetros de Valladolid, el anciano de ochenta y un años falleció, aburrido y desesperado por el retraso de la comitiva real.

La ingratitud desplegada por Chièvres fue mucho más allá de dejar morir al anciano sin cumplir su deseo más ansiado. El cardenal recibió una carta en la que Carlos daba por buenos sus servicios, instándole a retirarse a descansar a su Arzobispado de Toledo. El cronista Juan Ginés de Sepúlveda recoge el sentir castellano al ver un final en esos términos para el honrado regente:

La muerte de un varón así resultó más penosa y preocupante a los castellanos, porque se le consideraba la única persona que con su autoridad y discreción podría guiar las acciones y decisiones de un rey muy joven aún, nacido y criado fuera de España y no educado en las costumbres de los españoles.

El monarca consintió las muestras de desprecio sin sospechar lo mucho que iba a echar en falta a un aliado de la altura política de Cisneros. Solo él podía cuidarle de los tejemanejes de la nobleza castellana. El hijo de Juana tenía diecisiete años, mientras que ellos contaban con siglos de entrenamiento en el arte de complicar la vida a los reyes. Como le ocurriría a Felipe II cuando viajó a los Países Bajos a principios de su reinado sin saber apenas francés, Carlos fue recibido con bastante recelo entre la nobleza castellana a causa de su incapacidad para expresarse en su idioma, más allá del saludo protocolario. Tampoco ayudaba la seriedad del joven, que el humanista Pedro Mártir definió como «propia de un anciano», ni la parquedad de sus movimientos. Lo había advertido antes de viajar a España su propio abuelo, Maximiliano I, cuando comparó a su nieto con «un ídolo pagano», al encontrarlo tan parado y escaso de vitalidad. Tal vez para demostrar que no era un busto grotesco, durante cuatro meses se sucedieron fiestas, banquetes, desfiles, corridas de toros y justas en las que el rey se destacó como un excelente atleta.

La personalidad del rey estaba lejos de causar devoción, aunque su porte físico se consideraba armonioso, atlético y propio de un caballero renacentista. Años después, el embajador veneciano Gaspar Contarini describía a Carlos como «de estatura mediana, mas no muy grande, ni pequeño, blanco, de color más bien pálido que rubicundo; del cuerpo, bien proporcionado, bellísima pierna, buen brazo, la nariz un poco aguileña, pero poco; los ojos ávidos, el aspecto grave, pero no cruel ni severo; ni en él otra parte del cuerpo se puede inculpar». La totalidad de su cuerpo era proporcional, a excepción del famoso mentón, «tan ancho y tan largo, que no parece natural de aquel cuerpo». Esta deformación en su mandíbula, en apariencia «postiza», era producto del prognatismo tradicionalmente vinculado a la familia Habsburgo. En muchas de las monedas y medallas de estos soberanos, donde podrían haber disimulado sus mandíbulas inferiores, parecen aún más prognatas que en los retratos privados. Dios les dio una deformación, y ellos lo convirtieron casi en un símbolo de poder. Un símbolo que estaba también presente tanto en los Trastámara como en los Borgoñones, recibiendo Carlos por partida doble esta incómoda herencia.

La desalineación entre el maxilar y la mandíbula impedía a Carlos el correcto encaje de la boca al cerrarla y le causaba dificultad para articular las palabras y comer de una forma adecuada. Prefería así hacerlo en solitario, sin que nadie pudiera contemplar sus apuros al masticar los alimentos. Con los años se dejó crecer una barba recortada para camuflar ese «postizo», que sirvió en ocasiones a quienes querían ofenderle con improperios. En su primera visita a Calatayud un baturro deslenguado le gritó desde la multitud: «Majestad, cerrad la boca, que las moscas de esta tierra son inconscientes». Por su parte, el biógrafo y aventurero Pierre de Bourdeille cuenta en su famosa obra *Bravuconadas de los españoles* cómo un soldado español que sirvió con Carlos en Hungría se quejó con amargura de las condiciones del servicio. Afirmó de forma imprudente: «Váyase al diablo, bocina fea, que tan tarde es venido, que todo el día somos muertos de hambre y frío». La

referencia a la deformidad de su boca no ofendió esta vez a Carlos, que se lo tomó con humor y no dio orden de castigar al soldado. Al menos según la benigna versión de Bourdeille.

El rey podía ser férreamente rencoroso, pero rara vez castigaba a sus cortesanos y hombres cercanos de forma severa. Era de ánimo templado, melancólico, parco en palabras, y tenía un desarrollado sentido ético de la existencia. En los años finales de su existencia aconsejaría a su hijo sobre la mejor forma de proceder en la vida: «Ser un hombre no consiste en creer que lo somos y desearlo, ni en ser grande de cuerpo, sino tan solo en tener gran discernimiento y juicio para cumplir con los trabajos propios de un ser bueno, inteligente y honrado». Algo que no era incompatible con sus famosas explosiones de cólera. El psiquiatra catalán Jeroni Moragas, en su libro *De Carlos I emperador a Carlos II* asegura de forma incisiva: «Probablemente estos impulsos coléricos eran, en su edad madura, lo único que le quedaba de aquellos remotos ataques epilépticos de su mocedad».

LA HERENCIA ESPAÑOLA: LA ABUELA OBESA QUE MATABA DE AMOR

El mentón le avergonzaba y le afeaba el rostro, pero eso no reducía, en cambio, el magnetismo que su figura ejercía en las mujeres, incluida su abuelastra. «Vos miraréis por ella y la honraréis y acataréis, para que pueda ser honrada y favorecida por vos y remediada en todas sus necesidades», escribió poco antes de su muerte Fernando el Católico. Le pedía a su nieto que cuidara de su viuda, la francesa Germana de Foix, «pues no le queda, después de Dios, otro remedio sino solo vos». Y Carlos se tomó al pie de la letra las palabras de su abuelo. El primer encuentro entre ambos se produjo en Valladolid, donde se hablaron en la lengua natal de los dos. A sus veintinueve años, Germana seguía siendo una mujer alegre, inteligente y atractiva, a pesar de su cojera, mientras que Carlos no pasaba de ser un adolescente enamorado, de diecisiete años, y de escasa experiencia sexual, deslumbrado sin remedio por aquella hembra que mataba de amor. Al menos así lo había hecho con Fernando. Con el fin de dar satisfacción a su esposa y hacer un varón, el viejo rey se atiborró de productos considerados afrodisíacos (mosca española, testículos de toro...) en la fase final de su vida. Rebañó el cóctel de amor cada día hasta que las complicaciones cardíacas lo condujeron a la tumba en Madrigalejo, sin que en el intento obtuviera el ansiado heredero que habría privado a Carlos de la Corona de Aragón. Se puede afirmar que una mosca y unos testículos evitaron que las coronas hispánicas se separaran.

El amor surgió entre abuela y nieto y adquirió tintes novelescos a través de la carpintería. Para facilitar el acceso del palacio del rey a la casona de la reina viuda en Valladolid, Carlos ordenó alzar un puente de madera, con el fin de «que el monarca y su hermana (Leonor) pudieran ir en seco y más cubiertamente a ver a la dicha reina».

La relación tuvo por fruto una niña llamada Isabel, nacida en 1518, cuya paternidad fue tradicionalmente cuestionada por la mayoría de historiadores hasta que la profesora Regina Pinilla Pérez de Tudela se topó hace no muchos años en el Archivo de Simancas con el testamento de Germana. La viuda de Fernando dejaba su joya más preciada, un collar de 133 perlas gruesas, «a la serenísima Doña Isabel, Infanta de Castilla, hija de Su Majestad el emperador, mi señor e hijo». Esa era una prueba contundente: con las joyas no se juega.

Antes de que el romance con su abuelastra derivara en rumores más dañosos, el rey español decidió poner tierra de por medio. Germana de Foix se casó en 1519 con el marqués de Brandemburgo, al que la leyenda le achaca una muerte por exceso de amor en la misma línea de Fernando. Según el cronista Santa Cruz —dado al cotilleo más subterráneo—, el 5 de julio de 1525 el alemán de treinta y tres años llegó corriendo por la posta a ver a su mujer Germana, que estaba en Valencia, «y con el quebranto y cansancio que había llegado no se había abstenido de llegar a la reina con la moderación que convenía, antes se había habido muy destempladamente con el vicio de la carne». Así pues Juan de Brandemburgo murió a consecuencia del ímpetu con el que accedió a su esposa tras un largo y fatigoso viaje. Y eso que, a decir de Pedro de Gante en una carta al marqués de Denia, la reina Germana «estaba gorda». No tendría la mínima importancia este detalle, si no fuera porque iba a terminar sufriendo de obesidad mórbida en sus últimos años.

La segunda viudedad de Germana volvió a prender la llama con Carlos. Durante los festejos derivados de la boda de Francisco I y Leonor, la francesa apareció del brazo del emperador, bailando y celebrando el matrimonio en una posada en Illescas. De nuevo urgía casar a aquella mujer obesa con tendencia a matar a los hombres por exceso de sexo —era la reina de corazones—, siendo tal vez lo primero igual de malo, o de bueno, que lo segundo a la hora de hallar voluntarios. El mismo año que Carlos se casó con Isabel de Portugal, Germana de Foix se comprometió con Fernando de Aragón, duque de Calabria. Este era el mismo duque a quien había hecho prisionero el Gran Capitán en la guerra de Nápoles, hombre ahora de la plena confianza de Carlos tras su leal actuación durante la rebelión de las Germanías. Los rebeldes le habían liberado de su prisión, mas él se mantuvo firme y ganó a cambio una esposa enorme. El embajador polaco, Dantisco, se burló del enlace en estos términos: «Este buen príncipe, que cuenta entre sus antepasados ochenta reyes de la casa de Aragón, forzado por la penuria, ha venido a caer con esta corpulenta vieja, y a dar un escollo tan famoso por sus naufragios».

La tercera boda de la reina de corazones causó una oleada de burlas por Castilla y Aragón. Francesillo de Zúñiga, bufón de Carlos I y autor de la crónica más ácida de su reinado, vincula la creciente obesidad de Germana al terremoto que se produjo en Granada durante la luna de miel de la pareja. Según Francesillo, no se supo si había sido un terremoto o los gritos de la reina Germana, que del susto saltó de la cama y «hundió dos entresuelos y mató un botiller y dos cocineros que debajo dormían». Por

cierto que Francesillo no vivió lo bastante para saber a cuántos más cocineros o maridos iba a matar la gordura de Germana. Después de servir seis años a Carlos, don Francés hizo una desafortunada broma sobre la lealtad de algunos nobles cercanos al monarca, lo que le ganó la ira real y la expulsión de palacio. En 1532, ya en otras lindes, el bufón recibió una cuchillada en una oscura calle de Béjar como prueba de que a casi nadie le gustan los chistes gruesos. Con cuchilladas en la cabeza, brazos y manos, y una estocada en el lado izquierdo debajo de las costillas, Francesillo fue llevado a su casa, donde su mujer salió preguntando qué ocurría. El bufón respondió, sin perder su humor en tan grave situación: «No es nada, señora, sino que han muerto a vuestro marido».

La unión entre la festiva Germana y otro amante de la buena vida y la cultura, el duque de Calabria, convirtió su residencia en el Reino de Valencia en una pequeña corte a la italiana. Se hacían batallas de ingenio hasta el amanecer, discutiendo las damas y los caballeros sobre la preeminencia de los hombres o las mujeres, leyendo e improvisando poesía y haciendo buena la alegría de vivir renacentista. Pero no todo fue poesía y música. Como virreyes hubieron de hacer frente al bandolerismo, a las luchas internas, a la piratería ejercida desde el norte de África, al endeudamiento de los nobles y a la rebelión de los moriscos, así como a los ecos de la rebelión de las Germanías. Y es que en paralelo a las revueltas que se estaban produciendo en Castilla con los comuneros, en el seno de los artesanos de los reinos de Mallorca y Valencia se produjo una rebelión contra la corona de carácter antiseñorial. Entre tanto, Germana de Foix y su marido llegaron al cargo justo al final del conflicto, a tiempo de encabezar la represión sobre los sublevados. Entre cultura renacentista, poemas picantes, obesidad mórbida y represión falleció la francesa, en 1538, sin dejar más descendencia que la hija ilegítima de Carlos.

Otro familiar que Fernando el Católico legó a su nieto fue su propio hermano, Fernando de Austria, pidiéndole que velara por su futuro. Lo que el viejo rey olvidó mencionar es que él ya tenía quien le protegiera. Carlos se topó a su llegada a España con una numerosa facción palaciega que era favorable a que su hermano, nacido y educado en Castilla, fuera quien recibiera las posesiones hispánicas. Nacido en el Palacio Arzobispal de Alcalá de Henares el 10 de marzo de 1503, el hijo de Juana la Loca recibió el nombre de Fernando en honor a su abuelo materno, Fernando el Católico, quien se implicó de forma directa en su educación. Como ya vimos, Juana había dejado al niño a cargo de sus abuelos para regresar, de manera abrupta, a Bruselas junto a su marido y sus tres hijos mayores.

Ya en el testamento de la reina de Castilla, que desheredaba a su hija por su actitud, había quedado patente la predilección de los reyes por su nieto Fernando, concediéndole varias rentas en las mandas testamentarias y otorgándole una casa propia. Tras un paréntesis en que el niño vivió junto a su padre, Fernando el Católico volvió a hacerse cargo de la tutela de su nieto favorito cuando falleció Felipe. El viejo monarca malogró una intentona de secuestro del joven en su residencia de Simancas,

a cargo de dos de los consejeros del futuro Carlos I. El joven era demasiado valioso como para abandonarlo en manos del maquiavélico Fernando.

A falta de hijos varones, el monarca aragonés se implicó aún más en la educación del niño en los siguientes años y trató de transmitirle sus conocimientos sobre el arte de gobernar. Por todas estas razones, el rey escribió un testamento secreto, en 1512, otorgando a Fernando de Austria el gobierno de los reinos y los maestrazgos hispánicos hasta la llegada de Carlos I. Sin embargo, temiendo que estas concesiones pudieran enfrentar a los dos hermanos, el aragonés pactó poco después con Adriano de Utrecht la salida de su nieto favorito de España una vez que él hubiera fallecido. Aquí Carlos tampoco supo apreciar los esfuerzos de Cisneros, que maniobró para contener la influencia de esta facción cortesana durante el tiempo que el joven imberbe tardó en desplazarse a España.

La figura de Fernando, de catorce años, se vislumbraba a ojos de Carlos como un arma arrojadiza que ciertos sectores de la nobleza castellana planeaban usar contra él. No lo veía como un auténtico enemigo, sino solo como un instrumento en malas manos. Por eso advirtió por carta a su hermano pequeño del peligro de «aquellos malos servidores» que «hablaban palabras feas y malas en desacuerdo y perjuicio de mi persona». Cuando estaba a punto de entrar en Valladolid, Carlos se desvió una vez más para, en esta ocasión, reunirse con su hermano en Mojados. El infante hizo acto de presencia con un fuerte contingente de soldados y acompañado de un nutrido grupo de nobles. Pero lo que pareció por un instante un desafío a la autoridad de su hermano, un regreso a los turbulentos tiempos de Pedro el Cruel y Enrique el Fratricida, quedó en nada cuando Fernando descabalgó e hizo reverencias al rey. Carlos replicó al gesto con la misma fraternidad y, días después, le entregó el collar de la Orden del Toisón de Oro como señal de que no iba a escatimar mercedes a su hermano. El rival se había transformado en aliado sin que corriera una gota de sangre.

Más allá de los gestos, Maximiliano I recomendó sacar del país a Fernando, pues le parecía lo más seguro. En términos cinematográficos, en lugar de tú a Boston y yo a California, los hermanos se dijeron tú a Bruselas y yo a Valladolid. El español al norte; el flamenco al sur. Fernando abandonó el país en 1518, entre una multitud de quejas. «El rey don Carlos era aborrecido de muchos, y el infante su hermano, amado de todos, al cual tenían por príncipe natural y a su hermano por rey extranjero», escribió el cronista Alonso de Santa Cruz como resumen del clima político. En este sentido, su hermano mayor no le guardó ningún rencor y, a la muerte de Maximiliano I, recompensó la lealtad de Fernando cediéndole territorios patrimoniales que comprendían la Alta y Baja Austria, Carintia, Estiria y Carniola (Dieta de Worms, 1521), y posteriormente el Tirol, la Alta Alsacia y el Ducado de Württemberg. Como archiduque de Austria —la posesión más preciada de la familia—, el alcaína hizo frente a los ataques otomanos en los Balcanes, que llevaron el terror hasta las puertas de Viena. Los dos hermanos se elevaron como escudos de la Europa Oriental.

Los nobles castellanos observaron con indignación cómo el segundo en la línea

sucesoria en ese momento partía a cientos de kilómetros de distancia. Y lo peor es que ni siquiera contaban con la forma de elevar al rey sus protestas. Guillermo de Croy, señor de Chièvres, hacía las veces de interlocutor entre Carlos y la mayoría de nobles castellanos y aragoneses, que, a excepción de unos pocos, como el marqués de Villena o el obispo de Badajoz, integrados en las filas flamencas, fueron apartados de las esferas de poder. Pero más que un interlocutor era un muro. El ministro flamenco, que concebía España como una vasta operación económica, se dedicó a repartir cargos entre los nobles flamencos que le acompañaban. Adriano de Utrecht recibió el Obispado de Tortosa; Ludovico Marliano el de Tuy, y el sobrino de Chièvres, el cardenal Guillaume de Croy, que tenía veinte años, el principal de todos los cargos eclesiásticos: el Arzobispado de Toledo que había dejado vacante Cisneros. «Es mala cosa encolerizar a los curas en Castilla», susurraban algunos con los dientes apretados.

Nada comparado con la ristra de cargos y posesiones que se agenció el propio privado: contador mayor de Castilla, capitán general del mar en la Corona de Aragón y almirante de Nápoles. Esta política fue interpretada como un desprecio absoluto hacia la nobleza, que celebró unas cortes plagadas de desconfianza a principios de 1518. Las Cortes de Castilla juraron fidelidad al rey, recordándole de paso que en «España el poder está en la república, y si el rey gobierna, es por un pacto callado». Es decir, frente a aquellos países de influencia francesa donde el rey tenía un origen divino, aquí el rey servía al reino porque así lo estipulaba un contrato tácito entre el reino y el rey. O como el procurador burgalés Zumel explicó:

En verdad nuestro mercenario es (el rey), y por esta causa asaz sus súbditos le dan parte de sus frutos y ganancias tuyas y le sirven con sus personas todas las veces que son llamados.

La nobleza castellana esperaba del rey que fuera el mejor alcalde y el mejor juez, siendo tan solo un servidor del reino, un mercenario, con el muy humano tratamiento de alteza. Esta idea chocaba de frente con los planes de aquel descendiente de emperadores alemanes y señores flamencos, que pretendía imponer el tratamiento casi divino de majestad. Aparte, los procuradores castellanos le exigieron que aprendiera a hablar castellano en el menor tiempo posible; que el infante Fernando no saliera de España hasta que Carlos tuviera hijos; un trato más respetuoso para su madre Juana, y que cesara de nombrar extranjeros para cargos hispánicos.

El monarca fingió acceder a todas estas condiciones a cambio de recibir un imponente montante de maravedíes a pagar en tres años. Sin embargo, aprender castellano siguió en su lista de tareas pendientes, Fernando salió de España poco después, Juana continuó bajo el mismo régimen hasta su muerte y los puestos políticos y eclesiásticos siguieron copados por extranjeros. Los castellanos comprobaron lo poco que valían las palabras balbuceantes del rey tras su abrupta salida de Castilla con dirección al territorio de la Corona de Aragón, donde permaneció casi un año enzarzado con las cortes catalanas, y luego hacia Alemania a

reclamar el trono vacante de su abuelo Maximiliano I en el Sacro Imperio Romano Germánico. La indignación castellana se sustentaba en cifras: «En nuestra tierra obtuvo 600 000 ducados y permaneció solo cuatro meses; en Aragón, 200 000 y estuvo ocho meses; en Cataluña, 100 000, y se queda un año».

Con pie y medio fuera de España, Carlos forzó que las siguientes cortes castellanas fueran celebradas en Santiago de Compostela, dado que planeaba embarcar hacia el norte de Europa cuanto antes, y no en Toledo como reclamaba la aristocracia local. La consecuencia directa de esto fue que los procuradores de Toledo se ausentaron como señal de enojo, y los de Salamanca, en conformidad con los toledanos, se escudaron en un error burocrático para evitar ir a Santiago. Ni el hecho excepcional de que el rey tomara la palabra por primera vez ante esta institución calmó a los obcecados castellanos.

A Carlos I se le agotaban el tiempo y la paciencia. En previsión de embarcar de forma inminente hacia Alemania, ordenó el traslado de las cortes a La Coruña y ejerció una presión asfixiante, procurador por procurador. Aun así fueron necesarias cinco votaciones para que las cortes dieran su brazo a torcer, e incluso entonces lo hicieron por una débil mayoría. Dado que Toledo y Salamanca ni siquiera estaban representados, la victoria de Carlos en La Coruña únicamente se podía ver como una forma de ganar tiempo antes de la rebelión. Cuando el 20 de mayo de 1520 zarpó de La Coruña, Carlos estuvo hasta el último instante dudando sobre si debía posponer el viaje para dirigirse a Toledo, que ya se había pronunciado en rebeldía, o si era mejor seguir adelante. Su ambición imperial pudo más que las razones de Estado. Troya ardía a su espalda cuando tomó el camino de Flandes.

EL PAPA BÁRBARO QUE REINÓ EN ESPAÑA Y TERMINÓ CON LOS COMUNEROS

El rey dejaba tras de sí una revuelta en curso y una polémica designación que, además de alimentar el fuego, incumplía sus renovadas promesas de no entregar cargos españoles a extranjeros. Adriano de Utrecht, el piadoso monje que le había educado, fue elegido gobernador de Castilla durante su ausencia. Desde ese cargo hubo de hacer frente al alzamiento de las llamadas Comunidades de Castilla. Al levantamiento en Toledo le siguió el de Segovia, cuya población se amotinó contra sus procuradores en cortes por haber votado a favor de lo que pedía Carlos. Dieron muerte a uno de dichos procuradores, Rodrigo de Tordesillas, a pesar de haberse acogido a sagrado en la iglesia de San Miguel. Madrid, Salamanca y Ávila fueron detrás.

Al igual que un virus, el alzamiento se fue extendiendo por otras ciudades castellanas, siguiendo el clamor que los curas lanzaban desde sus púlpitos contra el mal gobierno del rey extranjero. ¡Mala cosa era encolerizar a los curas! La ofensa

hacia Cisneros había quedado clavada en la memoria de la Iglesia española. Frente a la movilización de las tropas reales, los representantes de Toledo pusieron a la cabeza de las milicias urbanas a Juan de Padilla, un hombre con el suficiente talento militar como para complicar las cosas a los enviados de Adriano de Utrecht. Eso por no hablar de su esposa, María Pacheco y Mendoza, *la Leona de Castilla*. Y es que las leonas cazan mientras los leones duermen.

La guerra de las Comunidades de Castilla se alargó durante dos años. Los episodios aislados promovidos por el patriciado urbano evolucionaron hacia una guerra de asedios y batallas en campo abierto, debido tal vez al incipiente sentimiento nacionalista y a la indolencia de la alta nobleza. El incendio y saqueo de Medina del Campo, que se negó a entregar su parque artillero para asediar Segovia, convirtió al regente en el villano de referencia. En el verano de 1520, los comuneros consumaron el peor de los temores de Carlos: se apoderaron del palacio de Tordesillas, donde estaba internada la reina Juana. Afortunadamente para la causa del rey, los comuneros no lograron sacar a la reina madre de su apatía en los sesenta y cinco días que permaneció la villa bajo su control.

Pese a preocuparle también la invasión de consejeros flamencos; pese al mal trato que le dispensaban los marqueses de Denia; pese a las sospechas de que la locura de la reina había sido transitoria; pese a todo ello, Juana se limitó a pedir que «no la revolviere nadie contra su hijo» cuando los comuneros reclamaron su ayuda para destronar a Carlos. Aquella era la mejor de las pruebas de que su locura no era tan honda como a los intereses de Fernando y de Carlos les convenía.

Los comuneros sufrieron la negativa de Juana, pero fue la falta de apoyo de los grandes de Castilla lo que realmente malogró la revuelta. Como queriendo dar una lección al jovencísimo rey, los miembros de la alta nobleza prefirieron mantenerse en un segundo plano hasta que observaron, preocupados y arrepentidos, que la sublevación en algunas ciudades estaba adquiriendo cierto carácter antiseñorial. El rey accedió finalmente a nombrar dos gobernadores adjuntos al cardenal Adriano elegidos entre la alta nobleza: el almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez, y el condestable don Íñigo de Velasco. Ese sencillo gesto cambió el signo de la contienda. Sin olvidar el millonario acuerdo matrimonial que Carlos obtuvo derivado de la boda de su hermana Leonor con el rey de Portugal, Manuel el Afortunado, quien se desposaba por tercera vez con una princesa de la Monarquía Católica. La millonada inyectó vigor a la causa real.

En la batalla de Villalar (el 23 de abril de 1521) fueron hechos prisioneros los principales líderes comuneros, entre ellos, Juan Bravo, Francisco Maldonado y Juan de Padilla. Todos ellos fueron ejecutados en esta misma localidad. Cuando María Pacheco recibió la noticia de la muerte de su marido se encerró unos días en su soledad. Pero al convertirse Toledo en el último reducto comunero, la Leona de Castilla apartó el luto de un manotazo para dirigir con el obispo de Zamora, Antonio de Acuña, una resistencia desesperada frente a las tropas realistas. El resto de los

dirigentes comuneros de la ciudad se inclinaron por capitular y reclamar cuanto antes el perdón real. No así la viuda de Padilla, que estiró la resistencia hasta extremos heroicos. Habiendo huido el obispo Acuña en dirección a Francia, la Leona se elevó como el máximo mando en Toledo. La resistencia se alargó nueve meses más allá de la batalla de Villalar, durante los cuales María llegó a apuntar los cañones del Alcázar contra los toledanos, para mantener el orden entre las filas comuneras.

Finalmente, la superioridad de las tropas reales forzó la caída de la ciudad. Gracias a la ayuda de los familiares que militaban en el bando realista, María Pacheco logró huir de Toledo, disfrazada y con su hijo de corta edad, hacia Portugal. Allí fallecería casi una década después, sin haber logrado el perdón del monarca. De nada sirvió la insistencia de su hermano menor, el poeta Diego Hurtado de Mendoza, que era uno de los hombres de mayor confianza de Carlos I. A los comuneros nunca supo perdonarlos.

Dos años después de abandonar el país de aquella manera, Carlos regresó con el propósito de castigar a esos villanos capaces de retener a su madre varios meses, y dispuesto a recompensar a los que habían permanecido fieles a la autoridad real. En el caluroso verano de 1522, el séquito del emperador avanzó con lentitud hasta Palencia con la esperanza de reunirse con Adriano y agradecerle sus servicios. Supo por el camino que su apreciado Adriano ya había zarpado a Roma a reclamar la tiara papal sin esperarle a él, el principal responsable de que un monje humilde y nacido fuera de Italia hubiera alcanzado la cabeza de Roma. Aquí habría que recordar que incluso el vilipendiado Rodrigo Borgia había sido tan italiano como valenciano, si no lo fue más. Los extranjeros no estaban bien vistos en la sede pontificia; la llegada de Adriano al trono de San Pedro obedecía meramente a una carambola orquestada por los cardenales afines al Imperio.

El cónclave que siguió a la muerte del joven León X —fallecido con solo cuarenta y siete años— fue un alarde de juego sucio y corrupción. Un espectáculo más violento que la lucha entre gladiadores o una digestión de Carlos, aunque con menos vísceras. Los ejércitos imperiales y franceses se dedicaron a retener cardenales para evitar que asistieran a la elección del nuevo papa. Las maniobras de Carlos, por su parte, iban enfocadas en su origen a lograr la elección de Giulio de Medici (el futuro papa Clemente VII), un florentino joven, elegante, culto y, ante todo, insultantemente rico. Era, en apariencia, un candidato de consenso entre las distintas potencias que controlaban Italia. No así para el cardenal Pompeo Colonna y el resto de su poderosa familia. Los Colonna, aliados de Carlos, advirtieron que en caso de ser elegido otro Medici no iban a obedecerle en absoluto.

A las puertas de la elección, Giulio de Medici se hizo por sorpresa a un lado y, al ser preguntado por su voluntad, respondió: «Tomemos al cardenal de Tortosa, Adriano, aquel anciano y venerable hombre». Aquel nombre no se lo había chivado al oído un arcángel, sino uno de los cardenales de Carlos. Los votos de los Medici y los Colonna desembocaron, esta vez sí, en el mismo candidato, el regente de Castilla, que

fue elegido papa *in absentia*. Así las cosas, el pueblo romano no aceptó la decisión. La histeria cundió por las calles ante la perspectiva de un papa extranjero. La multitud congregada insultó a los cardenales responsables de abrir las puertas a los bárbaros, que, según los rumores más improvisados, planeaban como primera medida trasladar la sede de la Iglesia a Castilla. Las paredes romanas se llenaron de grafitis con la inscripción *Roma est locanda* («Roma se alquila»).

Adriano dudó incluso si aceptar o no la elección. Jamás había pisado Roma y hablaba muy mal italiano. Aun así, lo peor de su adaptación estaba por llegar. El papa bárbaro no se hizo a aquel ambiente de maledicencia, intriga y costumbres disolutas. Nada más ver el grupo escultórico clásico *Laocoonte y sus hijos*, descubierto en 1506, quedó horrorizado por lo que consideraba un ídolo pagano y mandó tapiar las puertas de la galería de estatuas del Belvedere, repleta de obras grecorromanas con desnudos. Por otro lado, se abstuvo de nombrar nuevos cardenales, pues, al igual que muchos de sus compatriotas del norte de Europa, identificaba la venta de cargos e indulgencias como el más grave mal de la Iglesia. Eso también complicaba su integración en ese hábitat. Los romanos contestaron con hostilidad a cada una de las decisiones del bárbaro, del que un soneto burlesco decía que se había vuelto «divino», haciendo referencia a que era «di vino». Le estaban llamando borracho tirando de los tópicos europeos. Los alemanes y los flamencos tenían fama de borrachos, los suizos de ordeñadores de vacas, los españoles de ladrones haraposos, los italianos de bujarrones y los franceses de meavinos. Lo peor es que aquella guerra propagandística ató de pies y manos al reformador Adriano, que a su muerte, solo un año después de su elección, fue objeto de las más crueles bromas romanas. Un grupo de gamberros adornó la casa del médico del papa con guirnaldas que incluían la inscripción: *Liberatori Patriae Senatus Populusque Romanus*.

Mientras Adriano era vilipendiado, Carlos cambió su actitud a su regreso a España. Se acabó el tiempo de los consejeros flamencos: tocaba hispanizar la dinastía. Las prestaciones de la infantería castellana (conformada como tercios a partir de 1534) y las grandes remesas de metales preciosos llegados de las Indias convencieron a Carlos de la necesidad de dar preeminencia a este reino y a su nobleza dentro de la estructura imperial. Castilla integraría su base militar.

UN BUEN EJÉRCITO NECESITA TENER CABEZA ITALIANA, CORAZÓN ALEMÁN Y BRAZO CASTELLANO

Para empezar con buen pie, el soberano proclamó un perdón general dirigido a aquellos implicados en la rebelión de las Comunidades, cuyo balance de ejecutados por la justicia real fue de únicamente 21 personas. A partir de 1522, el emperador gobernaría directamente desde Castilla, donde se casaría y mantendría su hogar. La inclusión de castellanos entre sus hombres de confianza sucedió de forma natural y,

en lo referido al idioma, Su Cesárea Majestad aceleró el aprendizaje del español, pese a lo cual muchos contemporáneos destacaron el marcado acento que le acompañó hasta sus últimos días de vida. Su esposa, Isabel de Portugal, tuvo buena parte de culpa de la españolización de Carlos; lo mismo que su amistad con Garcilaso de la Vega, soldado y poeta de lengua castellana.

Un incidente con el papa ilustra la importancia que adquirió el castellano para el monarca. Pierre de Bourdeille refiere:

Estando Carlos en Roma habló delante del papa, de los embajadores y de los cardenales bramando un tanto por arrogancia de su victoria en Túnez y La Goleta. Estaban presentes dos embajadores franceses y reconviniéron a su Cesárea Majestad por expresarse en español y no en otro idioma más inteligible. El emperador dio la espalda a uno de esos embajadores, el del rey galo, y se dirigió al otro, el embajador francés ante su santidad: «Señor obispo, entiéndame si quiere; y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana».

El castellano se convirtió en una asignatura troncal en muchas cortes europeas mientras que los hispanismos florecieron en francés como en nuestros días lo hacen los anglicismos.

FRANCISCO CONTRA CARLOS, DOS ENEMIGOS DEMASIADO ÍNTIMOS

Hallándose en la villa de Madrid, el emperador guerrero recibió el 10 de marzo de 1525 una noticia sorprendente. El fanfarrón, rutilante y traicionero rey de Francia, Francisco I, había sido capturado durante la batalla de Pavía, donde, en palabras del galo, «solo el honor y la vida han quedado a salvo». Carlos contuvo cualquier reacción de euforia al recibir aquel regalo el mismo día de su vigésimo quinto cumpleaños. Estaba hierático. El rey español ordenó un oficio religioso por las víctimas y prohibió toda manifestación de alegría por tratarse de una victoria sobre cristianos. Puede que estuviera hinchado de felicidad en su interior tras humillar a su enemigo más íntimo, pero no estaba dispuesto a mostrar en público algo que solo era un desagradable obstáculo para la auténtica empresa del emperador de Occidente: recuperar el terreno conquistado por el Imperio turco. Además debía sospechar, sin equivocarse, que aquello no era ni de lejos el final de la rivalidad más intensa que vivió el siglo XVI.

Francisco de Angulema nació en 1494 y alcanzó la Corona de Francia un año antes que Carlos la de los reinos hispánicos, el 25 de enero de 1515. Eligió la salamandra como emblema personal. A pesar de ser solo un primo lejano de Luis XII, accedió al trono porque el anterior rey murió sin dejar heredero varón a consecuencia de la interminable serie de banquetes, torneos y procesiones que siguieron a su matrimonio con María Tudor, hermana de Enrique VIII. Falleció de unas fiebres en su intento de rendir *cupidamente opera alla bellezza eccellente ed all'a età della nuova moglie, giovane di diciotto anni*, según comentó maliciosamente el filósofo e

historiador Francesco Guicciardini. Otro hombre maduro víctima de las mujeres jóvenes, exigentes y bellas: ¡Menuda epidemia!

Francisco estaba casado con la hija mayor de Luis de Orleans, la poco agraciada Claudia, que sufría cojera, estrabismo y escoliosis. Merced a los derechos de su esposa cayó sobre él la sucesión. El francés adquirió así fama internacional antes de que a Carlos le empezaran a crecer los primeros pelos sobre su prominente mentón. Este debía rendir homenaje al nuevo rey de Francia en la ceremonia de consagración como conde de Flandes, pero mediante excusas delegó en varios nobles flamencos para que le representaran en Reims.

Seductor, mujeriego, imponente (medía casi dos metros), mecenas del arte y valiente guerrero, el francés reveló al mundo sus cualidades durante la campaña para arrebatar Milán a los suizos, en 1515. Allí donde habían fracasado Carlos VIII y Luis XII pretendía triunfar Francisco, y así lo hizo durante un tiempo. La guerra terminó en octubre de ese mismo año, con Francisco entrando triunfante en Milán, enfundado en una espléndida armadura milanese y su sobrevesta de armiño, azul y con flores de lis de oro. Francisco, más caluroso y cortés en el trato que sus antecesores en el trono, cayó más en gracia en Italia que ellos. Con León X firmó el reconocimiento de la autoridad papal en Francia y acordó el fin de la guerra de la Liga de Cambrai iniciada por Luis XII. Ocho años de conflicto para acabar en el mismo punto: con los franceses en Milán y en la Terra Ferma. Concedor de lo poco que duraban las paces en Italia, León X arrancó finalmente al monarca galo la promesa de olvidar su deseo de invadir Nápoles. O al menos fingir que lo olvidaba.

El Tratado de Noyon firmado por Carlos y Francisco el 13 de agosto de 1516, que levantó tantas protestas en Castilla, dejó patente de nuevo la supremacía del rey francés. Hasta que se desató la pugna por la corona imperial no se revertió el equilibrio de fuerzas. El 12 de enero de 1519 murió el abuelo de Carlos, a los cincuenta y nueve años, en Wels, la Alta Austria. Acababa un reinado que se recuerda por el carácter inconstante de Maximiliano y por la Dieta de Worms, que concluyó la Reforma imperial (*Reichsreform*), modificando una parte muy grande de la constitución del Imperio.

LA CARRERA DE DOS «FRANCESES» POR SUCEDER AL EMPERADOR ALEMÁN

Maximiliano I fue calificado por Nicolás Maquiavelo como «un príncipe ligero, sin dinero (en esto habría que culpar al sistema imperial, de un poder más nominal que práctico) y casi sin consideración», es decir, un gobernante mediocre y derrochador. Tal vez por esta fama de hombre de poco intelecto ha sobrevivido hasta la actualidad una larga lista de historias extravagantes sobre el emperador. La tradición ha relatado que viajaba a todas partes acompañado por el ataúd con el que quería ser enterrado.

Estas extravagancias, no obstante, tienen su auténtico origen en 1501. Ese año Maximiliano quedó gravemente herido en una pierna tras una caída del caballo, lo que le causó dolor crónico para el resto de su vida y le sumió en un permanente estado depresivo. En los últimos años de su vida, el emperador —frustrado en sus planes imperiales en Italia— comenzó a centrarse exclusivamente en la cuestión sucesoria. Su objetivo era asegurar el trono a un miembro de su casa, a poder ser su nieto Carlos, y evitar así que Francisco I de Francia obtuviera el cargo como anhelaba el papa León X.

Los planes de Maximiliano quedaron sin acabar por su inesperada muerte, según algunos, debida a una indigestión de melones. Sin embargo, esa causa del fallecimiento es otra invención de quienes quisieron hacerle pasar por tonto hasta el final de sus días. Posiblemente murió a consecuencia de un constipado mal curado, lo cual tampoco es muy heroico. Sí son ciertas las meticulosas y peculiares instrucciones que dejó a su fallecimiento. Dio orden de que su cuerpo fuese azotado y cubierto con cal y ceniza, envuelto en lino y exhibido «al público para demostrar lo perecedero de toda gloria terrenal».

En cualquier caso, la muerte de su abuelo no pudo sorprender en peores circunstancias a Carlos. La casa de los Austrias llevaba casi un siglo al frente del Imperio, pero Maximiliano, en su rebosante mediocridad, no consiguió nunca el propósito de ser coronado por el papa, lo que impidió que pudiera designar formalmente a su nieto rey de los romanos. Este título hubiera supuesto la elección automática de Carlos como emperador. Sin este requisito, se veía obligado a conseguirla mediante una votación de los siete príncipes electores: tres figuras eclesiásticas (los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia) y cuatro dirigentes de los territorios del Imperio (el rey de Bohemia, el margrave de Brandemburgo, el conde del Palatino y el duque de Sajonia). El Sacro Imperio Germánico era una entidad política fragmentada en más de trescientos principados laicos y algunos eclesiásticos, en la que los emperadores alemanes habían sido incapaces de convertir su poder en una herencia familiar. El cargo seguía siendo electivo.

Carlos contaba a favor de su causa con el apoyo de su abuelo, pero ni siquiera había pisado Alemania y entendía tan poco de alemán como Francisco. Es más, fue un idioma que nunca pudo dominar del todo, como demuestra el hecho de que en sus intervenciones frente a dirigentes alemanes prefiriera hablar en francés. Por su parte, Francisco tampoco estaba familiarizado con las tradiciones locales, pero tenía dinero en abundancia, el apoyo del papa y más prestigio que Carlos. El resto de candidatos eran Enrique VIII de Inglaterra, el rey de Polonia y el duque de Sajonia, aunque el paso de los días evidenció que la elección iba a ser cosa de dos, y que Francisco era el favorito. El trabajo diplomático de Francia recabó tantos apoyos como para que Margarita de Saboya recomendase a su sobrino que se retirara y permitiera presentarse a otro candidato Habsburgo más modesto pero con más posibilidades, su hermano Fernando.

El joven rey de España estaba perdiendo la batalla por conquistar los corazones (o más bien bolsillos) de los electores porque, entre otras cosas, era un desconocido en el teatro europeo y nadie quería que el chico sumara las posesiones imperiales a las hispánicas y a las italianas. Que reuniera tanto poder se consideraba un riesgo, al que el rey de Francia opuso todo su dinero, que no fue suficiente. «Sire, los dos cortejamos a la misma dama», anunció el francés al saber que ambos aspirarían al trono de Carlomagno. La remontada del rey de España aconteció por una razón muy básica: tanto la familia de banqueros de los Fugger como la de los Welser se negaron a conceder créditos a Francia, tal vez por un leve atisbo nacionalista (evitar que un monarca francés amenazara las leyes y privilegios germanos) o quizás porque la oferta carolingia sonaba más jugosa. En 1525, la Casa Fugger obtuvo, a cambio de su apoyo a Carlos, las millonarias rentas de las órdenes militares españolas a un precio irrisorio.

Poco antes de destapar sus cartas, Carlos subió la apuesta hasta los 851 918 florines, mientras Francisco se retiró con la mitad de fichas. El 28 de junio de 1519, los electores eligieron por unanimidad a Carlos de Gante, a partir de entonces y para siempre Carlos V, káiser, emperador del Imperio Romano Germánico, heredero de la tradición romana y las hazañas de Carlomagno. Y esa fue la primera de sus muchas victorias sobre Francisco, quien llegó a la conclusión de que los electores solo se habían burlado de él y de que el papa León X era un tibio que a última hora se había cambiado de bando. El francés reveló con su mal perder la causa de los continuos fracasos de su carrera: sacaba conclusiones de índole personal donde otros veían reveses políticos. El francés fue un rey de leyendas atrapado en un tiempo de crudas realidades: matanzas, artillería y política subterránea. El monarca galo dejó el sello del Renacimiento en los treinta y dos años de su reinado e incluso acogió en su corte a Leonardo da Vinci durante sus últimos años de vida. Sin ir más lejos, la más famosa obra del italiano, *La Gioconda* o *Mona Lisa*, fue utilizada para decorar el cuarto de baño del rey. Pero a pesar de lo atractivo de su figura, la historia le ha recordado sobre todo por perder la batalla con el Imperio español.

Mientras la diplomacia flamenca y española se batían por frustrar la elección de Francisco, Carlos negociaba contrarreloj con las cortes castellanas la forma de salir de la península para asumir su responsabilidad imperial. De camino al norte, Carlos conoció al tercer monarca en discordia en la Europa de su tiempo, Enrique VIII, cuyo lema no podía ser más premonitorio: «Vencerá el que yo auxilie». El 27 de mayo de 1520, el rey español desembarcó en Dover y se reunió con su tía Catalina de Aragón y su marido Enrique, en busca de ese auxilio. Durante el primer encuentro entre ambos, el inglés pensó que su homólogo era medio idiota, abúlico y ceceante, pero enseguida advirtió que detrás de ese aspecto de adolescente bobalicón se ocultaba un personaje muy inteligente. El resto de la reunión se desarrolló en un ambiente de familiaridad orquestado por Catalina.

Como si se tratara de hacer un *casting* para elegir al aliado más fiable, Enrique

VIII cruzó poco después el Canal para reunirse primero con Francisco I y después de nuevo con Carlos. Este encuentro con el francés, celebrado en Calais, se bautizó como el del Campo del Paño de Oro, por el espléndido escenario en que tuvo lugar: un campamento de arcos triunfales de madera y pabellones tapizados en oro. Durante dieciocho días de ceremonias, torneos, bailes y alardes de vanidad, los dos reyes adultos compartieron bromas y cortesías. Enrique VIII prometió que no se afeitaría la barba hasta que no abrazara al francés. Por su parte, Francisco contestó a la broma presentándose en el campamento inglés vestido de *valet de chambre*, para asearle y vestirle. Pero pese a estos esfuerzos por establecer un ambiente cordial, lo cierto es que los soberanos no terminaron de congeniar. Se cuenta que el inglés agarró un día al francés del cuello y le pidió que lucharan juntos. Tras dos intentos de trabar y tirar a tierra al corpulento francés, los consejeros de Enrique le disuadieron de que siguiera con el dichoso juego. No habían sintonizado en el trato, carecían de lazos familiares y, además, la oferta diplomática de Carlos era más atractiva. Todo lo que rodeaba a Carlos solía serlo.

En el segundo encuentro entre españoles e ingleses, celebrado el 19 de julio, se negoció el matrimonio entre Carlos y la hija de Enrique y Catalina, María Tudor, una niña de cuatro años. El acuerdo incluía el compromiso de Enrique de atacar a Francia desde el norte cuando fuera necesario, que iba a ser más pronto que tarde. Con la alianza entre ambos países y el título imperial bajo el brazo, Carlos se dirigió a Bruselas y después a Aquisgrán, para ser coronado, como dictaba la tradición, allí donde reposaban los restos del mítico Carlomagno. La sombra de una epidemia de peste amenazó durante varias semanas con suspender o retrasar la coronación. Al final no fue necesario, y el emperador recibió puntualmente la espada de Carlomagno, el anillo imperial, el cetro, la corona imperial y un pedazo del mundo el 23 de octubre de 1520.

Al inicio del siguiente año, Carlos se enfrentó a su primer problema grave como emperador en la Dieta de Worms. Un maldito fraile agustino de nombre Lutero amenazaba con torpedear todas las empresas imperiales.

LUTERO, EL RAYO QUE GRITÓ ¡SCHLUSS!

Al igual que los Reyes Católicos crecieron marcados por la conquista de Constantinopla por los turcos, Carlos vivió una adolescencia vertebrada por la caída de El Cairo en manos musulmanas. El proyecto imperial de Carlos empezaba y terminaba por aunar a todas las potencias cristianas en el objetivo de lanzarse contra el Imperio otomano. Lo que impidió que llevara a cabo sus planes, una y otra vez, fue la incapacidad de unir los esfuerzos de los cristianos: la codicia ciega de Francisco I, que se alió con los turcos; la escisión de Inglaterra de la Iglesia católica, y un trueno hereje que resonó con fuerza en la Dieta imperial de Worms. Martín Lutero.

Hijo de una familia burguesa de Mansfeld (Alemania), Lutero dejó sus estudios universitarios para ingresar en un monasterio agustino de Erfurt cuando, en 1505, un rayo estuvo a punto de alcanzarle de camino a la casa de sus padres. Aterrado, el joven gritó: «¡Ayuda Santa Ana! ¡Me haré monje!». Lutero entró así en el clero empujado «por el terror y la angustia de una muerte repentina», y a través de esta obsesión moral concibió unos escritos donde exhortaba, entre otras cosas, a reestructurar la Iglesia y a regresar a las enseñanzas originales de la Biblia.

En las *Noventa y cinco tesis*, un texto clavado en las puertas de la iglesia del palacio de Wittenberg en 1517, el agustino cargó contra la doctrina papal sobre la venta de indulgencias para financiar la renovación de la Basílica de San Pedro en Roma. León X contestó excomulgando al fraile e instando a Carlos a tomar medidas. En Worms, el popular fraile y el imberbe emperador tuvieron su primera confrontación teológica, que se celebró bajo la promesa de Carlos de que Lutero podría explicar sus tesis sin acabar en la hoguera como Juan Huss tras la Dieta de Constanza (1414).

Lutero contestó con la misma pasión que había impulsado su mensaje entre los sectores populares. Vehemente, inteligente y, sobre todo ¡alemán! El discurso del fraile finalizó con el golpe teatral, estruendoso, que le dejó vencedor, independientemente de lo que dijeran los representantes católicos. Gritó: «¡*Schluss!*» («¡Ya está!»). Y en realidad nada con similar ardor pudieron decir Carlos o sus representantes para conquistar a la audiencia. En su francés natal, Carlos leyó un texto escrito de su propia mano que no pudo terminar con un «¡ya está!», porque lo cierto es que no lo estaba. El asunto no había hecho más que empezar. Ni la Iglesia romana, ni aquel emperador flamenco que ambicionaba ser español iban a evitar la expansión del movimiento luterano, a medio camino entre la reforma religiosa y cierto sentimiento nacionalista alemán.

El Edicto de Worms declaró a Lutero prófugo y hereje y autorizaba a cualquiera a matarle sin sufrir consecuencias penales. Temiéndose lo peor, Federico de Sajonia simuló un secuestro cuando Lutero regresaba a su casa y lo escondió en el castillo de Wartburg. El monje hereje continuó con su obra hasta su muerte, en 1546, incrementando sus ataques contra la Iglesia, como evidencia su obra *Sobre el papado de Roma fundado por el diablo* (1545), y contra los españoles en particular. Federico de Sajonia, cuyo apoyo había sido decisivo para que Carlos fuera elegido emperador, jamás permitió que dañaran al reformador, aunque lo curioso es que nunca lo conoció en persona. Carlos lamentaría al final de su vida no haber matado a Lutero en Worms.

En paralelo a estos sucesos y a la revuelta de los comuneros, Francisco I apoyó la invasión de Navarra a cargo de la depuesta casa de Albret, así como un ataque francés a los Países Bajos sin previa declaración de guerra. Las tropas invasoras se apoderaron de Pamplona en dos semanas. Durante la última defensa de la ciudad, el capitán Ignacio de Loyola resultó herido por un proyectil de artillería, lo cual fue determinante en su vida y en la Contrarreforma que replicó a la Reforma de Lutero.

Loyola ocupó su tiempo de convalecencia en profundizar en su fe católica y en sentar las bases para la fundación de la Compañía de Jesús. A Pamplona le siguió Tolosa, y los franceses cruzaron el Ebro para internarse en territorios de la Corona de Castilla. Los problemas se multiplicaban para Carlos, que había tratado de evitar la guerra por todos los medios, pero ahora entendía que era el momento de invocar su alianza con Enrique VIII. Carlos V afirmó sin titubear al embajador veneciano presente en Worms: «O el rey de Francia me exterminará o yo me convertiré en príncipe de Europa». Las tropas castellanas recuperaron pronto terreno en Navarra, mientras Margarita neutralizaba sin dificultad el ataque en los Países Bajos.

Pero aquellos eran simples reveses en mitad de la gran ofensiva de Francisco, que tenía Italia como escenario y como meta. Allí el rey francés mantenía su prestigio intacto y contaba como aliados a Génova, Saboya, Ferrera, Venecia y, por supuesto, al papa León X. No obstante, el Pontífice vio en la disposición de Carlos a enfrentarse incluso con los príncipes alemanes un valor al alza y entendió al milímetro lo que se necesitaban el uno al otro si querían frenar a Lutero. La alianza del emperador, el papa y Enrique VIII se guardó con celoso secreto hasta el verano de 1521. El ejército hispano-papal planeaba con discreción lanzarse sobre Milán, donde la histórica casa Sforza sería restituida en el poder. Ni siquiera Chièvres estaba al tanto de los preparativos de esta primera campaña de Carlos contra Francisco. El otrora compañero de alcoba había sido retirado a un segundo plano. Al saber de los planes ocultos de Carlos se dio cuenta de que no tenía ninguna ascendencia sobre el emperador. Murió en Worms el 18 de mayo de 1521.

EL MEJOR BOTÍN DE BATALLA: EL REY DE FRANCIA

La Guerra Italiana de 1521 a 1526 vivió la lenta pero imparable pérdida de prestigio de Francisco I. En la batalla de Bicoca, los mercenarios suizos forzaron al comandante francés, Odet de Lautrec, a atacar la posición fortificada del condotiero al servicio de España Prospero Colonna. Le amenazaron con desertar en caso de no recibir las pagas atrasadas y él prefirió entrar en combate antes de que estallara un motín. Como era de esperar, la contienda acabó en desastre para las fuerzas francesas, que se estrellaron (en torno a 3000 suizos muertos) contra los atrincherados arcabuceros españoles. Todavía hoy, la expresión «bicoca» se utiliza en castellano para definir una victoria o una ganancia excesivamente fácil. La sencilla derrota francesa hizo retirarse a la república veneciana del conflicto y socavó de forma irreversible la confianza de la infantería suiza. El florentino Francesco Guicciardini habló sobre el ánimo declinante de los *ordeñavacas*:

Regresaron a sus montañas reducido su número, pero mucho más reducida su audacia; pues es conocido que tras las pérdidas sufridas en Bicoca les afectaron tanto que, durante los siguientes años, no mostraron de nuevo su vigor acostumbrado.

A Francisco la suerte de 3000 suizos ignorantes le importaba poco. El rey no estaba impresionado por la derrota, aunque sus consecuencias eran para estarlo. Sin que Inglaterra hubiera entrado siquiera en escena, Carlos ya había dado un golpe crítico, con Génova saqueada, los suizos desmoralizados y los franceses expulsados de Milán. El emperador recibió la noticia de la victoria española cuando se encontraba viajando hacia España por segunda vez en su vida. En Brujas, Carlos se despidió de su tía Margarita con el presentimiento de que no volvería a verla jamás, como así fue, y se detuvo en Inglaterra para reforzar los pactos secretos con Enrique VIII por los que se comprometían a levantar un ejército conjunto de 30 000 infantes y 10 000 caballos para atacar a Francia desde diferentes puntos. Fue a su llegada a España cuando se enteró de que Adriano había sido elegido papa, lo cual interpretó como una nueva ventaja respecto a Francisco. No lo era. Pese a su pasado y sus benefactores, Adriano VI se mostró mucho más imparcial que cualquiera de sus predecesores más recientes. Bastantes problemas tenía ya.

Francisco podía haber visto en su aislamiento diplomático una señal de que necesitaba recomponerse, si bien esa no era su forma de hacer las cosas. Fiel a su estilo impetuoso, el francés ordenó a su ejército que se preparara para cruzar los Alpes. Él dirigiría personalmente la campaña, en una repetición de la aventura italiana que le elevó a la categoría de héroe romano a principios de su reinado. Francisco se despidió de su joven esposa, Claudia, a la que la sífilis mataría en cuestión de un año (luego hubo que esperar otro año y medio para enterrarla debido a la falta de fondos), y se trasladó a Fontainebleau, donde entre monterías y festejos supervisó la concentración de tropas en el verano de 1522. Un correo del obispo de Lisieux le dio en la Auvernia la enésima mala noticia del año: el condestable Borbón, su primo, se había pasado al bando de Carlos. Todos le abandonan, incluso los de su sangre.

Charles de Borbón contaba con una larga experiencia militar y buenas relaciones con las repúblicas italianas, como correspondía a la herencia italiana de su madre; lo cual no era suficiente para salvar la antipatía que Francisco sentía por su primo en las últimas fechas y que le había llevado a apartarle de las campañas italianas. El condestable era conde de Montpensier, la rama menor de los duques de Borbón, y heredero único de los territorios de su esposa, Suzanne, nieta de Luis XI. En conjunto sus propiedades suponían un tercio de la superficie de Francia y su influencia iba más allá de lo tangible. A finales de 1522 Francisco, celoso del poder acumulado por su primo, firmó un decreto por el que su madre recibía una parte de las posesiones del Ducado de Borbón; lo que convenció definitivamente al condestable de aceptar la oferta de Carlos. El noble francés traicionó a su monarca —quien ya estaba planeando nuevas humillaciones contra él— a cambio de una elevada cifra económica y la mano de la hermana del emperador, Leonor, que acababa de enviudar de Manuel de Portugal, todo un coleccionista de princesas hispánicas. El emperador, que se había sentido conmovido al escuchar la historia de Charles, podía ahora

presentarlo como el fichaje estrella de su equipo en aquel verano.

Las consecuencias de la traición de Borbón fueron más simbólicas que efectivas. La operación conjunta entre Borbón, Carlos V y Enrique VIII fracasó por la incapacidad de coordinar las tres fuerzas. Enrique VIII desembarcó en Calais a finales de agosto de 1523 y tomó el camino de París. Sin embargo, la peste y la llegada del mal tiempo hicieron retroceder a sus tropas cuando no había hecho más que comenzar la operación. Carlos se contentó al recuperar Fuenterrabía, en la frontera, pero no consiguió traspasar los Pirineos.

El ansiado contraataque francés en Italia, por su parte, se tradujo en una nueva derrota y en más pérdidas territoriales. Las últimas plazas que los franceses poseían en Italia, Lodi y Alessandria, se rindieron durante la segunda mitad del mes de mayo de 1524. A través de un ataque desde la Provenza, Borbón prometió «arrancarse los ojos» si en el plazo de cuatro meses no era dueño de París.

La promesa gitana de Charles de Borbón se quedó en eso, en una bravata. Ni sus ojos ni París mudaron de sitio ni de dueño. El fracaso ante los muros de Marsella provocó la retirada de las fuerzas imperiales, que Francisco aprovechó para reconquistar Milán. A continuación, el rey francés se puso a la cabeza de un poderoso ejército de 36 000 hombres e inició el asedio de la ciudad fortificada de Pavía, con una guarnición mínima de españoles y alemanes al mando de Antonio de Leyva. La pegajosa defensa de este navarro veterano de las campañas del Gran Capitán propició la llegada de refuerzos, comandados por el marqués de Pescara. La contienda desembocó en la batalla de Pavía. La ciega fe en la potencia de su caballería, tan característica en todas las derrotas francesas en el siglo XVI, precipitó a los jinetes galos contra una precisa barrera de arcabuceros castellanos, causando a Francisco una derrota que estremeció Francia. 10 000 soldados franceses y suizos murieron ese día y cayeron prisioneros otros 3000, entre los cuales estaba lo más granado de la nobleza y el propio rey.

Al igual que el resto de caballeros, el rey francés padeció los estragos de los arcabuces españoles. El monarca fue derribado de su montura y capturado por el vasco Juan de Urbietta cuando trataba de zafar su pierna de debajo del moribundo caballo real. En un principio no supo distinguir la calidad de su botín, aunque se abstuvo de degollarlo al observar su cuidada armadura. El vasco se unió al granadino Diego Dávila y al gallego Alonso Pita da Veiga para conducir a Francisco hasta Carlos de Lannoy, virrey de Nápoles. Francisco estaba herido en la mano y en el rostro, además de aturdido y humillado. Y así continuó a pesar de que el virrey se encargó de que fuera tratado con toda la cortesía posible. Incluso el fugado Charles de Borbón se ofreció en una ocasión a sostener la servilleta del francés mientras comía. «Señora, para que sepáis lo grande que es mi infortunio, sabed que solo el honor y la vida han quedado a salvo», escribió en esas fechas el rey a su madre, lamentándose de haber caído en manos del enemigo por su mala cabeza.

En verdad no hay pruebas de que Francisco se expusiera en combate más que

otros reyes del periodo. Fue una cuestión de mala suerte, simplemente. El propio Carlos se veía a sí mismo como un rey-guerrero al que le gustaba vestirse como un soldado y marchar y combatir como uno más de ellos. Fueron varias las ocasiones en las que pudo perder la vida o ser capturado, por ejemplo en Valenciennes (1521) o en Argel (1545). Haciendo caso del perfil que traza el historiador francés Brantôme, el emperador rebosaba testosterona por los cuatro costados y por su mentón afilado:

Cuando se iba a la cama con una mujer guapa (le encantaba querer, demasiado para su gota) no la dejaba hasta que se había corrido tres veces. Era devoto de San Mateo y adoraba el festejo de este santo (25 de febrero), porque en ese día fue elegido emperador y fue coronado y ese día cogió prisionero al rey Francisco (no él en persona, pero sí sus generales).

La principal diferencia entre estos dos guerreros coléricos tallados en testosterona era que Carlos meditaba más sus movimientos, o al menos tenía quien los meditara. Aparte de que era poseedor de un territorio tan vasto (llegó a tener 28 millones de súbditos) que estaba obligado a asumir una estrategia defensiva. Por el contrario, Francisco carecía de una estrategia clara, vivía hambriento de glorias y de territorios; y estaba rodeado de una nobleza de corte medieval que rivalizaba por protagonizar el mejor relato artúrico. Es por esto por lo que Carlos mantuvo la calma al saber del cautiverio de su rival e ignoró a los que, como su hermano Fernando, le recomendaron que no repitiera el error de Aníbal de dejar recuperar fuerzas a sus enemigos tras la batalla de Cannas. Optó por una actitud defensiva. Para empezar el emperador ordenó que el prisionero fuera trasladado por mar hasta España en un periplo que adquiriría tintes de libro de caballerías.

UNA JAULA DE ORO MADRILEÑA PARA FRANCISCO

El almirante genovés Andrea Doria, que años después pasaría a servir a Carlos por sentirse afrentado por los franceses, se mantuvo al acecho en las Islas Hyères para liberarle cuando la flota de cincuenta galeras cruzara estas aguas. Sin embargo, el monarca le disuadió, temeroso de que el intento de rescate le costara la vida, y por haber dado palabra de no escapar a cambio de ser tratado de forma acorde a su condición real. Y tanto que lo fue. Numerosos enfermos salieron a su encuentro en Valencia, como si fuera la llegada de un mesías, a comprobar si era cierta la leyenda de que los reyes franceses podían curar con el solo contacto de sus manos. A su paso por el palacio de los Duques del Infantado, en Guadalajara, se celebraron banquetes y juegos de toros en su honor. Festejos de tal magnitud que el propio Francisco quedó sorprendido.

Ya en Madrid el monarca permaneció brevemente alojado en la Torre de los Lujanes hasta que fueron adaptadas estancias del Alcázar como su jaula de oro. Allí, el rey no tardaría en incumplir su palabra, planeando varios intentos de fuga desde Madrid. El sultán turco fue el primero que se ofreció a liberarle de su prisión. El

único intento puesto en práctica pareció tan desesperado como ridículo. Francisco sobornó a uno de los esclavos negros que le atendía en su cámara para que ocupara su lugar en la cama; mientras, él se tiznaría la piel y saldría tranquilamente por la puerta del palacio. El plan fracasó antes de empezar. El esclavo se planteó qué sería de él cuando le hallaran en la cama del rey haciendo el papel de abuelita de Caperucita. También los esclavos saben que los muertos encuentran pocas cosas en las que gastar el dinero.

El transcurso de las semanas y la negativa de Carlos a reunirse con él sumergieron al francés en una espesa depresión. Su salud y su moral estaban hundidas, lamentándose por carta de que «ni un amigo me queda para unir mi espada a la suya». Es más, ni siquiera tenía espada. Le fue arrebatada en la batalla de Pavía y permaneció en España durante 283 años, hasta el 31 de marzo de 1808, fecha en que fue entregada en Madrid al ejército invasor francés, para hacérsela llegar a Napoleón Bonaparte, quien había manifestado un vivo interés por el trofeo.

Al fin, el emperador accedió a reunirse con su cautivo el 18 de septiembre. Era la primera vez que se veían en toda su vida y la cosa marchó mejor de lo esperado. El hecho de compartir el francés y la alta alcurnia les hizo amigos al instante, si bien no se puede descartar que por parte de Francisco fuera una especie de síndrome de Estocolmo en las altas esferas. El francés permaneció en la ciudad hasta que accedió a firmar el Tratado de Madrid, el 14 de enero, y a jurar su cumplimiento ante los Evangelios. El acuerdo, que iba a incumplir punto por punto a su vuelta a Francia, le obligaba a renunciar al Milanés, Génova, Nápoles, Borgoña, Artois y Flandes. Además, Francisco se casó en la Villa de Illescas (Toledo) con la hermana de Carlos, Leonor, viuda del rey de Portugal y prometida antes con Charles de Borbón. Es decir, se trazaba un acuerdo pensado para estrechar lazos entre ambas familias. Tras convivir durante siete días de cenas, cazas y bailes (¡menuda prisión!), los dos soberanos se dijeron adiós el 19 de febrero de 1526, siendo amigos y cuñados por un breve periodo de tiempo. Iban a dejar de serlo en el instante en que Francisco pisara suelo francés. El soberano exclamó en su reino: «*Maintenant, je suis roi! Je suis encore roi!*» («Ahora, ¡yo soy rey! ¡Sigo siendo el rey!»).

La liberación de Francisco imponía también la llegada a Madrid como rehenes de los dos hijos mayores de este: el delfín, Francisco, cuya salud quedó maltrecha en su prisión y murió en extrañas circunstancias con solo dieciocho años; y el futuro Enrique II. Ambos crecieron con el ignominioso recuerdo de su estancia en Madrid. Cuando Enrique sostuvo la corona de Su Majestad Cristiana no escatimó en desvergüenza a la hora de aliarse con todo aquel enemigo de Carlos V, por muy calvinista, luterano e incluso musulmán que fuera. La venganza guiaría su política exterior durante demasiados años.

Nada que no hubiera hecho antes su padre, que una vez en suelo francés se desdijo de todo lo firmado, incluso renegó de su matrimonio con Leonor, presentando un acta notarial levantada en secreto ante algunos nobles franceses donde alegaba la

nulidad del documento. Era como decir que había cruzado los dedos de las manos mientras juraba. Además, el Rey Cristianísimo dio luz verde a la alianza que los diplomáticos franceses habían cerrado en su ausencia con el sultán otomano Solimán *el Magnífico*.

Donde dije digo, digo Diego: «Si me eligen emperador, dentro de tres años entraré en Constantinopla o habré perecido», había prometido Francisco durante la carrera por la corona imperial. Era el mismo Francisco que ahora abrazaba a los turcos. Un antiguo comunero español llamado Antonio Rincón ejerció el papel de intermediario entre galos y turcos, así como con otros países, entre ellos Polonia, que se sentían intimidados por el poder carolingio. Poco después de la batalla de Pavía, la reina madre aprobó la apertura de la primera embajada francesa en Turquía y el envío de ricos presentes en señal de amistad. Lo curioso es que ese primer embajador francés no llegó vivo a Estambul, porque el pachá de Bosnia hizo asesinar a la comitiva diplomática cuando cruzó su territorio. Francia estaba demasiado desesperada por lograr la alianza como para protestar ante aquella atrocidad. Se limitó a destinar un nuevo embajador en la Sublime Puerta.

Solimán el Magnífico también había nacido en 1494, como Francisco, y estaba llamado a compartir el mundo conocido con Carlos, que había accedido al poder casi al mismo tiempo que el turco. La rivalidad estaba servida y sus fuerzas eran parejas, salvo en lo que se refería a las batallas marítimas en el Mediterráneo. Los cristianos encadenaban derrota tras derrota cuando se trataba del medio marino. A la demanda francesa de ayuda, Solimán derrotó a la coalición imperial y húngara en la batalla de Mohács, que supuso la desaparición de hecho del reino magiar hasta el siglo XIX y un golpe crítico a la única potencia balcánica que resistía, con astucia y salvajismo, al avance musulmán.

La muerte del rey de Hungría en el combate abrió la puerta a que Fernando, hermano de Carlos y archiduque de Austria, reclamara el trono vacante. El archiduque consiguió anexionar a su territorio Bohemia y la franja occidental de Hungría, aunque también se anexionó la furia de Solimán. El turco estuvo cerca de conquistar Viena, en 1529, tras una fulgurante ofensiva a cargo de 120 000 hombres. Solo tres años después, el sultán volvió a marchar sobre Viena, aunque esta vez el propio Carlos V acudió al frente de un ejército levantado contrarreloj, en parte con el dinero del rescate de los hijos de Francisco. Solimán se retiró antes de la llegada de las fuerzas imperiales, privando al mundo de lo que hubiera sido el combate del siglo: los dos emperadores del planeta, frente a frente. El cronista Francisco López de Gomara interpreta la retirada de Solimán, causada en realidad por cuestiones logísticas, como motivada por el miedo a su ilustre rival:

El turco en una áspera batalla no osó venir a las manos con su enemigo, temió las fuerzas de los nuestros, el aparato de la guerra, y sobre todo la ventura que entonces tenía nuestro emperador; huyó en fin muy lindamente.

La imagen de sultán cruel e implacable de Solimán (bastante justificada) se quiebra frente a su faceta más romántica. El sultán turco fue uno de los más notables poetas musulmanes del siglo XVI y un amante apasionado. Se enamoró hasta el tuétano de los huesos de Roxelana, una esclava pelirroja de origen eslavo que protagonizó un gesto insólito en los anales de la dinastía otomana. Solimán declaró libre a Roxelana y no solo se casó con ella, sino que la convirtió en su consejera en cuestiones políticas. Desafiando la ortodoxia del mundo musulmán, la esclava participó en los asuntos de gobierno y orquestó los preparativos para suceder a Solimán, pese a que ella no sobreviviría a la muerte de su marido. De esta forma, Roxelana puso a su esposo en contra de su hijo primogénito, Mustafá, que, acusado de conspirar contra su padre, fue estrangulado en su presencia. Desaparecido Mustafá, dos hijos de la esclava, Selim y Bayazeto, se disputaron la sucesión en una guerra fratricida en la que salió vencedor el primero con el apoyo de su padre. A la muerte de Roxelana, Solimán quedó desolado y logró escribir: «Languidezco en la montaña del pesar / donde suspiro y gimo día y noche / preguntándome qué destino me aguarda / ahora que mi amada se ha ido».

Más allá de la escandalosa alianza con los turcos, la estancia de Francisco en España supuso el rearme diplomático de Francia. La regente, María Luisa, convenció a Enrique VIII para que finiquitara su alianza con Carlos a cuenta de una desorbitada cifra económica. Además, Venecia, una parte de Suiza y el papa Clemente VII, cuya carrera había impulsado el emperador en otro tiempo, se unieron ahora a Francia para formar la llamada Liga de Cognac (o Liga Clementina) con el objetivo de expulsar a los españoles de Italia. Mientras las fuerzas imperiales contenían a los turcos en Hungría, las tropas de la Liga desangraban a Carlos en el territorio italiano.

LOS IMPERIALES JUEGAN A LA PELOTA CON LA CABEZA DE SAN PEDRO

La respuesta imperial corrió a cargo de un ejército integrado en su mayoría por lansquenets luteranos dirigidos por el veterano Jorge de Frundsberg —quien llevaba en el arzón de su silla de montar una soga con la que prometía ahorcar al papa— y por el condestable de Borbón, que apenas podía mantener la disciplina más básica en el avance de las tropas hacia Roma. En esta ciudad, los seguidores del cardenal Pompeo Colonna, cuya familia ya había mostrado durante la elección de Adriano que no pensaban acatar la autoridad de otro papa Medici, se adueñaron de las calles y obligaron al papa a refugiarse en el castillo de Sant'Angelo. El asunto habría quedado en una advertencia si Clemente VII hubiera cumplido su palabra de disolver la Liga de Cognac. Así lo había prometido durante su encierro. Cansado de que todos se tomaran a broma sus tratados, el emperador consintió a comienzos de 1527 que su ejército se plantara a las puertas de Roma como medida de presión.

Lo que no había previsto Carlos V era la dificultad de sujetar a un ejército

desbocado al que se le adeudaban numerosas pagas, frente a una presa tan deslumbrante como era la antigua capital del Imperio romano. Sobre todo cuando el ejército carecía de mandos solventes. Agotado y desmoralizado, Jorge de Frundsberg había decidido retirarse a Alemania antes de verse allí, ante el papa que había prometido ahorcar, tal vez calculando el desastre bíblico que se avecinaba. El 6 de mayo, los lansquenets atacaron la puerta del Santo Spirito, donde cayó muerto Charles de Borbón por el disparo de un arcabuz que fue realizado por el escultor Benvenuto Cellini. En medio de las noticias de las victorias turcas, los malos presagios de los astrólogos y un ambiente preapocalíptico, Roma fue saqueada, sus monumentos arrasados y sus obras de arte destrozadas durante días. Las violaciones, los asesinatos y los robos se sucedieron por las calles romanas, donde ni siquiera las autoridades eclesiásticas afines a los españoles se libraron del ultraje. De hecho, la abundancia de luteranos entre los lansquenets dotó de un componente anticatólico al saqueo. Las religiosas fueron violadas, los príncipes eclesiásticos humillados y los cráneos de San Juan, San Pedro y San Pablo empleados para jugar a la pelota.

El propio Clemente VII se salvó por poco de morir. Cuando dio comienzo el saqueo se encontraba orando en su capilla, por lo que apenas tuvo tiempo de resguardarse antes de que los saqueadores alcanzaran la Basílica de San Pedro. La mayoría de soldados de la Guardia Suiza fueron masacrados por las tropas imperiales en las escalinatas de la Basílica. El sacrificio de 147 de los 189 componentes de la Guardia garantizó que Clemente VII escapara con vida aquel día a través del Passetto, un corredor secreto que todavía une la Ciudad del Vaticano al castillo de Sant'Angelo (el antiguo Mausoleo de Adriano). Clemente VII permaneció un mes escondido en el castillo, cubierto de un manto morado para evitar ser reconocido.

Filiberto de Chalons, el príncipe de Orange, reemplazó a Charles de Borbón y restableció poco a poco el orden entre los soldados. Mientras tanto, Carlos recibió con desolación la noticia del saqueo, vistiéndose de luto durante un mes y cumpliendo penitencia pública. Así las cosas, su tristeza tenía más de teatral que de real. Lamentaba la imagen que había dado al mundo —no cabe duda—, pero además del nacimiento de su hijo heredero (Felipe) tenía otro motivo para estar contento en esos días. A partir del Sacco, toda Italia se convirtió en un satélite del Imperio, a excepción de Venecia, que gozaría aún de cierta independencia. Y como prueba de que su tristeza era algo figurada, el César Carlos celebró el nacimiento de un hijo varón matando a caballo un toro con una lanza en la plaza de Valladolid. Esta atlética escena sería recogida siglos después por Francisco de Goya en la lámina número diez de los grabados de la *Tauromaquia*.

Al respecto de su aficiones taurinas, Carlos Fisas rescata la anécdota de que, queriendo aprender a alancear, uno de los caballeros de la corte le invitó a fijarse en lo que hacía él para que luego pudiera imitarlo. Después de ver cómo su maestro era lanzado por los aires por un toro, el emperador, un tanto amoscado, afirmó: «Esa lección no la tomo yo».

En 1528 se reanudaron las operaciones militares. Ambos bandos estaban desfondados y una ofensiva francesa contra Nápoles acabó en fracaso. La confirmación de la hegemonía española sobre la península llegó al año siguiente, con la Paz de las Damas, conocida así porque fue negociada por Luisa de Saboya, en representación de su hijo, y Margarita de Austria, tía del César. Lo que no habían logrado los hombres con las armas, lo hicieron posible dos mujeres desarmadas. El documento, además, obligaba a Francisco a reconocer como válido su matrimonio con Leonor, que una vez en Francia fracasó en sus tentativas por obtener influencia en la corte parisina. Eso era lo único que su hermano esperaba ya de ella. La vida de Leonor en la refinada y lujuriosa corte francesa fue un auténtico infierno: su marido la rechazaba y despreciaba, desviando sus atenciones hacia otras mujeres más jóvenes y hermosas. No ayudaba el hecho de que la hija de Juana la Loca hubiera perdido el brillo personal y, de tanto esperar a su esquivo marido, su salud había quedado afectada por la elefantiasis, una enfermedad que hincha y deforma las piernas hasta dejarlas moradas. Apenas firmada la Paz de las Damas, el emperador se dirigió a Bolonia para que Clemente VII colocara sobre sus sienes la corona de hierro de los reyes lombardos. Se sentía, más que nunca, el emperador de la cristiandad.

A los príncipes de Italia y al papa les convenía olvidar cuanto antes el Sacco, más la población italiana no tenía motivos para olvidar ni perdonar. Desde las invasiones bárbaras, nadie había ultrajado así a la capital del cristianismo. Poco importaba que la mayoría de saqueadores fueran mercenarios procedentes de toda Europa, ni que el mando fuera francés, ni que Carlos todavía estuviera mudando sus costumbres flamencas. Para los italianos, los españoles eran «malos cristianos» (en convivencia durante siglos con judíos y mahometanos) y los responsables de la destrucción de Roma y de Italia ya desde las conquistas aragonesas. Frente a la superioridad militar de los españoles (reconocían con rabia: *Dio s'era fatto Spagnuolo*) surgió la burla italiana. De aquella época datan los chistes sobre el virtuosismo de los militares españoles, a los que presentaban como bravucones y fanfarrones, al estilo del soldado que aparece en *La ilusión cómica* de Corneille.

Los españoles eran tan odiados por los italianos como lo eran los franceses. Lo cual daba igual: ninguno de ellos iba a renunciar a Italia. La rivalidad entre los dos monarcas, de hecho, sobrevivió a la muerte de ambos. Se reactivaba de forma periódica, como los constipados en invierno o las lluvias en primavera, especialmente cuando las circunstancias económicas se lo permitían a Francisco. Y casi siempre aprovechando que Carlos se había lanzado contra objetivos del Imperio otomano. Esta rivalidad saltó en varias ocasiones incluso al terreno de lo personal. En un tiempo en que era frecuente esa forma de resolver las disputas, Su Cesárea Majestad desafió a duelo singular al gallo, en 1528, por faltar a su palabra repetidas veces y ser un hombre sin honor. El francés hizo oídos sordos y, ante la insistencia del español, encarceló al embajador en París e intermediario en el desafío Nicolás Perrenot Granvela. Otras versiones señalan que fue Francisco el que reclamó el combate

singular antes, pero que no lo llevó a efecto debido a que tenía una agenda demasiado apretada.

EL EMPERADOR GOTOSO CONTRA LA ALEMANIA HEREJE

A mediados de siglo explotó en Alemania la tensión religiosa desatada por Lutero varias décadas antes. Interesados en minar la autoridad del emperador, varios príncipes alemanes asumieron como suyo el mensaje de la Reforma, ya fuera de forma sincera o por congraciarse con los sectores populares. Esos príncipes luteranos, liderados por el elector Juan Federico I de Sajonia y el landgrave Felipe I de Hesse, decidieron en 1531 que era hora de organizarse militarmente y crearon en la ciudad de Esmalcalda una alianza militar. La Liga Esmalcalda, que años después fue replicada con la fundación de la Liga Católica, no declaró la guerra al emperador automáticamente, pero apoyó confiscaciones de tierras a la Iglesia y expulsiones de obispos y príncipes católicos de sus estados. En 1546, con las manos libres después de firmar una nueva paz con Francia, Carlos encaró al fin ese amago de guerra civil en el Sacro Imperio. El emperador, el gran duque de Alba y su habitual equipo de oficiales se enfrentaban a otra de esas competiciones por ver qué bando aguantaba más tiempo sin respirar. Y lo hacían esta vez aparentemente con menos hombres que el enemigo. Ante esta desventaja, el emperador respondió con uno de sus habituales golpes de efecto: logró que se cambiara de bando uno de los cabecillas luteranos, el duque Mauricio de Sajonia, que ambicionaba el título y los territorios de su primo Juan Federico I de Sajonia.

Carlos estaba cada vez más afectado por la gota, apenas podía caminar. Se dirigió con lentitud hacia la villa de Mühlberg al frente de un ejército multicultural, con 8000 españoles, y con refuerzos de su hermano Fernando. Buscaba así el encuentro con las tropas de la Liga Esmalcalda. El ejército protestante, acampado en la orilla contraria del caudaloso río Elba, se creía a salvo de un posible ataque de las tropas imperiales, ignorando que los españoles habían desarrollado la increíble habilidad de nadar en aguas heladas entre la noche y la bruma. O al menos diez de ellos lo habían hecho. «Súbitamente —relata el cronista del emperador— se desnudaron diez arcabuceros españoles, y estos, nadando con las espadas atravesadas en las bocas, llegaron a los dos tercios de puente que los enemigos llevaban el río abajo». Aquel comando de arcabuceros y la diligente caballería húngara improvisaron distintos pasos para que el ejército imperial pudiera masacrar a los protestantes y capturar a sus principales líderes, entre ellos a una mole humana.

Debido a su extrema obesidad, Juan Federico I de Sajonia solía desplazarse en un carromato durante sus campañas. En Mühlberg, en cambio, prefirió regalar al mundo una escena que suponía heroica, pero que más bien era surrealista. Mientras huían en mil direcciones, los protestantes presenciaron cómo su rollizo comandante, embutido

en un armazón de acero, era incapaz de maniobrar sobre su caballo extenuado y «doblado», para ser finalmente capturado por un noble sajón, Thilo von Throta. Juan Federico recibió una gran cuchillada en la cara y quedó bajo la custodia del mismo duque de Alba, que esa jornada acudió a la batalla montado en un caballo blanco, equipado con una armadura también blanca y un casco con plumas de ese color. El cronista Prudencio de Sandoval describe la captura del cabecilla enemigo:

Él (Juan Federico) se quitó el sombrero, y dijo al emperador, según costumbre de alemanes: «Poderosísimo y graciosísimo emperador, yo soy vuestro prisionero». A esto respondió el emperador: «Ahora me llamáis emperador; diferente nombre es este del que me solíades llamar».

En contraste con el orondo protestante, Tiziano presentó a un atlético Carlos V a lomos de un caballo, cabalgando, lanza en ristre, en solitario, por un sombrío pero calmado paisaje. Es la instantánea de la inmortalidad del emperador. Sin rastro de polvo ni de sangre ni de sudor. Así como el recordatorio de que el éxito nunca es definitivo.

Con Lutero muerto un año antes y la Liga de Esmalcalda disuelta, los cabecillas protestantes fueron encarcelados en el castillo de Halle. El otro gran líder protestante, Felipe I de Hesse, fue capturado o acaso secuestrado mediante engaños. Según la versión más aceptada, el tráfuga Mauricio de Sajonia actuó como intermediario del emperador ante su suegro y le prometió a Felipe que no sería hecho prisionero si se entregaba: *nicht einiges gefängnis* («sin prisión»). Una vez en el alojamiento de Alba en Moritzburg, el noble castellano cenó con él y en la sobremesa ordenó que le prendieran. Aquí Carlos matizó a continuación que la promesa era, en realidad, *nicht ewiges gefängnia* («una prisión no de por vida»). El emperador cumplía con su palabra de forma estricta, aunque ya se sabe que el alemán no era su fuerte. A Mauricio de Sajonia le otorgó el cargo de elector por todos sus servicios, y a los que habían permanecido del lado imperial les recompensó con diferentes prebendas.

El César y sus aliados habían triunfado por completo. Sin embargo, la euforia duró un instante, ya que los príncipes alemanes supervivientes se aliaron con el nuevo rey de Francia, Enrique II, quien tomó de golpe las plazas imperiales de Metz, Toul y Verdún, al tiempo que los turcos conquistaban Trípoli. Todos sus rivales se conjuraban a la vez contra Carlos. Aunque entre ellos no se podía incluir Francisco I, que falleció a causa de la sífilis en marzo de 1547, sin poder asistir a los éxitos de su hijo. Según la tradición, el francés contrajo sífilis a consecuencia de que el marido de una de sus amantes, la *Belle Ferronnière* (apodada así por la profesión de su marido, ferretero), se contagió adrede el «mal napolitano» para transmitírselo al rey a través de su esposa. El ferretero murió de sífilis, al igual que su esposa y que Francisco, que, a su vez, contagió y mató a su primera mujer, Claudia, ya debilitada de por sí después de sus constantes embarazos y partos. En resumen: una tragedia griega protagonizada por una enfermedad venérea.

Mientras una fuerza francesa reclamaba los territorios españoles en Italia,

Mauricio de Sajonia traicionaba a los católicos y se ponía al frente de un nuevo ejército protestante, concentrado en Franconia, que pretendía liberar a su suegro, Felipe I de Hesse, y sacudirse el «yugo de los españoles y de los sacerdotes de Roma». El 6 de abril, Carlos salió en medio de la noche del castillo de Innsbruck por una puerta secreta. La traición de Mauricio sorprendió al emperador sin más compañía que un puñado de soldados y su séquito más próximo. Entre ellos se contaba el banquero Antón Fugger, que era el hombre más adinerado de Europa, y un curioso acompañante, Juan Federico I de Sajonia.

¿Qué hacía allí aquel presunto enemigo? Lejos de lo que cabría pensar, Juan Federico era considerado un hombre afable y de gran ánimo por sus adversarios. Siempre resultó más simpático que su primo, aun cuando estaba en el bando contrario. Por estas razones fueron muchos los que intercedieron para que Carlos no lo ejecutara. El castigo al noble alemán se limitó finalmente a la obligación de residir en la corte del emperador bajo custodia. Ya en calidad de «hombre libre», Juan Federico se vio obligado a huir por los Alpes helados el 19 de mayo de 1552, temiéndose, al igual que Carlos, que su primo Mauricio le capturara y empleara su cabeza para decorar picas.

La huida fue una pesadilla. Carlos estaba prácticamente inmóvil por la gota, los banqueros sirven de poco en los parajes helados, y la montaña de carne sajona era incapaz de desplazarse sin su extravagante carromato. Una vez en Innsbruck, Mauricio entregó a sus soldados los bienes del emperador y mató a varios de sus criados. Puede que la humillación estuviera consumada, no así el objetivo principal de atrapar a Carlos, para quien no pasó inadvertido que el ataque había acontecido en un territorio perteneciente a su hermano Fernando. Su amigo Mauricio, de hecho, había dejado intactos su palacio y sus bienes mientras arrasaba los de Carlos. La desconfianza entre los dos hermanos estaba servida.

Los años que Fernando vivió en Flandes tras su salida forzosa de España le pusieron en contacto con el ambiente erasmista de esta región, lo que le iba a llevar a adoptar una postura más conciliadora y tolerante en asuntos religiosos que la aplicada por su hermano. Su pasividad ante los sucesos de Innsbruck se explica porque él, ya elegido rey de los romanos y, por tanto, futuro emperador, entendía que la situación religiosa en Alemania exigía más tacto del que estaba ofreciendo su hermano. Estas discrepancias quedaron retratadas en la Paz de Augsburgo de 1555, firmada ya con Fernando ejerciendo ampliamente las responsabilidades imperiales, por la que cada príncipe podía determinar la religión de su territorio (*cuius regio, eius religio*). Asimismo, Fernando se sintió ofendido por las maniobras de Carlos para que algún día su hijo Felipe fuera nombrado rey de los romanos, en vez de que el candidato fuera su vástago, el futuro Maximiliano II.

En vías de reconciliarse con su hermano, el contraataque de Carlos se inició desde Milán, donde el duque de Alba levantó un ejército que pretendía reconquistar la ciudad francesa de Metz «para sacarle el pie (al rey de Francia) de Alemania». No

obstante, un nuevo acceso de gota retrasó el ataque hasta el invierno. Cuando reanudó la marcha el año estaba demasiado avanzado y el trascurso del verano había permitido a los pobladores de Metz reforzar sus defensas. Insistir en sus planes fue un grave error estratégico. A pesar de reunir tal vez el mayor ejército del siglo XVI, 55 000 hombres, Metz resistió y Carlos perdió por el camino a la mitad de su ejército por muerte o desertión. El repliegue fue aún más lastimoso: se abandonó a 600 soldados enfermos o demasiado heridos para seguir la marcha. El emperador se retiró a Bruselas con su fama de guerrero invicto resquebrajada. En la ciudad belga, a principios de 1553, sufrió un colapso físico y mental, consecuencia de aquel año infernal. La confianza le había abandonado por primera vez en su vida. Y la salud estaba dispuesta a tomar la misma dirección.

LA JUBILACIÓN DEL GUERRERO BULÍMICO

Un reloj de ébano y de arena, uno de cristal, uno de plata, uno de oro y de platino; relojes redondos de bolsillo; relojes italianos, franceses, alemanes, españoles... La visión del anciano era una hilera interminable de artefactos relojeros. El único paisaje que lograba reconfortarle en esos días. El emperador del mundo se refugió, agotado y deprimido, en una pequeña casa en el parque del palacio de Bruselas, cuando su ofensiva en Metz fracasó con estrépito. Su vida se limitaba a contemplar día y noche la colección de relojes que había ido reuniendo a lo largo de sus numerosos viajes. «Como no puede dormir por la noche, convoca con frecuencia a sus sirvientes, asistentes y otros, y les ordena que enciendan antorchas y le ayuden a desmontar algunos de sus relojes y a volver a montarlos de nuevo», anotó con estupor uno de los embajadores extranjeros en Bruselas. La única preocupación que se permitía era que el ejército de relojes marchase al unísono.

Tic, tac, tic, tac, tic, tac... A pesar de pasarse la vida huyendo hacia delante, viajando de corte en corte, de batalla en batalla, simulando que estaba en todas partes y a la vez en ningún sitio fijo; a pesar de todos esos esfuerzos, el tiempo había alcanzado al final a Carlos V.

A lo largo de su vida el emperador efectuó veintiuna travesías marítimas y cuarenta grandes viajes, entre los que se incluían nueve desplazamientos a Alemania, seis a España, siete a Italia, diez a Flandes, cuatro a Francia, dos a Inglaterra y dos a África. Como resultado de ellos, Carlos estaba prematuramente envejecido a sus cincuenta y cinco años. Apenas conservaba dientes en la boca y pelo en la cabeza, las hemorroides le atormentaban y la gota le mantenía inmóvil. Por temor a las hernias se sentaba en una silla con las piernas en alto, repasando los episodios de su vida. Quizás hasta entonces no había tenido tiempo de descubrir cuánto de hondo era su carácter melancólico y depresivo. La humillación de Innsbruck y la derrota de Metz habían sacado a flote un sentimiento que siempre estuvo ahí. La aflicción, el

desaliento, la postración y el aislamiento le invalidaron para conducir las actividades de gobierno, de modo que su más enérgica hermana, María de Hungría, se hizo cargo de la regencia de los Países Bajos, su hijo de los reinos hispánicos y su hermano Fernando de los asuntos imperiales, como en la práctica llevaba años haciendo. Se suicidó a nivel profesional.

Ni siquiera era posible escuchar las instrucciones de Carlos. Un persistente catarro hizo que durante meses «ni pueda hablar ni cuando habla es oído o poco entendido por los circunstantes de su cámara». Las cartas que se conservan de varios diplomáticos ingleses describen la parálisis del que hasta hace poco había sido el director de orquesta de Europa:

Se pasaba largas horas sumido en cavilaciones y llorando como un niño. Nadie se atrevía a prodigarle consuelo ni tenía autoridad para disipar sus tristes ideas tan perjudiciales para su salud.

La muerte de su madre, a mediados de 1555, empeoró su estado. Empezó a permanecer horas de rodillas en una estancia sin apenas luz, y en una ocasión comentó haber oído a su madre difunta decirle que la siguiera. «Cómo se ve que es hijo de Juana la Loca», se decían los cardenales romanos dándose codazos de complicidad. Más allá del historial mental de su madre, la biografía de Carlos no contenía elementos que hicieran pronosticar un derrumbe anímico similar, a excepción del estado en el que se sumió tras la muerte de su amada esposa Isabel, la madre de Felipe II.

LA BELLEZA ENFERMIZA DE LA EMPERATRIZ

Carlos había elegido a su prima portuguesa, Isabel, por la enorme dote que traía aparejada (Manuel Fernández la calculó en 8000 millones de pesetas, unos 48 millones de euros), pero una vez que se encontraron en Sevilla el amor saltó como un resorte. Se conocieron a las diez de la noche, se casaron a las once y a las dos de la mañana ya estaban consumando el matrimonio. Una boda exprés. Lo sorprendente es que él apenas balbuceaba el castellano y ella no conocía el francés. Poca cosa, nada que impidiera al amor abrirse camino. La pareja fue feliz en los escasos momentos en los que Carlos estuvo presente en el entorno familiar. En las numerosas ausencias el emperador solo confió el gobierno de España a su esposa. Eran, en palabras de sus cortesanos, «los dos mejores casados que yo sepa de este mundo» hasta que la muerte de ella los separó en 1539.

La emperatriz era admirada por su elegante belleza. Blanca, delgada, frágil, sensual... tal vez hoy esos rasgos habrían sido también del interés de la ciencia médica. Esa hermosura acorde con el ideal de belleza del siglo XVI era el indicio más evidente de que sufría al menos un par de enfermedades. Registraba frecuentemente fiebres tercianas (ya fuera por malaria o paludismo), que la dejaban con las defensas

bajo mínimos, y cada año y a cada parto estaba más débil que el anterior.

Esa clase de belleza no podía ser, literalmente, de este mundo. No del de los vivos. A la espera de que naciera un nuevo hijo varón, los médicos advirtieron el 25 de abril de 1539, que Isabel estaba padeciendo un nuevo episodio de fiebres y escalofríos, mas se refirieron a su mal como «tan blandos y [...] tan mansos accidentes» propios de los embarazos. La salud de la emperatriz incluso mejoró en los siguientes días, mientras Carlos era informado de su estado en Aranjuez, donde se había desplazado a unas jornadas de caza. No consideró necesario acudir en ese momento a Toledo con su esposa. Sin embargo, los acontecimientos se precipitaron de la noche a la mañana. Los médicos escribieron el día 30 al emperador para comunicarle que Isabel y su bebé estaban fuera de peligro en su corte de Toledo; sin sospechar que ese mismo día le sobrevendría un aborto que le costaría la vida. Carlos llegó a tiempo de asistir a su muerte y de escuchar sus últimas voluntades. «No consientas que abran mi cuerpo para embalsamarlo», le rogó a su esposo. Esta decisión imprudente, que Carlos iba a respetar con celo, dio lugar a un putrefacto cortejo fúnebre.

Francisco de Borja dirigió la comitiva hacia Granada como caballerizo de la emperatriz y amigo del emperador. En la ciudad andaluza fue enterrada, como lo habían sido los Reyes Católicos y sus hijos en años recientes. Los monteros de Espinosa (la guardia real cuya misión era custodiar la alcoba de los reyes españoles) abrieron en Granada el ataúd para hacer entrega del cuerpo a los monjes que debían sepultarla. Al ver tan alterado el cadáver, en descomposición avanzada por los días de marcha y el calor de la primavera, se le reclamó a Francisco que confirmara que esos eran los restos de la emperatriz. Haciendo las veces de triste notario, Borja pronunció entre lágrimas una memorable frase al contemplar el descompuesto cuerpo de Isabel: «He traído el cuerpo de Nuestra Señora en rigurosa custodia desde Toledo a Granada, pero jurar que es ella misma, cuya belleza tanto me admiraba, no me atrevo. [...] Sí, lo juro (reconocerla), pero juro también no más servir a señor que se me pueda morir».

Se dice que la tristeza que sintió al asistir a la muerte de su señora le condujo a la vida religiosa. Pero eso más bien es una leyenda, a menos que se considere que la conversión actuó con efecto retardado. Su carrera política siguió impasible hasta la muerte en 1545 de su esposa, Leonor de Castro, amiga íntima de la emperatriz, cuando decidió ingresar en la Compañía de Jesús y encaminar su vida a la santidad. Por cierto que la sangre de San Francisco de Borja no era la de un cualquiera. Uno de sus bisabuelos era el papa Alejandro VI y el otro el rey Fernando de Aragón, aunque en ambos casos por vía ilegítima.

La muerte de su esposa generó en Carlos una de sus primeras depresiones graves:

El dolor de Carlos fue terrible. Sin comer ni beber permaneció hora tras hora arrodillado junto al lecho, absorto en el rostro de la hermosísima mujer [...]. De ahí en adelante, con toda periodicidad se presentarían estos excesos de melancolía.

Prometió no volver a casarse, aunque tal vez no incluía en esta categoría las relaciones esporádicas, y pasó los siguientes dos meses recluido en el monasterio de La Sisle, en Toledo, sometiéndose a largos periodos de ayuno, negándose a ver a nadie y abandonando de golpe los asuntos de gobierno. Después de dos meses así, un día Carlos simplemente dio por finiquitada su depresión y regresó al mundo de los monarcas.

En 1555 no parecía, en cambio, que la situación fuera a revertirse de golpe como en Toledo. La salud física y anímica del emperador empeoraba cada segundo, en una tierra cuya humedad cala hasta los huesos. Carlos dispuso todo para que en septiembre de ese año se realizara la transmisión de poderes a su hijo y que el título imperial pudiera pasar a su hermano. Aceptó así gastar sus escasas energías en presidir la última gran ceremonia pública de su vida, un acto simbólico de abdicación en su palacio de Bruselas. Se podría caer aquí en la tentación de creer cierta la imagen del héroe crepuscular, el jinete pálido de Mühlberg, dando una última exhibición de dignidad imperial en su abdicación y evocando el lienzo que el pintor amberino Frans Francken representó dos generaciones después de forma alegórica. Pero eso resultaría una burda mentira. Del Carlos V que Tiziano pintó en Mühlberg no quedaban más que las ruinas en 1555.

EL DEPRIMIDO SE DIRIGE AL LUGAR MÁS REMOTO DE EUROPA

El 25 de octubre, Carlos entró vestido de negro en la gran sala de su palacio, a paso lento, manteniéndose en equilibrio con un bastón y apoyándose sobre el hombro del príncipe de Orange, quien paradójicamente más iba a contribuir a desestabilizar el reinado de Felipe II en los Países Bajos. Su hermana María de Hungría y su hijo Felipe le seguían pocos metros detrás. Con la lentitud de un venerable anciano, el emperador «se puso las gafas y leyó un discurso escrito en un papel» donde explicaba sus razones para abdicar y retirarse a España, así como las empresas exitosas que había acometido en su reinado. Mientras hablaba con parsimonia —anota un delegado inglés— «no hubo en toda la sala un hombre que no derramara abundantes lágrimas».

Emulando la tan característica teatralidad de los políticos romanos, Felipe se arrodilló y, cuando hubo finalizado el discurso de su padre, le suplicó que se quedara algún tiempo más gobernando a su lado, para que de este modo pudiera «aprender de él, a través de la experiencia, aquellas cualidades que son más necesarias al gobierno». «No», respondió. También llorando como los demás, Carlos apoyó las manos en su hijo arrodillado y le bendijo como nuevo soberano de los Países Bajos.

¡Tula! Tuyos son mis problemas. A principios de 1556, mediante actas notariales, el emperador abdicó poco a poco sus títulos. Legó los territorios Habsburgo de Europa Central a su hermano Fernando, posponiendo la cesión formal del Sacro

Imperio a más adelante, puesto que el nacido en Alcalá de Henares no pudo estar allí presente. Temeroso porque pudiera ser una trampa de Carlos para vengarse y pedirle cuentas por lo de Innsbruck, Fernando se destacó como el gran ausente en Bruselas. Luego de resolver el papeleo, Carlos se marchó sin más, en cuanto lo permitieron los imprevisibles vientos de la primavera.

La noticia de la abdicación se extendió por las cortes europeas levantando una mezcla de asombro y lástima. No por previsible dejaba de ser sorprendente que el dueño de Europa hubiera decidido jubilarse y renunciar a sus reinos con cincuenta y seis años. El anciano papa Pablo IV creyó sin más que el monarca había perdido la razón y lo achacó a la misma locura que había sufrido su madre. Es lo que pasaba cuando no había comunicados de prensa: vuelan la imaginación y los rumores. La versión oficial atribuía la decisión a la incapacidad del rey suscitada por la enfermedad metabólica de la gota que le venía torturando cada vez más. Y es cierto que aquello estaba mortificando la existencia de un hombre atlético y enérgico; pero Carlos también reconocía que su estado depresivo estaba directamente relacionado con los errores políticos y militares que había acumulado en el último lustro:

Estoy resuelto de renunciar a estos Estados, y no quiero que penséis que hago esto por librarme de molestias, cuidados y trabajos, sino por veros en peligro de dar en graves inconvenientes que por mis ataques de gota os podrían resultar... En lo que toca al gobierno que he tenido, confieso haber errado muchas veces, engañado por el verdor y brío de mi juventud y poca experiencia, o por otro defecto de la flaqueza humana.

Un intenso sentimiento de culpa iba a carcomer a Carlos en sus años de retiro, aunque en ese momento a ninguno de sus aliados y familiares les preocuparan aquellas abstracciones. Estaban inmersos en cuestiones más superficiales e inmediatas. Una vez renunció a sus coronas, Carlos se dirigió a Cuacos de Yuste, en Extremadura, donde pretendía vivir sus años finales rodeado de monjes. Pero ¿por qué había decidido retirarse a un monasterio de un pequeño pueblo extremeño? El que un rey abdicara ya era un hecho raro en aquel periodo, pero que además lo hiciera tan joven, y para retirarse a un pueblo tan apartado era cosa de locos. Tras hallar en sus mapas el pequeño pueblo que probablemente imaginaron entre la Conchinchina y la Patagonia española, los grandes personajes y prohombres de su tiempo dictaron una sentencia casi unánime: la reputación de Carlos había tocado fondo.

Juzga Federico Badoaro:

Su salida a España le ha hecho perder casi toda su reputación; digo casi toda porque aún le queda tanta como queda de impulso a una galera que, empujada por los remos y el viento, hace todavía un poco de camino cuando los remos se detienen y el viento cae...

Daba igual que no lo entendieran o que lo criticaran sus contemporáneos. Carlos no estaba para gobernar y había tomado una decisión irrevocable. Acaso confiaba en que su estado de salud podría mejorar con el clima de La Vera (el lugar tal vez se lo sugirió uno de sus compañeros de armas en Alemania, el palentino Luis de Ávila

Zúñiga) y sin el peso de las responsabilidades que llevaba cargando desde que era un adolescente. El día 28 de septiembre, la flotilla de barcos llegó, esta vez sí, al puerto de Laredo, donde debía haber atracado en su primera visita a España treinta y nueve años antes. En esta ocasión no fue recibido por pescadores furiosos, aunque tampoco lo fue en los términos que él imaginaba. Su hija Juana, regente de los reinos hispánicos, apenas tuvo tiempo de preparar un recibimiento en condiciones y fueron dos autoridades menores, el alcalde de Durango y el obispo de Salamanca, los únicos que aparecieron en Laredo. «Su Majestad está bien mohíno —escribe su secretario personal, Martín de Gaztelu— del mucho descuido que ha habido en no haberse proveído, como son seis capellanes [...] porque los que traen están enfermos y cada día es menester buscar un clérigo para que le diga misa (en Yuste llegaría a oír hasta tres misas diarias)».

La comitiva imperial fue dejando en su despedida un reguero de cortesanos y criados tras de sí. Contaba en su nómina de Bruselas con 762 personas, entre los que se incluían desde nobles como el duque de Alba, a 85 arqueros, 36 cantores de su capilla musical (su sobrino Maximiliano II se apropió de ella), zapateros, cirujanos, boticarios, relojeros, limosneros e incluso a un grupo de mozos de litera para sus traslados. La mayoría se quedó en Flandes, siendo solo 150 criados quienes viajaron con él a España, y una vez en Yuste jubiló casi a un centenar de estos. Una jubilación anticipada y bien pagada al alcance de los que consiguieron pisar tierras extremeñas. El fatigoso viaje de tres meses mató a casi una decena de servidores y dejó a otros tantos enfermos. El propio emperador sufrió el que más los avatares del viaje, cuyas etapas debió recorrer casi siempre en litera y con el mismo aire depresivo.

Aunque la regente Juana movilizó rápido a la nobleza castellana para agasajar al monarca, todavía se quejaría Carlos a la altura de Medina de Pomar (Burgos) del pobre recibimiento y el escaso número de criados. Protestaba su mayordomo, Luis Méndez Quijada, por los pocos regalos que le envió Juana y por la escasa guardia que le escudaba: cinco modestos alguaciles. «Cuando me veo con tantas varas de justicia, creo que vamos presos él o yo», ironizaba en su correspondencia. Con la referencia a las varas aludía al símbolo más emblemático de esta guardia castellana encargada del orden público.

Los dos «presos» fueron recibidos por fin de modo acorde a la dignidad imperial en Burgos, donde a su entrada sonaron todas las campanas de la ciudad. A partir de ahí se sucedieron los agasajos y los regalos cada vez más lustrados. En Medina del Campo, el consejero de Hacienda, Rodrigo Dueñas, le preparó un alojamiento con braseros de oro donde se quemaba canela de Ceilán. Ni tanto ni tan calvo. Se cuenta que Carlos se ofendió por el exceso y ordenó pagar el alojamiento a Dueñas como si de un posadero y no de un anfitrión se tratara. Lo que ni loco rechazó fueron las colchas forradas de plumas (una suerte de edredón), que Juana le envió para resguardarse del frío cuando entró en contacto con la Sierra de Gredos. Tras franquear la sierra por la Garganta de la Olla llegó al fin a tierras extremeñas, a

Jarandilla, en concreto, donde se reencontró con su amigo Francisco de Borja, tercer general de la Compañía de Jesús.

Fue así un tiempo de reencuentros y también de despedidas. Además de los criados, el pequeño séquito que acompañaba al emperador estaba integrado en su origen por dos hermanas de Carlos, María y Leonor, viudas de los anteriores reyes de Hungría, Portugal y Francia, que habían decidido retirarse al mismo tiempo que su hermano. Una decisión insólita, una estampa extraña: el retiro voluntario del poder de toda una generación de dirigentes. Antes de llegar a Yuste, los tres hermanos se despidieron y siguieron caminos distintos hasta encontrar el mismo año la muerte. María de Hungría y Leonor comunicaron a la regente Juana su intención de residir cerca de ella en la corte de Valladolid. Lejos de aprovechar la experiencia de las dos veteranas, la regente se sintió contrariada y trabajó para encontrar un nuevo alojamiento a las dos nobles damas. Finalmente María y Leonor se instalaron en el palacio de los Duques del Infantado, en Guadalajara, donde pronto se sintieron incómodas, ya que el mencionado duque calculó lo caro que le iba a salir la cortesía. Ellas estaban acostumbradas a ser tratadas con los más grandes honores y se quejaron a su hermano de la escasez de lo ofrecido por el duque. El emperador hizo oídos sordos.

Él se había dirigido precisamente a un sitio tan remoto como Extremadura (la tierra que paría conquistadores) para no escuchar a nadie. La región le entusiasmó desde el principio, pero no así a sus criados flamencos, que empezaron a protestar por esa decisión que los condenaba a todos al ostracismo. La falta de dinero impidió a Carlos licenciar cuanto antes a los criados más revoltosos —con una especie de ERE voluntario— y demoró durante meses las obras para habilitar un palacio en el monasterio de Yuste. Carlos debió esperar en la mansión de los condes de Oropesa, en Jarandilla, a que llegara el dinero prometido por el secretario de Estado. La escasez de fondos estaba motivada por la poco meditada decisión del emperador de rebajar los 200 000 ducados al año que recibía su casa cuando estaba en el poder hasta 12 000, una cifra del todo insuficiente. Durante tres meses Carlos escribió, desesperado y aburrido, a su hija y al rey reclamándoles que le dieran el oro necesario para recorrer las dos leguas que le quedaban hasta su retiro. Estaba a golpe de piedra de su jubilación.

El 16 de enero de 1557, llegaron finalmente a Jarandilla 26 000 ducados desde Sevilla. Con este dinero pagó los sueldos de sus servidores y las gratificaciones de sus criados flamencos. La mayoría arrojó lágrimas de emoción en su despedida, aunque los alabarderos, reunidos en el patio del palacio, lo que prefirieron lanzar fueron sus armas al suelo en señal de que no volverán a servir a ningún otro señor.

VIVIR COMO UN MONJE, PERO ENGULLIR COMO UN ADICTO

El tiempo que Carlos dedicó a escribir a sus familiares, mendigando fondos para su jubilación, lo emplearon sus sirvientes más cercanos —su mayordomo, su secretario, su médico— en intentar influir en el emperador para que desechase la idea de instalarse en Yuste de por vida. El clima de La Vera, húmedo en invierno y caluroso en verano, se consideraba malo para la gota. El ataque que sufrió durante su primera Navidad allí, todavía en Jarandilla, pareció confirmarlo. Un médico italiano de fama llamado Giovanni Andrea Mola acudió a Extremadura a atenderle y a certificar lo que ya sabía: contra la gota no cabía otra solución más que mejorar su alimentación y dejar la cerveza. Carlos se negó a oír ambas recomendaciones, al igual que hizo cuando el médico le pidió que se alejara de aquella tierra tan húmeda. Únicamente acertó de lleno Andrea Mola en su remedio para aliviar las hemorroides, que afectaban a Carlos desde joven, con una planta que debió ser enviada desde la Lombardía italiana. El remedio dio mil veces mejor resultado que el absurdo método que le había sugerido en el pasado otro doctor: colocarse brazaletes de oro para aliviar las hemorroides.

La gota incurable había sido determinante para que Carlos renunciara a sus coronas. Desde los veintiocho años registraba ataques de este tipo, aunque hacía tiempo que se había convertido en crónica, con brotes intermitentes que llegaron a dejarle completamente inválido. En Bruselas, la depresión y la gota habían hecho que en varias ocasiones ni siquiera pudiese sostener la pluma para firmar los despachos. Los malos hábitos alimenticios habían acrecentado estos furiosos ataques de gota. Giovanni Andrea Mola no era el primer médico que le aconsejaba que redujera en su dieta la carne y los mariscos, que ya entonces se sabía que influían en esta enfermedad metabólica. El emperador se negó en redondo, porque en esencia era adicto a la comida o porque sufría alguna clase de enfermedad que le empujaba a comer en exceso, tal vez la diabetes. Badoaro relata en detalle su peculiar dieta cuando solo era un príncipe imberbe:

Tenía la costumbre de tomar, por la mañana, al despertarse, una escudilla de jugo de capón con leche, azúcar y especias; después de lo cual volvía a reposar. A mediodía comía una gran variedad de platos; merendaba pocos instantes después de vísperas, y a la una de la noche cenaba, tomando en esas diversas comidas toda clase de cosas propias para engendrar humores espesos y viscosos...

La fábrica de viscosidades que se estimaba en el estómago del emperador tenía su razón de ser, o al menos la más evidente, en sus problemas para masticar los alimentos. Su mandíbula prominente le dificultaba las digestiones y además le obligaba a comer sin compañía, puesto que le avergonzaba que le vieran digerir como una bestia. Reclamaba con reiteración mayor abundancia en la comida y exigía la introducción de nuevos platos casi a diario. Y dado que nunca modificó su peso corporal pese al hambre exagerada, el psiquiatra Francisco Alonso-Fernández y otros autores argumentan como lo más probable que el rey fuera bulímico. Aquí resultaría

complicado saber si la bulimia y el insomnio eran la causa o, más bien, la consecuencia de aquella depresión que le había dejado k.o. en Bruselas. Durante este episodio se despertaba a deshoras, tras pasarse la noche en vela ajustando sus relojes, con la ansiedad de llevarse cuanto antes algo a la boca. Devoraba los platos de carne sin respetar siquiera la prescripción de ayuno los días que comulgaba, para lo cual pidió a Roma una especial dieta pontificia.

En Cuacos de Yuste vivió con mucha humildad en los ropajes y en el séquito a su cargo, hasta el extremo de que los lugareños empezaron a cantar una coplilla con el estribillo: «Grande celda para un fraile, corto albergue para un César». Se decía que en las paredes desnudas de sus aposentos solo había unos paños negros, a modo de recordatorio de su luto perpetuo, y un mobiliario tan maltrecho como la silla para la gota que usaban para trasladarle. Lo más probable, sin embargo, es que aquello fuera una exageración para retratarle como un humilde fraile en su celda sombría. Nada que ver. El emperador adornó su pequeña mansión de Yuste con tapices de Turquía y de Alcaraz, sillones de terciopelo, cuatro grandes relojes, una colección de valiosos libros, abundantes vestidos de seda y una vajilla de plata. El palacio contaba, además, con un gran jardín donde se habían plantado naranjos, limoneros y flores olorosas. Y no podía ser aquella la vida de un humilde fraile, porque su dieta seguía siendo la de un soberano glotón.

A Yuste le enviaban toneles de cerveza alemana y flamenca, sus predilectas, ostras de Ostende, sardinas ahumadas, salmones, angulas, truchas, salchichas picantes, magros, chorizos, carne de cordero y de buey, etc., que no hicieron sino empeorar el estado de salud del emperador hasta el punto de que tenía dificultades para vestirse solo.

«Su gula, su voracidad maldita, llega al punto de que aun con mala salud, en medio de crueles dolores, no se abstiene de comer ni de beber lo que le es perjudicial», narra Guillermo van Male, ayuda de cámara del rey. Consta que únicamente en una ocasión compartió mesa con los austeros monjes de Yuste, en el mes de mayo de 1557. Aceptó la invitación de los jerónimos para compartir mesa, pero no volvió a repetir. Él prefería los alimentos muy condimentados y los frailes le obsequiaron con comidas más bien sosas y alimentos humildes. Allí os quedáis con vuestro pan duro, debió de afirmar para sus adentros.

De abandonar la cerveza ni quiso oír hablar. Su querida cerveza flamenca — oscura, aromatizada, caramelizada y de alta graduación— era lo único que le saciaba la sed tras los salados banquetes que se metía para el cuerpo. Cuando vino por primera vez a Castilla, Carlos se trajo a un grupo de maestros cerveceros procedente de los Países Bajos para elaborar un «zum de cebada» más cremoso y tostado que el de España. Varios de esos artesanos se instalaron en Castilla, lo que impulsó una industria que aquí tenía poca tradición frente al monopolio del vino (*beati hispani quibus bibere vivere est*, «afortunados los hispanos para quienes beber es vivir»), al que Carlos tampoco hacía ascos. Aunque nunca renunció a su cerveza flamenca, el

emperador cogió una insana afición a beber vino de pitarra en Yuste. En eso se parecía a los castellanos. Ellos no renunciaron a beber vino caliente, pero se incrementaron los adeptos a la cerveza, que los artesanos, atentos a los gustos de los consumidores, rebajaron en su sabor amargo para conquistar a los consumidores españoles. Hoy, esa variedad de baja fermentación sigue gozando de más popularidad que ninguna otra entre el público patrio.

Si acaso, el único vicio que realmente apartó a un lado fue el sexo. Prohibió a toda mujer acercarse al monasterio donde residía «a una distancia de más de dos tiros de ballesta so pena de doscientos azotes». La automortificación, con azotes en su torso, también formó parte de esa estrategia para alejar los pecados de la carne. Su estancia en Yuste estaba pensada, en esencia, como una suerte de purgatorio donde revisó una y otra vez sus errores juveniles. Lamentaba no haber matado a Lutero a su debido tiempo, haber fallado en la defensa de la unidad religiosa de Europa y haber ocupado la vida combatiendo a otros cristianos en vez de al Imperio otomano. Estos lamentos, en definitiva, resultaban de su estado depresivo y de una radicalización de sus postulados religiosos, hasta entonces regidos por la doctrina conciliadora de Erasmo de Rotterdam. Se dice que, a modo de culminación, Carlos solicitó a los jerónimos del monasterio de Yuste la celebración de unas honras fúnebres en vida. Consistió el grotesco acto en un funeral al que asistió, gimiendo y llorando, el propio Carlos, quien en un momento dado se tendió en el suelo como signo de que él ya estaba muerto en realidad. Si bien algunos autores consideran que este relato es apócrifo, el funeral casa con el proceso de mortificación al que se sometió el soberano en Yuste.

Oír misa ocupaba la mayor parte de su tiempo, incluso cuanto la gota le dejaba inmóvil. Para esos casos Carlos había ordenado que su dormitorio estuviese comunicado por una puerta con el altar mayor de la iglesia del monasterio, de tal manera que podía escuchar misa desde el mismo lecho. Una solución que, sin embargo, no era del agrado de su mayordomo, Luis Quijada. Veía extravagante que los monjes pudieran contemplar al César tumbado en la cama durante sus rezos, así como el hecho de que a todas horas se escucharan los cánticos del coro en la habitación. Aunque eso confortaba al soberano. Carlos había renunciado a su espléndida capilla musical de Bruselas, pero en cuanto aterrizó en Extremadura formó un coro con los mejores cantores de la comunidad. Adoraba ya la música desde sus tiempos de mocedad, donde se divertía tocando el clavicordio (un antecedente del piano de cola).

En Yuste se empeñó hasta la obsesión en que el coro improvisado no desafinara ni una nota. «El hideputa, el bermejo, cómo yerra», cuentan que exclamaba el monarca, entre otras lindezas, ante un trino mal dado. Peor fue su reacción cuando un intrépido contralto de Plasencia quiso lucirse ante el emperador cantando en unas vísperas. Desafinó tanto en la primera estrofa que Carlos se enfadó y ordenó que lo sacaran de la iglesia casi a rastras.

La música, la comida, la misa, la pesca y la lectura. Las ocupaciones del emperador en Yuste eran sencillas. Entre sus lecturas favoritas estaban *El caballero determinado*, de Oliver de la Marche, y los *Comentarios* de Julio César. Pero eso no significaba que Carlos —una vez superada la peor fase de su depresión— se creyera completamente a salvo de sus responsabilidades políticas. Felipe rogó a su padre que no abandonara todavía el poder y que le asesorara un tiempo, pero incluso cuando desechó esta posibilidad y se retiró hacia Extremadura el bisoño rey aún pensó que podría ayudarle desde Yuste con un papel activo en el gobierno de España. Estaba totalmente equivocado. Sí, iba a retomar su interés por la política, mas no le iba a servir de ayuda. El criterio de aquel Carlos mortificado y radicalizado en sus posturas religiosas dejaba mucho que desear y solo sirvió para sacar de quicio a Juana, la regente.

JUANA DE AUSTRIA, LA HERMOSA PRINCESA QUE SE CASÓ CON UN MORIBUNDO

En la primavera del 1557, Felipe se sintió tan desbordado como para pedirle a su fiel amigo Ruy Gómez de Silva que convenciera al emperador de retornar al mundo de los vivos: «Suplicando a Su Majestad tenga por bien socorrerme en esta coyuntura [...]. Al solo rumor de esta noticia esparcida por el mundo, estoy cierto que mis enemigos quedarán turbados». Aunque su estado de salud y su ánimo habían mejorado, Carlos respondió con un no rotundo. Segundas partes nunca fueron buenas. No estaba dispuesto a salir de su retiro; y con la victoria ese mismo verano en San Quintín contra los franceses ni siquiera se exigía ya su presencia. El emperador reprochó a su hijo no haber atacado París tras la batalla —lo cual en realidad hubiera ido en perjuicio de los intereses españoles—, al igual que le reprochó firmar la paz con el papa Pablo IV en unas condiciones desventajosas o haber dejado con vida a Francia cuando estaba en su mano poner fin a la guerra.

Puede ser que en algunas cuestiones tuviera razón el veterano Carlos, salvo que esas eran las opiniones de alguien radicalizado que aconsejaba lo contrario a lo que habría hecho él cuando gobernaba. Es más, si alguien tenía motivos para hacer reproches era el propio Felipe. Antes de la campaña, en abril de 1557, el nuevo rey había declarado la primera suspensión de pagos de la historia de España, que no era sino el estallido de las facturas apretujadas en los cajones militares de Carlos. Y tal vez por ese remordimiento, el emperador se volcó en conseguir fondos para la guerra de su hijo. Escribió a obispos y arzobispos para que la Iglesia contribuyera, bien con donaciones, bien con préstamos, a financiar esos gastos.

El emperador se encolerizó cuando, en marzo de 1557, supo que una partida de plata y oro procedente de las Indias había sido desvalijada al atracar en Sevilla. Exigió a la gobernadora Juana que rastreara el destino del dinero y castigara a los

empleados de la Casa de Contratación culpables, en una carta abarrotada de velados reproches contra su hija. Se estaba transformando en un cascarrabias con un dicitivo en la punta de la lengua para cada ocasión. Carlos admitió que incluso le daban ganas de salir de Yuste: «En verdad —escribió el emperador—, si cuando lo supe, yo tuviera salud, yo mismo fuera a Sevilla a ser el pesquisidor de donde esta bellaquería procedía; y pusiera a todos los de Contratación en parte (en la cárcel)». Las cartas dirigidas a Juana, una mujer extremadamente inteligente, mantenían un venenoso tono de desconfianza. Así, al conocerse el brote de luteranismo que se produjo en Valladolid y se extendió hasta Sevilla y Llerena, Carlos reclamó la enérgica actuación de la Inquisición contra los herejes y volvió a amenazar con salir de Yuste para solucionar en persona el problema.

Todo hace pensar que Carlos no se fiaba un pelo, si es que le quedaba alguno en la cabeza, de la capacidad de su hija. Incluso se negó a que le visitara cuando la regente solicitó ir a Yuste. Hay quien ha achacado esta actitud recelosa a la misoginia que se atribuye de forma poco precisa al emperador. No es cierta. Carlos había dejado a su tía Margarita y luego a su hermana María como regentes en los Países Bajos, así como a su esposa durante sus ausencias en Castilla. Él mismo se había jactado en el pasado de que «en ninguna manera convendría ni sería cosa decente que mujer entendiese de gobernación no siendo casada y teniendo edad que hubiese tomado tocas». Pese a su juventud, Juana ya había estado casada. ¡Y no con cualquiera! La hermana pequeña de Felipe II contrajo matrimonio a la edad de dieciséis años con su primo hermano, el príncipe heredero de Portugal, Juan Manuel. Un príncipe de salud frágil (fue el único de los nueve hijos de Catalina de Austria que llegó a la edad adulta) que murió de diabetes juvenil el primer día del año 1554. A su esposa le fue ocultada la noticia hasta el día 20 de ese mes, después del largo y doloroso parto de Sebastián I, posterior rey de Portugal. Enloquecida por la noticia, la primera reacción de Juana fue querer cortarse la magnífica caballera dorada que tanto le gustaba a Juan, aunque el rey evitó que cometiera tal sacrilegio en el último instante.

Muerto su esposo, Juana se encontró de repente en un país ajeno, sin aliados ni amigos, con la sospecha de que había sido el atractivo instrumento empleado por la reina, Catalina de Austria, para dar un heredero al reino, a sabiendas de que Juan Manuel iba a morir joven como el resto de sus hermanos. Cuando Felipe II viajó al norte de Europa a solucionar los entuertos de su padre, se acordó de su hermana abandonada y la llamó para que ocupara la regencia de los reinos españoles. Carlos habría preferido que fuera su hermana María de Hungría quien gobernara, y no su hija, pero debió conformarse con Juana, que, puesta a resignarse de verdad, tuvo que dejar en Portugal a su hijo Sebastián. El resultado de su gobernación en España fue bastante notable, siendo las veladas críticas de Carlos algo intrínseco al cargo, fuera quien fuera el que lo ostentara. El Carlos de Yuste era un cascarrabias, radicalizado y egocéntrico, del que el propio Felipe pedía a sus secretarios que le resumieran sus pretenciosas cartas. A él también le destinaba reproches, incluso al duque de Alba

durante su brillante campaña en Italia. No era nada personal.

Tras su regencia, Juana sopesó tomar votos como franciscana, que era lo que se esperaba de una hermosa viuda sin intenciones de volver a casarse, pero finalmente decidió que lo que quería ser, de verdad, era miembro de la Compañía de Jesús. Imposible según las reglas escritas por Ignacio de Loyola, que apartaba a las mujeres de la orden y hasta de su labor pastoral. Por enchufe de Francisco de Borja, la princesa Juana de Austria se saltó las normas y formuló sus votos en secreto bajo pseudónimo, convirtiéndose en la primera y última mujer jesuita de la historia. Murió por un cáncer de útero en 1573, con treinta y ocho años, lamentándose en sus últimos días de haber dejado a su hijo en Portugal cuando solo era un bebé para seguir las órdenes de su hermano. Desde luego, el carácter de Sebastián I iba a revelarse todo menos equilibrado.

CUANDO LOS MÁS RICOS MORÍAN DE PALUDISMO

Mientras iba recuperando el ánimo político, Carlos recibió varias noticias que quebraron su salud. Su hermana Leonor, otra antigua reina de Portugal, gastó el tiempo en España en intentar que su hija María, también abandonada en Lisboa, regresara a su país. El forcejeo diplomático y familiar se saldó con la negativa de la propia María, lo cual terminó por minar la salud de Leonor. Murió en febrero de 1558 en el pequeño pueblo extremeño de Talaveruela. Carlos lo sintió enormemente, al igual que su hermana María de Hungría, que abandonó Guadalajara con teatralidad para instalarse brevemente en Yuste y, más tarde, en Cigales. Allí le escribió Carlos, ante la insistencia de su hijo, para que rompiera su promesa de no volver a la política y viajara cuanto antes a los Países Bajos a hacerse cargo del gobierno. Ya se empezaba a vislumbrar lo que acabaría por ser el gran quebradero de cabeza de Felipe II. La obediente hermana accedió a regañadientes a ejercer esa responsabilidad, si bien ninguno de los dos saldría de su retiro.

Las noticias eran malas, la gota no remitía y todo lo que había recuperado de vitalidad en los dos últimos años se lo arrancó un mosquito extremeño a finales de agosto de ese año. «Está tan bueno y gordo y con tan buen color, como no lo he visto después que entró en Yuste», escribía el secretario del emperador meses antes de que una tarde calurosa de verano, a las cuatro, se sintiera indispuerto de repente, le asaltara un dolor de cabeza y una sed voraz que ni su gusto por la comida salada ni las altas temperaturas de la zona justificaban. Hoy sabemos que un mosquito contagió al emperador el paludismo o la malaria, que de ambos modos se conoce la enfermedad. Se trataba de una enfermedad muy habitual en la región, sobre todo en veranos especialmente cálidos y en zonas húmedas. Sin embargo, se ha achacado a un elemento foráneo, al ingeniero italiano Juanelo Turriano, que le acompañó a Yuste, la proliferación de mosquitos en los jardines del emperador. Turriano construyó varios

estanques en Yuste, que en poco tiempo se alzaron como el destino vacacional perfecto para legiones de mosquitos. Sea como fuere, no sería justo que el relojero del rey pasara a la historia por ese accidente, cuando en la hoja de servicios del Leonardo de Toledo hay un ingenio para llevar el agua del Tajo hasta el Alcázar y diversas máquinas voladoras.

El caso es que aquel mosquito, quién sabe si luterano, inoculó el paludismo en Carlos. La fiebre alta y la falta de apetito descartaron la gota y los otros sospechosos habituales. El consejo de los médicos terminó de condenarle: sangrías y purgas. El 2 de septiembre se le extrajeron diez onzas de sangre. Y ante la intensa sed que padecía, se le dio de beber agua con vinagre y también cerveza. Su salud entró en caída libre a mediados de septiembre. El emperador era consciente de que su estado era grave y como prueba de ello pidió añadir nuevas disposiciones al testamento que firmara en Bruselas en 1554. Rechazó, sin embargo, que su hija y su hermana fuesen a Yuste a despedirse.

Y al final, la tierra. El 21 de septiembre, a las dos de la madrugada, el emperador expiró agarrado a un crucifijo que había acompañado a su esposa Isabel en su lecho de muerte. «¡Ay, Jesús!», suspiró antes de dejarse morir. Lo hizo contemplando el misterioso cuadro de *La Gloria*, que siete años antes había encargado a Tiziano. El rey emperador le ordenó pintar su propia muerte y la de su familia, todos envueltos en sudarios, suplicantes y contemplativos ante la Trinidad. Esa pintura de Tiziano, el paripé de funeral que había representado en Yuste, su pretendida austeridad, el retiro forzado... Carlos llevaba dos años fallecido cuando verdaderamente lo hizo en Yuste. O al menos eso creía él. Las consecuencias de su depresión le habían convertido en un muerto viviente que ya solo aspiraba a expiar sus numerosos pecados.

De su entierro se puede decir más de lo mismo. Dejó escrito que se oficiaran 30 000 misas en memoria de su alma —10 000 más de las que había encargado su abuela, Isabel la Católica— y que deseaba ser enterrado en el monasterio de Yuste, bajo el altar mayor, de modo que el sacerdote pisase «sus pechos y su cabeza mientras oficia». No obstante, Carlos dejó a su hijo la decisión de si el cuerpo debía ser trasladado en el futuro a un lugar donde pudiera ser enterrado junto con su mujer y sus hermanas. Y así lo ordenó. En 1573, Felipe reunió a la familia en el palacio monasterio de El Escorial y a su padre lo enterró en una pequeña bóveda bajo el altar, que hoy se encuentra sin uso. Hubiera sido el punto final deseado por el emperador si la dichosa historia de España no fuera tan cruel con el descanso de los muertos. La redistribución de las criptas ordenada por Felipe IV en el siglo XVII dio al traste con las preferencias de Carlos y le separó de su familia más cercana para meterlo en lo que hoy es el Panteón de los Reyes. Su momia, además, fue sucesivamente ultrajada durante la Revolución Gloriosa (1868), la Guerra Civil y otros periodos convulsos.

María de Hungría falleció diez días después que Carlos.

DON JUAN DE AUSTRIA, EL BASTARDO DE CUENTO SIN CORONA



Junto a la ventana entreabierta, el venerable anciano enlutado y de rostro triste que en otro tiempo había gobernado media Europa miró con curiosa dulzura al niño de once años que permanecía de pie a la espera de presentarse. El joven llamado Jeromín había acudido al palacio del emperador en Yuste acompañando a su tutor, don Luis de Quijada, y a su «tía», doña Magdalena, que iban a ser recibidos por Su Cesárea Majestad. Un honor que iba más allá de la simple visita rutinaria. Sin revelar sus auténticas intenciones, Carlos conoció en persona al inquieto mozo de rasgos flamencos llamado a ganar con hazañas lo que le estaba vetado por su sangre tintada. De la misma manera que nunca le contó en vida que era su padre, sí mostró interés por verse con el hijo que, paradójicamente, más se parecía a él.

Como si su vida fuera un cuento de la factoría Disney, don Juan de Austria, héroe de la batalla de Lepanto, y uno de los pocos españoles inmunes a la leyenda negra, pasó en pocos años de ser un niño huérfano criado en las calles de Leganés a ser el hijo reconocido del emperador. De entre los cinco vástagos que Carlos tuvo sin estar casado, fue a don Juan a quien mostró más indiferencia en vida. Además de la hija con Germana de Foix, el emperador había concebido junto a una hermosa dama flamenca, Johanna María van der Gheynst, una niña a la que nunca tuvo problemas en reconocer como hija suya: Margarita de Austria. La joven fue emparentada sucesivamente con dos príncipes italianos, el duque de Florencia (que despreciaba a su mujer y murió asesinado un año después de la boda), y más adelante con el duque de Parma, con el que tendría hijos gemelos, aunque solo Alejandro Farnesio sobrevivió al parto. Antes de casarse con Isabel, Carlos también engendró a otras dos niñas con sendas damas extranjeras, Juana y Tadea de Austria, a las que prestó remota atención. Si bien no reconoció prácticamente a ninguna ellas, sí se esforzó por mantener sus vidas bajo su control.

Precisamente por ello sorprende tanto su actuación en el caso de don Juan. ¿Por qué se resistió a reconocerlo como su hijo? ¿Por qué ocultó con tanto celo su existencia? Tal vez le avergonzaba haber sucumbido a la tentación sexual cuando pretendía estar de luto perpetuo por la muerte de su amadísima Isabel. O lo que le sonrojaba, simple y llanamente, era la mujer elegida. Bárbara Blomberg, de

diecinueve años, era una exuberante belleza alemana, con voz de sirena, que Carlos conoció en 1546 al acudir a la Dieta Imperial en Ratisbona. En febrero de 1547, esta alemana procedente de una familia burguesa parió a un hijo varón del emperador en Regensburg. El niño fue bautizado como Jerónimo o Jeromín, debido probablemente a que la madre se casó al poco tiempo con Jerónimo Píramo Kegell, nombrado tutor del bastardo. Era, en consecuencia, una forma de guardar las apariencias. Pero la situación cambió cuando la crianza y educación del niño cayó en manos del violinista flamenco Frans Massi, que estaba casado con la española Ana de Medina.

El emperador quería que el muchacho se trasladara a España. Durante dos años, Massi y su mujer se comprometieron a cuidar en Leganés de Jeromín, el supuesto bastardo de un cortesano, a cambio de cincuenta ducados anuales. En las calles de esta localidad madrileña, que a duras penas llegaba a los mil habitantes (en 1580 serían 1700 y ocupaban 400 casas, estando la capital ya en Madrid), Jeromín se crio como cualquier hijo de vecino, entre juegos infantiles y el aire salvaje de aquellos niños que pasan demasiadas horas en el campo.

En el verano de 1554, don Luis de Quijada consideró que la educación del hijo del rey no cumplía con las condiciones firmadas —entre otras cosas, Massi ya había fallecido— y trasladó al niño a Villagarcía de Campos (Valladolid). Su esposa, doña Magdalena de Ulloa, se hizo cargo de su educación, auxiliada por el maestro de latín Guillén Prieto, el capellán García de Morales y el escudero Juan Galarza. Quijada había acompañado desde su cargo de mayordomo a Carlos en su aventura por Europa y era uno de los pocos hombres que conocía la auténtica naturaleza de Jeromín, pero le fue ordenado que guardara el secreto bajo cualquier circunstancia, incluso de cara a su mujer. Sin haber dado a luz a ningún hijo, doña Magdalena de Ulloa se encariñó del niño, aun sospechando que podía ser el fruto de una infidelidad de su marido. No se lo reprochó jamás, quizá porque en el fondo sabía que su marido no era de esa clase de hombres. Ambos educaron a Jeromín como si de un hijo propio se tratara.

Carlos quiso conocer al niño en Yuste cuando contaba once años de edad, en 1558. Cualquier descripción del encuentro es más novelada que real. Se sabe que acudió junto a don Luis de Quijada y doña Magdalena de Ulloa, y que lo hizo creyendo que el motivo era que el emperador se reencontrara con su viejo amigo. El resto de detalles está más relacionado con el cuadro decimonónico *Presentación de don Juan de Austria al emperador Carlos V*, de Eduardo Rosales, que con lo señalado por las crónicas. Tal vez le dijera al niño algo que, cuando él faltara, le sirviera de consejo paterno o de disculpa por haber actuado así. Pero lo que no hizo nunca fue reconocer la paternidad, si bien poco pudo hacer para evitar que corrieran rumores a raíz de su presencia en Yuste. En las cuarenta y cinco hojas de su último testamento, ejecutado el 6 de junio de 1554, Carlos no dedicó ni una gota de tinta a mencionar a Jeromín; en cambio, redactó ese mismo día una cláusula anexa con instrucciones de que Felipe II la leyera a su muerte, explicando los planes que tenía para su hijo natural:

[...] que pudiéndose buenamente enderezar que de su libre y espontánea voluntad él tomase hábito en alguna religión de frailes reformados, a lo cual se encamine, sin hacerle para ello premio ni extorsión alguna. Y no pudiendo esto guiar así, y queriendo él más seguir la vida y estado seglar... 30 000 ducados en el Reino de Nápoles.

Carlos quería que Jeromín se convirtiera en fraile. Solo en caso de negarse, se le ofrecerían unas rentas de 30 000 ducados, es decir, un condado o un ducado en el Reino de Nápoles. El resto quedaba en manos de Felipe, que tuvo noticias de la existencia de su medio hermano por primera vez en este documento. El texto se mostraba extremadamente escueto en lo referido a las circunstancias o naturaleza de su gestación. Ni siquiera precisaba si se trataba de un hijo o un nieto. Era evidente que el asunto avergonzaba a Carlos, cuya figura se vislumbraba como un héroe mítico a ojos de Felipe. No queriendo decepcionar a su hijo, Carlos reveló la noticia sin entrar en detalles privados: había concebido un hijo en Alemania «después que enviudé» con una mujer soltera. Punto y final.

FELIPE II DESVELA AL MUNDO EL SECRETO MÁS VERGONZOSO DE SU PADRE

La tendencia a presentar a don Juan como un héroe traicionado ha hecho que, en ocasiones, se defina como tímida la actitud del rey en lo referido a los derechos de su hermano. Nada más lejos de la realidad. El principal heredero del emperador Carlos debió de sentirse decepcionado porque su padre hubiera ocultado algo así tanto tiempo, pero se mostró muy generoso con el bastardo. Fue más lejos de lo que proponían las instrucciones de Carlos para despachar al joven. Al conocer la noticia, Felipe designó a su hermanastro caballero de la Orden del Toisón de Oro en una asamblea celebrada en julio de 1559, si bien ocultó su identidad por el momento. La pertenencia a esta orden fundada por Felipe *el Bueno* de Borgoña era un derecho exclusivo de la más alta nobleza europea y se acreditaba con una insignia del vellocino de oro, que hacía referencia a la leyenda de Jasón en la nave *Argo*.

Como heredero de la dinastía borgoñona, Felipe II era el soberano gran maestre de la orden encargado de elegir a los nuevos miembros. Poco a poco la fue llenando de españoles y de sus aliados conforme la rebelión de Flandes ponía bajo cuarentena a la aristocracia flamenca. El monarca, de hecho, trasladó a Madrid al canciller y, pocos años después, al grefier y al rey de armas de la orden. La sede de Bruselas pasó a ser secundaria, y los caballeros flamencos dejaron de ser el núcleo principal de la misma. A la muerte de Carlos II de España, los dos pretendientes al trono, Felipe de Anjou y el archiduque Carlos, ostentaron en paralelo la dignidad de grandes maestros, produciéndose un cisma entre la rama austriaca y la española de la orden que dura hasta hoy.

Felipe mantuvo el secreto sobre su hermano todavía durante un año más. Cuando

Juana, la regente de Castilla, preguntó sobre el origen de aquel misterioso niño que había frecuentado Yuste, Quijada mintió sin reparos: «No hay motivos para creer que es hijo de Su Majestad». Finalmente, el 12 de octubre de 1559 se puso punto y final al misterio. El rey convocó a don Luis de Quijada y al joven de doce años a su palacio de Valladolid, y durante una cacería, entregó a su hermanastro la insignia de la orden; le concedió una casa propia, a cuyo frente puso a Quijada; y, en un gesto inusitado para quienes trataban a diario con la sequedad del rey, le abrazó, le besó y le dijo quién era su padre. Una desconcertada Juana también se sumó a las muestras de cariño, al igual que el único hijo del rey, don Carlos. El monarca, además, dispuso que don Juan residiera en la corte junto a los nietos del emperador, don Carlos y Alejandro Farnesio, que tenían casi su misma edad. El niño asilvestrado de Leganés se había transformado en pocos años en un miembro *de facto* de la familia real, sin derechos dinásticos pero con el aprecio y reconocimiento de su hermano. En este bautizo familiar, Felipe ordenó el cambio de nombre de Jeromín a don Juan, que era típico de la dinastía Trastámara, en recuerdo a un hermano suyo fallecido siendo un niño. Eso sin olvidar que sonaba más varonil. Quizá ya le veía potencial militar y, desde luego, si algo le sobraba al rey eran guerras.

Los tres príncipes estudiaron en la Universidad de Alcalá de Henares, siendo don Carlos el más rezagado en todas las materias y quien mostraba un ánimo más torcido. Una anécdota revestida con demasiada literatura como para ser cierta afirma que en una ocasión el desvariado hijo del Rey Prudente le espetó al futuro héroe de Lepanto: «Vos sois hijo de puta». A lo que don Juan contestó: «Pero de mejor padre que Vos». Más allá de riñas juveniles, los descendientes de Carlos desarrollaron una profunda amistad y avanzaron juntos en su aprendizaje militar. «Es ágil, sin igual para la equitación, las justas, los torneos [...]. Es sabio, prudente, elocuente, hábil», describen sus contemporáneos. Los cronistas destacan del hermanastro del rey su extraordinaria elegancia y agilidad de movimientos en el combate, mientras que del estilo de Alejandro Farnesio reseñan un rasgo que más tarde estaría presente en su forma de conducir las guerras desde la primerísima línea de combate: la temeridad. Disfrutaba asombrando a los presentes al combatir sin camisa alguna ni ningún tipo de protección.

Juan y Alejandro se convirtieron en estrellas refulgentes de una corte donde la debilidad mental y física de don Carlos obligaba a buscar un heredero entre la familia ampliada del rey. La archiconocida desconfianza de Felipe II impidió que la posibilidad recayera, ni siquiera remotamente, en don Juan. Tampoco su carácter lo facilitaba.

De alguna manera don Juan tenía todo lo que Felipe habría querido heredar del emperador. Era extrovertido, seductor, carismático, políglota (hablaba francés e italiano, y entendía un poco el alemán y el holandés) y de espíritu guerrero. El heredero perfecto. Así y todo, muchos han querido ver en su personalidad, luego mitificada, una amenaza hacia Felipe II más afilada de lo que realmente fue. Es cierto

que el rey prefería que fueran sus sobrinos de la rama austriaca quienes condujeran su sucesión en caso de que don Carlos falleciera; pero lo cierto es que don Juan no tenía derecho legal alguno y nunca contó con los apoyos suficientes entre la nobleza. Felipe no veía en su hermanastro a un rival, puesto que su carácter impetuoso le fue granjeando la desconfianza, si no hostilidad, de la mayor parte de la aristocracia castellana.

Todavía siendo un infante, don Juan y un grupo de jóvenes nobles se escabulleron por la noche de su residencia en Galapagar para tomar rumbo a Barcelona, donde una flota española se concentraba para dirigirse a Malta. El hermanastro real había reclamado sin éxito unirse a las fuerzas de rescate que Felipe II estaba organizando para romper el cerco turco sobre este archipiélago. Don Juan desobedeció la prohibición de su hermano para marchar en pos de la gloria militar. Cuando ya estaban en la ciudad condal, unos soldados detuvieron a los irrefrenables jóvenes, obedeciendo la orden real de evitar que embarcaran. La fuga quedó como un exceso de entusiasmo propio de la juventud, pero demostró a sus posibles aliados que su carácter irreflexivo inhabilitaba a Juan para la sutileza venenosa que se exigía en los movimientos palaciegos.

Ni siquiera la ausencia del hijo del emperador en Malta salvó a los turcos de una derrota histórica. La heroica defensa de la Orden de Malta frente a tropas diez veces superiores a ellos permitió a García de Toledo, virrey de Sicilia, organizar una escuadra de socorro en un tiempo razonable. El rescate se hizo esperar, hasta que el día 7 de septiembre se dio el paso clave. Don Álvaro de Bazán, otro de los que resultaría clave en la batalla de Lepanto, rompió la línea de defensa turca con sesenta galeras. El desembarco español forzó la huida turca, sin que estos se percataran que ni aun así se les aproximaban en número. La expulsión de los otomanos cambió el equilibrio de fuerzas en el Mediterráneo, al menos a nivel simbólico. La Europa cristiana comenzó entonces a coquetear con la posibilidad de una alianza entre Venecia, el papado y el Imperio español.

Felipe II veía en su hermano a un joven impetuoso y rebosante de energía. Solo cabía, en tanto, arrojarlo sobre alguno de los numerosos frentes militares que mantenía abiertos. En mayo de 1568, el rey lo designó, con veintiún años, capitán general de la flota mediterránea, en sustitución precisamente de García de Toledo, muy criticado por su lentitud a la hora de rescatar Malta. Le daba un cargo propio de un príncipe, pero le ponía bajo el férreo marcaje de hombres de su confianza. Una cosa no invalidaba a la otra. Luis de Requesens, vicealmirante de la flota, don Álvaro de Bazán y Juan de Carmona, todos ellos presentes años después en Lepanto, debían supervisarle en su tarea de vigilante del Mediterráneo. Y las órdenes dadas a Requesens iban más allá. Portaba instrucciones sobre cómo guiar al hermano natural del rey incluso en su tiempo de ocio. «Que no ande de noche, porque Barcelona es lugar de mujeres, y no faltan bubas (mujeres con sífilis o alguna enfermedad venérea)», advertía Felipe en el texto entregado al noble. Debía además evitar el

juego, moderar su lenguaje y no comer en exceso. Únicamente no detallaba la hora a la que tenía que irse a la cama el chiquillo.

Pero, contra lo que Felipe temía, don Juan se comportó como un perfecto príncipe y, tras unos meses embarcado, regresó a la corte al tiempo que fallecía el trastornado don Carlos. Justo en esas mismas fechas se produjo la rebelión de los moriscos de Granada, que protestaban ante los esfuerzos de Felipe II por acabar con el mahometismo en tierras cristianas. Con las tropas de élite (los tercios) fuera de la península, la rebelión fue adquiriendo cada vez más fuerza debido a la ineptitud de los dos comandantes enviados por el rey. La mejor forma de perder una batalla es dividiendo tropas ya de por sí indisciplinadas, pero, si además se suma la rivalidad casi legendaria entre los miembros de la nobleza andaluza, el resultado se intuye cochambroso. Las desavenencias y la falta de coordinación entre el marqués de Mondéjar —partidario de una política de moderación— y el marqués de los Vélez, apodado por los moriscos como «el diablo de la cabeza de hierro», incrementaron el riesgo de que los musulmanes de la península facilitaran un desembarco masivo (al menos 4000 turcos lucharon en el conflicto) del Imperio otomano en tierras españolas.

UN HÉROE IMPRUDENTE, CORTÉS Y MUJERIEGO

Felipe nombró a su hermanastro generalísimo de las fuerzas cristianas en Granada y, no conformándose con volver a rodearle de sus hombres, él mismo se movió por Andalucía siguiendo con celo las operaciones. Otra vez acompañado de Requesens, don Juan consiguió imponer su estrategia desde enero de 1570, avanzando lentamente en sus objetivos. La guerra fue especialmente pródiga en episodios de violencia. En febrero, la resistencia presentada por el pueblo de Galera finalizó con sus 2000 habitantes asesinados, incluidos mujeres y niños, y los campos sembrados de sal.

Durante el siguiente asedio, en la plaza fuerte de Serón, don Juan dio la razón a su hermano, que le tenía por irreflexivo y temerario. Cuando las tropas españolas fueron sorprendidas mientras saqueaban la plaza, el generalísimo se lanzó colina abajo en persona a cubrir la retirada cristiana, con tan mala fortuna que fue alcanzado por un pelotazo de arcabuz que le abolló la celada. El golpe dejó a don Juan desorientado, a merced de la infantería enemiga. Acudió a su lado el veterano don Luis de Quijada, que había decidido acompañar a su querido Jeromín en la campaña. Mientras Quijada cargaba contra el tirador, recibió un disparo en el hombro. La herida resultó mortal.

A finales del verano de 1570, la guerra llegó a su fin con una victoria amarga para don Juan. Por un lado, había perdido en un asedio sin importancia al hombre que había ejercido en su vida un papel más parecido al de un padre. Y por otra parte, la altivez del hijo del emperador había levantado ampollas entre la nobleza andaluza. A través de su portavoz, el marqués de Mondéjar, los nobles manifestaron al rey su

malestar con la forma en la que se había conducido la campaña. Estas y otras quejas llegaron a oídos del monarca, que había estado tomando sus propias notas sobre el carácter indisciplinado de su hermanastro. Tal vez por ello, Felipe II ordenó dispersar a toda la población morisca por Castilla, ignorando las peticiones de don Juan para que el traslado se hiciera causando el menor impacto a los exiliados. Ni siquiera el haber peleado contra ellos pudo espantar la compasión del joven al ver «la mayor lástima del mundo», porque «no se niegue que ver la despoblación de un reino es la mayor compasión que se puede imaginar».

Casi se podría pensar que don Juan se estaba preparando para la batalla de Lepanto. Conocía la lucha en la mar, había combatido al infiel y era hijo de uno de los grandes cruzados de su tiempo. A ojos actuales parecería el candidato más obvio, pero ni siquiera lo fue para su hermano. Más bien fue el papa Pío V quien apostó por don Juan hasta sus últimas consecuencias, y fue él quien aunó los esfuerzos cristianos en el Mediterráneo. Frente al ataque turco a Chipre, que pertenecía a Venecia, la Serenísima rompió su alianza con la Sublime Puerta y reclamó desesperadamente al papa la ayuda de otras potencias cristianas. Después de abogar durante años por un acuerdo, Pío V abrazó con entusiasmo la solicitud veneciana y envió cartas a todos los gobernantes cristianos del continente, incluido el zar ruso Iván *el Terrible*.

Así y todo, el papa, de carácter afable y bondadoso, sabía que todo el éxito de la Santa Alianza pasaba por convencer a Felipe II de que sostuviese el peso económico de la cruzada. La historia ha retratado al Rey Católico como el impulsor de la alianza, aunque en verdad solo entró en razón cuando Pío V sacó la chequera y ofreció una serie de concesiones económicas. El hombre fuerte de aquella corte, el cardenal Espinosa, definió de una forma tosca y sincera la oferta del papa: «A Su Santidad aconteció lo que los castellanos aquí decimos por refrán: que los estéticos (estreñidos) mueran de cámaras (excrementos)».

A cambio de las concesiones económicas, la Monarquía Hispánica se comprometía a sufragar la mitad del presupuesto, mientras Venecia, el papado y otros aliados italianos corrían con el resto de gastos operativos. En total, la Santa Alianza estaba formada por una flota de 200 galeras, 100 embarcaciones de transporte y 50 000 soldados (la mayoría españoles o pagados por Felipe II). En lo referido al comandante principal, Felipe II entendía que debía ser un español y, a poder ser, con una envergadura principesca, es decir, con la capacidad de imponer su autoridad al resto de almirantes. El papa Pío V vislumbró en el joven que había vencido a los moriscos en Las Alpujarras al designado por Dios para alzar el estandarte de la Santa Liga. Por supuesto, el soberano español estuvo conforme.

A pesar de sus veinticuatro años, don Juan de Austria desplegó una actividad ejemplar en la batalla de Lepanto. Empleó su afable carácter para mantener en calma las tensas relaciones con Venecia; y supo compensar su poca experiencia dando voz a consejeros más curtidos en la mar como el irrepetible don Álvaro de Bazán, que con sus acciones en la retaguardia solapó las brechas cristianas. De la mano de otro

veterano, Requesens, el generalísimo cristiano acertó en varias decisiones tácticas, tales como dar el protagonismo a los arcabuceros castellanos en la batalla. Pero sin lugar a dudas, su principal aportación fue de carácter moral. A las puertas de la batalla, don Juan de Austria dirigió una arenga a las tropas: «No deis ocasión para que el enemigo os pregunte con arrogancia impía: ¿dónde está vuestro Dios?».

Los cristianos capturaron 117 galeras y acabaron con 30 000 turcos, si bien también dejaron en el Golfo de Lepanto a cerca de 8000 camaradas muertos y a cientos de heridos. Entre esos combatientes cristianos se encontraba Miguel de Cervantes. La compañía de Cervantes, dirigida por Diego de Urbina, que armaba una galera llamada *La Marquesa*, soportó uno de los ataques de mayor crudeza que recibió la armada cristiana. Cuando la batalla parecía terminada, el almirante Uluch Alí —responsable del flanco izquierdo musulmán— dejó atrás a Juan Andrea Doria, con el que había protagonizado un alarde de maniobras en dirección al mar abierto, y cargó junto a sus galeras a cualquier bajel con el que se topó de costado.

El comandante turco no guardaba ya esperanzas de vencer en aquella jornada, pero buscaba un jugoso botín antes de acometer su retirada. Entre las seis galeras que se llevaron la peor parte estaban la capitana de la Orden de Malta y *La Marquesa*, donde combatía el escritor. El joven de Alcalá de Henares se encontraba con fiebre en la bodega del barco cuando fue informado de que el combate amenazaba con engullirlos. «Señores, ¿qué se diría de Miguel de Cervantes cuando hasta hoy he servido a Su Majestad en todas las ocasiones de guerra que se han ofrecido? Y así no haré menos en esta jornada, enfermo y con calentura», bramó según la leyenda el escritor de solo veintiún años. De la fuerza de socorro pasó a la batalla. El bisoño Cervantes fue situado junto a doce soldados en la zona del esquife. El escritor y otros bisoños se encargaron, seguramente, de tirar piñas incendiarias mientras los arcabuceros repartían fuego y recargaban.

Cervantes fue herido dos veces en el pecho y una en el brazo. Aunque no fue necesaria la amputación, el escritor perdió la movilidad de la mano izquierda «para gloria de la diestra». Sin reparar en sus heridas, Cervantes continuó en la flota de la Santa Alianza y participó en las conquistas de la isla de Navarín, Túnez, La Goleta y Corfú. La alianza, de hecho, continuó algún tiempo buscando la forma de explotar la victoria naval. Nada más conocer la noticia, un exultante Pío V ofreció coronar a Felipe II como emperador de Oriente si recuperaba Constantinopla. Se trataba, en cualquier caso, de los cantos de sirena que suceden a una victoria así, pero que resultan imposibles. Después de Lepanto, cada capitán general de la Santa Liga propuso un objetivo a conquistar acorde a sus intereses. La terquedad de los venecianos por recuperar Chipre acabó por acelerar las fricciones, dando al traste con la alianza. Así las cosas, España continuó por cuenta propia la campaña con el objetivo de conquistar Túnez, lo cual logró el 11 de octubre de 1573. La ocupación fue sencilla, aunque solo duró un año y ni siquiera conllevó el control del interior del país.

EL GENERALÍSIMO QUE NO QUERÍA ENVEJECER SIN CORONA

La Santa Alianza fue deshojándose conforme la leyenda de don Juan de Austria adquiriría visos internacionales. Durante su estancia en Palermo, el joven adoptó como mascota un cachorro de león, que había encontrado en una casa abandonada en Túnez; participó en corridas de toros; se relacionó con media docena de mujeres y, en suma, se alzó en el prototipo de príncipe guerrero y bizarro. Lo describió el embajador veneciano Lippomano como el típico héroe:

Es de estatura media, bien proporcionado y de hermoso semblante, y posee una gracia admirable. Lleva recortada la barba, pero el bigote es grande y de color pálido; lleva el cabello largo y vuelto hacia arriba, lo cual le sienta muy bien; viste con lujo y con tanto gusto que es una alegría verlo. Activo y diestro hasta la perfección, no tiene rival en el manejo del caballo, ni en las justas, ni en ningún tipo de diversiones y torneos militares; además, en la práctica de los ejercicios no se fatiga.

Más allá de la feliz superficie, la mente de don Juan vivía atormentada por una obsesión. El joven lamentaba que siendo hijo del emperador «había cumplido los treinta años sin haber adquirido ni un estado ni un reino». En todo quería parecerse a su padre. Los esfuerzos de don Juan por rebajar su edad un año o dos han sembrado la duda entre los historiadores, que todavía hoy debaten si nació en 1545 o en 1547, así como la coincidencia, poco creíble, entre la fecha del cumpleaños (24 de febrero) del padre y la del hijo. Claro está que le quita un poco de literatura a la epopeya imaginar al héroe de Lepanto afanándose en tapar las canas.

A don Juan le dolía no portar corona porque sabía que no era por falta de ofertas. En 1572, una delegación de albaneses ofreció a don Juan el trono de este reino. Tras consultarlo con su hermano, el Austria declinó la oferta por el momento. Asimismo, el sustituto de Pío V, Gregorio XIII, se ofreció a investir rey de Túnez al héroe de Lepanto en caso de que conquistase esta tierra; empero, don Juan también delegó la decisión en Felipe II. Él dijo que no. La desconfianza fraternal empezaba a mutar en otra cosa más peligrosa. En Madrid, el hermanastro del rey había perdido a su máximo aliado en la aristocracia, el fallecido príncipe de Éboli, cuya facción cortesana fue heredada por el intrigante Antonio Pérez. El secretario convenció al soberano de que la petición papal era el resultado de las maquinaciones de don Juan. Como respuesta, el monarca destituyó al secretario de su hermano, Juan de Soto, y lo reemplazó por un hombre afín a Pérez, Juan de Escobedo, al que le fue encomendada la tarea de espiar al joven en su nuevo destino: gobernador de los Países Bajos.

El deterioro de la posición española en la Guerra de Flandes y la muerte de Luis de Requesens, que ejercía de mando principal en los Países Bajos, empujó a Felipe II a destinar a su hermano allí. Cada vez se fiaba menos de él, sobre todo debido a los rumores que Pérez propagó acusando a don Juan de ambicionar un reino; pero nadie en el Imperio gozaba de su prestigio militar y de su fama de hombre conciliador. La

solución militar había fracasado e iban a ser necesarias concesiones a los rebeldes moderados. Así las cosas, el bastardo de Lepanto desobedeció una vez más las instrucciones de su hermano. En vez de viajar a Bruselas de inmediato, se dirigió a la corte a negociar las condiciones en persona. No es que rechazara el nombramiento del rey, ni podía hacerlo, pero sabía bien que para acabar con la rebelión en la zona eran necesarios unos recursos que se habían escatimado a sus predecesores en el cargo. De camino a Madrid, don Juan se reunió por última vez en su vida con Margarita de Austria, en Parma. La otra bastarda de Carlos V con protagonismo político mantuvo una estrecha relación con el generalísimo español y ejerció de su confidente hasta sus últimos días.

Don Juan alcanzó Madrid en 1576, un año después de que Cervantes también hubiera partido a España con una elogiosa carta del almirante general que, por seguro, le hubiera garantizado patente de capitán en la corte de Felipe II. Es decir, el derecho a reclamar en nombre del rey una compañía de soldados. Sin embargo, la galera en la que regresaba fue embestida por piratas berberiscos cerca de la costa catalana. El escritor fue tomado por un gran noble al ser hallada la valiosa carta junto a otras recomendaciones. Los corsarios se frotaron las manos con su botín y pusieron a su vida un precio de 500 ducados (más de dos kilos de oro), una cifra que ninguno de sus familiares podía pagar. Pese a protagonizar varios intentos de fuga, Cervantes permaneció cautivo hasta 1580, cuando unos sacerdotes trinitarios —la misma orden que rige el convento donde hoy reposan sus restos mortales— pagaron el rescate.

Además, don Juan tenía otras razones para desobedecer a su hermano. El héroe de Lepanto quería exponer a su hermano un plan del papa para derrocar a la pérfida Isabel de Inglaterra. Consistía este en que don Juan empleara el ejército desplegado en Flandes, una vez estuviera estabilizada la rebelión, para invadir Inglaterra. El hermano de Felipe II se casaría después con María Estuardo, reina de Escocia y eterna pretendiente al trono. Todo ello con el apoyo económico del papa. Una estrategia que, de hecho, guardaba muchas similitudes con la que desplegaría una década después el Imperio, pero en ese momento Felipe la descartó con cortesía. Así también recibió y despidió a don Juan: con cortesía, pero sin revelar sus verdaderas cartas. Aquel plan del papa iba a alimentar las desconfianzas del rey hasta el final de la vida de don Juan.

El hijo bastardo de Carlos I de España marchó al epicentro de la rebelión cargado de promesas del monarca, solo para presenciar cómo estas eran incumplidas una por una. El viaje adquirió tintes teatrales cuando, temiendo que pudiera ser capturado por los rebeldes, el nuevo gobernador de Flandes atravesó Francia, con el pelo y la barba teñidos de negro, haciéndose pasar por el sirviente morisco de un noble italiano. Tras visitar París, la tarde del 3 de noviembre de 1576, «un caballero extranjero al que le atendía un esclavo moro y seis hombres de armas entró en las calles de Luxemburgo (la única región que permanecía fiel a Felipe II). El caballero era Ottavio Gonzaga, hermano del príncipe de Melfi. El esclavo moro era don Juan de Austria, hijo del

emperador, conquistador de Granada, héroe de Lepanto». El teatro daba así paso a la política, que es casi lo mismo pero con más veneno.

Solo un día después de su llegada se produjo el saqueo de Amberes, del que la propaganda rebelde sacó buena renta. A la vista de la brutalidad española, los Estados Generales (la asamblea donde estaban representadas todas las provincias) suscribieron en solitario la paz con los rebeldes a través de la conocida como Pacificación de Gante. Así las cosas, don Juan causó una grata impresión a los flamencos, pero el encanto no gana las guerras por sí mismo. Siguiendo las instrucciones del rey, retiró los tercios españoles del país en abril de 1577. Abonó los atrasos en las pagas a los soldados con el dinero que el papa Gregorio XIII le había entregado para la futura Empresa Inglesa y con el conseguido a través de varios préstamos personales. Además, firmó el Edicto Perpetuo, un documento que eliminaba la Inquisición y reconocía las libertades flamencas a cambio de aceptar la soberanía de la corona española y la restauración de la fe católica en el país. Lejos de respetar lo firmado, Guillermo de Orange insistió en su rebelión y buscó la forma de borrar del mapa al joven gobernador, cuya estrategia de pacificación amenazaba con echar al traste sus planes.

Solo acompañado de una veintena de soldados, don Juan de Austria temió por su integridad y, con la excusa de que quería recibir a la reina Margot de Navarra, con la que había mantenido un romance, salió de Bruselas apresuradamente. Se refugió por sorpresa, abusando de la invitación de su castellano, en la fortaleza de Namur (hoy en la región belga de Valonia), desde donde pidió ayuda a Felipe II. «Los españoles están marchándose y se llevan mi alma consigo, pues preferiría estar encantado de que esto no suceda. Ellos (la nobleza local) me tienen y me consideran una persona colérica y yo los aborrezco y los tengo por bravísimos bribones», escribió don Juan de Austria a su amigo Rodrigo de Mendoza sobre la situación desesperada que estaba viviendo.

Felipe no quería dejar impune la conjura contra su hermanastro, pero tampoco quería retomar la desacreditada estrategia de barro, sangre y acero aplicada por el gran duque de Alba. Mientras don Juan se atrincheraba en Namur, los Estados Generales invitaron al príncipe de Orange a Bruselas y, en septiembre de 1577 fue recibido como un héroe nacional. Al mes siguiente, la asamblea anunció la designación del archiduque Matías de Austria (sobrino de Felipe II) como gobernador general en sustitución de don Juan. El movimiento se vislumbraba como el paso previo a nombrar un nuevo monarca, ya fuera Matías o el propio Orange. El archiduque había sido educado en la corte madrileña y juró su cargo en nombre de Felipe, pero el rey no sabía nada de las confabulaciones de su sobrino. El hijo de Maximiliano II era un hombre ambicioso pero de pocas luces, que se dejó manipular por Orange sin hacer apenas preguntas. El problema fundamental en esta precaria alianza entre católicos y calvinistas es que ninguna de las partes estaba dispuesta a cumplir sus promesas. Tan intolerantes eran los calvinistas como los católicos. La

negativa de los más fanáticos a respetar la tregua religiosa dictada por Orange despertó la guerra de nuevo.

Cuando el rey autorizó el regreso de los tercios españoles a finales de 1577, don Juan lo celebró con gruesas palabras:

A los magníficos Señores, amados y amigos míos, los capitanes de la mi infantería que salió de los Estados de Flandes [...]. A todos ruego vengáis con la menor ropa y bagaje que pudiéredes, que llegados acá no os faltará de vuestros enemigos.

Alejandro Farnesio guio a un ejército de 6000 soldados de élite desde Italia. Para alcanzar su objetivo, los tercios recorrieron el conocido como Camino Español, un logro logístico que salvaba la distancia entre Milán y Bruselas en poco más de un mes. El fervor desplegado para acudir en ayuda de don Juan de Austria quedó empañado por la muerte de un monumento del ejército español: el maestro de campo *Sir Julián Romero*, que falleció en las vísperas de la campaña. Cerca de la ciudad de Cremona cayó fulminado de repente. Tenía cincuenta y nueve años (llevaba combatiendo desde los dieciséis) y le faltaban un brazo, un ojo y una pierna, que había ido perdiendo en incontables batallas desde Escocia a San Quintín. Al embalsamarlo descubrieron que tenía el corazón gigante y lleno de pelo.

El 31 de enero de 1578, los tercios viejos derrotaron a los Estados Generales en la batalla de Gembloux, consiguiendo así que gran parte de los Países Bajos volvieran a la obediencia de Felipe II, entre ellos la estratégica provincia de Brabante. Pero dos ejércitos iban a invadir Flandes en los siguientes meses: uno francés, desde el sur; y otro financiado por la reina Isabel de Inglaterra, desde el este. El vencedor en Lepanto iba a requerir más recursos de su hermano y así se lo reclamó a su secretario. Juan de Escobedo, que estaba en España, abogó por conseguir más fondos en una tarea de despachos que le costó la vida. Y es que en la corte de Felipe II eran tan mortíferos los clérigos y los burócratas como uno de esos lansquenets alemanes que manejaban en batalla mandobles de dos metros.

UNA HEMORROIDE HEREJE, PUNTO Y FINAL DEL CUENTO

Si bien Antonio Pérez había encomendado a Escobedo que espicara al hermano del rey, don Juan hizo gala de aquella afirmación de un cronista del periodo: «No hay nadie que se le acerque que no se transforme en su adorador». Se ganó su fidelidad y adoración. Las esforzadas maniobras de Escobedo, quien posiblemente chantajeó a Pérez con revelar ciertas informaciones comprometidas (ya fueran de índole sexual o referidas a sus corruptelas) a cambio de recursos, condujeron a su asesinato el 31 de marzo de 1578. Pérez convenció al monarca para autorizar el crimen, así como para bloquear el envío de más fondos a Flandes, explotando la desconfianza natural de Felipe. Con este propósito falsificó cartas para hacer creer al rey que su hermano no

solo tramaba a espaldas suyas atacar Inglaterra y casarse con María Estuardo, sino que, además, planeaba «venir a ganar a España y echar a Su Majestad».

Nada de eso era cierto, salvo que don Juan seguía aguardando la ocasión de invadir Inglaterra. Y también Felipe II, como quedó claro en 1588. Al conocer las circunstancias de la muerte de su secretario, el joven se sumió en un estado de depresión, al tiempo que enfermaba de tifus o fiebre tifoidea. Sin sospechar que Pérez y el rey estaban detrás del asesinato, don Juan siguió implorando para que «Dios me descubra quién mató a Escobedo»:

Mas doy gracias a Nuestro Señor, que me ha dado un pecho muy compuesto para pasar por esto y por aquello; con lo cual no me ahogaré en tanta agua hasta que se convierta en pura sangre.

Sin embargo, el pecho del joven de treinta y dos años no estaba tan compuesto como creía. A finales de septiembre, su estado de salud empeoró gravemente durante la estancia en un campamento fortificado de Namur. La historiografía clásica menciona de soslayo la causa final de su muerte, tal vez porque resulta complicado digerir que una hemorroide mal curada sometió al «hijo del emperador conquistador de Granada y héroe de Lepanto». Según el testimonio de Dionisio Daza Chacón, su médico personal en la batalla de Lepanto, una fallida operación de hemorroides y el debilitamiento causado por el tifus acabaron con la vida del español:

El remedio de tratar las almorranas con sanguijuelas es más seguro que el rajarlas ni abrirlas con lanceta, porque de rajarlas algunas veces se vienen a hacer llagas muy corrosivas, y de abrirlas con lanceta lo más común es quedar con fístula y alguna vez es causa de repentina muerte; como acaeció al serenísimo don Juan de Austria, el cual, después de tantas victorias [...] vino a morir miserablemente a manos de médicos y cirujanos, porque consultaron y muy mal darle una lancetada en una almorrana.

La negligencia de estos cirujanos militares provocó una hemorragia que le desangró en cuestión de cuatro horas. Viendo cerca su muerte, el victorioso en Lepanto nombró sucesor en el gobierno de los Países Bajos a su sobrino, Alejandro Farnesio, y escribió a su hermano pidiéndole que respetase este nombramiento. También le reclamó una última concesión: ser enterrado junto a su padre, el emperador.

Hubo quien no se conformó con que aquel hombre, con tantos enemigos y tantos atentados a su espalda, pudiera morir de algo tan poco poético. Guillermo de Orange difundió que don Juan había sido envenenado por orden de su hermano o del mismo Alejandro Farnesio, quien anhelaba ocupar su cargo. El líder rebelde no aportó evidencia alguna del envenenamiento y, lo que resulta más irónico, si había un sospechoso de suministrárselo sin duda hubiera sido él. Pocos meses antes de su muerte, Bernardino de Mendoza, embajador en Londres, había enviado un dibujo-retrato de un asesino a sueldo contratado por Isabel Tudor y Guillermo de Orange para eliminar a don Juan de Austria. El gobernador de Flandes apresó al individuo durante una audiencia en Bruselas antes de que pudiera llevar a cabo su tarea.

Solo después del fallecimiento de su hermano, el rey se percató de la perniciosa manipulación que estaba ejerciendo Antonio Pérez sobre él. Se dio cuenta poco a poco de la injusticia que había cometido. Ni siquiera había respetado la voluntad de su hermano de ser enterrado en España. El cadáver de don Juan de Austria fue embalsamado y su corazón enterrado bajo el altar mayor de la catedral de Namur. Seis meses después de su muerte, cuando la caída de Pérez ya era una realidad, Felipe ordenó el traslado a España del cadáver. Los restos mortales fueron seccionados en tres partes para evitar que pudieran caer en manos enemigas y transportados a través de Francia en sacos de cuero. El estado de sus restos tras el viaje era bastante calamitoso, faltándole la punta de la nariz y otras partes. El trabajo de unir las piezas se convirtió en la resolución de un nauseabundo puzzle. Al final fue enterrado en El Escorial, cerca de la tumba de su padre. Pero la redistribución que Felipe IV hizo muchas décadas después en las criptas del monasterio también afectó a su tumba. El héroe de Lepanto fue desterrado al caótico y abarrotado Panteón de los Infantes, donde hoy reposa junto a una espectacular estatua del siglo XIX. La afrenta póstuma hacia un hombre que no dejó nada en su testamento, «porque nada poseía en el mundo que no fuese de su hermano y señor el rey».

Legó pocas cosas más allá de un cadáver despedazado. Su patrimonio era mínimo y su círculo familiar se concentraba en doña Magdalena de Ulloa, con la que siempre se había mantenido en contacto, y en dos hijas ilegítimas. Aunque nunca se casó, el hijo del emperador fue un mujeriego empedernido que, siendo todavía imberbe, tuvo en 1568 una hija con María de Mendoza, pariente de la princesa de Éboli. Magdalena de Ulloa se hizo cargo de la niña, llamada Ana, pero posteriormente fue enviada al convento agustino de Nuestra Señora de Gracia, en Madrigal de las Altas Torres. A la muerte de don Juan, Felipe II concedió a Ana distintos privilegios, entre ellos el derecho a utilizar el apellido «de Austria». Sin embargo, perdió toda consideración en 1594, por verse envuelta en una conjura contra el rey conocida como la «intriga del pastelero de Madrigal». Un sacerdote portugués la persuadió para que se desposara con un hombre que pretendía pasar por el rey portugués Sebastián de Portugal, fallecido dos décadas antes. Cuando se reveló que solo era un pastelero con aspiraciones quijotescas, el usurpador fue ejecutado y Ana cayó en el ostracismo. En 1610, Felipe III la visitó en el convento y, sintiendo lástima por su situación de miseria, promovió que fuera abadesa perpetua del monasterio de Las Huelgas de Burgos, la mayor dignidad reservada para una mujer eclesiástica.

En lo que respecta a la otra hija, Juana de Austria, concebida por don Juan con una dama de la aristocracia napolitana, fue criada por Margarita de Parma. Poco después de fallecer su padre, el rey la metió en el convento de Santa Clara de Nápoles, pese a las protestas de quienes pedían que fuera criada en la corte española por consideración hacia don Juan.

La madre del bastardo, Bárbara Blomberg, nunca estuvo presente en ese reducido grupo de mujeres que conformaba la atípica vida familiar del héroe militar. Carlos V

concedió en su lecho de muerte una pensión de por vida a la alemana, ahora casada con un oficial de la corte de Bruselas, y nada se supo de ella hasta la muerte de su marido. En 1569, Bárbara rogó a Felipe II que aumentara la pensión hasta los 2500 ducados necesarios para mantener la casa de una viuda con dieciséis criados. El monarca español accedió, mas su verdadero deseo era que entrase en un convento (el método habitual para despachar a las mujeres incómodas en el siglo XVI). Lo mismo quería don Juan, que quedó escandalizado por su carácter libertino al conocerla en Luxemburgo. El estilo de vida escandaloso y despilfarrador de la alemana colmó la paciencia de Felipe y de don Juan, quienes a través de engaños trasladaron a Bárbara a España en mayo de 1577.

Una vez bajo su alcance, el rey la forzó a ingresar en el convento de Santa María la Real de San Cebrián de Mazote (Valladolid). A falta de cualquier rastro de vocación religiosa, le concedió de nuevo una pensión y la instaló en una casa de Colindres propiedad del fallecido Escobedo. Lo último que se supo de ella antes de su muerte, en 1598, fue que pretendía heredar los escasos bienes de su hijo, en cuanto el rey liquidase sus deudas. Quería más pasta. Eso era lo que quería siempre.

FELIPE II, EL REY DE LOS IMPRUDENTES



LOS OJOS ENROJECIDOS DEL DUEÑO DEL MUNDO

En San Lorenzo de El Escorial, en la que Felipe II pretendía que fuera la primera Casa de Dios en la Tierra (*la Domus Dei*), uno de sus secretarios irrumpió en la cámara real para recordarle la urgencia de dos asuntos que estaban empantanados en ese momento, agosto de 1572. Por un lado, la revuelta en los Países Bajos vivía una de sus fases más delicadas y el gran duque de Alba reclamaba nuevas instrucciones para aplacar la rebelión abierta. Y había que ver cuanto antes, por otra parte, cómo impedir que Francia se viera tentada a declarar la guerra a la Monarquía Hispánica precisamente a la vista de los sucesos de Flandes. Sin elevar la voz, ni retirarse los anteojos, el rey descartó despachar por el momento aquellos temas tan urgentes para sumirse en la tarea de redistribuir las celdas de los frailes del monasterio de El Escorial. «Será menester que me envíe una memoria de todos los frailes que haya en ella por su antigüedad y los oficios que tienen, con que también lo es tener cuenta para lo del aposento, y con esto yo le enviaré lo que ello se me ofreciese», contestó Felipe II al requerimiento del prior del monasterio, dando a entender que era el hombre menos ocupado del mundo. Salvo que para su desgracia, y la del mastodóntico imperio que dirigía, lo cierto es que no era ni mucho menos el hombre menos ocupado. Al contrario.

El rey del imperio donde nunca se ponía el sol pasaba horas y horas en vela aferrado al papeleo como si se tratara de un simple burócrata. Muchas veces escribiendo cartas dirigidas a secretarios que trabajaban justo en la sala de al lado, y a los que hubiera sido fácil dar las órdenes a viva voz. Pero para ello Felipe II habría de saber delegar en los demás, o al menos confiar en los hombres de su casa. Su obsesión por comunicar en carta hasta los asuntos más nimios, y en apariencia superficiales, lo que los secretarios bautizaron como las menudencias, hacía perder un tiempo imprescindible al monarca, que «aunque tuviera diez manos y el mismo número de cabezas» no hubiera sido jamás capaz de dar abasto.

Parecía el aparato de una burocracia de aire soviético. Los diplomáticos extranjeros, los generales del Imperio y sus propios secretarios se quejaban de lo lento que funcionaba todo en la corte española. El soberano no sabía distinguir lo que correspondía tomar para sí de lo que podía excusar para que hicieran otros. El

diagnóstico del problema estaba claro: las veinticuatro horas del rey no daban para más, salvo que el dueño de medio mundo estuviera dispuesto a delegar tareas como asignar unas celdas a una comunidad de frailes que no se ponía de acuerdo!

Aun así, resulta demasiado tramposo olvidar que la legión de secretarios del rey —la mayoría procedentes del clero y a veces con orígenes oscuros, como en el caso de Mateo Vázquez o el archiconocido Antonio Pérez— suponía algo prodigioso en una Europa cuyos estados estaban todavía formando su armazón. Ningún otro país del continente contaba con un cuerpo de funcionarios tan amplio, así como ningún otro soberano tenía a su disposición una red de comunicaciones y de espionaje tan avanzada como la de Felipe II. Otra cosa es que el Rey Prudente supiera gestionar correctamente los recursos que él mismo había reunido. Uno de los principales responsables de coordinar de forma diaria el trabajo de este cuerpo de funcionarios era Mateo Vázquez, un clérigo de orígenes tan oscuros como el azabache (probablemente era un hijo ilegítimo criado como huérfano). A la muerte del cardenal Espinosa, que fue el hombre que estuvo más próximo de ejercer como valido durante el reinado, Vázquez asumió el rol de archisecretario del rey, es decir, era probablemente el segundo hombre más poderoso del Imperio. Se encargaba de leer toda la correspondencia real y debía estar disponible día y noche.

Solo el hecho de que el calendario estuviera lleno de festividades religiosas (más de cincuenta días de descanso al año) daba cierto respiro a la pareja espartana de escritores. Las jornadas laborales en la corte se alargaban en muchas ocasiones hasta altas horas de la madrugada. Bajo la débil luz de los dos relojes con lámparas de aceite que adornaban su cámara, Felipe II pasaba las noches sin dormir, con los ojos «medio cerrados», contestando a las cartas que su sistema de gobierno emitía como obuses producía una fábrica de armamento en plena Segunda Guerra Mundial.

Era un rey que trabajaba hasta las once de la noche, en el mejor de los casos, y que por las mañanas acudía a las audiencias con los ojos enrojecidos. Al menos hasta que el secretario de Estado, Gabriel de Zayas, tuvo en 1577 la ocurrencia de pedir a un comerciante español que vivía en Inglaterra, donde la fabricación de lentes iba varios pasos por delante, un juego de anteojos para varios nobles de la corte a los que les empezaba a fallar la vista. El rey comenzó también a usar estos anteojos ingleses de forma privada, porque sacarlos con las visitas le avergonzaba. Los aparatosos anteojos causaban bochorno a Felipe, pero sirvieron para mejorar su vista y acelerar el ritmo de trabajo. Si bien es cierto que la sensación desde fuera siempre fue la de una corte donde todo se eternizaba, también era un hecho la admirable velocidad con la que el rey despachaba el trabajo diario, pues «se dice que escribe más billetes que todos sus secretarios juntos».

El problema fundamental, más allá de que a Felipe II le sosegara aquella vida de «despachos», estaba en que el soberano no sabía distinguir entre lo importante y lo que no merecía la pena que la cabeza del primer imperio global supervisara en persona, las menudencias. Podía pasarse horas repartiendo las celdas de unos frailes o

dedicándose a escribir párrafos eternos alardeando de su buena memoria con los secretarios —cierto era que su memoria era milimétrica—, mientras dilataba la toma de decisiones claves durante meses y meses. Cuando estaba al mando de 80 000 hombres en Flandes, Luis de Requesens, que se había criado con el rey, se quejó amargamente de la falta de instrucciones desde Madrid, pues «Su Majestad tarda tanto en resolver todas sus cosas, que viene luego a hacerlas sin tiempo ni razón». Por supuesto, Felipe II no veía las cosas igual. El obstáculo no eran para él las menudencias, lo que lo retrasaba todo eran las odiosas audiencias en la corte. Esos encuentros llenos de mentiras, esos apretones de manos cínicos...

En esa corte de papeles emergiendo a borbotones, burócratas de orígenes oscuros y reyes que se ponían anteojos solo en la intimidad, las audiencias reales se daban de nueve a diez por las mañanas y de cinco a seis por la tarde; al menos mientras el monarca permaneciera en el Alcázar. Pese a que su debilidad era el Real Monasterio que estaba construyendo en la sierra de Madrid, en San Lorenzo de El Escorial, su residencia oficial estaba en el Alcázar de Madrid, lo cual no evitaba que a veces, casi de forma inesperada, el rey abandonara la corte para pasar unos días en alguno de sus sitios reales. Esto era en Aranjuez, en El Pardo, en El Escorial... Allí seguía despachando la correspondencia, puesto que podía hacerlo incluso en su carruaje, si bien las audiencias quedaban reservadas solo para la capital. Aquellos embajadores, capitanes y ministros que debían esperar semanas para ver al rey protestaban por lo difícil que resultaba hallarle en Madrid, siendo así que en realidad vivía allí. Felipe II estaba obligado a atender al final las peticiones de muchos de ellos y acostumbraba a hacerlo a veces con la misma meticulosidad malsana que empleaba con las cartas. Esto significaba que, además de copiosas (llegó a atender a cerca de treinta personas en una misma mañana), eran reuniones prolongadas, donde los embajadores de los catorce estados representados en Madrid ocupaban una buena parte de las sesiones.

Por el contrario, cuando al rey no le interesaba lo que le estaban contando se cuidaba muy poco de disimular lo mucho que le desagradaba esta parte de la responsabilidad real. «Audiencias y papeles no caben en un saco», argumentaba con ironía. El procedimiento se repetía de forma obsesiva. El rey aguardaba a pie, arrimado a un bufete (una mesa con cajones), donde esperaba para tomar la mano del correspondiente embajador o ministro.

Una vez liberada la verborrea diplomática, solía reducir sus intervenciones a palabras sueltas y prefería limitarse la mayor parte del tiempo a escuchar con cortesía, aunque el propio Mateo Vázquez llegó a reconocer que a veces era como si el rey desconectara del todo. Se ponía en modo ahorro de energía. En una audiencia celebrada en 1573, el embajador veneciano acudió a la corte a informar en persona de que su país había desertado de la Santa Alianza, la coalición que las potencias mediterráneas habían formado contra el Imperio otomano, pero no consiguió arrancar palabra alguna del monarca, quien se limitó a esbozar «un muy ligero gesto irónico, sonriendo levemente».

Frente a la solemnidad regia resultaba fácil sentirse intimidado. El poeta y soldado Alonso de Ercilla, autor de *La Araucana*, balbuceaba al hablar con Felipe II, con el que se había criado como paje desde que tenía quince años. Por esa razón el rey que, ya se sabe, disfrutaba escribiendo cartas, solía decirle en verso y sonriendo: «Habládme por escrito, don Alonso».

La devoción malsana por el papeleo y su poco interés por el trato social revelan el auténtico quid del problema, aquello que convierte la personalidad de Felipe II en un objetivo prioritario del psicoanálisis de personajes históricos: el rey era un obsesivo compulsivo, como resultado más que probable de una educación extremadamente severa. Sus padres, Carlos e Isabel, viajaron a Granada tras su boda a pasar unos días que se transformaron en seis meses de luna de miel. De modo que el primer hijo de la pareja fue engendrado en la Alhambra durante «una ardiente siesta, viniendo el emperador de la caza fatigado».

La emperatriz dio a luz a *Felipito* en un complicado parto de trece horas y atajó en los sucesivos años las travesuras infantiles con «azotes de su mano» ante la ausencia del itinerante Carlos. La habitual preocupación de cualquier madre por proteger a su cachorro, sobre todo en una época con una mortandad infantil tan elevada, tornó en obsesión al fallecimiento de su segundo hijo, llamado Fernando. Felipe fue el único varón en llegar a la edad adulta, siendo siempre el heredero universal del mayor imperio entonces conocido. No es de extrañar que su salud se observara con lupa en todas las cortes europeas. Y rara vez eran esperanzadoras esas noticias procedentes de Valladolid, donde vivió sus primeros años. El hijo de Su Majestad Cesárea fue un niño enfermizo que sufrió los habituales estragos de la endogamia en la familia —tenía un coeficiente de endogamia del 0,123 y seis bisabuelos en vez de los ocho habituales— y que tardó más de lo normal en aprender a leer.

No se le tenía tampoco por un niño valiente. Lo refrenda una anécdota, quién sabe si cierta, ocurrida en una corrida de toros en La Corredera de Valladolid. Acompañado de su madre, Felipe presenció cómo uno de los animales lidiados arremetió persiguiendo a un hombre, llegando hasta cerca de la ventana donde se encontraba la corte, y el príncipe, creyéndose en peligro, quedó aterrorizado. La emperatriz se asombró de la cobardía de su hijo y dijo, con enojo:

—¡Cuánto temo que este niño ha de ser cobarde!

Salió entonces en su defensa el médico de cámara, el doctor Villalobos, que haciendo una lisonja al príncipe, le contestó a la soberana:

—No tenga Vuestra Majestad miedo, que en verdad cuando yo era pequeño, que era el mayor judihuelo de la vida, y de cada cosa temía, y ahora, en cambio, ya veis lo que hago, que no dejo nadie que no mate.

UN OBSESIVO COMPULSIVO SIN IDEA DE HACIENDA

Cuatro días antes de cumplir los doce años, Felipito perdió a su madre durante el parto de un bebé también fallecido. A la muerte de Isabel, el ayo Juan de Zúñiga mantuvo el duro régimen de vida del niño, en el que estaba estipulado hasta el más mínimo detalle de lo que podía hacer o no el príncipe. El joven creció con la lejana sombra de un padre que proyectaba unas expectativas casi imposibles de cumplir. Carlos V era un hombre de acción, vencedor en múltiples batallas, un viajero cosmopolita que dominaba cinco idiomas (o de eso presumía), un maestro de la frase y un encantador de serpientes políticas. No es difícil imaginar que Felipe II se sintiera abrumado. La incapacidad de cumplir estas expectativas le generó falta de autoestima y una profunda inseguridad durante toda su vida.

Un ejemplo extremo de ello: en 1566, cuando contaba con treinta y ocho años, Felipe II fue avisado de que debía presentar a su primera hija en la pila bautismal y, presa de los nervios, dedicó varios días a pasearse con un gran muñeco en brazos de un lado a otro de la habitación. Al final no consiguió hacerlo lo bastante bien, de modo que el rey delegó en su hermano bastardo, don Juan de Austria, para que fuera él quien llevara a la criatura.

Eso sin olvidar las lagunas de su formación. Sobre el papel, la estricta educación que recibió Felipe II parece la idónea para un príncipe humanista. El futuro rey de España aprendió matemáticas, teología, gramática, latín, historia, geografía, griego (fue el primer monarca español en hacerlo) y algo de hebreo y de arameo. También aprendió a tocar la vihuela (un instrumento parecido a la actual guitarra) con la ayuda del compositor Luis de Narváez. La pintura y la danza entraban asimismo en los saberes que debía tener todo príncipe cristiano. Sin embargo, los auténticos retos a los que se enfrentó durante su reinado demuestran que su educación en realidad estaba repleta de páginas en blanco. El soberano hizo así frente a tres bancarrotas dentro del Imperio español (en 1557, 1575 y 1596), técnicamente hoy serían consideradas como suspensiones de pagos, sin haber recibido conocimientos avanzados de economía ni de leyes. Los asuntos de hacienda eran uno de los escasos campos donde el rey sabelotodo reconocía de forma pública su ignorancia, precisamente él, que no dudaba ni un segundo en discutir con los arquitectos de arquitectura y con los papas de teología.

Sabía matemáticas pero no tenía ni idea de economía, así como sabía combatir a caballo con el resto de pajes de la corte pero apenas había leído nada sobre el arte de la guerra. Lo cual resulta irónico para un hombre que se dedicaba a enviar a otros hombres a guerras a miles de kilómetros de su comfortable despacho; y, sobre todo, para uno de los reyes más belicosos de la historia de España. En los cuarenta y dos años que duró su reinado apenas se mantuvo seis meses, entre enero y septiembre de 1577, sin estar involucrado en algún conflicto armado.

En los idiomas también suspendía. El hijo de un políglota como era Carlos V no recibió ninguna educación formal en francés o en italiano, que, además de ser idiomas fundamentales en la Europa del siglo XVI, eran las lenguas principales de los

millones de súbditos que Felipe II sumaba en Nápoles, Sicilia, Cerdeña, Milán, los Países Bajos y el resto de territorios integrados dentro de la Monarquía Hispánica. Sin ser capaz de entender ni hablar el francés, el monarca al menos se contentaba diciendo que lo leía a la perfección. ¡Menudo consuelo! Con el inglés, no obstante, ocurriría algo parecido. Pese a ser rey consorte de Inglaterra e Irlanda entre 1554 y 1558, el castellano sintió nulo interés por aprender el idioma y por adoptar como suyas las costumbres de las Islas Británicas.

Y para terminar con la cadena de sinsentidos de que el rey más belicoso apenas supiera de teorías militares, de que el dueño de media Europa solo hablara un idioma o de que el hombre que más dinero gastaba en el continente reconociera su completa ignorancia sobre finanzas; cabe recordar que muchos de los libros con los que se educó el príncipe fueron declarados años después prohibidos por contener ideas herejes. En 1541, la biblioteca adolescente del rey se incrementó en 140 libros más, donde se incluyó buena parte de la obra de Erasmo de Rotterdam, que fue prohibida por los censores en 1570: *De anima et vita*, de Juan Luis Vives, cuya vida transcurrió bajo la acusación de ser un falso converso; *De arte dicendi*, de Felipe Melanchthon, la mano derecha del hereje Lutero; *Dictionarium trilingüe*, de Sebastián Münster, de cuya trayectoria se debatía por entonces en Roma «si debía ser considerado un fundador de herejías» o simplemente un mero hereje; o el libro proluterano de historia *Polydorus Vergilius Aldi*, entre otras publicaciones estimadas como peligrosas.

El rey adquirió también una gramática árabe y un *Corán* durante una visita a Valencia. Tal vez quería saber qué pasaba por la cabeza de la población más problemática de su reino, los moriscos de Granada, quienes habían podido conservar sus costumbres y seguir practicando el mahometismo en secreto gracias a una serie de donativos a Carlos V con la intención de posponer la conversión forzosa. Felipe II, sin embargo, pareció sacar pocas conclusiones positivas del análisis del *Corán*, si es que lo llegó a leer, puesto que la corona se propuso en 1568 eliminar del todo los resquicios musulmanes de «la diócesis menos cristiana de toda la cristiandad» — como la había definido el papa— y espantar la posibilidad de que los moriscos ayudaran a los turcos a realizar un ataque directamente sobre suelo patrio. Las amenazas desde Madrid prendieron el levantamiento armado el día de Navidad de ese año, que se extendió por las escarpadas montañas granadinas en la Rebelión de las Alpujarras. Ahí es donde don Juan de Austria se ganó los galones.

El desenlace de la guerra, en última instancia, demostró que el acercamiento de Felipe II hacia la cultura árabe no fue una completa pérdida de tiempo. El rey salvó a los moriscos de ser expulsados de España —como sí haría cuarenta años después su hijo Felipe III— y limitó el castigo por la rebelión a una deportación general de 80 000 moriscos granadinos hacia otros lugares de Castilla.

También el príncipe mostró interés por el estado de la población indígena de América. En su juventud, el príncipe recibió de manos del fraile Bartolomé de las

Casas, que se había elevado como el gran defensor de los indígenas contra los abusos de los conquistadores, un manuscrito de su obra *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, el libro que con los años se convirtió en un superventas de la propaganda vertida contra el Imperio español. La obra de Las Casas está llena de cifras exageradas, pero sintetizaba una conclusión que los reyes hispanos, incluido Felipe II, siempre compartieron: los indios eran vasallos libres de la corona castellana y no podían ser esclavizados de ninguna manera.

En paralelo a la campaña de Las Casas, un antiguo profesor del príncipe, Juan Ginés Sepúlveda, envió a Carlos V un tratado en defensa de la licitud de la conquista española de América. El emperador se la remitió en 1547 a su hijo para que la revisara y la publicara. No obstante, el futuro rey se negó a publicar el tratado, influido por la lectura de Bartolomé de Las Casas. Ambos, Las Casas y Ginés, tuvieron ocasión de confrontar sus posturas en la conocida como Controversia de Valladolid, celebrada entre 1550 y 1551. El debate puso sobre la mesa planteamientos avanzados en materia de derechos humanos, algo que resultaba impensable en otros países de la Europa del siglo XVI. Pero la reunión sirvió para poco a efectos prácticos. La única modificación de las leyes dictadas en 1542 consistió en la creación de la figura del «protector de indios». Esta institución legal era en esencia una oficina administrativa de la colonización española de América dedicada a evitar que los indígenas fueran víctimas de abusos. Felipe II reglamentó su nombramiento y actividad en 1589, dando otra pequeña muestra de su sensibilidad con lo que hoy llamaríamos las minorías étnicas y religiosas de su reino.

LOS AMIGOS Y HEREJES AL SERVICIO DEL JOVEN REY

Junto a *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* y las mencionadas obras prohibidas, el monarca reunió a lo largo de su vida en la biblioteca de El Escorial una de las mayores colecciones de libros del planeta, con un sinfín de piezas únicas, extrañas y censuradas. De los 812 volúmenes que integraban su colección de libros en 1553, Felipe II pasó a tener más de 14 000 a finales de su vida, entre los que se incluían tres copias del *Corán* distintas, unos 500 volúmenes en árabe y 100 códigos hebreos. Ese coleccionismo desmedido es otro de los rasgos presentes en las personalidades obsesivas compulsivas, como evidencia la devoción del monarca por acumular no solo libros, sino también piezas de arte, joyas, huesos de santos y otras muchas cosas que guardaba con codicia.

Libros luteranos, obras escritas en árabe, códigos judíos... Desde luego la atmósfera en la que se crio el príncipe no parece la más propicia para un aspirante a campeón del catolicismo, pero aquello demostraba hasta qué extremo cambió el ambiente religioso de Europa en cuestión de una década. Los que hasta poco antes de nacer Felipe II eran referentes intelectuales del continente, como era el caso de

Erasmus de Rotterdam, se transformaron de la noche a la mañana en elementos hostiles a la auténtica fe. El rey estuvo rodeado en su juventud de personajes luego investigados y perseguidos por la Santa Inquisición. Entre ellos destacaron los teólogos y predicadores Constantino de la Fuente y Agustín Cazalla, condenados a muerte por el Santo Oficio, que habían acompañado al príncipe en el gran viaje que realizó por Europa a raíz de las abdicaciones de Carlos V. De la mano de Felipe, se impregnaron de los aires protestantes.

También conoció entonces al príncipe de Orange, llamado a ser su máximo enemigo. El futuro rebelde se las daba de devoto católico y fiel servidor de la familia de los Austrias. Nada más lejos de la realidad, pues años después se convirtió en el pionero de la leyenda negra y en el instigador de una revuelta con trasfondo calvinista que se extendió por Flandes. Su volatilidad religiosa le llevó a transitar desde su familia luterana de origen, a criarse como católico por orden del emperador y terminar rebelándose como calvinista. Huelga decir que los calvinistas mantenían posturas todavía más radicales que los otros grupos protestantes.

A propósito de ese viaje de Felipe II por Europa, otro rasgo de su inseguridad salió a colación a su llegada a Italia. La timidez le permitía ocultar sus sentimientos detrás de una máscara, de modo que lo que los demás veían desde fuera era insensibilidad. Tras una travesía de casi un mes, el príncipe y su pequeña corte desembarcaron en Génova para descubrir que en Italia la respuesta a la llegada de más españoles era de recelo. Aunque *de facto* el Imperio español dominaba en ese momento la mayor parte de Italia, la mala reputación de los españoles iba *in crescendo* desde el saqueo de Roma. La frialdad de Felipe no ayudó precisamente a corregir esa mala opinión sobre los españoles. Felipe era amante de las frases oficinescas, distante en el trato, ceremonioso, altivo y a la vez muy tímido. Acostumbraba a hablar poco, siempre en castellano y en voz tan baja que apenas resulta audible. Los italianos que trataron con él quedaron decepcionados al observar que había muy poco del aparatoso Carlos en aquel discreto príncipe, que rara vez abandonaba la compañía del grupo de españoles con los que había crecido.

La formación de Felipe no se había hecho en solitario. Al príncipe le acompañó desde su infancia un reducido grupo de pajes nobles, entre los que destacaba el mencionado Luis de Requesens, objeto de las burlas de sus compañeros por su fuerte acento catalán. Fue uno de los más leales y polivalentes hombres de Felipe II, sirvió al rey como embajador en la Santa Sede, almirante de galeras en el Mediterráneo, consejero de don Juan de Austria en la Rebelión de las Alpujarras y en la batalla de Lepanto y, finalmente, sustituyó al gran duque de Alba al frente de la Guerra de Flandes. Puede que el catalán no gozara del talento militar de su predecesor, pero la debilidad de la hacienda real obligó a buscar en 1573 una solución pacífica en los Países Bajos, donde la severa intervención del duque de Alba solo había avivado el fuego. Pero Requesens retomó también el camino de las armas, a la vista de que su actitud conciliadora era interpretada como síntoma de vulnerabilidad. Se vio

sorprendido en ese momento por una nueva suspensión de pagos de los intereses de la deuda pública de Castilla y apenas pudo lograr avances militares. Enfermizo desde que era un niño, Luis de Requesens falleció en Bruselas, el 5 de marzo de 1576, a causa posiblemente de la peste, dejando por primera vez inacabada una tarea que le había encomendado su compañero de la infancia. La rapidez con la que se propagó la enfermedad imposibilitó que el comendador de Castilla firmara una orden de sucesión. Tras retrasar al máximo su partida, casi dos años después, don Juan de Austria tomó el relevo como gobernador y puso orden en la anarquía flamenca.

Precisamente en el *Felicísimo Viaje* del príncipe por Europa, a raíz de un torneo medieval, Requesens cometió un error que le alejó de forma súbita de la corte. Se sabe que Felipe, Requesens y el resto de pajes recibieron una instrucción continua en equitación y en justas de caballería, así como se conoce la pasión del príncipe por la lectura de obras de caballerías como *El cantar de mío Cid* o *Amadís de Gaula*. Lo que no se sabe es si era o no un hábil caballero andante. Mientras el príncipe dedicaba las mañanas al estudio, con el fresco de la tarde llegaba el momento de los ejercicios físicos, siempre bajo la atenta dirección de su ayo, que era de hecho el padre de Requesens. El adiestramiento del cuerpo era un arte social, que se realizaba en público y preparaba a los jóvenes de la élite para la vida cortesana y la milicia. Así, Felipe y sus amigos participaron en varios torneos destinados a entretener al pueblo. En 1544, el príncipe tomó parte por primera vez en uno: rompió una lanza contra su contrincante, luchó con un hacha hasta que se hizo pedazos, y finalmente desenvainó su espada. Se le suponía un buen guerrero hasta que viajó a Bruselas. Como parte de los actos para agasajar a Felipe en Flandes, se celebró una justa que terminó con el príncipe derribado de su caballo por Luis de Requesens, aunque «por ser poca estacada le adormió y cayó en la tierra». El rencoroso príncipe se negó a admitirle entre sus gentiles hombres, a pesar de las presiones del emperador. Luis, el amigo de la infancia, tuvo que regresar a España, donde, de todas formas, fue nombrado capitán general de las galeras santiagoñas.

Aunque se cuidó de no derribar al monarca de su montura, lo del portugués Ruy Gómez de Silva fue más grave: le cortó la mejilla en un rifirrafe. El príncipe de Éboli fue el mejor amigo del príncipe, si es que alguien podía serlo, y uno de los pocos hombres con los que a veces se permitía abandonar su proverbial seriedad. Separados por once años de edad, la amistad entre el príncipe y Gómez brotó en su origen de la natural admiración de un niño pequeño por las gamberradas del chico malo de la corte. Como si se tratara de episodio de bajos fondos, un altercado entre el revoltoso Ruy Gómez y otro cortesano llegó a tal extremo que estos sacaron sus dagas y en la reyerta hirieron al príncipe en la mejilla. El joven portugués, de diecinueve años, se salvó de ser ejecutado por la intervención de la emperatriz Isabel, a cuyo servicio pertenecía desde hacía doce años.

La intervención de la madre del futuro rey evitó que fuera condenado a muerte, pero no que se le desterrara de la corte, porque derramar sangre real era cosa grave.

Gómez sirvió un año en el ejército del emperador Carlos y, a su regreso a España, hizo las veces de mensajero confidencial entre Isabel y su marido. Parece así que el portugués encandiló con su personalidad a toda la familia real, y no solo a Felipe. Cuando Carlos reclamó a su hijo que introdujera la etiqueta borgoñona en la casa del príncipe, con lo cual buscaba ensalzar más la figura del soberano de Castilla de cara a su viaje por Europa, Ruy Gómez pasó de desempeñar el oficio de trinchante a convertirse en sumiller de corps, lo que conllevaba dormir en la cámara del rey. Además fue agraciado con el título napolitano de príncipe de Éboli. Como tal viajó por Italia, Alemania y los Países Bajos en un séquito que, por lo demás, sonaba gravemente castellano.

Ni un portugués con un título italiano, ni el linaje galo de Felipe, ni la etiqueta borgoñona lograron disimular el carácter grave del príncipe, que por entonces se vinculaba a la personalidad típica de los castellanos. A su parada en los Países Bajos, la nobleza local quedó poco impresionada con el hijo de Carlos V. Felipe no hablaba francés; seguía rodeado de un séquito de españoles (entre ellos, Ruy Gómez, el gran duque de Alba, el duque de Feria y, en varias etapas del viaje, el nieto del Gran Capitán) que hacía de barrera con los lugareños; y acostumbraba a permanecer sentado cuando se dirigía a sus súbditos, en vez de estar de pie como ordenaba el protocolo borgoñón.

CUANDO EL REY SE ABURRE MATA HEREJES CON EL RABO

El Felicísimo Viaje y toda la década viajera de 1550, donde ejerció como consorte en el trono inglés, debieron de causar un profundo impacto en la mente del rey. No volvería a salir fuera de la Península Ibérica en toda su vida. Existe la costumbre, por tanto, de imaginar a Felipe II como un hombre gris de despachos que apenas abandonaba El Escorial y que, las escasas veces que lo hacía, era sobre una litera que le ayudara a sortear los dolores de la gota. Para quienes conocen su biografía, siquiera por encima, este mito se cae por su propio peso. Es cierto que el monarca permanecía pocas horas al día lejos de sus papelajos, que le resultaban gratificantes, como reconoció en varios billetes, pero desde luego tuvo una abultadísima lista de distracciones y se reveló como un viajero empedernido y enérgico hasta cumplir los cincuenta años.

Un breve libro titulado *Los grandes y admirados viajes del rey don Felipe II*, cuya autoría se achaca a su hijo don Carlos, hace chanza de la vida inquieta del rey: «El viaje de Madrid al Pardo, del Pardo al Escorial, del Escorial al Pardo, del Pardo a Madrid, de Madrid a Aranjuez, de Aranjuez al Pardo, del Pardo al Escorial...». El resto del cuaderno continúa igual hasta pasar de la broma a la burla. Eran muchos más los destinos del monarca, que también se desplazaba por Aragón, Andalucía y Portugal con cierta frecuencia... En suma, la tendencia fue pasar los veranos en El

Escorial, las primaveras en Aranjuez y El Pardo, y los inviernos en Madrid, en donde había establecido la corte en 1561. En este sentido cabe preguntarse, ¿por qué tomó la decisión de trasladar sus bártulos de Toledo a la pequeña villa de Madrid? La respuesta más sencilla es que las singulares condiciones de Toledo, con una imponente muralla geográfica, hicieron que la ciudad se quedara pequeña frente a la horda de funcionarios y cortesanos del rey. Su tercera esposa, Isabel de Valois, advertía en una carta a su madre de que «si no fuera por la buena compañía de mi esposa, juzgaría a este lugar como uno de los más desagradables del mundo». Las escarpadas cuestas de Toledo, las malas condiciones higiénicas o la falta de agua potable cerca del Alcázar, entre otras razones, empujaron a que muchos de los gentileshombres extranjeros sugiriesen al soberano establecerse en Bruselas para huir de la «suciedad de acá».

Atento a las quejas, Felipe anunció el traslado a Madrid el 8 de mayo de 1561, descartando en el proceso Segovia, Bruselas, Valladolid y su querida ciudad de Barcelona. La pequeña villa, que no llegaba a los diez mil habitantes, pasó en una década a contar con más de 26 000 almas. Aunque Carlos V ya había realizado en 1536 una importante reforma del alcázar medieval y sus alrededores, fueron los planes de Felipe II los que dieron forma al esqueleto de lo que hoy es Madrid. El rey, entre tanto, debió hacer frente a los enormes problemas de una localidad que entre las celebraciones por haberse convertido en la capital del primer imperio global incluyó un juego para «matar gatos a cabezadas». Sus vecinos no estaban preparados para un cambio así.

Los madrileños inauguraron su capitalidad dando cabezadas a los felinos porque pertenecían a una Castilla rural a la que le había pillado por sorpresa eso de ser el epicentro de un imperio. Aquella villa estaba lejos de poder asumir un incremento de tres veces su población en la siguiente década, y ni siquiera contaba con suficientes viviendas construidas para ello. Por eso Felipe ordenó que cada uno de los dueños de casas de más de dos pisos alquilara una habitación a un funcionario de la corona. Las trampas para evitar meter a un desconocido en el hogar sacaron a relucir el ingenio madrileño. Desde construir tejados muy inclinados que dieran lugar a buhardillas secretas, hasta ocultar algunas habitaciones o crear plantas intermedias que no pudiesen ser consideradas como tales. Todavía hoy en las calles céntricas sobreviven muchas casas de dos plantas escondidas en la forma de una planta o ventanas distribuidas sin ningún sentido aparente, lo que se hizo llamar «casas a la malicia».

Mientras los embajadores y ministros se quejaban de lo difícil que era hallar al rey en aquel Madrid, lo cierto es que Felipe no abandonaba su responsabilidad ni siquiera en sus viajes, aunque tuviera que contestar a la correspondencia con mano temblorosa y renglones torcidos debido el traqueteo del carruaje. Lo que Felipe no podía saber es que el mantener tantos palacios en paralelo dejaba a sus espaldas, además de un excesivo gasto económico, a un numerosísimo grupo de cortesanos malhumorados y resentidos sin encontrar la manera de ocupar su tiempo. Jugar a los

naipes les estaba prohibido, lo cual no evitaba que lo hiciera incluso el mayordomo mayor, el temido gran duque de Alba, que en 1559 extravió una pequeña fortuna con Lamoral Egmont, a quien irónicamente ejecutaría en una de sus primeras decisiones como gobernador de Flandes. ¡Ojo! que sus razones iban más allá de una mala racha en las cartas.

El propio rey participó en partidas familiares de este juego —con su amigo Luis de Requesens probablemente lo hizo por primera vez siendo infantes—, pero vivió con preocupación los excesos. La ludopatía corría furiosa por los palacios vacíos del monarca. Las apuestas no se limitaban a los naipes. En un texto de Alonso de Barros, *Filosofía cortesana moralizada*, se cuenta que en la corte de Felipe II se jugaba y se disputaba dinero en una suerte de juego de la oca. En un tablero de 63 casillas, que representaba los años de vida de un hombre, tres jugadores colocaban su dinero en un fondo común e iban avanzando, según las tiradas de los dados, ateniéndose a una serie de reglas, ya fueran beneficiosas o perjudiciales, que iban desde «muerte del valedor», que obligaba a regresar al principio, hasta «la palma de oro», que era la meta final. El primero en llegar a la casilla 63 se llevaba todo el dinero.

Que el rey se moviera mucho por España sin salir al extranjero traía consigo algo más que las quejas de los embajadores, o las burlas de un adolescente trastornado. Su negativa a partir de España fue tal vez la principal causa de la incapacidad del gran duque de Alba de apagar por completo la rebelión de los Países Bajos, que desangró la hacienda real y arrastró al Imperio a su ocaso casi un siglo después. Así, cuando en 1566 la hermana natural del rey, Margarita de Parma, se manifestó incapaz de sosegar las muestras de desobediencia, Felipe II decidió sustituirla como gobernadora general de las provincias de Flandes. Un enérgico defensor de la intervención armada, el gran duque de Alba, fue el designado para tomar el relevo de la ninguneada Margarita.

A cuenta de su avanzada edad (sesenta y un años), el apodado *Duque Gravedad* trató de evitar por todos los medios hacerse cargo de una misión que se convertiría en la única mancha de su impresionante hoja de servicios. Accedió a ir porque contaba con que el rey iría detrás repartiendo perdones allí donde él había repartido tortas. Y aquí residió su error. Se descartó desde el principio que Felipe II acabara sin más, con un pequeño contingente, con el incendio que atizaba desde la sombra el príncipe de Orange; y se planteó una estrategia que solo se puede calificar con el cinematográfico nombre de «poli bueno y poli malo», similar a las que después aplicaría con éxito en la conquista de Portugal y en la revuelta de Aragón. Primero, el duque de Alba golpearía con fuerza sobre la rebelión a base de represión; con el terreno abonado, Felipe II se desplazaría en persona a Flandes enarbolando el perdón general. Sin embargo, nada salió como lo planearon. El poli bueno desplegó mil excusas para nunca llegar a pisar el territorio «hereje», y el malo se pasó de malo: a través del Tribunal de Tumultos, en solo tres años el duque ejecutó a diez veces más personas que la Inquisición española en todo el reinado de Felipe II. Entre los ajusticiados hubo muchos nobles moderados.

Las primeras palabras del noble castellano a su llegada han pasado a la historia de lo macabro, tal vez producto de su humor amargo o del largo viaje. «Veis aquí un gran hereje», enunció al saludar al conde de Egmont. Fernando Álvarez de Toledo consiguió pasar aquellas palabras por una broma, simplemente poco adecuada, pero en secreto aguardaba poner en marcha las órdenes del rey. El 9 de septiembre de 1567 invitó a Egmont y Horn a un banquete en nombre del hijo bastardo de Alba, el prior Hernando. Se pidió a los dos nobles que al final de la velada se reunieran en privado con el duque —que no había podido asistir al evento— para discutir sobre temas militares. Tras retirarse, el duque dio orden a su fiel lugarteniente, Sancho Dávila, de que desarmara y detuviera a los dos nobles católicos. Ambos fueron encarcelados en celdas separadas y, dos semanas después, fueron trasladados desde el palacio de Alba hasta la ciudadela de Gante. Hundido en su ánimo, Lamoral Egmont fue conducido el 5 de junio de 1568 al Mercado de Caballos de Bruselas, donde se le decapitó ante los ojos de una multitud compungida y la compasión del mismísimo duque de Alba.

La depresión económica y la condena a muerte de los moderados Egmont y Horn convencieron a la mayoría de la necesidad de expulsar al enemigo común, incluso a los nobles católicos. En 1572, la rebelión se extendió con virulencia y con efectos irreversibles, sin que el rey hiciera acto de presencia. El drama de Felipe II con su hijo Carlos hacía imposible que pudiera abandonar la península sin la garantía de que se avivaran otras rebeliones a su espalda. Tras años de guerra estéril, el duque de Alba, odiado y temido por todas las provincias, fue sustituido por el mencionado Luis de Requesens, con un perfil más moderado. No obstante, lo más parecido a un poli bueno había tardado demasiado en llegar y lo hacía auspiciado por la endeble posición española. A ello había que añadir la negativa de Felipe II a ceder ni un ápice en lo que se refería a su política religiosa: «Antes preferiría perder mis estados y cien vidas que tuviese que reinar sobre herejes».

ECHARSE LA SIESTA ANTES DE CAZAR Y CONTESTAR AL CORREO DURANTE LA CAZA

Antes prefería perder sus Estados europeos que perder los españoles, porque además probablemente antes prefería perder posesiones que abandonar el estricto y gratificante horario que mantuvo durante toda su vida. El papeleo, la oración y la caza ocupaban un lugar preferente para el rey. Un obsesivo compulsivo como él necesitaba de rutinas que le dieran la falsa sensación de que, más allá de los imprevistos cotidianos, la situación estaba en todo momento bajo su control. En *Pasatiempos*, el famoso anecdotario del flamenco Jehan Lhermite, se insiste en que «los relojes gobernaban totalmente a este buen monarca, pues regulaban y organizaban su vida, dividiéndola en minutos que, contados y ordenados, medían sus acciones y ocupaciones diarias, lo que causaba no poca admiración a todos nosotros».

Allí donde estuviera el palacio, Felipe se despertaba alrededor de las ocho. Y todavía sobre la cama, el ayudante de cámara le masajeaba los pies para aliviarle el dolor causado por la gota, mientras le leía algunos documentos pendientes. A continuación, los gentileshombres le aseaban para que acudiera a oír misa. Si estaba en el Alcázar de Madrid, las siguientes horas las dedicaba a las odiosas audiencias. En caso contrario, firmaba las cédulas y cartas preparadas por sus secretarios el día anterior. Una vida entre papeles.

A las once tomaba una de sus dos comidas diarias, lo cual solía hacer en solitario, como parece que era costumbre en los reyes de mandíbula inquieta (véase su padre). Luego se echaba una siesta y se despertaba a tiempo de comenzar su verdadera jornada laboral, cuando sus ayudantes de cámara arrojaban sobre el escritorio real las consultas y memoriales de los Consejos del Reino. El alto número de cartas que respondía a diario desató en alguna ocasión el maniatado humor del rey: «¡Mejores Pascuas nos diera Hernando de Vega con no enviar tantas consultas!», contestó con ironía en uno de sus billetes al deseo de felices fiestas del presidente del Consejo de Hacienda. Otra de sus escasas muestras de humor ocurrió precisamente durante una de las mencionadas siestas. Aparece registrada en el anecdotario de Baltasar Porreño:

Echándose a dormir una tarde en que había de ir a unas fiestas, dijo (el rey) a don Diego de Córdoba, caballero mayor, que lo despertase a tiempo. Don Diego se quedó dormido en una silla. Despertó Su Majestad, y llegando a don Diego, que estaba dormido, le dijo «despierte Vuestra Majestad, que ya es hora». Respondió don Diego: «Dejadme dormir, don Diego, que no es tarde».

El rey aparcaba algún día esta vida de oficinista para ir a cazar o a pescar, aunque rara vez dejaba durante esas horas los papeles en el palacio. Hasta que se lo permitió la salud, el monarca cazó y «holgó» con mucha frecuencia por el campo acompañado «de estos diablos papeles» y de su querida ballesta. «Todo su verdadero pasatiempo para (terminar) en la ballesta», escribió Zúñiga sobre un Felipe adolescente que, como si fuera familia del ficticio villano Joffrey Baratheon, no abandonó esta arma ni siquiera durante sus viajes por Europa. En Bruselas mató aves como si firmara papeles y en las islas de Zelanda se conformó con hacer ejercicio por el campo y probar un trineo en la nieve.

Los peces y las criaturitas eran de su propiedad. Cualquiera que se atreviera a pescar en los estanques reales recibía cien azotes, y si persistía en su error, pena de galeras. Lo mismo ocurría con la caza: quien se quisiera llevar una pieza de los terrenos del rey era objeto de un destierro de seis meses lejos de su lugar de residencia, así como de una fuerte multa económica. Algunas de estas cazas eran luego servidas en la cena que, después de la larga tarde de papeleo o de paseo por el campo, tenía lugar en torno a las nueve. Podía elegir entre pollo frito o asado, perdiz, paloma, carne de caza, una tajada de venado y una pieza de dos kilos de ternera. Aquel festival carnívoro venía acompañado por sopas y pan blanco, fruta a la hora del almuerzo y ensalada por la noche, pero rara vez se decantaba por la fruta o la verdura

(acaso unas alcachofas con vino blanco), lo que explica por qué el rey sufrió de gota. El único respiro en su dieta dominada por la carne se producía los viernes y durante la Cuaresma, tiempo durante el cual comía pescado. Al menos hasta que en 1585, cansado de esta tregua para sus riñones, reclamó al papa Gregorio XIII permiso para comer carne también en estas fechas.

Después de cenar, el rey seguía trabajando varias horas, lo que dio por resultado un gobernante somnoliento, de ojos enrojecidos, que no dormía tantas horas como debiera. Escuchando en El Escorial dos sermones («los más largos que he escuchado en mi vida») durante la Semana Santa de 1584, el rey reconoció en una carta a su secretario que se durmió en parte de ellos. Quizás por distraerse de tan grave solemnidad, el monarca llegó a leer de forma furtiva algunas cartas mientras oía sermones. La oración y escuchar misa le relajaban, pero como ocurría con su propio sistema de gobierno, Felipe amontonaba sus distracciones, aficiones e intereses vitales, hasta convertirlos todos en obligaciones que atender más que en ocupaciones de ocio. La larga lista de obligaciones y distracciones pasaba por cosas tan distantes entre sí como eran la pintura, la escultura, la arquitectura, la teología o el coleccionismo de huesos de santos. Eso le volvía loco.

Al igual que un niño en la mañana de Navidad o de Reyes, el rey acudía corriendo desde sus aposentos para examinar y venerar cada nueva reliquia que recibía antes de inventariarla y guardarla con el resto de piezas de su colección. Una insólita muestra de interés y pasión —besaba repetidas veces las reliquias en cuanto caían en sus manos— de un hombre que no era dado a exhibir ningún tipo de entusiasmo en público, y casi no lo hacía en privado. Como narra Geoffrey Parker, desde que en 1567 consiguió el permiso del papa para coleccionar reliquias y guardarlas donde él quisiera, reunió 7422 (aunque solo una parte ha sobrevivido en la actualidad), incluidos 12 cuerpos enteros, 144 cabezas y 306 miembros de santos y santas. Según los textos de fray José de Sigüenza, «no tenemos noticia de santo ninguno de que no haya aquí reliquia, excepto de tres». Para guardar esta colección, Felipe mandó construir dos altares especiales a ambos lados del altar mayor de la Basílica de El Escorial.

Lo que hoy puede imaginarse como una colección extravagante, casi macabra, era en la época algo bastante más valioso que cualquier obra pictórica o escultórica. Todavía un siglo y medio después de la muerte del Rey Prudente, el platero mayor del Borbón Felipe V se internó entre las llamas que consumieron el Alcázar de Madrid, en la Navidad de 1734, buscando los relicarios de la Capilla Real. En el intento perdió parcialmente la vista a causa del fuego, pero el platero pudo salvar muchas reliquias de un fuego donde sucumbieron, sin hallar salvador, al menos quinientos cuadros. Entre estas piezas perdidas estaban el retrato favorito de Felipe IV, pintado por el maestro Peter Paul Rubens, y *La expulsión de los moriscos*, de Diego de Velázquez. Por sus dimensiones, más alto que *Las Meninas*, y por su contenido, único; ese cuadro perdido sería hoy uno de los lienzos más valorados de la

obra de Velázquez y, por tanto, de la historia del arte universal.

Precisamente en el incendio del Alcázar se quemaron muchos de los cuadros que Felipe II había acumulado a lo largo de su vida. Al monarca le encantaba dejarse caer «de improviso» por el taller de los pintores de la corte. En el caso del aposento de Alonso Sánchez Coello, ni siquiera necesitaba avisarle antes de entrar, dado que portaba siempre consigo su propia llave. Sánchez Coello, que vivía en la Casa del Tesoro (luego ocupada por Velázquez), era a su vez discípulo de Antonio Moro, cuyo nombre no guardaba ninguna relación con los habitantes del Norte de África, sino que era la españolización de Antonio Mor. El pintor holandés y Tiziano fueron dos de los artistas más apreciados por el monarca.

No entraba en el grupo de sus favoritos Doménikos Theotokópoulos, El Greco. Nacido en Creta en 1541, este pintor griego viajó hasta Madrid, en 1577, buscando el favor de Felipe II, al que encandiló con un cuadro sobre la batalla de Lepanto. No obstante, cuando el rey le encargó un trabajo concreto, *El martirio de San Mauricio y la Legión Tebana*, el resultado estuvo lejos de ser de su agrado. Pese a que Felipe le pagó lo prometido, el cuadro fue descartado y sustituido por el que hoy adorna la Basílica de El Escorial pintado por Rómulo Cincinato. Felipe encontró grotesca la ocurrencia del pintor griego de caracterizar a varios de los protagonistas del episodio de la vida de San Mauricio con los rostros de los generales del rey, entre ellos el gran duque de Alba. Sin duda, la afilada cara del general castellano era lo último que esperaba ver el soberano cuando estaba rezando.

Tras su fracaso, El Greco se trasladó a Toledo a trabajar como pintor independiente, lo cual fue en provecho de su impresionante obra. Visto con perspectiva, el pintor salió ganando al alejarse del rey, al que retrató de nuevo en *El entierro del conde de Orgaz*, en el grupo de los bienaventurados, siendo el único personaje vivo de todos ellos. Hoy, El Greco puede sentirse satisfecho y vengado, al saber que cualquier turista que visite el interior del Real Monasterio El Escorial se encontrará al comienzo del itinerario una sala con tapices flamencos y la denostada obra de *El martirio de San Mauricio y la Legión Tebana*.

Otro pintor, en este caso pintora, que no recibió las debidas atenciones de la época que le tocó vivir fue Sofonisba Anguissola. No fue por culpa de Felipe II, sino por los tiempos machistas que corrían. Esta italiana procedía de una familia de diplomáticos con siete hermanos —seis de los cuales eran niñas—, que, además de bautizarlos con nombres vinculados al cartaginés Aníbal, dio libertad a sus hijos para dedicarse a las artes plásticas sin que su sexo importara. Así y todo, el aprendizaje de Sofonisba en la pintura se vio condicionado por las limitaciones sociales, como era el hecho de que una mujer no podía estudiar anatomía ni ver un cuerpo desnudo. En 1554, Sofonisba viajó a Roma y conoció a Miguel Ángel por mediación de otros pintores prendidos de su obra. Cuando él le pidió que pintara un niño llorando, la joven dibujó un niño mordido por un cangrejo, lo cual causó tanto asombro como admiración en Miguel Ángel. El talento de la italiana llamó también la atención de dos grandes personajes

de la corte filipina: el gran duque de Alba, que le encargó un retrato, y el duque de Sessa, descendiente del Gran Capitán. Ambos trasladaron los elogios al rey.

Conocedor de sus habilidades, en 1559 Felipe II invitó a la italiana a viajar a España. Aquí ejerció de pintora y de ama de compañía de la reina Isabel de Valois, la cual se interesó por aprender el arte del pincel. Sofonisba pintó el retrato con más profundidad psicológica de los que se le realizó a Felipe II, aquel retrato donde aparece ataviado con las habituales vestiduras negras y sombrero alto, y sostiene en su mano izquierda un rosario alusivo a la institución de la Fiesta del Rosario, a raíz de la victoria en la batalla de Lepanto sobre los turcos. No obstante, hasta hace pocos años este cuadro fue atribuido, junto a un retrato de la reina, al pintor Alonso Sánchez Coello y a veces a Juan Pantoja de la Cruz, sin sospechar que el icónico cuadro del monarca era obra de una mujer.

Al morir Isabel de Valois, Felipe II recompensó a la pintora con el cargo de institutriz de sus dos hijas, labor que ejerció durante dos años. Luego, en otra prueba de aprecio, el rey le concertó un ventajoso matrimonio con el hermano del virrey de Sicilia, queriendo que acabara allí sus días en una buena posición. Pero aún tuvo tiempo de casarse una segunda vez, con el noble genovés Orazio Lomellino, así como de recibir en Palermo la visita de Antonio van Dyck en 1624. El genio de los retratos anotó en su cuaderno de viaje la genialidad de Sofonisba, a pesar de que, según Van Dyck, sumaba entonces noventa y seis años.

UN HOMBRE INFORMADO SIN ESTÓMAGO PARA LAS MALAS NOTICIAS

El rey era un «un hombre a un despacho pegado», como podría haber dicho el poeta Francisco de Quevedo. Lo que más satisfacción le causaba, más allá de sus extrañas distracciones, era recibir buenas noticias procedentes de la infinidad de frentes donde disputaba su hegemonía el Imperio español. Incluso podía perder la compostura al conocer que su sobrino Alejandro Farnesio había completado, en 1585, el asedio de Amberes, hasta entonces en manos protestantes. El rey se levantó de la cama y fue a la habitación de su hija Isabel Clara Eugenia, con la cual compartía los asuntos de Estado, para despertarla al grito de «¡nuestra es Amberes!». Una reacción parecida a la que mostró a raíz de la Matanza de San Bartolomé en Francia. La madrugada del 23 de agosto de 1572, una señal dada por las campanadas de maitines desde la iglesia de San Germán-Auxerrois, próxima al Louvre, dio comienzo a la llamada Matanza de San Bartolomé por las calles de París. Como el monarca español llevaba años aconsejando, Carlos IX ordenó eliminar, a modo de ataque preventivo, a los cabecillas protestantes reunidos en París durante esos días. Cuando el embajador francés acudió al Alcázar de Madrid a dar las novedades, Felipe «empezó a reírse, dando muestras de placer y satisfacción» y aseguró que tuvo aquel día uno de los mayores «contentamientos de mi vida».

Salvo cuando recibía nuevos huesos de santo, rara vez se había visto una sonrisa tan pronunciada como con la Matanza de San Bartolomé. Ni siquiera tras la victoria de Lepanto. Cuentan que entró don Pedro Manuel, gentilhombre de cámara, tan alborotado que se conocía en su semblante que había alguna gran novedad, y dio al rey noticias de «la gran victoria que había tenido en Lepanto el señor don Juan de Austria». Sin hacer mudanza en su gesto, Su Majestad contestó a don Pedro con su habitual coletilla: «Sosegaos, entre el correo, que él lo dirá mejor». ¿Ese era su verdadero ánimo? ¿Tan poca impresión le causó «la más alta ocasión que vieron los siglos»? El embajador de Venecia sospechaba que la serenidad del rey solo era una fachada para disimular que, en realidad, lo de Lepanto ya lo sabía desde hace varios días. En contra de su costumbre de permanecer lacónico en las audiencias, el rey había respondido con una enigmática sonrisa a una información rutinaria sobre la situación de la flota cristiana días antes. Era como si a Felipe se lo hubiera chivado el mismísimo Dios, antes de que lo supieran incluso los delegados venecianos. O lo que es menos inverosímil: como si se lo hubiera chivado el sistema más avanzado de inteligencia de Europa, el suyo.

Felipe II presumía de ser el hombre mejor informado del mundo, pero, para su desgracia, no disfrutaba de un estómago capaz de aguantar ese flujo informativo, sobre todo cuando las noticias eran malas. Si bien Carlos V era propenso a reaccionar con episodios depresivos o coléricos a las malas noticias, su hijo tendía a quedar derrotado físicamente cuando se enfrentaba a situaciones críticas. La larga visita de Lamoral Egmont a la corte, en 1565, donde el rey se deshizo en agasajos y excusas para fingir que cedía a las demandas de los nobles flamencos que el conde representaba, le dejó tan cansado que apenas durmió en las siguientes semanas. Una y otra vez, cuando el monarca recibía malas se sentía repentinamente enfermo y sufría diarrea «igual que una oveja o un conejo». Eso cuando no salía corriendo. Huyó al monasterio del Abrojo cuando murió su esposa María, sin asistir siquiera al entierro. Y huyó de Alcalá de Henares cuando creyó que su hijo Carlos se moría.

Dolores de cabeza, insomnio, problemas estomacales... la lista de síntomas causados por la información mal digerida era amplia y cambiaba según la situación. En 1557, el monarca se mentalizó de que los campos de batalla tampoco iban a ser su lugar predilecto. Felipe, que creció admirado por las gestas militares de su padre, participó *in situ* de la campaña militar contra los franceses en el verano de ese año. Aquella ocasión fue lo más cercano a una batalla que presencié en toda su vida. Sin embargo, Felipe II y su escolta inglesa no estaban presentes cuando el primo del rey, Manuel Filiberto, apoyado por Lamoral Egmont y otros oficiales flamencos, derrotaron a las fuerzas con las que el condestable de Francia trataba de romper el asedio español sobre San Quintín. Al menos 5000 soldados franceses perecieron en una jornada donde «había tantas moscas azules y verdes emergiendo de sus cadáveres, fecundadas por la humedad y el calor del sol, que cuando remontaban en el aire ocultaban el sol».

Era imposible que caminar bajo un sol oculto por las moscas resultara del agrado del monarca «más limpio, aseado para con su persona que jamás ha habido», cuya presencia cerca de una batalla no se volvería a repetir. Cuando en 1588 fue informado del desastre de la Grande y Felicísima Armada que había enviado para derrotar a la insolente reina de Inglaterra, el ánimo de Felipe cayó como una losa. Tras leer un relato del desastroso regreso de la flota de Medina Sidonia rodeando las escarpadas costas escocesas, el rey escribió: «Todo esto he visto, aunque creo que fuera mejor no haberlo visto, según lo que duele».

La visión mesiánica que el monarca tenía del mundo, donde se veía como una pieza de Dios destinada a defender la verdadera fe, le permitía sacar fuerzas de los fracasos, incluso en los de aquella envergadura. Sin ser el fanático religioso que han trazado sus enemigos, esta visión mesiánica costó al Imperio español varias derrotas. En los preparativos del ataque a Inglaterra, el rey fue alertado por sus consejeros de lo difícil que resultaba que las tropas que debían desembarcar en Inglaterra —el ejército de Flandes, a cargo de Farnesio— se dieran la mano en el momento exacto con la flota enviada desde España al frente del inexperto duque de Medina Sidonia. Así las cosas, Felipe dejó aquellos asuntos a la suerte o, más bien, a la providencia divina, «pues todo se ha hecho por su servicio».

Pero ¿cómo es que los fracasos no le alertaron de que Dios no siempre estaba de su lado? Simplemente —a ojos del rey— los fracasos tendían a ser compensados por otras victorias. El resurgimiento de la revuelta en los Países Bajos en 1571 había sido compensado con la resonante victoria en Lepanto y la Matanza de la Noche de San Bartolomé en Francia; del mismo modo que la Armada Invencible había sido precedida por la conquista de Portugal y el asedio de Amberes. Dios seguía siendo español la mayor parte de los días —como repetían los italianos con sorna—, tan solo ocurría que a veces se tomaba un descanso. El balance, además, beneficiaba a sus intereses: vivió más éxitos que fracasos. Al año de la intentona contra las Islas Británicas, Isabel Tudor estampó una flota anglo-holandesa, también de grandes dimensiones, contra las costas españolas, aprovechando el supuesto momento de vulnerabilidad español.

El primer objetivo inglés fue La Coruña, que albergaba a algunos barcos supervivientes de la Empresa Inglesa, todavía en reparación. Y aunque los ingleses tomaron parte de la ciudad, la actuación heroica de las milicias, entre las que se contaba la popular María Pita, forzaron la huida de los extranjeros sin obtener botín. Allí nació un mito similar al que Agustina de Aragón protagonizaría siglos después. Los ingleses abrieron una brecha en la muralla y comenzaron el asalto de la ciudad vieja sin encontrar resistencia, salvo por una gallega de armas tomar, María Pita, que acudió a esta posición y mató a un alférez inglés con la espada de su marido moribundo. Al grito de *quen teña honra, que me siga* («quien tenga honra, que me siga»), Pita y el resto de defensores provocaron la retirada de las tropas inglesas, compuestas por 12 000 efectivos. Tras la contienda, Felipe II concedió una pensión a

Pita que equivalía al sueldo de un alférez más cinco escudos mensuales.

FUERA EL TEATRO Y LOS TOROS, ADELANTE LOS ENANOS Y LOS AUTOS DE FE

El rey se mostraba clemente a menudo, incluso con los moriscos o los indígenas americanos, que en el resto de Europa eran estimados como poco más que seres primitivos; pero se destapó implacable con los herejes. Estos no eran dignos de ser tratados como sujetos humanos y valía hacerles la guerra, envenenarlos, asesinarlos y, por supuesto, quemarlos en la hoguera sin que mediara la mínima quiebra en el proceso. Aunque ostentaba el derecho a entrometerse en los asuntos del Santo Oficio como «Rey Católico» que era, solo lo hizo en una ocasión para salvar a uno de los acusados, el escultor Pompeo Leone. En este sentido, al rey le entusiasmaba asistir a los autos de fe (a los procesos, no a las ejecuciones), lo cual hizo cinco veces en su vida, dos de ellas acompañado de sus hijos, como quien lleva a los niños a un parque de atracciones. Según recoge Geoffrey Parker, queriendo despertar sus envidias, el monarca escribió a sus hijas, en 1582, contándoles desde Lisboa que había asistido a un auto junto a su sobrino Alberto de Austria:

Ayer fuimos, mi sobrino y yo, al auto y estuvimos en una ventana donde lo vimos y lo oímos todo muy bien [...]. Hubo primero sermón, como suele, y estuvimos hasta que se acabaron las sentencias y después nos fuimos porque en la casa donde estábamos los había de sentenciar la justicia seglar a quemar a los que los relajaron los inquisidores. Fuimos a las ocho y volvimos a comer cerca de la una.

Los autos de fe eran espectáculos muy populares, pero no tan abundantes en el reinado de Felipe II como la propaganda anglosajona ha querido subrayar. Cuando se habla de intolerancia religiosa se piensa automáticamente hoy en la Inquisición española y en la persecución de los judíos en la península, que es precisamente la razón por la que nació el Santo Oficio. Los judíos y los mahometanos fueron perseguidos con insistencia en un país que había tardado más que ningún otro en expulsar a estas minorías religiosas de sus territorios; pero en lo referido al protestantismo, ya fuera luterano o calvinista, la presencia en España fue residual y, por tanto, el hostigamiento hacia este movimiento religioso también. Se ha calculado en dos mil seiscientos el número de protestantes perseguidos por la Inquisición española entre 1517 y 1648, de los cuales la mayoría eran franceses, británicos, flamencos y alemanes. Una cifra nimia en comparación con lo que estaba ocurriendo en países como Inglaterra o Francia, que vivieron auténticas guerras civiles entre católicos y protestantes durante casi un siglo.

Tal vez la principal causa de la escasa incidencia protestante en España está en la contundente actuación de Felipe II a principios de su reinado, en 1559, cuando se celebraron cuatro multitudinarios autos de fe, dos en Valladolid y dos en Sevilla. El segundo, en la citada ciudad castellana, el 8 de octubre de ese año, fue presidido por

el rey, que vio cómo eran condenadas a muerte catorce personas. En contra de la creencia popular, no se ejecutaba a nadie en estos actos, sino que los condenados a muerte, que comparecían ataviados con el tradicional sambenito (una especie de gran escapulario con forma de poncho), eran entregados formalmente a los tribunales reales encargados de ejecutar la sentencia más tarde y sin la presencia de las autoridades.

Los castigos podían ir desde una multa económica, o servir en galeras como remeros durante un tiempo específico, hasta, en los casos más graves, ser quemados vivos. Si se arrepentían y reconocían su herejía, los condenados a la hoguera eran estrangulados antes mediante garrote vil. Felipe amaba la pompa de estos actos, la ceremonia, el sermón... pero nunca presenciaba las ejecuciones. Lógico en él, que ante situaciones de violencia gráfica se sentía indispuerto. No era por tanto el sádico que han retratado los propagandistas protestantes.

En lo referido a otros espectáculos públicos, el monarca asistió en varias ocasiones junto a su familia a corridas de toros, aunque su opinión sobre estos festejos populares no parece que fuera muy buena. Las corridas de entonces guardaban pocas similitudes con las que hoy conocemos. Se sabe que los caballos jugaban un papel más protagonista y que el festejo consistía, básicamente, en acribillar a los toros a lanzadas y puñaladas hasta que estos caían desangrados. Si a su bisabuela Isabel la Católica le desagradaban por lo sanguinario, a Felipe II le repugnaba su vulgaridad y evitaba ir siempre que estaba en su mano. El 18 de septiembre de 1576, don Juan de Austria organizó una corrida para entretener a la familia real y a los ciudadanos en El Escorial. Su hermanastro se ausentó. En lugar de ir a los toros el rey salió con el prior del monasterio para ver cómo avanzaban las obras del edificio. Unas preferencias personales que el monarca, en cualquier caso, nunca impuso por encima de la realidad social. Sabía que al pueblo le gustaban esos festejos «vulgares» y por ellos los defendió. Felipe neutralizó los intentos del papa Pío V de prohibir las corridas castellanas a través de la bula *De salute gregis* (las corridas eran calificadas en el texto de «sangrientos y vergonzosos espectáculos dignos de los demonios y no de los hombres»).

Ni a él le gustaba la fiesta ni al papa le importaba el maltrato animal, simplemente es que el rey sabía de la penetración que tenía en algunas áreas y el Pontífice estaba preocupado por la elevada cifra de muertos que causaba. Sobre todo cuando eran eclesiásticos los corneados. El monarca salvó el festejo del ataque del representante de Dios en la Tierra; al igual que había hecho en 1566, cuando las cortes castellanas reunidas en Madrid le pidieron que prohibiera las corridas en toda Castilla. Se negó aduciendo que era una costumbre y debía ser respetada.

Tampoco le gustaba mucho el teatro popular, pese a lo cual fue durante su reinado cuando cuajaron las formas de expresión escénica y literaria que dieron lugar a la comedia barroca y al fenómeno de profesionalización que vino de su mano. Rara vez se vio a Felipe en los corrales de comedias, que nacieron en ese periodo, pero sí fue

un incondicional de las comedias italianas y de las obras religiosas. En 1579, Felipe presenció en El Escorial una representación de *Los seminarios de la historia que escribe nuestro padre Sant Hierónimo del monge Marco, que siendo cautivo le vinieron a casar con una cristiana cautiva, y guardaron castidad hasta la muerte*. La obra hizo derramar lágrimas al rey.

Cabe a estas alturas imaginarse al rey fumando en pipa mientras lee el *New Yorker* o alguna obra escrita en griego antiguo, salvo porque Felipe II podía soltar una sonora risotada al ver a un loco haciendo bufonadas o a una de las enanas que nutrían el séquito íntimo de la familia real tropezando de forma cómica. Desde pequeño Felipe manifestó lo mucho que le divertían los bufones, los loquillos y en especial los enanos, lo cual despertó las censuras del emperador. Carlos cargó contra la estrecha relación de su hijo con los loquillos palaciegos, pese a que él mismo se había hecho acompañar siempre de un enano durante sus diez viajes a los Países Bajos. El enano Perico Santerbas se incorporó al séquito del emperador cuando era un adolescente, y ya no le abandonó hasta el retiro de Yuste.

Por su parte, Felipe II contó con sus dos loquillos particulares, el calabrés Sancho Morata y la enana Magdalena Ruiz. Esta segunda, que aparece pintada por Sánchez Coello en un retrato de Isabel Clara Eugenia, se ganó el cariño de todos los miembros de la familia con sus berrinches y rabietas. Magdalena se emborrachaba día sí y día también y se atiborraba de comida, con gran predilección por las fresas. La cruel diversión del rey y sus hijas pasaba por «darle cuerda», con la intención de provocar en ella algún arranque de ira. Así informaba el rey a sus hijas desde Portugal de las divertidas andanzas de su loquilla:

Magdalena está muy enojada conmigo después que os escribió, porque no reñí a Luis Tristán (un criado) por una cuestión que tuvieron delante de mi sobrino, que yo no la oí y creo que la comenzó ella, que ha dado en deshonrarle. Se ha ido muy enojada conmigo, diciendo que se quiere ir y que le ha de matar. Mas creo que mañana se le habrá ya olvidado.

Junto a Magdalena, el monarca también habla con cariño en esas mismas cartas del loquillo Sancho Morata. Este calabrés sufría ataques epilépticos que si en el pasado habían arrancado alguna risa en la corte, ya no despertaban por aquellas fechas más que preocupación en el rey. «Morata dice que está ya bueno, mas aún no viene acá [...] que todo es menester para que no esté mal conmigo, aunque algunas veces lo está harto, pero no tanto como solía. No sé lo que será después de esta enfermedad», narra preocupado en una misiva. La correspondencia revela hasta qué punto participaban estos personajes de la vida familiar de Felipe.

Otra friqui que causó furor en la corte filipina fue Brígida del Río, apodada con el gráfico nombre de *Barbuda de Peñaranda*. Esta supuesta mujer barbuda, que el pintor Juan Sánchez Cotán inmortalizó en 1590 a sus cincuenta años, supone incluso hoy un raro espécimen. ¿Era un hombre o una mujer? Brígida del Río estuvo en Madrid y en Valencia siendo exhibida entre los grandes nobles y los aduladores, si

bien el resto de detalles sobre su drama son un misterio. Más allá de la curiosidad de los nobles, la indeterminación sexual no era bien recibida en aquella época. La «subversión» del orden natural era interpretada en clave religiosa. Se hablaba de una supuesta connivencia de esas mujeres con el diablo o como si la barba fuera un castigo para las mujeres cuyo cuerpo no cumplía o no podía cumplir con el deber biológico de la maternidad. Y en este «mundo al revés», las barbudas eran relacionadas con la teoría de los humores que forman la barba en los hombres y «hacen los menstruos en las mujeres», como indicaba un texto de San Alberto Magno. La pilosidad excesiva en la mujer se vinculaba así con la menopausia.

La abundancia de estas «sabandijas de palacio» fue una constante en la corte hispana. La historiografía ha discutido, en efecto, las razones por las cuales desde los Reyes Católicos a Felipe V los monarcas se hicieron rodear de personas con graves taras físicas o mentales para el entretenimiento de la familia real. Se han registrado un total de 123 locos, enanos, negros y niños palaciegos que la corte española mantuvo en nómina en este periodo, de modo que los Austrias gastaron un loco o enano por año. Pero no se trata de un fenómeno único de los reyes españoles. En otras muchas cortes reales, principescas o provinciales de la Europa de la época se enfrentaba también lo regio, las figuras gallardas, con la ridícula desproporción de lo grotesco, lo bufonesco. Además, esta desgraciada y triste cohorte era mantenida en palacio para demostrar la liberalidad de sus señores, quienes al protegerlos expresaban su magnánima generosidad caballeresca, así como también, sin más, su poder y su riqueza.

¿PUEDE UN REY CONSTRUIR EL TEMPLO DE JERUSALÉN EN SU TIEMPO LIBRE?

Felipe mezclaba sus responsabilidades con el ocio sin darse cuenta. En ninguna otra área fue más evidente esto que en la arquitectura, su gran pasión desde pequeño y donde volcó sus esfuerzos en la edad adulta. Existen muchos ejemplos de esta cara afición del rey repartidos por la geografía hispánica, incluido Portugal, pero nada es comparable con el Real Monasterio de El Escorial. Las razones para construir el monumento nunca fueron un secreto. Felipe II aprovechó la batalla de San Quintín, librada el día de la festividad de San Lorenzo, para levantar un monumento funerario de los Austrias españoles en conmemoración de la victoria. Con este propósito construyó la Domus Dei (la Casa de Dios en la Tierra) tomando como modelo arquitectónico el Templo de Jerusalén. Esto no significa que pretendiera reconstruir este legendario templo, sino que usó su traza como punto de partida, inspirado en las descripciones del historiador judío Flavio Josefo y en las referencias bíblicas.

La ubicación del monumento, en plena sierra madrileña, obedecía a la cercanía de los materiales de construcción y a su clima fresco en verano, así como tal vez a un

motivo esotérico. Según una leyenda medieval, Lucifer vivió en una cueva situada a los pies del Monte Abantos (Sierra de Guadarrama), justo durante los días transcurridos entre la expulsión de la Corte Celestial y su destierro al infierno. En esos días, el ángel rebelde comenzó su andadura por toda la Tierra, donde creó siete puertas para acceder a las tinieblas. Una de ellas estaría en San Lorenzo de El Escorial, al pie del citado monte.

Al parecer Felipe II y sus consejeros conocían esta leyenda. Según el relato del cronista oficial del edificio, el padre jerónimo fray José de Sigüenza, el rey convocó en la sierra a una comisión de expertos para decidir el lugar más propicio para la construcción. El grupo de expertos fue asaltado por un fuerte viento, casi huracanado, que «no les dejaba llegar hasta el sitio, y arrancó las bardas de la pared de una viñuela que fueron directos hacia sus rostros». Un fenómeno que, interpretaba el fraile, era una respuesta de origen demoniaco con la intención de disuadir al rey de que situara allí una estructura religiosa.

Más allá de aquellas historietas, El Escorial fue el sueño de juventud de un monarca aficionado a la arquitectura y obsesionado con supervisar cada detalle de las obras. La construcción de El Escorial estuvo estructurada de tal modo que cualquier cambio que los aparejadores realizaran en los planos originales, por muy leve que fuera, debía ser antes consultado al monarca. El sistema generó una lenta cadena de montaje donde todos los trabajadores manejaban las mismas trazas. Así se consiguió la uniformidad tan característica del edificio. Felipe II se atrevía a discutir con los arquitectos si algo no le gustaba, por muy técnica que fuera la disputa. La siguiente anécdota es reveladora, aunque probablemente sea apócrifa. Se cuenta que, al ver en los planos la forma del techo de la cripta que está bajo el Panteón de los Reyes, llamó al arquitecto y le dijo:

—Para evitar que este techo se derrumbe habrá de poner una columna en medio.

—Está calculado para sostenerse sin columna, majestad.

—¡Imposible! Os digo que os veréis obligado a ponerla...

Pasó el tiempo. Tras veintiún años, las obras terminaron de forma oficial en septiembre de 1584, con la apertura de la Basílica, aunque se alargaron por diez años más en otras estancias. A la vista de todos, Felipe II lloró mientras asistía a la consagración de la Basílica, después de la cual los obreros empezaron a dismantelar los andamios y las grúas de madera.

Terminada la construcción, el rey vio que el techo de la cripta estaba sostenido por una columna y se regodeó de su acierto con Juan de Herrera, el último de los tres arquitectos al frente de la obra:

—Tuve razón al decirlos que haría falta una columna.

—Sí, majestad.

Y Herrera, al decir esto, se acercó a la columna y la apartó de un puntapié. Era de cartón y no sostenía nada.

De ser cierta esta historia, sería lo único que había de cartón. El coste material y

humano marcó máximos en Castilla. En la obra habían trabajado de ordinario «1500 oficiales de la construcción, y otros tantos peones, 300 carros de bueyes y mulas» que cobraban 10 000 ducados al mes. Las condiciones laborales estaban fuera de lo común en aquella época, y en otras posteriores. Los trabajadores de El Escorial tenían diez días de vacaciones al año y derecho a recibir media paga si resultaban heridos en las obras. El obrero mayor del templo calculaba que el rey había gastado seis millones y medio de ducados en los treinta y cinco años necesarios para finalizar por completo la edificación. Sin embargo esta cifra, que representaba más de los ingresos de Castilla durante todo un año, se queda corta respecto a las estimaciones de otros contemporáneos de Felipe II. El belga Jehan Lhermite elevaba el precio de El Escorial hasta los nueve o diez millones y señalaba que «a Su Majestad no le gustaba que se supiera a ciencia cierta el valor preciso y concreto de la obra».

Pero ni siquiera el coste económico era lo más hiriente. El mayor perjuicio causado por las obras del real monasterio fue lo que el historiador Geoffrey Parker califica, en términos de economía moderna, como los «costes de oportunidad» generados por tener a un gobernante dedicado tantos años a supervisar en persona una construcción. Cabe recordar que él dirigía un reino, y no un estudio de arquitectura.

DON CARLOS, EL PRÍNCIPE MALDITO, VIOLENTO Y LOCO

Hasta sus últimos días Felipe II recordaría con la mayor de las penas la noche del 18 de enero de 1568. Vestido con la armadura real, el monarca condujo a un grupo de cortesanos y hombres armados por los oscuros pasillos del Alcázar de Madrid, «sin antorchas ni velas», hasta el aposento del príncipe don Carlos, el hijo del rey y su único heredero. Al despertarse y hallarse rodeado de hombres armados, don Carlos exclamó furioso:

—¿Qué quiere Vuestra Majestad? ¿Quiéreme matar o prender?

—Ni lo uno ni lo otro, hijo —contestó Felipe II, instantes antes de que el príncipe colérico llevara la mano instintivamente al artefacto cebado de pólvora que guardaba siempre en la cabecera de su cama. Iba a disparar al rey. Iba a disparar a su padre.

El joven heredero fue arrestado sin que nadie llegara a apretar el gatillo esa noche, porque los visitantes estaban prevenidos. El rey iba acompañado del duque de Feria, del príncipe de Éboli, de don Luis Quijada (el ayo de don Juan de Austria), de don Pedro Manuel, de don Diego de Acuña y del prior don Antonio de Toledo, quienes tomaron la precaución de desconectar el mecanismo instalado por el ingeniero francés Luis de Foix para mantener cerrada la habitación. Mientras don Carlos dormía profundamente, Ruy Gómez y el duque de Feria se hicieron con el arcabuz cargado y la espada que el príncipe dejaba siempre junto a su cama. Esa noche, además, fue requisado un puñal debajo de la almohada y un falso libro, hecho también por De Foix, con tablas de mármol azul y revestidas, como si fuese la

encuadernación, de dos láminas de acero embutidas de oro, que el príncipe guardaba a modo de arma arrojadiza. Era como si el llamado príncipe maldito se estuviera preparando para enfrentarse contra los hombres del rey a arcabuzazos, mandobles e incluso arrojando mármoles. El príncipe acorralado.

Solo dos días antes del arresto, uno de los mejores amigos del príncipe, don Juan de Austria, se había visto obligado a desvelar los planes de su sobrino al percatarse de la gravedad de su locura. Carlos le había revelado que planeaba fugarse a las posesiones de los Austrias en Italia y, desde allí, a Viena para reunirse con su prometida Anna. Le contaba sus secretos a su tío Juan, prácticamente de su misma edad, invocando su amistad y porque necesitaba su ayuda como capitán general de la mar para cruzar el Mediterráneo. Mientras asentía a todas sus locuras, el hermanastro del monarca pidió veinticuatro horas a su sobrino para prepararlo todo, aunque en realidad ese era el tiempo que necesitaba para informar al rey. Aun así, don Carlos, como buen desconfiado (es decir, como buen hijo de su padre), pidió a su tío que regresara de nuevo a sus aposentos al sospechar de sus prisas. Le esperó allí con un arcabuz cargado con la intención de matar al futuro héroe de Lepanto.

Desafortunadamente para los turcos, el arma había sido descargada antes por un gentilhombre de cámara y Carlos tuvo que conformarse con abalanzarse contra su tío valiéndose de un puñal. Tras forcejear con él, el atlético Juan desarmó a su sobrino y le empujó a gritos: «¡Que Vuestra Majestad no dé un paso más!». A continuación, el hijo bastardo de Carlos V acudió a Felipe II a informarle del estado de las cosas, con la daga como prueba y con la certeza de que su sobrino había extraviado el buen juicio.

Comenzaban así los últimos episodios, oscuros y desquiciados, de la vida de un joven que incluso había jurado como heredero frente a las cortes castellanas. Pese a lo mucho que se ha escrito sobre su salud mental, don Carlos fue un niño relativamente normal, de inteligencia media-baja, que no sufrió graves episodios de demencia hasta la edad adulta, a consecuencia de un fuerte traumatismo en la cabeza. Su herencia genética, en cualquier caso, era el caldo de cultivo perfecto para la tragedia. El primer hijo de Felipe II y la portuguesa María Manuela de Avis, los cuales eran primos hermanos por parte de padre y madre, suponía llevar la endogamia entre monarcas europeos a su máxima expresión. Don Carlos, que solo tenía cuatro bisabuelos cuando lo normal es tener ocho, portaba un coeficiente de consanguinidad del 0,211, casi el mismo que resulta de una unión entre hermanos, y solo comparable en la familia con el de Carlos II el Hechizado, con un 0,254.

El príncipe era un archivo de defectos físicos que Gregorio Marañón describió como «el fruto de una bárbara consanguinidad». Exhibía una ligera joroba, la pierna derecha más alta que la otra, la cabeza desproporcionada, una palidez glacial y el pecho hundido. Su inteligencia rozaba la deficiencia mental moderada, lo que lastró sus primeros años de aprendizaje e influyó en que no empezara a hablar hasta los tres años. Se comunicaba con cierta torpeza, confundiendo de forma habitual la erre y la

ele. Bajo la tutela de Honorato Juan, uno de los preceptores de Felipe II, la educación de Carlos adquirió un tono de normalidad a las puertas de la pubertad, solo interrumpido por su tendencia a usar la mano izquierda. A base de atarle y golpearle en esta mano en caso de desatarse, sus ayos borrarón de un plumazo esta tendencia, que en la época estaba considerada un rasgo casi diabólico.

Igual que su padre, el príncipe se crio lejos de sus progenitores y con unas expectativas insalvables en el horizonte. Huérfano de madre a los cuatro días de nacer, Carlos quedó bajo la custodia de sus tías, las hijas de Carlos V, puesto que su padre estuvo ausente de España en los primeros años de su reinado. Así y todo, entre el Felicísimo Viaje de Felipe II por Europa y su siguiente viaje, el que le llevó hasta Inglaterra, el rey tuvo ocasión de conocer a su hijo y compartir incluso jornadas de caza. Lo que sorprende es que a Felipe II no le cupieron dudas de la capacidad de su hijo para sucederle. Sí las tuvo su abuelo, Carlos V, que pudo conocerle durante su retiro en Yuste. «Me parece muy bullicioso, su trato y humor me gustan muy poco; y no sé lo que podrá dar de sí con el tiempo», anota decepcionado. En su testamento de 1557, decretó que su heredero universal gobernaría los Países Bajos, España y sus territorios de ultramar tras su muerte, si bien bajo la tutela de regentes hasta que cumpliera los veinte años.

En 1559, el príncipe de Asturias recibió de manos de su padre el Toisón de Oro. Y en otra prueba de normalidad, don Carlos fue enviado a estudiar a la Universidad de Alcalá de Henares junto a su tío, don Juan de Austria, y su primo Alejandro Farnesio. Allí vivió sus años más felices contagiado por el ambiente saludable del lugar, aunque no destacó en los estudios sino todo lo contrario.

Como a perro flaco todo son pulgas, a don Carlos se le complicó su frágil salud a los once años. A esa edad, una plaga de malaria asoló la corte española y afectó al joven, quizás más vulnerable que el resto por sus deficientes genes. Precisamente esta enfermedad pudo estar detrás del desarrollo físico anómalo en sus piernas y en su columna vertebral, que, a su vez, pudo provocar la grave caída que sufrió a los diecisiete años de edad mientras perseguía por el palacio de Alcalá a una cortesana de nombre Mariana, hija del conserje del edificio, con intenciones lascivas. El hijo del rey cayó por unas escaleras y fue a dar con su loca cabeza en una puerta. El traumatismo pareció ser de poca gravedad en un principio y los médicos le aplicaron vendas y le administraron purgas en la herida del tamaño de la uña del pulgar, pero a los diez días la zona empezó a supurar y don Carlos presentó fiebres que le hicieron delirar.

EL HIJO DE UN REY DANDO «PESCOZONES» A LOS CRIADOS

Preocupado por el estado de su hijo, Felipe II acudió a Alcalá acompañado del prestigioso cirujano Andreas Vesalius. Este intentó persuadir, sin éxito, al cirujano

español Dionisio Daza Chacón y a un curandero morisco llamado Pinterete de que se realizara una trepanación al príncipe que redujera la presión. Mientras los médicos discutían sobre el mejor tratamiento, el rey ordenó rezar por todos los rincones de sus reinos y celebrar procesiones en pos de la recuperación de su hijo.

Los médicos llegaron a desahuciar al joven, dándole apenas cuatro horas de vida, y lo fiaron todo a la fe. El rey huyó espantado de las malas noticias para rezar hasta la extenuación en el Alcázar de Madrid. Felipe ordenó llevar la imagen de la Virgen de Atocha y los huesos del fraile local Diego de Alcalá, desenterrados para la ocasión, a los pies de la cama de don Carlos, a la espera de un milagro. Y así aconteció: Vesalius pudo hacerle al final una trepanación el 7 de mayo de 1565. Los médicos limpiaron los abscesos de la herida y sacaron un fragmento de hueso necrosado de la cabeza a los pocos días. Casi dos meses después de su caída, Carlos consiguió ponerse de pie y abrazar a su padre, tan rebotante de alegría como el día que conociese la Matanza de San Bartolomé o el feliz desenlace del asedio a Amberes. Por supuesto, al monarca no le quedaba ninguna duda de que se trataba de un milagro, y procuró que fray Diego de Alcalá fuera canonizado, repartió limosnas y perdonó varios condenados a muerte.

El rey se había adelantado a los acontecimientos. Ningún dios haría un milagro así. Los daños cerebrales sufridos por don Carlos, que redujo su peso a algo menos de 35 kilos durante la enfermedad, se presumían irreparables. Rabietas, cambios de humor, ataques de ira y una violencia inusitada emergieron en el carácter del joven, lo cual ha sido identificado por los médicos modernos como la desinhibida malicia de un chico con un daño frontal. A partir de este punto es complicado distinguir lo que pertenece a la leyenda negra de lo que realmente ocurrió. Por culpa de sus excesos juveniles se ha dicho, sin excesivo rigor, que siendo solo un infante gozaba asando liebres vivas y cegando a los caballos en el establo real. Así como que a los once años hizo azotar a una muchacha de la corte para su sádica diversión (un exceso por el que hubo que pagar compensaciones al padre de la niña). Solo algunas de estas historias eran ciertas.

De lo que no cabe duda es de que a partir de la caída empezó a actuar de forma muy agresiva y desarrolló un odio profundo a su padre, que hasta última hora prefirió mirar hacia otro lado. «En su juicio y ser, como en el entendimiento, queda muy atrás de lo que a su edad se requiere», se lamentaba Felipe II en una carta al gran duque de Alba dos años después de la caída. Además de la lesión cerebral, las fiebres cuartanas que hostigaban al príncipe desde los once años aumentaron su frecuencia y le impidieron llevar una vida normal. Poco después de recuperarse de la caída, las fiebres le impidieron acompañar a su padre a Monzón para ser reconocido como heredero por las Cortes de Aragón. La salud del joven no daba para más. Ni tampoco la paciencia del rey.

En algún momento de 1564, el rey empezó a asumir que su hijo no estaba en condiciones de reinar, ni tampoco de casarse con Anna de Austria, hija del emperador

del Sacro Imperio Germánico Maximiliano II, ni con ninguna mujer. Según el plan original, don Carlos debía haberse casado con la que luego sería tercera esposa de Felipe II, Isabel de Valois, pero finalmente fue su padre quien lo hizo. Esto ha dado pábulo a especular sobre la envidia soterrada que don Carlos guardaba hacia su padre por algo tan trivial como robarle la chica, lo cual haría otra vez a su muerte, al ser Anna de Austria la cuarta y última mujer de Felipe II. Pero eso no lo sabría jamás don Carlos, que se había obsesionado con su prima hermana Anna. El príncipe guardó cual tesoro un retrato de ella, y mostró una inesperada preocupación por los asuntos imperiales y por aprender alemán. No obstante, el hecho de que la hija del emperador hablara el español de forma fluida ha planteado que tal vez lo que la mente trastabillada de don Carlos ambicionaba era ser el emperador Carlos VI, lo cual era una chiflada posibilidad dado que Felipe II había renunciado de forma definitiva, en 1555, a las pretensiones de la rama hispánica de hacerse con el trono germánico.

Lo que tampoco supo nunca don Carlos fue que, a esas alturas de la tragedia endogámica que eran las relaciones de los Austrias, nadie estaba dispuesto a seguir adelante con el matrimonio. En una carta dirigida al embajador francés en 1563, Ruy Gómez pospuso de forma vaga la decisión sobre cuándo casar al príncipe, pues «la disposición y la *imbécilite* experimentada por don Carlos ha convencido a su padre de dejar de tratar su casamiento». Al menos de forma temporal. Las crueles palabras de Gómez, que después de la caída de don Carlos fue puesto a la cabeza de la casa del príncipe, nacen del odio personal que brotó entre ambos. En contraste con el trato calmado de su padre, don Carlos acostumbraba durante sus arranques de furia a agredir físicamente a los hombres bajo su servicio. Entre los agredidos estaba un Ruy Gómez que, con rencor y rabia, diría años después que «el cerebro del príncipe estaba aún más deformado que su cuerpo».

Y como si se hubiera propuesto golpear a todos los héroes del Impero, el príncipe también protagonizó un feo incidente con el duque de Alba, justo antes de que este partiera a tomar el gobierno de Flandes. Fernando Álvarez de Toledo decidió reunirse por última vez con el rey en Aranjuez. Allí quiso despedirse también del que algún día sería soberano de esos reinos norteños. El duque halló a don Carlos en las riberas del río Tajo y, tras besarle la mano, recibió una respuesta airada. El príncipe albergaba la esperanza de ir él en persona a Flandes y se lo reprochó a gritos al noble castellano. A pesar del ánimo conciliador de uno de los militares más temidos de Europa, don Carlos le insultó, le amenazó de muerte y le apuntó con una daga, como luego haría con el héroe de Lepanto. A tenor de su corpulencia física, el noble logró desarmar al desdichado príncipe con sus propias manos, mientras varios palaciegos acudieron a inmovilizarle.

Aquellas agresiones no serían algo aislado en los últimos años de don Carlos, que solía tomarse todas las cosas a la tremenda. En cierta ocasión arrojó por la ventana a un paje porque no le gustó su conducta. También lo intentó con Juan Estévez de Lobón, el cortesano encargado de guardar sus ropas y sus joyas, al que acusó de ser

un bellaco y un ladrón. Solo la intervención del resto de caballeros de cámara evitó que lo lanzara por la ventana. Mas no solo de lanzar criados por la ventana vivía la locura del príncipe. Don Carlos repartía bofetadas, puñetazos, «pescozones» y, como los dos grandes héroes del Imperio comprobaron, amenazas de puñaladas, entre los criados que su padre había puesto bajo su servicio. Estando el monarca reunido en el Consejo Real encargado de los asuntos de Flandes, en agosto de 1566, don Diego de Acuña halló al joven arrimado a la puerta tratando de escuchar lo que allí se estaba tratando. El gentilhomme recibió una ráfaga de «pescozones con los puños cerrados» al increpar a don Carlos por su comportamiento.

Los mismos pescozones, no obstante, que media corte habría querido dar a don Diego de permitirlo el rey. «El gran cortesano», como era apodado por sus exquisitos modales, había escrito a mediados del siglo XVI unas coplas satíricas con el nombre de *Coplas del Provincial Segundo*. El escándalo por su difusión en Castilla fue de tal envergadura que, para atajar las posibles querellas y venganzas, así como para restituir, en lo posible, la honra de las personas que en ellas aparecían satirizadas, se promovió un proceso, de carácter criminal, contra el presunto autor y contra los amigos que hubieran colaborado con él. Diego de Acuña fue condenado a destierro por un plazo de diez años; tiempo tras el cual regresó a España, donde Felipe II, al igual que su padre antes que él, reclamó sus servicios. Quizá queriendo camuflar la autoría de unas coplas tan problemáticas, el propio don Diego dedicó una de ellas a don Diego de Acuña, siendo el óptimo ejemplo de cómo se veía así mismo y de cuál era el tono de sus rimas:

*A ti, fray Diego de Acuña,
quieres médico bachiller,
que puedes muy bien hacer
el testamento en la uña.
Eres chico y mal dispuesto,
tienes paso de atambor:
fuérate mucho mejor
que tuvieras otro gesto.*

LOS ROMÁNTICOS PLANES DE UN DEMENTE

Don Diego de Acuña frustró la incipiente carrera del príncipe como espía, a riesgo de llevarse unos cuantos golpes, pero ni por asomo logró espantar su fijación por los asuntos flamencos. Don Carlos quería viajar primero a los Países Bajos porque mantenía contactos con varios líderes vinculados a la rebelión, véase el moderado conde de Egmont o el barón de Montigny, con el objetivo de proclamarse en Bruselas su soberano. En efecto, el rey en el pasado había sopesado la posibilidad de que su hijo gobernara allí, pero las actuales circunstancias políticas y la mala salud mental del príncipe habían descartado esta opción. Don Carlos estalló en cólera cuando se

enteró de que Felipe II pensaba viajar a Bruselas, dentro del plan trazado junto al duque de Alba (el sainete del poli bueno y el poli malo), dejándole a él como regente de España bajo la supervisión del Consejo Real. El príncipe no quería quedarse en España, y menos tutelado por los hombres de su padre, porque esperaba que si acompañaba al rey a Bruselas surgiría la ocasión de verse con Maximiliano y con su hija Anna, su amor platónico.

En verdad, ni el padre ni el hijo saldrían en su vida de España. Era poco aconsejable que Felipe II se marchara al extranjero por lo mismo que tardó tanto en ordenar el arresto de su hijo: porque la cuestión sucesoria estaba sin cerrar. A falta de hijos varones y con un largo historial de esposas fallecidas, ¿quién podía suceder a Felipe II, de cuarenta años, si su hijo era encerrado al igual que ocurriera con su abuela Juana de Castilla? La respuesta más evidente coincidió casi por las mismas fechas con la caída del príncipe y la llegada a la corte española de los hijos de Maximiliano II, Rodolfo y Ernesto, para ser educados lejos del ponzoñoso ambiente religioso que se vivía en Alemania. La madre de las criaturas, María, pidió a su hermano que acogiera a sus vástagos en España con la intención oculta de alejarlos de la influencia de su padre, al que sospechaba criptoluterano. El que fuera regente de España entre 1548-1551, Maximiliano II, fue educado por maestros luteranos y se decía que practicaba la herejía en privado. Fue, de hecho, esa ambigüedad religiosa del emperador la que permitió que los rebeldes, con Guillermo de Orange y su familia a la cabeza, cruzaran una y otra vez las fronteras entre Alemania y los Países Bajos en busca de tropas mercenarias que arrojar contra los ejércitos hispánicos. En su lecho de muerte, Maximiliano confirmó todas las sospechas al negarse a recibir los sacramentos.

Los sobrinos del rey fueron una opción hasta que Felipe II engendró dos hijas con Isabel de Valois, que alcanzarían la edad adulta luego de muchas dificultades. A mediados del siglo XVI, tan solo la mitad de todos los niños nacidos alcanzaban la madurez. Pero tal vez por influencia de sus malos genes, el caso de Felipe II fue aún más trágico: solo cuatro de sus once vástagos llegaron a la adolescencia. Al poco tiempo de su llegada a España, la reina abortó un par de gemelas, quedando su salud tocada. Ante la tardanza de un nuevo embarazo, la soberana mandó llevar a Madrid los restos de San Eugenio, primer obispo de París y mártir, para que favoreciera su embarazo. Ante esta iniciativa Felipe II, un incondicional de los huesos de santo, quedó entusiasmado, excitado incluso. Nueve meses después, el 12 de agosto de 1566, llegó al mundo la primera hija del matrimonio, Isabel Clara Eugenia, la hija más querida del rey.

Prácticamente un año más tarde, el 10 de octubre de 1567, nació la segunda hija, que fue bautizada como Catalina. Al saber que su madrastra había concebido otra vez una niña, don Carlos participó disfrazado de morisco en un festejo frente al Alcázar de Madrid, en una suerte de moros contra cristianos. Celebró así hasta la madrugada que seguía siendo el único hijo varón. ¡Chincha rabiña!

Cada vez se cuidaba menos de disimular la aversión hacia su padre y su propia familia, con la única excepción de la reina. Las partidas de naipes y otros juegos con ella eran una de las pocas actividades que calmaban su ánimo agitado. Justo en la tarde que precedió a su reclusión, el príncipe estuvo jugando al clavo (una variante del lanzamiento de herraduras) en el aposento de la reina, o mejor dicho, perdiendo el dinero en apuestas, como era su costumbre. Desde los dados a las cartas, pasando por las competiciones más cotidianas... Don Carlos era un ludópata. Tiempo después la leyenda negra diría que el príncipe y su madrastra estaban enamorados en secreto y todos sus aspavientos —locuras, digamos— eran los propios de un joven enamorado. Nada más lejos de la realidad; los aspavientos de don Carlos eran rabietas de un pobre chico con lesiones cerebrales que planeaba matar a su padre con sus propias manos, no sin antes encontrar a un confesor dispuesto a perdonarle el magnicidio. Aquella búsqueda de un sacerdote que le perdonara por adelantado los pecados y la agresión a don Juan precipitaron finalmente el arresto. El ruido que producían sus locuras ya era a esas alturas ensordecedor. En la noche de su arresto, padre e hijo se vieron frente a frente:

—¿Vuestra Majestad me quiere atar como loco? Yo no soy loco, mas desesperado.

—Sosegaos príncipe; entrad en la cama porque lo que se hace es por vuestro bien y remedio.

Los papeles y cartas que el rey halló en los aposentos de su hijo dieron pie a todo menos el sosiego. Los peores temores del monarca quedaron confirmados. La lectura de la correspondencia privada del joven sacó a la luz una conspiración del príncipe para viajar a Viena en busca de su prometida Anna, así como el odio homicida que escondía hacia su padre. Allí estaban sus cartas dirigidas a varios líderes vinculados a la rebelión de Flandes. Aunque, a decir verdad, se trataba más de un sainete de que de una conspiración, puesto que casi ningún noble se tomó en serio las palabras de don Carlos. El príncipe reclamaba fondos con los que poner en marcha su plan a aquellos nobles que creía de su confianza. A cambio de su apoyo, les prometía cubrirlos de mercedes y favores, pese a lo cual fueron muy pocos los que cayeron siquiera en la tentación de responder.

Entre los pocos sospechosos de atender estas demandas se incluía un grupo de cortesanos fieles a don Carlos, la Academia de Alba, conocida así porque en su origen se habían congregado en torno a la figura del duque de Alba e incluso acostumbraban a reunirse en sus aposentos. Por una simple razón generacional, la mayoría de estos pasaron con el tiempo a trabajar para el príncipe y trasladaron las reuniones a su cámara en el Alcázar. En las reuniones de la Academia se hablaba de mujeres, literatura, guerra y caballería, entre otras cuestiones, pero desde luego no sobre cómo derrocar al rey. No se hallaron cartas que incriminara directamente a ninguno de ellos y la mayoría acabaron siendo consejeros de confianza del monarca, como fue el caso de Cristóbal de Moura en el periodo final de su reinado.

Tras aquel arresto de aire shakesperiano, el rey licenció a los servidores de su hijo y trasladó a este a la torre sin ventanas del Alcázar de Madrid que Carlos V habilitó como alojamiento para otro distinguido cautivo: Francisco de Francia. Y a la vista de que las cartas descubiertas cada vez elevaban más la gravedad de sus crímenes, el monarca decretó su cautiverio indefinido en el castillo de Arévalo (allí donde estuvo recluida la trastornada madre de Isabel la Católica), aunque parece poco probable que le sometiera a un juicio formal. Al final no pudo ser trasladado allí, porque pasados solo seis meses falleció en el oscuro torreón madrileño.

LA LEYENDA NEGRA CONVIERTE A UN LOCO EN UN HÉROE

Durante ese tiempo el príncipe permaneció en un régimen de incomunicación similar al que había padecido Juana la Loca. Fue perdiendo de este modo los pocos hilos de cordura que aún articulaban su cabeza. Acorde a los síntomas clásicos de las personas que han padecido malaria, sufría súbitos cambios de temperatura, cuya mente enferma convirtió en peligrosos y mortales hábitos. Cada vez que padecía uno de estos ataques ordenaba llenar su cama de nieve, así como que le fuera suministrada agua helada para beber. El nuncio de Roma describe la dantesca escena de ver al príncipe desnudo «con solo una ropa de tafetán sobre su carne y constantemente cerca de la ventana donde soplaban el viento. Caminaba con los pies descalzos por la cámara donde siempre quiere que se tenga agua por todas partes».

Del calor febril, al frío glacial; y de la glotonería a la inanición. Don Carlos se declaró en huelga de hambre como protesta por su cautiverio, lo cual debió de ser una tarea hercúlea para un joven famoso por sus excesos en la mesa, al igual que lo había sido su abuelo. En varias ocasiones había llegado a comer dieciséis libras de fruta de forma compulsiva. Avisado Felipe de su mala alimentación, los guardias forzaron a don Carlos con «un hierro en la mano» para que comiera algo de sopa y carne. De acuerdo, si no le dejaban morir se mataría él. El joven se tragó en cierta ocasión un diamante con la esperanza de que aquello terminase con su vida. Hubo que administrarle purgas para que su cuerpo expulsara la piedra sin sufrir daño.

Finalmente, los cambios bruscos de dieta terminaron por cerrarle el estómago y le condenaron a muerte, incluso cuando volvió a intentar comer. En medio de sospechas infundadas sobre su posible envenenamiento, el joven de veintitrés años falleció el 28 de julio de 1568, a consecuencia de no probar bocado alguno durante dos semanas. Las sospechas de asesinato carecen de crédito, puesto que la familia real había demostrado con Juana la Loca que no tenía reparo en esconder a sus familiares desequilibrados el tiempo que hiciera falta. Juana se había pasado media vida encerrada y, por tanto, Felipe veía posible hacer lo mismo con su hijo. Así se lo revelaba al gran duque de Alba:

No encerré al príncipe para poner fin al desorden de su conducta o reformar su carácter, pues este medio de

enmienda fracasaría como todos los anteriores. Por consiguiente, resulta de un modo bien claro que mi objeto consiste en poner remedio definitivo a los males que podrían venir durante el resto de mi vida, y sobre todo, después de mi muerte.

Las vagas explicaciones de Felipe II y el empeño en destruir las cartas que incriminaban a su hijo —tal vez queriendo ocultar las miserias de su heredero— situaron su muerte en el terreno predilecto para alimentar la leyenda negra. Esa que los holandeses, franceses e ingleses usaban en perjuicio del Imperio español. La ópera *Don Carlo*, escrita por Giuseppe Verdi siglos después, y un drama del poeta alemán Schiller tomaron por referencia el ensayo *Apología*, de Guillermo de Orange, que presenta la vida del príncipe de forma distorsionada. El holandés se recreó en la ficticia relación amorosa entre don Carlos y la esposa de su padre para colocar al joven en el papel de adalid de la independencia holandesa y al malvado Felipe II en el de asesino de ambos. Un desvarío que fue tomado en serio en muchos lugares de Europa.

LAS CUATRO MUJERES Y MEDIA DE UN DISOLUTO

Felipe II apenas pudo contener la carcajada cuando el embajador francés, poniendo en su boca palabras de la reina madre Catalina de Medici, le expresó la esperanza de que no tardara en «justificar nuestra opinión de que es un buen marido». Al rey le hizo gracia aquella reputación, tal vez porque la figura del yerno perfecto no encajaba exactamente con él. Lejos del mito del hombre apático en los asuntos sexuales, que más bien corresponde con el Felipe II decrepito de sus últimos años, lo cierto es que la vida sexual del rey fue todo menos aburrida. Cada una de sus cuatro mujeres venían de un país diferente —Portugal, Inglaterra, Francia y Austria—, cada una era muy distinta a la anterior y todas ellas estaban emparentadas con el monarca en un mayor o menor grado, siendo Isabel de Valois la que menos. Como tampoco estaba emparentado con la otra mujer de su vida, la misteriosa Isabel de Osorio, con la que habría tenido incluso un hijo secreto según la rumorología de la época.

Un deslenguado embajador veneciano, Federico Badoaro, se atrevió a comparar la afición de Felipe por las mujeres con la de los papeles. Haciendo un repaso de sus aventuras amorosas, el veneciano sentenció que «es incontinente con las mujeres» como lo es con los despachos, salvo porque en el segundo caso nunca tuvo la menor duda en reconocer lo mucho que le complacía una tarde firmando cartas. Todo lo contrario que en el caso de su adicción por las mujeres, donde la personalidad obsesiva y puritana de Felipe II veló para que este aspecto de su personalidad se mantuviera en secreto.

El sujeto perfeccionista suele preocuparse más de cumplir con su deber que de los intereses sexuales. Al menos en apariencia. La suma de inseguridad, puritanismo, perfeccionismo y sentimiento de culpa derivado de su fuerte religiosidad terminó por

dar lugar a un exacerbado erotismo en el área privada, mientras que en público el rey se presentaba como un estricto guardián de la compostura. El mismo hombre que coleccionaba pinturas eróticas en secreto reclamaba luego que las mujeres y los hombres no comieran juntos, prohibía llevar máscaras en carnaval y era inflexible en la orden de que las parejas de danza no tuvieran ningún contacto físico, para lo cual las damas debían valerse de un pañuelo en la mano.

El primer responsable de inocular la doble moral en Felipe II fue el emperador. Desde su figura de padre ausente, Carlos reprendió a su mujer para que el joven no acabara como el príncipe Juan, el hijo de los Reyes Católicos que había muerto por exceso de amor, es decir, por su desenfreno sexual. Esto se tradujo en que, tras la muerte de la emperatriz, Carlos ordenó que su hijo y sus hijas fueran educados por separado para proteger su pureza sexual. A pesar del volumen de trabajo que el emperador tenía encima, sus cartas siempre reservaban un hueco para recomendar que sus hijas cambiaran de residencia si veía posible que el príncipe las visitara. El colmo fue cuando les prohibió de forma explícita asistir a la boda de Felipe II con María Manuela, la hija de la hermana de Carlos y del hermano de Isabel. Ya prevista la boda con aquella prima hermana por partida doble, el emperador intensificó la cantinela sobre los peligros del sexo:

La relación sexual para un joven suele ser dañosa, así para el crecer del cuerpo como para darle fuerzas, muchas veces pone tanta flaqueza que estorba a hacer hijos y quita la vida como lo hizo al príncipe don Juan, por donde viene a heredar estos reinos.

Carlos asignó a Juan de Zúñiga la misión de proteger la pureza de su hijo, incluso una vez estuviera casado con la portuguesa. María Manuela, descrita por las crónicas como una adolescente tímida y risueña, «más gorda que flaca», era de la misma edad que Felipe y la favorita del príncipe dentro de la larga lista de candidatas que su padre había barajado. Al final, la gran dote que ofreció el rey de Portugal decidió la balanza a favor de que su hija se casara con el hijo del rey vecino. La boda por poderes se celebró el 12 de mayo de 1543 en el palacio de Almeirim, lugar habitual de vacaciones de los reyes portugueses. Así las cosas, Zúñiga retrasó al máximo el encuentro entre los novios, que no tuvo lugar hasta pasado el verano de 1543. Cada día que se evitara el sexo entre los dos jóvenes —debieron de pensar— era salud ganada para el príncipe.

Con el duque de Medina Sidonia al frente, una comitiva castellana recogió a María Manuela en medio de grandes fastos, exagerados de hecho. Se ha estimado sin mucho rigor que fueron 3000 los miembros de la comitiva, entre un enjambre de sacerdotes, escribanos, hombres de armas, criados, cocineros y lo más granado de la nobleza andaluza. A golpe de festejos, banquetes y más personajes que se unieron a la comitiva, María Manuela llegó al fin a Salamanca en octubre de 1543, probablemente con algunos kilos de más. No obstante, el príncipe había burlado el marcaje de Zúñiga y de su padre a la altura de Aldeanueva (Salamanca), al menos si hiciéramos

caso de una de esas anécdotas románticas que decoran las crónicas del periodo. Según este relato, Felipe se envalentonó por la descripción que le habían hecho de su hermosa prometida y se escabulló para verla en persona cuando la comitiva estaba cerca de Salamanca, pernoctando en La Abadía. El príncipe se escondió detrás de «unas mantas y unas sábanas que estaban colgadas en un corredor», a la espera de que su prometida pasara por allí. Pero cuando el cortejo alcanzó su posición, uno de los compañeros de correría del príncipe, ya fuera porque así se lo había pedido su señor o por mera canallada, alzó la ropa colgada para dejar al descubierto al galante caballero. «¡O Deus, que bello menino!», exclamó una de las damas de la portuguesa.

Lo que se puede leer entre líneas es valioso. Felipe era tan apasionado como para ignorar las órdenes de su padre y tan bien parecido como para sorprender a quien le viera por primera vez. Aunque no era muy alto, Felipe portaba un cuerpo proporcionado y era de aspecto flamenco. Rubio, con los ojos azules, tez blanca y con el característico labio inferior de los Austrias. «Desde la frente a la punta de la barbilla su rostro se empequeñece; su modo de andar es digno de un príncipe, y su porte tan derecho y recto que no pierde una pulgada de altura; con la cabeza y la barba amarillas. Y así, para concluir, es tan bien proporcionado de cuerpo, brazo y pierna, y lo mismo todos los demás miembros, que la naturaleza no puede labrar un modelo más perfecto», describió algunos años después, en 1554, el observador escocés John Elder.

Y si la portuguesa atesoraba aún alguna duda de que se estaba agenciando un príncipe de la factoría Disney, cualquier duda se esfumó cuando Felipe acudió a la ceremonia matrimonial «vestido todo de raso blanco, que parecía palomo blanco». Durante varias horas, la pareja cenó y bailó en un ambiente privado; luego, a las cuatro de la madrugada, el arzobispo de Toledo les casó y dio permiso a los dos primos hermanos para que se retirasen al aposento de la princesa.

EL RÉGIMEN DE TERROR SEXUAL LANZA A FELIPE EN BRAZOS DE ISABEL DE OSORIO

Pasadas dos horas y media de «luna de miel», Juan de Zúñiga, apareció como un resorte en los aposentos para llevarse al príncipe a otra habitación. ¡Se había terminado el tiempo! En los sucesivos días no faltaron saraos, corridas de reses bravas y toda clase de festejos populares, cuya organización corrió a cargo del gran duque de Alba, el maestro de ceremonias de la boda. Algo que por cierto no hizo ninguna gracia al duque de Medina Sidonia y al resto de nobles andaluces, que, influidos por los vapores del alcohol, protagonizaron algunos incidentes con los castellanos de Alba.

Luego de una semana en Salamanca, el emperador dispuso que los recién casados se trasladaran a Valladolid a ocupar aposentos separados. Los príncipes se dirigieron

de camino a Tordesillas a besar la mano de la abuela de ambos, la reina Juana la Loca. La melancólica reina se alegró de ver y abrazar a sus nietos y, dice el mito, los hizo danzar en su presencia. Tanto Felipe como María, cuya madre se había criado en los pasillos de esa jaula de oro de Tordesillas, quedaron sorprendidos por las muestras de afecto de su abuela, así como de su cordura.

Durmiendo en habitaciones separadas en Valladolid brotó la sarna en el cuerpo del príncipe. Esta enfermedad contagiosa alejó todavía más si cabe a la pareja, hasta el extremo de que, una vez recuperado, Felipe comenzó a mostrarse frío y «cuando están juntos parecía que estaba por fuerza y, en sentándose, se tornaba a levantar e irse». La hostilidad de Felipe mereció el reproche de Zúñiga, quien no quiso reparar en que tal vez había sido el régimen de terror impuesto lo que había situado a María Manuela en el terreno de lo virulento a ojos de un joven de dieciséis años.

En una carta fechada en enero de 1545, el emperador siguió creyendo que la sequedad de su hijo hacia su esposa no procedía del desamor, sino del «empacho que los de su edad suelen tener». Quizás no era del todo consciente de ello, pero las exageradas medidas de Zúñiga daban poco espacio al empacho, y sí, por el contrario, a que su hijo desarrollara un sentimiento enfrentado hacia el sexo. Al final Carlos fue informado de que Felipe había ido a buscar fuera lo que le estaba vetado en su dormitorio. Aunque los historiadores no se ponen de acuerdo en si la relación empezó antes o después de casado, el año 1545 marca el génesis de la celeberrima aventura con Isabel de Osorio, de cuyo eco haría sangre Guillermo de Orange en sus ataques al rey.

Isabel de Osorio era una dama de compañía de la emperatriz Isabel y luego de las hijas de esta, que empezó una relación con Felipe II cuando solo era un adolescente y la visitaba en la pequeña corte que la infanta María mantenía en Toro, Zamora. Isabel era nieta del obispo converso Pablo de Santamaría, quien había sido rabino de la judería de Burgos con el nombre de Selemoh-Ha Leví, y pertenecía a una culta pero modesta familia burgalesa. Frente al régimen de censura que se vivía en el lecho matrimonial, el príncipe halló un oasis en la belleza abrumadora de esta mujer cinco años mayor que él. Rubia, de ojos claros, culta e inteligente, la burgalesa encandiló al monarca como ninguna otra mujer durante casi diez años.

Ajeno a la intensidad de su relación con Osorio, Carlos creyó zanjada la crisis matrimonial con la noticia, ese mismo año, de que María Manuela estaba embarazada. Se permitió felicitar a su hijo por su destreza sexual, porque lo hubiera «hecho mejor de lo que yo pensaba». Sin embargo, la portuguesa falleció poco después de dar a luz a don Carlos en un parto difícil. La princesa sufrió una grave infección, erróneamente tratada por sus médicos con paños calientes y sangrías, y murió poco después con solo dieciocho años. Pese al distanciamiento, Felipe II lo sintió profundamente y, al más puro estilo de los episodios depresivos de su padre, se retiró a un monasterio franciscano, en Abrojo para enterrar su pena.

Tras solo dos años de matrimonio, Felipe se encontraba soltero y con un hijo

enfermizo como única sucesión. Era evidente que tarde o temprano debía volverse a casar, aunque por el momento iba a matar la espera con su amante Isabel. Hay quien ha barajado que Osorio acompañó a Felipe en el gran viaje por Europa, pero si no lo hizo de forma física al menos lo hizo en su mente. Durante su estancia en Génova, Felipe insistió en conocer a Tiziano en persona. Felipe no valoraba especialmente la técnica del pintor veneciano, más del gusto de los pintores flamencos, pero le creía el más cualificado para iniciar su ambiciosa colección de arte erótico.

El hijo de Carlos V encomendó al maestro veneciano siete cuadros basados en algunas escenas mitológicas de *La metamorfosis* de Ovidio. Los cuerpos desnudos solo estaban bien vistos en esta temática. Entre estas pinturas que Felipe guardaba con celo en su cámara destacaba una Danae desnuda repleta de curvas recibiendo a su amante, Júpiter, en forma de una lluvia de oro. La versión más aceptada es que esa Danae desnuda estaría inspirada en Isabel de Osorio, como también lo estaría la diosa del cuadro *Venus y Adonis*, pintado poco después, y enviado directamente a Londres. Puritano hasta la médula, el monarca evitaba mostrar estas pinturas en público y hasta que concluyó un inventario de sus bienes, en 1600, se desconocía la existencia de buena parte de esta colección erótica.

Carlos V descartó la opción de que su hijo se casara en segundas nupcias con alguna de las hijas del rey de Francia, un enlace que habría sellado la paz entre ambos países, o con la hermosa hija menor del rey de Portugal, que a largo plazo podía asegurarle el trono de este reino. En cambio recomendó que lo hiciera con una antigua prometida suya, María Tudor. La hija de Catalina de Aragón había vivido una infancia turbulenta a causa de los vaivenes de la mente de Enrique VIII de Inglaterra, pero ahora, siendo adulta, se había elevado como reina de Inglaterra y martillo de sus enemigos, sobre todo los protestantes.

La «reina sanguinaria» nunca olvidó que en 1533 tuvo que renunciar al título de princesa y que una ley del Parlamento inglés la despojó de la sucesión en favor de la princesa Isabel, la hija de Ana Bolena. Cuando falleció de forma prematura el único hijo varón de Enrique, Eduardo VI, la niña marginada se convirtió a sus treinta y siete años en la reina de Inglaterra e inició una represión contra los líderes protestantes. De la mano de Felipe II, se ha estimado que María ejecutó a casi a 300 hombres y mujeres por herejía entre febrero de 1555 y noviembre de 1558. Algunos de ellos por cuentas pendientes. Thomas Cranmer, quien siendo arzobispo de Canterbury autorizó el divorcio de Enrique VIII de Catalina de Aragón, fue objeto de un proceso para privarle de su diócesis y posteriormente fue condenado a morir en la hoguera. Todo ello a instancias de la pareja.

CASADO CON LA TÍA FEA Y VIEJA DE INGLATERRA

Pese al parentesco entre Felipe y María, a la que el español llamaba al principio «muy

cara y muy amada tía», las negociaciones para alcanzar un acuerdo matrimonial no fueron fáciles. La habitual desconfianza de los ingleses hacia quienes amenazaban su independencia se retrató en unas exigencias casi humillantes para el español. La reina no podía ser obligada a salir de las islas; Inglaterra no estaba obligada a tomar parte en las guerras de los Austrias; el posible hijo del matrimonio heredaría Inglaterra, Irlanda y los Países Bajos; y, lo que a la postre fue capital, el monarca español perdería cualquier autoridad si María fallecía antes que él. Asimismo, ya en el terreno del protocolo, su trono debía estar situado más bajo que el de su esposa, a la que debía ceder siempre el paso y demostrar sumisión. El rey expuso sus recelos en privado ante este aluvión de exigencias, aunque finalmente tragó con un acuerdo que prometía recuperar por completo a Inglaterra para la causa católica.

No favorecía el entusiasmo del rey la falta de belleza de María, que a sus treinta y siete años parecía aparentar cerca de cincuenta. Antes de salir de España, Felipe recibió un retrato de su futura esposa pintado por Antonio Moro, que había logrado embellecer el rostro de la reina dentro de lo verosímil. O eso creía él. Una vez en Inglaterra, los integrantes del séquito español coincidían en señalar lo poco que se parecía aquel retrato a la auténtica cara de María, de rasgos avejentados y mirada triste. Aun así, Felipe jamás protestó por el aspecto físico de su esposa y se casó siendo consciente de que aquel matrimonio, más que ninguno, respondía tan solo a razones de Estado. Así de simple y a la vez así de trágico.

«Lo mejor de este negocio es que el rey lo ve y lo entiende que no por la carne se hizo este casamiento, sino por el remedio de este Reino y conservación de estos Estados», escribió Ruy Gómez, uno de los hombres que fue a las Islas Británicas a asistir al enlace, celebrado el día de Santiago de 1554 en la catedral de Winchester. No se hizo por «la carne», pero la carne iba a ser necesaria para concebir un heredero que sellara la alianza entre los Austrias y los Tudor. Tras la ceremonia y el banquete, los reyes se retiraron a sus aposentos con el cometido de fabricar un niño. Este primer encuentro sexual con Felipe II, tal vez el primero de ella en su vida de solterona, la dejó agotada durante cuatro días. O al menos no apareció en ese tiempo en público.

La primera «reina virgen», que sería sucedida en esta desconcertante tradición inglesa por su hermana Isabel, ya no lo era, y además registró pocos meses después de la boda los síntomas habituales de un embarazo: amenorrea, hinchazón de abdomen y secreción de leche, entre otros. Luego de que toda la corte se prepara para que María diera a luz, la inglesa jamás parió en aquel verano de 1555. Se inauguraba, en cambio, del primero de la larga serie de embarazos psicológicos o fallidos que iban a atormentar a la trágica «reina sanguinaria».

Mientras Felipe se esforzaba en cumplir con los deberes maritales sin el menor entusiasmo, también lo hacía por asumir el pulso político de un país que, según los acompañantes del monarca, estaba lleno de enemigos de la nación española. Se bebía mucha cerveza y vino y faltaba hospitalidad, se quejaban. La opinión de los españoles sobre las inglesas no era menos negativa, «pues no son nada hermosas ni airosas en

danzar». Así las cosas, Felipe restó importancia al choque cultural y se centró en sus responsabilidades políticas. En uno de los giros más irónicos de la historia, recomendó la construcción de nuevos barcos de guerra, pues consideraba que la principal defensa de Inglaterra dependía de su marina de guerra para servir a la defensa del reino contra cualquier invasión. El hombre que iba a entrar en los libros de historia por ser el capitán sin barco de la Armada Invencible había aportado su granito de arena treinta años antes a su fracaso naval. Además, con la intención de congraciarse con sus súbditos, Felipe repartió mercedes entre los nobles leales a la causa católica y organizó justas y torneos para el entretenimiento popular. Estas actividades, que llevaban décadas sin celebrarse en las Islas Británicas, fueron acogidas con entusiasmo y recordadas durante varias generaciones por su magnitud.

Sin embargo, los españoles fracasaron al introducir en Inglaterra el juego de las cañas, que fue definido de forma desdeñosa por un ciudadano de la época como consistente en «lanzar varas una detrás de otra». De origen árabe, el juego de cañas gozaba del aprecio popular en la mayor parte de la geografía española. Consistía en hileras de hombres montados a caballo tirándose cañas a modo de lanzas o dardos y parándolas con el escudo. El caballero más hábil del juego era el que conseguía librarse de los golpes y a su vez golpear a sus contendientes con sus lanzamientos, teniendo cuidado de que no cayera la lanza sobre las ventanas donde las damas miraban el espectáculo.

Las habilidades políticas de su esposo enamoraron todavía más a María. «Soy más feliz de lo que pueda decir; diariamente descubro en el rey mi esposo y vuestro hijo tantas virtudes y perfecciones que constantemente pido a Dios que me conceda la gracia de agradarle...», relató a su primo el emperador. Felipe era la única relación carnal que había mantenido la reina, cuyo historial amoroso se reducía a haber descartado casarse con Eduardo Courtenay —hijo de un noble decapitado por conspirar contra Enrique VIII—, al que había liberado de su prisión en la Torre de Londres con este propósito. Por el contrario, Felipe venía de haber toreado en algunas plazas, como evidenciaba el hecho de que portase en su equipaje esos retratos mitológicos inspirados, quién sabe, en una burgalesa curvilínea. No pudo sentir por su esposa nada más que cariño familiar.

Mientras la reina elogiaba las virtudes de su marido, lo que no podía o no quería saber es que su apetito sexual estaba derrumbando su reputación en la corte. Según el confesor de una doncella de la reina, doña Magdalena, halló la mano suelta del rey mientras se lavaba la cara en cierta ocasión. La dama no se tomó a bien encontrar aquella extremidad traviesa y reaccionó al manoseo golpeando la mano regia con un báculo. Felipe asumió con humor el rechazo.

Después de un año en Inglaterra, Felipe partió a reunirse en Bruselas con su padre, que ya pensaba entregar el control de sus posesiones a su hijo y a su hermano Fernando. Su marcha despertó el desconsuelo de María, que observó desde una ventana cómo se alejaba, instante a instante, el barco de su marido hasta perderse en

el horizonte. Una vez en Bruselas, Carlos no solo transfirió los reinos a su hijo, también sus guerras, sus disputas y sus deudas. Tal vez ningún otro rey en la historia haya recibido tantas guerras como herencia, ni tan complicadas. Si bien el papa Julio III había auspiciado una conferencia entre franceses y españoles para alcanzar la paz, dinamitó las negociaciones la llegada al trono de San Pedro de Pablo IV en mayo de 1555.

El nuevo papa, de origen napolitano, detestaba a los españoles, de los que decía que eran «simiente de judíos y de moros», y declaró querer a Carlos y a su hijo «despojados de sus reinos y excomulgados, porque son herejes». El papa se propuso dar la peor de las bienvenidas a Felipe II, para lo cual coordinó con Enrique II y con el Imperio otomano otro ataque simultáneo sobre las posesiones hispánicas. El inexperto rey barajó todas las posibilidades, hasta el punto de suplicarle a su padre que pospusiera su jubilación en Yuste. También reclamó la ayuda de su esposa inglesa, lo cual contravenía las condiciones de su acuerdo matrimonial. Eso sin mencionar la tradicional alergia inglesa por inmiscuirse en las guerras continentales. En marzo de 1557, el monarca regresó a Inglaterra durante unos meses y empleó su capacidad de persuasión sobre su mujer, que no era poca, para lograr su participación en una guerra que, más pronto que tarde, iba a desembocar en una terrible pérdida para Inglaterra.

Mientras Felipe acudía con varios días de retraso al lugar donde se libró la batalla de San Quintín —acompañado precisamente de un contingente de soldados ingleses—, el gran duque de Alba expulsó a otro ejército francés de Nápoles y avanzó camino de Roma. Bastó que el noble castellano colocara su artillería frente a la ciudad, para que el papa Pablo IV, recordando el infausto saqueo de 1527, firmara un tratado en el que se comprometía a no volver a declarar la guerra a España nunca más, algo que cumplió con celo en los pocos años que sobrevivió a este varapalo. Por el contrario, Felipe II cometió un error de cálculo en lo referido a los franceses. Como le advirtió Carlos en varias cartas desde Yuste, Enrique II todavía contaba con fuerzas capaces de realizar un último contraataque, y pretendía sacar ventaja de la fragilidad de la alianza entre españoles e ingleses. A las puertas del desastre, el duque de Guisa conquistó de forma sorpresiva Calais, la última posesión inglesa importante en el norte de Francia. Tras solo siete días de asedio, las tropas inglesas se rindieron y entregaron la ciudad sin presentar batalla, probablemente con el único pretexto de desprestigiar a la reina María.

La pérdida de Calais, a principios de 1558, sacudió los pilares de la monarquía inglesa y, en términos tácticos, dejó el flanco derecho (la costa de Flandes) a merced de los franceses. Según la tradición, María quedó tan destrozada por esta derrota que predijo que la palabra Calais aparecería a su muerte grabada sobre su corazón. Para contrarrestar esta mala noticia, la reina anunció que estaba de nuevo embarazada. Pero pocos creyeron esta vez que estuviera encinta, a tenor de su largo historial de falsos embarazos. Sí lo creyó al menos Felipe, que recibió la noticia con «gran alegría

y contentamiento», aunque hizo poco por desplazarse a Londres como esperaba su mujer, de cuarenta y dos años.

Enfermo a principios de 1558, el español fue incapaz de hacer el viaje y, de hecho, jamás volvió a pisar suelo británico. En mayo de ese año, la reina aceptó al fin que se trataba de otro falso embarazo. Vacía y melancólica, cayó en un estado depresivo. No contribuyó a consolar a su esposa la actitud del rey, sino todo lo contrario. Felipe entendía que en caso de fallecer su esposa iba a ser su hermanastra, Isabel Tudor, la persona con más apoyos para reinar, por lo que, temiéndose lo peor, comenzó un acercamiento hacia la que sería la mayor villana del Imperio.

El plan original de Felipe era casar a Isabel con algún príncipe católico de su confianza, siendo el mejor candidato su primo Manuel Filiberto de Saboya, quien había encabezado sus ejércitos en San Quintín. También sopesó como pretendiente a uno de los hijos del rey de Suecia. Los acontecimientos, sin embargo, obligaron al propio monarca a ofrecerse en matrimonio con Isabel cuando vio que Inglaterra podía alejarse de su control para siempre. María no era del todo ajena a las maniobras de su amado marido y tuvo que presenciar en sus últimos días cómo se gestaba una doble traición hacia su figura. Si su hermanastra Isabel la sucedía significaba aceptar por válidos el primer divorcio de Enrique, su posterior matrimonio con Ana Bolena y, por ende, la anulación de los derechos dinásticos de María.

El ascenso de Isabel suponía así una victoria póstuma y completa de la decapitada Ana Bolena, nombre que todavía hoy es equivalente en la lengua castellana a mujer alocada y trapisondista. Eso es una «anabolena». Por otra parte, la traición sentimental era de calado. María e Isabel sentían aversión mutua. Ambas se habían criado en las mismas penosas circunstancias, pero como rivales. Ver cómo la archienemiga podía llevarse a su esposo después de su muerte abatió más si cabe a la reina católica.

En cualquier caso, María murió sin dar pie a que su marido pudiera viajar a Londres a tiempo de poder cortejar a Isabel. Aquel fallo iba a costar muy caro al Imperio español.

ISABEL DE VALOIS, LA REINA ADICTA AL JUEGO Y A LAS CIRUELAS

Mientras Felipe lloraba en el monasterio de Groenendaal (Holanda) la muerte de su padre y de su tía Margarita de Hungría, le fue remitido el anuncio de que, habiendo muerto su esposa, Isabel era ahora la nueva soberana y él ya no era nadie en Inglaterra. El monarca ordenó inmediatamente al duque de Feria, su embajador en Londres, que ofreciera a Isabel desposarse con él.

La esposa ha muerto, ¡Dios salve a la nueva esposa! Antes de lanzar tan arriesgada oferta, iba a ser necesario allanar el terreno y rebajar la impopularidad de Felipe. A los ojos ingleses, el español solo había causado al reino gastos en su guerra

contra Francia y la pérdida de Calais, y en última instancia había dejado que su esposa se muriera de pena. Feria entregó el 14 de enero la propuesta matrimonial a Isabel, que hasta ese momento daba síntomas de querer seguir obediente a la Iglesia católica, pero la inglesa no se dignó a contestar durante casi dos meses, para desesperación de Felipe. Finalmente, a Isabel no le bastó deslizar la razón más obvia —jamás pensaba casarse— y dio al rey hasta siete razones para no aceptar su propuesta, entre las que se deslizaba su decisión de no renovar la sumisión de su reino a Roma. Así las cosas, Isabel, la *Reina Virgen*, se reveló en las siguientes décadas como un importante activo de la causa protestante y el más persistente enemigo de España durante una guerra que se desarrolló entre 1585 y 1604, dejando al final de la misma las haciendas de ambas coronas exhaustas.

En cualquier caso, lo de «reina virgen» se queda algo encogido como apodo, a tenor de su larga lista de amantes, pero es verdad que Isabel jamás se casó. Se especula con que pudiera padecer «agenesia vaginal», que le impedía alcanzar el coito. Al igual que Inglaterra jamás recuperó Calais. La victoria de Lamoral Egmont en la batalla de las Gravelinas, poco después de la caída de la plaza inglesa, obligó a los franceses a sentarse a negociar con los españoles. El asunto de Calais quedó fuera de las conversaciones al conocerse la muerte de María, pero el tratado resultante fue muy beneficioso para España.

Cuando Felipe acababa de empezar su reinado estaban a punto de cumplirse todos los objetivos señalados en el testamento político de su padre. En total fueron 198 los enclaves y territorios que Enrique entregó a España y sus aliados. Además, la paz de Cateau-Cambrésis obligó a Francia a renunciar a todos sus derechos y reclamaciones sobre Milán y Nápoles, así como a retirar sus fuerzas de Génova, Saboya, Florencia y otros territorios de viejos aliados, ahora en el bando español. Fue, asimismo, el tratado que terminó con sesenta y cinco años de guerra y marcó el principio de un periodo de no agresión entre los dos países. De todas formas, Francia estaría las siguientes décadas demasiado ocupada en apagar las luchas internas entre católicos y hugonotes como para inmiscuirse en conflictos fuera de su territorio.

Para blindar el documento Enrique II de Francia ofreció la mano de su hija mayor, Isabel de Valois, al único hijo de Felipe II, don Carlos. No obstante, dada la viudedad del rey, fue él quien se casó con la francesita, de doce años. El mismo día que se conoció la negativa de la nueva soberana inglesa, los enviados de Felipe transmitieron que Su Majestad se casaría con la hija primogénita del rey de Francia. Enrique aceptó encantado, si bien dejó caer al rey que cualquier relación extramatrimonial debía llegar a su fin si pretendía cumplir con su fama de «buen marido».

En junio de 1559, el gran duque de Alba acudió a París en representación de Felipe a los desposorios con Isabel de Valois. Enrique II recibió con entusiasmo al séquito de españoles, entre los que se incluían también el conde de Egmont y Guillermo de Orange. A pesar de la cortesía, algunos nobles no podían disimular sus

recelos hacia los que hasta hacía poco habían sido sus rivales en los campos de batalla. La propia reina, Catalina de Medici, era la más explícita representante de los hostiles a España. Procedente de la familia que patrocinó el Renacimiento en Florencia, Catalina vio cómo su estirpe fue vapuleada por los *barbari* —españoles y franceses—, que estrangulaban la independencia de las ciudades estado italianas, a excepción de Venecia, algunos pequeños estados y de la propia Roma. Las grandes familias italianas siguieron así turnándose al frente de la cabeza de la Iglesia y, gracias a la intervención de Clemente VII (Giulio de Medici), Catalina contrajo matrimonio con el infante Enrique, más tarde rey de Francia.

Catalina llegaría a alcanzar gran influencia en aquel país durante los sucesivos reinados de sus tres hijos varones, pero en vida de su marido su papel en la corte se limitaba a los gestos. Ahora gesticulaba contra la presencia de los españoles. Pero por no gobernar ni siquiera lo hacía en el corazón de Enrique, cuyas amantes formaban una horda encabezada por Diana de Poitiers, considerada como la soberana en la sombra

Ambas, amante y reina, asistieron junto al duque de Alba a las fiestas y solemnidades en honor a la boda entre Isabel y el ausente Felipe. El 30 de junio se celebró una justa en la que el monarca francés insistió en participar, pese a que Catalina trató de persuadir a su marido. Tal vez por influencia de su astrólogo de cabecera, el judío Nostradamus, la florentina aseguró haber tenido un mal presagio. El rey desdeñó la advertencia, al igual que todo lo que procedía de ella, y tranquilizó a su esposa recordándole que las lanzas estaban emboladas, es decir, sin punta que pudiera herir al oponente. Tras vencer a los dos primeros jinetes, Enrique retó al conde Montgomery, quien años después se alzaría como el líder de los calvinistas. Sin mala intención, el choque de la lanza de Montgomery en el escudo del rey hizo saltar una astilla hasta su ojo, llegándole hasta el cerebro.

Catalina ordenó al momento que le fuera extraída la astilla y le lavaran y vendaran el ojo; sin embargo, el herido no mejoró. Aún albergaba algún trozo de madera en su cerebro. Felipe mandó al famoso anatomista Andrés Vesalio (el mismo Andreas Vesalius que años después atendería a su hijo), por si podía ser de utilidad. Pero nada sirvió para salvar a Enrique. Ni la presencia de los mejores médicos de Europa, ni la demencial idea de clavar astillas similares a diez condenados a muerte para experimentar con ellos una posible intervención; nada funcionó. Los diez reos murieron poco después, así como el propio Enrique, que reclamó agonizante al duque de Alba que siguiera con la boda.

Un día antes de morir Enrique II, se formalizó el enlace por poderes entre Isabel de Valois y Felipe II, en el que Fernando Álvarez de Toledo ejerció de representante regio durante la ceremonia en la Basílica de Notre Dame. Tras el banquete, el noble castellano debió participar en la tradición francesa según la cual se había de consumir el matrimonio ante testigos. Lógicamente aquello no era posible en este caso. No al menos si el duque aspiraba a conservar la cabeza sobre el cuello, por lo que

acompañó a Isabel a sus aposentos para, entre los aplausos y el jolgorio generalizado, interpretar un pequeño paripé en el lecho nupcial. Al año siguiente, Isabel se desplazó a España, donde Felipe la esperaba impaciente. Sus días como viajero por Europa habían llegado a su fin y, por primera vez en su vida, estaba concentrado en cuidar su vida familiar. Además de Isabel, la llegada a la corte de don Juan de Austria y de Alejandro Farnesio dotó de un espíritu jovial al entorno de Felipe. Ninguna de sus otras mujeres sería capaz de conseguir eso, ni con ninguna estuvo el rey tan felizmente satisfecho.

En cualquier caso, los inicios fueron difíciles, puesto que la ciudad medieval de Toledo no era de su agrado, como no lo era para la mayoría de los cortesanos. La joven contrajo allí la viruela y para evitar que en el atractivo rostro de Isabel quedasen marcas, fue embadurnada con clara de huevo y leche de burra. Una vez en Madrid, la corte no tardó en caer rendida ante la nueva esposa, que por razón de su juventud ocupaba su tiempo, sobre todo, vistiendo muñecas. Isabel de Valois había heredado de su madre unos rasgos esencialmente mediterráneos —alta, esbelta, de ojos y cabellos oscuros, rostro ovalado y la tez muy blanca— y de su padre la capacidad de encandilar en el trato personal.

Amante del lujo y del refinamiento, jamás repetía un vestido en presencia del monarca y exigía verse rodeada de un considerable ejército de damas y camareras. Se reveló así como una despilfarradora. Revisando las cuentas que dejó tras de sí: sus deudas pasaron de sumar 20 000 ducados en 1562 a 180 000 tres años después. La francesa gastó grandes sumas de dinero jugando a distintos juegos (naipes, dados, rifas, echar a suerte...) con otros cortesanos y miembros de la familia real, entre ellos el príncipe don Carlos. De hecho, la mayor parte de su estancia en Madrid la pasó en los aposentos privados, rodeada de gente del círculo familiar y de malos hábitos. Levantándose cuando quería, comiendo cuando se le antojaba y durmiendo a deshora. Antes de su decimosexto cumpleaños, los médicos la tuvieron que tratar de un agudo estreñimiento, a partir del cual la reina mejoró su alimentación y, para su incomodidad, desarrolló hemorroides. Desde entonces, Catalina de Medici acompañó de una caja de ciruelas cada una de sus cartas.

Al lado de la francesa, Felipe II recuperó una juventud de la que nunca había disfrutado. Isabel se convirtió en la principal razón de su existencia durante ocho años. Mucho más tiempo del que había pasado con sus dos anteriores esposas. Solo una cuestión ensombreció la vida de la real pareja: la falta de hijos. El matrimonio entre Felipe e Isabel tardó en consumarse a la espera de que la reina alcanzara la edad núbil y abandonara las muñecas. En 1564, la pareja mantuvo su primer contacto sexual en Aranjuez, al que le siguió la mayor de las pasiones que Felipe, adicto al sexo, le dedicó presumiblemente a alguna de sus esposas. En el terreno de lo morboso, los embajadores franceses escribieron a Catalina de Medici observando, como única queja, que «la constitución del rey causa graves dolores a la reina, que necesita mucho valor para evitarlo». Esto solo podía significar que el miembro viril

del monarca destacaba en sus dimensiones.

La quebradiza salud de la francesa complicó al extremo los tres partos que protagonizó. El rey vivió con absoluto nerviosismo los embarazos, porque había visto cómo en uno de ellos falleció su primera esposa, y porque necesitaba herederos, preferentemente de sexo masculino. Así, Felipe ni siquiera se molestó en disimular su decepción al saber que había tenido de nuevo una hija, Catalina Micaela, en 1567. Partió hacia Aranjuez sin quedarse siquiera al bautizo.

Desde el principio del tercer embarazo, que habría supuesto su tercera hija, fue evidente que algo marchaba mal. La reina de la paz sentía temblores y desmayos a menudo, y comía y dormía peor que nunca. En octubre de 1568, Isabel se preparó para el fatal desenlace: firmó un codicilo a su testamento y pidió hablar con su marido por última vez. Además de reclamarle que continuara apoyando a su hermano, Carlos IX de Francia, Isabel transmitió a su marido su firme voluntad de requerir a Dios, una vez en su presencia, que le concediera una larga vida a Felipe. Las palabras de su agonizante esposa provocaron un océano de lágrimas en los ojos de Felipe, que no olvidaría esa noche «aunque viviese mil años». Horas después la francesa murió a consecuencia de alumbrar a una niña que tampoco sobrevivió. En opinión del poco objetivo embajador de Francia, «llora y lamenta todo Madrid el fallecimiento de la mejor reina que han tenido nunca y que nunca tendrán».

UNA SOBRINA AUSTRIACA PARA ALIMENTAR LA ENDOGAMIA

Anna de Austria, hija del emperador Maximiliano II y de la hermana de Felipe II, María, fue la siguiente esposa en saltar al ruedo. Si bien esquivó la bomba endogámica que habría sido don Carlos —su pretendiente durante varios años—, nadie quiso reparar en que la mejor forma de evitar, precisamente, otro mal producto de los matrimonios entre primos era buscando a una mujer con la que Felipe II no estuviera emparentado. Sobre todo porque esa opción estuvo disponible. Al fallecer Isabel de Valois, Catalina de Medici ofreció al rey en matrimonio a su hija menor, Margarita. Hubiera sido aquella la forma de asegurar una sucesión más «saludable», pero Felipe estaba resuelto a mantener el compromiso de su hijo con Anna de Austria, si bien ahora iba a ser él el prometido. El papa Pío V, no obstante, se negó en un principio a conceder nuevas dispensas, a la vista de «los malos resultados que se derivan de estos matrimonios en primer grado». Nada más lejos de la realidad, puesto que se trataba de la clásica negativa que precedía a una oferta de oro y promesas a cambio de la dispensa papal.

El 14 de noviembre de 1570, el rey se casó con su sobrina en Segovia. El monarca cargaba con cuarenta y tres años a sus espaldas y su segunda juventud había muerto con Isabel. En este cuarto matrimonio, Felipe impuso numerosas restricciones al entorno doméstico de su nueva esposa. Si ya era difícil solicitar que alguien ajeno

al círculo familiar pudiera hablar con Isabel, en el caso de Anna se convirtió en una sucesión de gestiones que se antojaba epopeya. Por el contrario, la actividad sexual siguió siendo igual de intensa con la joven de ojos azules, pelo rubio y tez pálida. Anna dio a luz a siete hijos en los siguientes años y se adaptó perfectamente a España. En parte, esto se debió a que Anna había nacido en la localidad vallisoletana de Cigales, estando sus padres de regentes de Castilla mientras Felipe realizaba su gran viaje por Europa. Asimismo hablaba castellano a la perfección, y su madre le había inculcado el amor por las tierras españolas.

Anna era pausada, elegante, discreta y amante de la vida familiar, lo cual congeniaba con la personalidad del monarca. Además de los siete hijos —de los cuales solo Felipe III, un niño enfermizo y poco despierto llegó a la edad adulta—, la familia incorporó en esos días a otros dos sobrinos de Felipe, Alberto y Wenceslao, que acudieron a la corte a completar su educación como hicieran una década antes sus hermanos mayores. Eso sin olvidar la presencia de las dos hijas del anterior matrimonio de Felipe, Isabel Clara Eugenia, de cuatro años de edad, y Catalina Micaela, de tres, que terminaron por adoptar a Anna como su propia madre. No obstante, cuando la reina se acercó a ellas por primera vez, Isabel Clara Eugenia se negó a besar su mano porque «no es mi verdadera madre». Los escollos se salvaron con el trato diario y la familia del rey vivió años tranquilos hasta el nuevo *annus horribilis*, el de 1578.

A los más supersticiosos no les pasó inadvertido el pésimo balance de Felipe II con los años terminados en ocho, el número de la buena suerte para los chinos. En 1558 fallecieron su esposa María de Inglaterra, su padre Carlos y su tía Margarita de Hungría, cuya experiencia hubiera sido capital para evitar la rebelión de Flandes. En 1568, lo hicieron don Carlos e Isabel de Valois. Y en 1578 quienes se marcharon para siempre fueron el príncipe Fernando, don Juan de Austria, Wenceslao y otro de sus sobrinos, Sebastián, rey de Portugal. Pese a que Felipe trató de persuadirle para que no fuera a África, el portugués contestó a la llamada de auxilio del sultán Muley Ahmed para recuperar el trono que le habían arrebatado al norte de Marruecos. Al frente de 17 000 soldados, el portugués perdió la vida en la conocida por los marroquíes como la batalla de los Tres Reyes, dado que, además de Sebastián, murieron los dos sultanes que se disputaban el trono de Marruecos. Pero los restos del monarca nunca fueron hallados, lo que generó la leyenda, de carácter mesiánico, de que el rey regresaría algún día a salvar a su pueblo de sus males. Valiéndose de esta profecía, varios farsantes intentaron hacerse pasar por Sebastián a través de las mentiras más pueriles. Entre los más famosos estuvo el español Gabriel de Espinosa, el pastelero de Madrigal, que se anunció como Sebastián, a pesar de tener sesenta años, siendo el soberano extremadamente joven al desaparecer.

El Imperio español también sacó ventaja de ese trono vacante. Felipe II estaba emparentado con la dinastía portuguesa por vía materna y se postuló como heredero de la corona lusa, que fue asumida de forma breve por el cardenal-infante don

Enrique hasta su muerte. Él también pereció sin descendientes, dando vía libre a que los extranjeros se disputaran el trono. «El Reino de Portugal lo heredé, lo compré y lo conquisté», aseguraría Felipe II años después. El español contaba con el apoyo de buena parte de la nobleza portuguesa y el beneplácito (o más bien resignación) de las potencias europeas, pero el levantamiento popular promovido por Antonio, el prior de Crato, hijo bastardo del infante Luis de Portugal, obligó al Imperio español a iniciar las operaciones militares.

La campaña dirigida por el gran duque de Alba duró lo que un relámpago, pese a lo cual devino en tragedia familiar cuando, estando los reyes en Badajoz a la espera de entrar en su nuevo reino, una grave epidemia de catarro (estudios modernos apuntan a que pudo ser un virus porcino o aviar) causó estragos en el séquito. La muerte de Anna en octubre de 1580 rompió el alma del rey. Cuando Felipe, que también enfermó durante la epidemia, desfiló por tierras portuguesas, los cronistas observaron que «manifestaba en el color de su rostro lo que la soledad y enfermedad le causaban» y en su ánimo estaba irremediablemente de luto. De luto y viudo por cuarta y última vez en su vida. Si bien adquirió el lema *Non sufficit orbis* («el mundo no es suficiente») tras su última conquista, en clara referencia al emblema de su padre *Plus ultra* («más allá»); la realidad es que al menos en el amor sí era ya suficiente para Felipe.

Así y todo, Felipe II sopesó durante una temporada la posibilidad de volver a casarse, dado que su descendencia volvía a ser algo corta (solo iban a sobrevivirle su hijo Felipe y las dos hijas que había tenido con Isabel). Sin embargo, ninguna de las opciones cuajó y su salud y su ánimo tampoco daban ya más de sí. Dos años después de fallecer Anna, llegó a España la madre de la austriaca, María, y su hermana Margarita. La hija del emperador Carlos regresaba a su país después de su larguísima estancia en Viena, alegrándose de vivir en «un país sin herejes».

La vuelta de la hermana de Felipe, que ingresó en el convento de las Descalzas Reales de Madrid, fundado por su hermana Juana, suplió en parte el vacío que la muerte de Anna había dejado en el corazón del rey. María, de hecho, sobrevivió a Felipe y jugó un papel protagonista en la oposición al duque de Lerma, cuya influencia sobre Felipe III habría sonrojado de furia a su padre. Asimismo, Margarita terminó entrando también en el convento de las Descalzas Reales, quién sabe si con la intención de evitar casarse con el rey, que puso sus ojos en ella. En Portugal, el tímido rey le mandaba cartas desde su habitación a la de ella, a pesar de que eran contiguas. «Dígame Su Majestad si, habiendo yo dado palabra al rey del cielo de ser su esposa, será bien no cumplirla por casarme con un rey de la Tierra», respondió Margarita en una carta firmada de su puño y letra. Frente a aquella referencia al rey del cielo, el rey de la mayor parte de la Tierra se hizo a un lado.

ALLÍ DONDE NUNCA SE PONE EL SOL, FELIPE CIERRA LOS OJOS

La gota torturó en sus años finales al *demonio del sur*, que era como sus enemigos protestantes bautizaron a Felipe. En el imaginario popular ha quedado la imagen del rey gotoso trasladándose a todos los sitios en una silla especial (el artefacto medía 2 metros de largo y 75 centímetros de ancho). Una imagen que no se ajusta a la realidad, puesto que no registró su primer ataque de gota hasta los treinta y seis años. La descompensada alimentación del rey sí derivó en graves problemas de gota en su vejez, que le dejaron prácticamente inmovilizado. Es más, el rey no registró auténticos problemas de salud hasta los cincuenta años de edad, pese a su carácter hipocondríaco. Si lo peor que le puede pasar a alguien con manía persecutoria es que realmente le persigan, lo peor que le puede ocurrir a un hipocondríaco es que le hostiguen las enfermedades.

A partir de 1580, el cuerpo del rey fue acosado por asma, artritis (pudo ser una consecuencia de beber en copas vidriadas con plomo), cálculos biliares e incluso fuertes dolores de cabeza, quizás ocasionados por una sífilis congénita. Además, Felipe II fue víctima de una serie de fiebres intermitentes, tal vez recuerdo de la malaria que padeció de niño, cada vez más frecuentes con el transcurso de los años, que le provocaban una sed que no calmaba por más que bebiera agua. Las múltiples enfermedades de Felipe le obligaron a tratar con los físicos (la forma que se usaba para denominar a los médicos) más tiempo del que habría querido. «¡Terrible gente son los físicos!», escribió en uno de sus billetes. Como le ocurría con militares, teólogos y arquitectos, el desconfiado monarca siempre creía saber más que los médicos.

Esa fue su enfermedad más persistente: la desconfianza hacia los demás. Solo un puñado de hombres logró ganarse la confianza de Felipe, que por recomendación de su padre procuró que ningún «grande» entrara nunca «muy adentro de la gobernación». Esto se tradujo en que dos grandes partidos de nobles, que, según han sugerido muchos historiadores, ya existían en tiempos del emperador, se fueron disputando los cargos y privilegios que Felipe repartía con cuentagotas. Él calculaba que ninguna de las dos facciones llegara en ningún momento a acumular demasiado poder. La corte se polarizó así en dos bandos políticos: los ebolistas (palomas), papistas, partidarios de una solución pacífica en la Guerra de Flandes y de la intervención directa sobre Inglaterra, y los albistas (halcones), defensores de la preeminencia de la nobleza castellana, partidarios de la lucha armada en Flandes y contrarios a entrar en guerra con Inglaterra.

Divide y vencerás, debió de pensar Felipe cuando auspició un sistema político bicéfalo. Pero buscaba vencer a la nobleza y no calculó que los enemigos exteriores sacarían beneficio de aquella discordia. Sin ir más lejos, la cabeza del partido albista, Fernando Álvarez de Toledo, gran duque de Alba, sufrió dos veces en sus carnes los estragos de tener el enemigo en casa. La campaña italiana de 1558, donde el veterano general barrió a los franceses de Nápoles, fue ideada como una emboscada por los líderes del otro partido. Mientras los albistas estaban vertebrados por la poderosa casa

de Toledo, los ebolistas tenían como máximo valedor a la no menos eminente casa de los Mendoza, que tenía por cabeza al príncipe de Éboli, casado con Ana de Mendoza y de la Cerda, la bisnieta del cardenal Mendoza.

Junto a Francisco de Eraso, Ruy Gómez escatimó al máximo el envío de armas y suministros al ejército español en Nápoles, con la esperanza de que el fracaso de Alba fuera también el de su partido. La habilidad militar permitió al duque salir intacto en aquella ocasión, pero jugó gravemente en su contra en la rebelión de Flandes. Ruy Gómez se dedicó a desprestigiar la labor de Alba en Flandes hasta que fue reemplazado en su cargo. En el pasado, el portugués estuvo en contacto con Lamoral Egmont, el conde de Horn e incluso Guillermo de Orange, pues defendía la vía conciliadora en este escenario.

La batalla entre los dos bandos por ganar el favor del rey daba lugar a situaciones surrealistas. Reunido una tarde con Francisco de Eraso —alineado con los ebolistas—, el monarca cerró la puerta de su cámara por dentro para hablar de varios asuntos económicos. El duque de Alba intentó abrir la puerta con la llave que siempre portaba consigo en calidad de mayordomo mayor y, al no poder hacerlo, comenzó a forcejear con la cerradura como un demente. Masticando las palabras con calma, Eraso acudió al umbral de la puerta a preguntar quién era el que aporreaba, si bien no abrió la puerta en ningún momento. Toda la corte presenció la humillación de ver a Alba aguardando en la puerta hasta que Eraso abandonó la habitación. Alba increpó entonces a gritos al encargado de las haciendas del rey haber provocado la situación deliberadamente. Al oír el jaleo el rey salió para conceder la razón, y la victoria esta vez, a Eraso. Siete años después, sin embargo, el secretario regio cayó en desgracia acusado de corrupción, mientras Fernando Álvarez aguantaba en pie como buen superviviente político. Al menos una temporada más.

UN REY QUE PERDONABA A LOS PATANES Y CASTIGABA A LOS HÉROES

El duque de Alba era el mayordomo mayor del rey y Ruy Gómez el sumiller de corps, lo que suponía convivir todavía más horas con el monarca. Básicamente esa era la cuestión de fondo. Por proximidad generacional, Felipe prefería la compañía y los consejos de su amigo de la infancia antes que la del general cascarrabias que había heredado de su padre. La turbulenta relación entre el veterano general y el rey tenía trazas de las habituales disputas entre un padre y un hijo. Un sustituto de la figura paterna que Felipe nunca tuvo cerca y que, de hecho, nunca creyó necesitar. Pero aunque los episodios de tensión entre ambos fueron frecuentes, había algo que ni Felipe ni sus enemigos podían arrebatarse a Alba: sabía más que nadie de los asuntos de la guerra.

En Flandes también perdió eso el duque. La posición del castellano en la corte quedó herida de muerte cuando regresó del país de los herejes sin lograr la ansiada

victoria. Felipe se mostró a partir de su vuelta estrictamente frío con su «primo» (el apelativo que recibían todos los grandes de España, aunque a Alba le llamaban «tío» a sus espaldas). El matrimonio secreto de su hijo heredero, Fadrique, sin el consentimiento del rey, e incumpliendo la promesa dada a la casa de Media Sidonia, sirvió la excusa al monarca para castigar al duque por permitir la boda y, sobre todo, por lo de Flandes. En 1578, Fadrique fue confinado en el castillo de La Mota (Medina del Campo, Valladolid), el duque fue desterrado de la corte y muchos miembros del partido albista sufrieron represalias.

El gran duque de Alba recibió la condena con rabia e indignación al principio. Solo al principio. Agotado por tantas guerras y tantos reyes ingratos, terminó viéndolo casi como una jubilación anticipada. Cuando solo llevaba un año desterrado en Uceda (Guadalajara), Fernando Álvarez de Toledo fue rehabilitado por el rey ante la insistencia de parte de la nobleza castellana, que estimaba su genio militar como el idóneo para llevar a buen puerto la invasión de Portugal. A sus setenta y dos años y encamado a causa de la gota, el gran duque de Alba se puso al frente de una operación relámpago que terminaría en menos de ocho meses. Por el camino, el general recuperó su instinto guerrero y su empeño en que las operaciones salieran sin la menor quiebra. Ni siquiera estando ya el reino pacificado, el rey accedió a la petición del duque para poder viajar a ver a su esposa, en ese momento gravemente enferma. El castellano cayó enfermo en el otoño de 1582 y, pese a tratársele con leche materna, falleció a los setenta y cuatro años, lamentando que «los reyes no tienen la ternura ni los sentimientos en el lugar donde nosotros los tenemos».

De la misma manera que Felipe podía ser un padre dado al sentimentalismo y un marido tierno, podía también transformarse en el hombre más maquiavélico en caso de brotarle la desconfianza. Había encarcelado a su hijo, abandonado a su hermanastro y pretendido arrestar a su sobrino más querido, Alejandro Farnesio, poco antes de conocer su muerte. Hijo de Margarita de Austria y de un nieto bastardo del papa Pablo III, Farnesio se crio en la corte hispánica junto a don Juan de Austria y don Carlos. Sin descuidar la administración del Ducado de Parma, que pertenecía a su padre, Alejandro participó de algunos de los hechos de armas más importantes del reinado de Felipe II, entre ellos la batalla de Lepanto y la Guerra de Flandes. Precisamente allí, en el país del barro y los asedios, fue designado gobernador de Flandes a la muerte de don Juan. Con una mezcla de la mano dura de Alba y la templanza de su tío, Farnesio fue tal vez el general que más cerca estuvo de restituir la autoridad real en todas las provincias, así como uno de los padres de la nación belga. Si al final no lo consiguió fue porque lo impidió su tío, el rey, siempre empeñado en encontrar empresas mesiánicas donde arrojar los recursos que tanto se requerían en Flandes.

La conquista de Portugal de 1580 obligó a desviar tropas y fondos; la Armada Invencible forzó al ejército de Flandes a abandonar numerosas guarniciones; y la Guerra Civil de Francia se llevó en 1593 la vida de Alejandro Farnesio, que había

acudido en contra de su voluntad mientras sus enemigos aprovecharon para recuperar varias ciudades en los Países Bajos. El 3 de diciembre de 1593, el general hispano-italiano falleció por una hidropesía derivada de una herida mal curada en el asedio a Caudebec (Francia). Su inesperada muerte hizo olvidar que Felipe ya había firmado la orden de deponer (y si era necesario arrestar) a su sobrino, al que culpaba del fracaso de la Armada Invencible y del que sospechaba, y no se equivocaba, que estaba desviando fondos destinados al frente francés para emplearlos en la Guerra de Flandes. La sospecha podía emponzoñar en un instante cualquier aprecio pasado, por muy intenso que hubiera sido. Solo cinco años antes de ordenar su destitución, Felipe escribió a su sobrino para transmitirle que, ante la muerte de sus padres en 1586, «aquí os quedo yo en su lugar».

Don Álvaro de Bazán, quizás el marino más prestigioso del siglo XVI, vivió una caída igual de pronunciada cuando estaba a cargo de la armada congregada en Lisboa para atacar Inglaterra en 1588. Debido a los retrasos en los preparativos, Felipe II designó un sustituto para el legendario almirante a principios de ese año. Afortunadamente para su honra, Bazán falleció el 9 de febrero, enfermo de tifus y con sus facultades mentalmente mermadas, sin conocer oficialmente el reemplazo decidido por el rey. Alonso Pérez de Guzmán el Bueno y Zúñiga, VII duque de Medina Sidonia, se puso al frente de la empresa sin haberse asomado casi al mar en su vida; y no sin antes rehuir la responsabilidad por todos los medios. «Ni por conciencia ni obligación puedo encargarme de este servicio, porque siendo una máquina tan grande, y una empresa tan importante, no es justo que la acepte quien no tiene ninguna experiencia de mar ni de guerra», argumentó el noble en contra de su designación.

Medina Sidonia, cuya máxima virtud era tal vez ser el hombre más acaudalado del reino, consideraba que no era el idóneo para conducir la escuadra a las Islas Británicas, puesto que su experiencia militar se reducía a una escaramuza al sur de Portugal. Ante la insistencia del rey, el duque no tuvo otro remedio que desplazarse a Lisboa. Allí se reveló como un virtuoso administrador, entre otras cosas porque él pagaba las facturas, pero una vez en combate fue un cero a la izquierda.

Tras un duro viaje donde los barcos tuvieron que reagruparse varias veces, la escuadra que dirigía Medina Sidonia se internó a finales de julio en aguas inglesas. A esas alturas los planes de Felipe II eran plenamente conocidos por toda Europa después de dos años de preparativos. La reina Isabel había tenido tiempo de sobra para organizar un sistema de vigías que avistaran la llegada de los barcos españoles al instante y de autorizar a su almirante general, Lord Howard, y al corsario Francis Drake a contraatacar directamente en las costas españolas, aprovechando la confusión. Sin embargo, la meteorología obligó a los ingleses a retornar a casa poco después de su salida, en concreto al puerto de Plymouth, justo unos días antes de la llegada de Medina Sidonia a ese mismo lugar.

La meteorología estaba por la labor de dejar a todos en evidencia. Una leyenda

inglesa cuenta que Drake se encontraba jugando a los bolos en Plymouth cuando fue avisado de la llegada de los españoles. «Tenemos tiempo de acabar la partida. Luego venceremos a los españoles», afirmó el corsario antes de arrojar la siguiente bola. Nada más lejos de la realidad. El secreto peor guardado de Europa les había pillado por sorpresa, en contra de todo pronóstico. La flota española estaba a la salida del puerto y el viento adverso situaba la posición de los defensores en una ratonera. Así las cosas, la falta de perspectiva de Medina Sidonia salvó a los ingleses del desastre. El duque convocó a primera hora del 29 julio un consejo de guerra donde la vieja guardia de don Álvaro de Bazán (Miguel de Oquendo, Pedro de Valdés y Juan Martínez de Recalde, entre otros) propuso atacar a Drake en el puerto, como había hecho el pirata en Cádiz un año antes. El duque de Medina Sidonia desoyó los consejos y decidió ceñirse a los planes de Felipe II: dirigirse a por el ejército de Flandes sin mediar combate con los británicos. La suerte de la Armada se selló en el minuto eterno en Plymouth, puesto que la flota inglesa no volvió a ponerse a tiro.

¿Castigó Felipe los errores de Medina Sidonia a su regreso como había hecho con Bazán, Alba o Farnesio? No. La actuación de los patanes se juzgaba de modo diferente en la mente de un obsesivo compulsivo. El monarca podía tardar una eternidad en decidir incluso la cuestión más nimia, pero, como todas las personas inseguras, cuando finalmente tomaba una decisión la llevaba hasta sus últimas consecuencias, aunque sus consejeros trataran de persuadirle de que aquella era la peor opción posible. Esto explica que generales de demostrada incompetencia, como el duque de Medina Sidonia o Juan Andrea Doria —sobrino y heredero del marino genovés, pero sin su talento—, mantuvieran sus puestos después de repetidos fracasos. El rey rara vez rectificaba y ni siquiera podía equivocarse: si las cosas salían mal lo achacaba a los designios de Dios. Medina Sidonia no fue castigado por el rey. Ninguno de sus hombres fue sancionado a raíz del desastre, salvo su asesor naval en la empresa, Diego Flores de Valdés, que fue enviado a prisión por tres años.

No menos cierto es que Medina Sidonia actuó con diligencia a la hora de conducir a la flota superviviente a España. Aquí se le pueden reprochar pocas cosas. Incluso se le podría imaginar como una víctima de las circunstancias, salvo porque su incompetencia costó otras tantas derrotas al Imperio. Cuando una flota anglo-neerlandesa saqueó Cádiz en 1596, su lentitud como capitán general de Andalucía impidió que la plaza fuera asistida. Aun así, el favor real continuó con Felipe III, que le mantuvo en su cargo en 1606, cuando otra negligencia del duque costó la pérdida de una escuadra en las cercanías de Gibraltar, a manos holandesas. Las circunstancias no pueden equivocarse tantas veces con alguien.

EL COLMO DE LA SOSPECHA: EL REY ASESINO

En un tiempo donde los magnicidios proliferaban en Europa, Felipe legitimó el

asesinato de sus rivales, sobre todo de los líderes protestantes, a través de terceros o directamente a manos de sus hombres. Después de poner precio a su cabeza, un vizcaíno le disparó un tiro tras la oreja derecha a Guillermo de Orange, cuando salía de almorzar, el 18 de marzo de 1582. La bala atravesó el paladar y salió por la mejilla izquierda de Guillermo, quien quedó mal herido pero sobrevivió al atentado. El vizcaíno, de pocas luces, no pudo escapar y la escolta del príncipe lo mató allí mismo. Al registrar el cadáver del atacante encontraron entre sus ropas dos trozos de piel de castor, una vela, algunas cruces y escapularios y varios papeles escritos en español. El cadáver del agresor, llamado Jáuregui, fue colgado en la plaza pública.

Años después, un francés católico llamado Balthasar Gérard disparó tres veces a Orange y esta vez sí acabó con su vida. El francés sufrió una horrible muerte tras ser capturado con vida. Después de someterle a numerosas torturas de fragancia medieval, los magistrados le sentenciaron a ser descuartizado, desollado con unas pinzas y a que le fuera arrancado su corazón del pecho para arrojárselo contra su cara y, finalmente, se le decapitara. Por su parte, Felipe II recompensó a la familia de Balthasar Gérard por matar a aquel «enemigo de la raza humana» con los estados de Lievremont, Hostal y Dampmartin, en el Franco Condado, y un título nobiliario. El magnicidio no tuvo más consecuencias. Lejos de lo que habían imaginado el rey y el atormentado Gérard, la muerte de Orange solo sirvió para transformar en mártir a un personaje que, en realidad, estaba en declive político debido a sus pésimas dotes militares.

El monarca también dirigió sus tentáculos magnicidas hacia la Reina Virgen. La relación con la soberana de Inglaterra evolucionó en pocos años del posible matrimonio a la guerra total entre ambos países. La reina había torpedeado la actividad de los comerciantes españoles en el norte de Europa, había financiado expediciones corsarias al Caribe y había dado cobijo a miles de rebeldes procedentes de los Países Bajos. Por todo ello, el rey buscaba «vengarnos muy bien de ella» y, a falta de recursos militares en ese momento para deponer a la reina, se puso en manos del banquero florentino Roberto Ridolfi, que estaba encargado de gestionar los fondos enviados por el papa Pío V a los líderes católicos que sobrevivían en las islas.

Ridolfi aseguraba tener un plan para destronar a Isabel y colocar en su lugar a María Estuardo, reina de Escocia hasta 1567 y viuda del rey de Francia. El plan de Ridolfi básicamente consistía en que el duque de Norfolk, primo de Isabel, junto a otros nobles católicos, matarían a la reina en marzo de 1571, coincidiendo con su tradicional viaje fuera de Londres. Después, aprovechando el levantamiento general que presuponían los católicos, Norfolk se casaría con María Estuardo y se proclamarían reyes con el apoyo de un ejército de 6000 hombres que el duque de Alba enviaría desde Flandes. Sin embargo, Ridolfi resultó ser un agente doble e Isabel se anticipó a sus enemigos. Arrestó y ejecutó a varios de los nobles implicados, entre ellos a Norfolk. La conspiración de Ridolfi, en definitiva, dio más argumentos a los protestantes que exigían la ejecución de María Estuardo, para la que aún habrían

de esperar dieciocho años.

Pero una cosa era autorizar un asesinato a miles de kilómetros y otra planearlo en casa. Felipe practicaba ambas modalidades. Mientras el duque de Alba mandaba capturar a Egmont y Horn, Floris de Montmorency —hermano del segundo— acudió a Madrid en representación de Margarita de Austria, que estaba a punto de renunciar a su cargo como gobernadora de Flandes. Felipe aprovechó su visita para arrestar e interrogar al noble, barón de Montigny, en el Alcázar de Segovia. Las investigaciones descubrieron que, como Egmont y Horn, su papel en la rebelión de Flandes rozaba en algunos aspectos la traición y la sedición. En marzo de 1570 el Consejo de los Tumultos ordenó desde Bruselas que a Montigny le fuera «cortada la cabeza y puesta en un palo alto». El noble flamenco habría sido ejecutado automáticamente si no hubiera sido por el aprecio que le profesaba Anna de Austria, que en ese momento se desplazaba a España para convertirse en la cuarta esposa de Felipe II.

Para evitar que su mujer pusiera pegas, el rey urdió una de sus acciones más tenebrosas, simulando que Montigny había muerto por causas naturales antes de que se le aplicara ninguna pena. De esta forma, mandó que fuera trasladado desde Segovia hasta el archivo fortaleza de Simancas, donde iba a celebrarse la boda. Allí fue asesinado «dándole garrote» el 15 de octubre y, a través de «disimulaciones», se fingió que había sido a causa de una enfermedad. Sin desazón alguna, Felipe y Anna se casaron un mes después y pasaron la noche de bodas en el Alcázar de Segovia, que hasta tres meses antes había servido de prisión al amigo de la austriaca. Eso era sangre fría.

Y hablar de asesinatos ordenados por el rey es hablar del más famoso de todos ellos: el de Juan de Escobedo, secretario y mano derecha de don Juan de Austria. El secretario del rey, Antonio Pérez, logró convencer a Felipe de que don Juan de Austria y su secretario eran unos traidores, y de que matarle constituía la única forma de evitar que vinieran, con ayuda del papa y del líder católico de Francia, el duque de Guisa, «a ganar a España y echar a Su Majestad». Sin duda, Pérez conocía a fondo la desconfianza natural del monarca y supo, mejor que nadie, cómo explotarla en su beneficio.

Antonio Pérez del Hierro era hijo de Gonzalo Pérez, secretario de Carlos V y de Felipe II, que, habiéndose ordenado sacerdote en fechas anteriores a ser padre, no esclareció quién era la madre del niño, posiblemente la doncella madrileña Juana de Escobar. Así y todo, en una de sus habituales aproximaciones a la historia, Gregorio Marañón recuperó las sospechas de la época: Antonio Pérez sería el resultado de una relación extramatrimonial del príncipe de Éboli, Ruy Gómez de Silva, que asumió Gonzalo Pérez por lealtad al poderoso noble. El mismo Gonzalo Pérez encubrió su paternidad haciéndole pasar por su sobrino hasta 1567. Sea de una forma u otra, el joven fue educado en las más prestigiosas universidades españolas e italianas de su tiempo, bajo la protección de la familia castellana de los Mendoza, que estaba emparentada con el príncipe de Éboli. Así alcanzó un puesto destacado al frente de

uno de los consejos de la corte. A la muerte de Ruy Gómez en 1573, la princesa de Éboli buscó en la asociación con Antonio Pérez una forma de mantener bajo su control el patrimonio familiar. Pérez no solo heredó así el puesto como líder del partido de los ebolistas, sino también la lealtad de la viuda.

En 1574, Antonio Pérez designó a su antiguo criado Juan de Escobedo — entonces secretario de Hacienda— secretario personal de don Juan de Austria, con la intención de que diera cuenta de los asuntos del hermano del rey durante su ejercicio como gobernador de los Países Bajos. Sin embargo, el carismático don Juan de Austria no tardó en ganarse la lealtad de su secretario, que dejó de informar sobre sus movimientos. Al contrario, Escobedo viajó varias veces a España para reclamar el envío de tropas y fondos a Flandes. En su último viaje, a principios de 1578, Escobedo habría intentado chantajear a Pérez a cambio de apoyos en Flandes. Lo más probable es que Escobedo pudiera demostrar que Pérez aceptaba sobornos, así como que mantenía una relación con la princesa de Éboli más allá de los negocios.

Durante su estancia en Madrid, el mayordomo de Antonio Pérez arrojó unos polvos en el puchero en el que guisaban la comida a Escobedo. Los polvos no surtieron efecto, salvo cierta indisposición en el secretario; y el mayordomo contrató a un tercero, un joven pícaro llamado Juan Rubio, para echar otro «dedal de ciertos polvos» en la olla de Escobedo. De aquellos polvos vienen estos lodos, debió de meditar Escobedo al percatarse de que algo olía raro en la sopa. Para no faltar a la costumbre, acusó de intentar envenenarle al servicio, en concreto, a una esclava morisca encargada de la cocina. La esclava fue arrestada y torturada, tras lo cual confesó sorprendentemente que sí portaba un veneno, pero que su verdadero objetivo era la esposa de Escobedo, quien le propinaba un gran número de palizas. Fue ahorcada por la tentativa.

Cansado de los fracasos, Antonio Pérez reunió a un grupo, con varios matarifes profesionales en sus filas, dispuesto a asesinar en una calle pública a Escobedo. A las siete de la tarde de un 31 de marzo de 1578, el secretario salió de pasar la tarde en casa de Ana de Mendoza y de la Cerda y, cuando caminaba junto a dos criados y un paje por la calle Almudena de Madrid, fue emboscado por el comando organizado por Pérez. Uno de sus miembros le mató de una sola estocada que «atravesó su cuerpo de lado a lado». Los testigos del ataque se lanzaron a la captura de los asaltantes, que, pese a perder dos capas, un arcabuz y un puñal en el forcejeo, huyeron amparados en la oscuridad. Perpetrado el ataque con éxito, los seis homicidas se dirigieron a Aragón, lejos de la autoridad de los magistrados de Castilla, donde recibieron oro y tres de ellos «una cédula y carta firmada de Su Majestad, de 20 escudos de entretenimiento, con título de alférez en uno de los presidios españoles en Italia». No cabe duda de que el rey lo había autorizado todo, aunque no se puede distinguir hasta dónde estaba enterado de cómo se iba a proceder. Aquella forma chapucera —¡y en público!— debió de ser poco de su agrado.

Si bien la implicación de Antonio Pérez en el asesinato era un secreto a voces,

incluso en Flandes, el rey hizo oídos sordos a quienes le advirtieron de que su secretario «quitaba de los billetes los pares y daba los nones», como escribió en una ocasión Gaspar de Quiroga. Al menos hasta que un acontecimiento inesperado removi6 la conciencia del monarca. La muerte de don Juan de Austria en Flandes sintiéndose abandonado por su hermano supuso el principio del fin de Antonio Pérez, que había continuado con su vida llena de lujo en Madrid sin sentir amenazada la red de mentiras y sobornos que sostenía a costa de la credulidad de Felipe II.

Una ofensiva encabezada por Mateo Vázquez para demostrar las intrigas de Pérez despertó al rey de su hipnosis. La princesa de Éboli se defendió llamando a Vázquez bellaco y diciendo a Su Majestad que «si no le echaba de su servicio, ella le haría matar a los pies del rey». Lejos de amilanarse, el «archisecretario» Vázquez hizo llegar al monarca la correspondencia de don Juan de Austria, que demostraba que en ningún momento había estado implicado en un complot contra su hermano, así como pruebas que destapaban la red de sobornos. Felipe II ordenó la detención de Pérez la noche del 28 de julio de 1579, pese a lo cual no fue procesado hasta once años después. Y ni siquiera entonces hubo tiempo de escuchar la sentencia.

Asistido por su esposa, Juana Coello, Antonio Pérez huyó a Zaragoza y se acogió, en 1590, a su condición de aragonés para esconderse tras los fueros. El asunto derivó en una grave revuelta en Aragón, esta vez sin el apoyo de los catalanes, que obligó a Felipe II a movilizar a un ejército de 12 000 hombres y a restaurar en persona el orden en Zaragoza. Fue aquella la última ocasión en la que condujo un asunto sobre el terreno. Antes de finalizar la revuelta, Pérez pudo escapar una vez más a través del País Vasco francés. En el extranjero, primero en París y luego en Londres, se dedicó a alimentar la leyenda negra con distintos escritos e incluso asistió a la Reina Virgen en el ataque a Cádiz de 1596. Trató de obtener varias veces el perdón del rey, pero falleció en la más absoluta pobreza parisina en 1611.

Al igual que Pérez, Ana de Mendoza pagó muy cara su implicación en el asesinato de Escobedo. En 1579, la biznieta del poderoso cardenal Mendoza fue encerrada, primero en el Torreón de Pinto y más tarde en la fortaleza de Santorcaz. Su último destino fue el Palacio Ducal de Pastrana, donde fallecería once años después atendida por su hija menor, Ana de Silva, en un régimen similar a lo que hoy se calificaría como arresto domiciliario. Tras la fuga de Antonio Pérez, Felipe II mandó poner rejas en puertas y ventanas al Palacio Ducal, así como privar a la dama de cualquier ostentación. La aristócrata caprichosa que se enfrentó a Santa Teresa de Jesús; la viuda que se rebeló contra su destino encorsetado; la matriarca de una familia que decía descender del mismísimo Cid Campeador, todas aquellas mujeres fueron al fin derrotadas por el reino de los hombres. *La Hembra*, como la había apodado Mateo Vázquez en referencia a la lasciva Jezabel de la Biblia, falleció en 1592, época en la que era tenida por una demente.

LA FALSA LEYENDA DE LOS PIOJOS MAGNICIDAS

Hacía días que solo la voz de su hija Isabel Clara Eugenia, tan parecida a la de su dulce madre, sosegaba el espíritu del monarca. Con todas las extremidades inmovilizadas por la gota, las llagas y el dolor se extendían sin oposición por su cuerpo acostado. A principios del mes de septiembre de 1598, el rey fue consciente de que se estaba muriendo y, en vista del sufrimiento causado por las heridas, casi era lo que deseaba. En esos días de dolor, rezos maratonianos y olores nauseabundos, el único deseo de Felipe era fallecer consciente, rodeado de las muchas reliquias que había acumulado a lo largo de su vida. En sus intermitentes pérdidas de conciencia, la mejor forma de despertarle era gritando: «¡No toquéis las reliquias!», fingiendo que alguien se llevaba alguna. Así transcurrieron los días, hasta que ni siquiera mover las reliquias surtió efecto.

Felipe II quedó viudo cuatro veces, perdió a seis hijos y a la mayoría de sus hermanos, incluido su hermanastro don Juan de Austria, al que sacaba veinte años. Además, presenció tres bancarrotas del Imperio, la última de ellas en 1597, y tantos reveses militares como victorias. La tragedia golpeó al monarca más poderoso de su tiempo con insistencia, dejando estragos en su físico. Quedó delgado, débil y sus dientes se fueron cayendo uno a uno. Pudo aguantar todo eso sin retirarse a un pueblecito como hizo su padre, pero no pudo soportar la muerte de su hija Catalina Micaela en un parto. «Ni muerte de hijos, ni de mujer, ni pérdida de Armada (La Invencible), ni cosa la sintió como esta; ni le habían visto jamás quejarse a ese gran príncipe como ahora en este caso se quejó, y así le quitó muchos días de vida y salud», describió el cronista Sepúlveda.

La pérdida de ánimo de Felipe II a una edad tan avanzada, setenta años, provocó un derrumbe general de su salud. Advirtiendo su final, el rey decidió trasladarse en el verano de 1598 al monasterio de El Escorial. Allí llegó a perder la movilidad de la mano derecha, con la que firmaba los documentos, se le hincharon las extremidades y se mostró incapaz de ingerir alimentos sólidos.

Aun así, lo que más martirizó los meses finales de un hombre que «no podía tolerar una sola pequeña mancha en la pared» fue su incapacidad de cuidar la higiene personal. «Sufría de incontinencia, lo cual, sin ninguna duda, constituía para él uno de los peores tormentos imaginables, teniendo en cuenta que era uno de los hombres más limpios, más ordenados y más pulcros que vio jamás el mundo... El mal olor que emanaba de estas llagas era otra fuente de tormento, y ciertamente no la menor, dada su gran pulcritud y aseo», narró Jehan Lhermite, sin escatimar en detalles escabrosos. Su personalidad obsesiva traía aparejado un celo excesivo por la higiene personal. El doctor Marañón sostiene, para su consuelo, que durante este tiempo, dado el estado de semiinconsciencia del enfermo, pudo padecer anosmia, por lo que no percibiría el mal olor.

El nauseabundo estado que rodeó su agonía ha hecho surgir con los años el mito de que la causa final de su muerte fue la pediculosis, es decir, una infestación de la

piel por piojos que causa una irritación cutánea. La anécdota está presente en una decena de libros sobre curiosidades históricas. Pero, si bien no es extraño que el rey pudiera ser víctima de los piojos, sobre todo en ese estado de falta de aseo, la teoría de la invasión de estos parásitos como causa del fallecimiento suena a broma del destino en el mejor de los casos. Con leyendas así, lo mejor es desconfiar de su verosimilitud. La interminable lista de afecciones registradas por el monarca justifica de sobra su ocaso físico sin necesidad de recurrir a unos piojos magnicidas.

En la madrugada del 12 al 13 de septiembre Felipe II entró en mortal paroxismo después de más de cincuenta días de agonía. Antes del amanecer volvió en sí y exclamó: «¡Ya es hora!». Saber que iba a morir consciente, como era su deseo, avivó una ligera sonrisa en el rostro del rey. Le dieron entonces el crucifijo al que habían muerto agarrados sus padres, y también lo harían las siguientes generaciones de reyes chiflados. A las cinco de la mañana, con el canto de los niños del seminario de fondo, cayó la cabeza del primer imperio global. En su testamento dejó escrito que se empleara un ataúd fabricado con los restos de la quilla de un barco desguazado, cuya madera era incorrupta, y pidió que le enterrasen en una caja de cinc que «se construyera bien apretada para evitar todo mal olor». Otra prueba de cuánto le importaba su higiene, incluso después de muerto.

FELIPE III, UN LUDÓPATA SIN PASIÓN



DIVERSIÓN, DIVERSIÓN Y CORRUPCIÓN

Permanecía el rey recostado en su silla como un monje fatigado y triste que busca respuestas en la oración... Salvo que Felipe III, el rey abúlico, no tenía nada que hallar. El silencio le susurraba pocas cosas. Tras dedicar su existencia a las diversiones y a metas frívolas, había hecho aparición en su cabeza un corrosivo sentimiento de culpa. Era el remordimiento por no haber cumplido con las expectativas del reino y por haber confirmado la sospecha que martirizó a su padre en el verano que culminó con su muerte. «Dios, que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de regirlos», se lamentaba el Rey Prudente, consciente de que la salud del único hijo varón que le sobrevivió era limitada. Su capacidad como gobernante, aún más.

De la generación de los reyes huérfanos, que se criaron con padres ausentes o fallecidos, se retornó a la de los príncipes mal criados. Nacido en 1578, Felipe III fue el cuarto hijo de Anna de Austria y tal vez el que menos papeletas tenía de llegar a adulto. El niño creció enfermizo, enclenque, con un carácter indolente y el cuerpo lleno de herpes. Se atribuía esta debilidad física a haber sido amamantado por una mujer de mala salud, aunque lo más probable es que fuera otra víctima de la alta dosis de consanguinidad acumulada. No se puede olvidar que Felipe III era el fruto de un matrimonio entre una sobrina y su tío, que ya de por sí eran, tanto en el caso de Felipe II como de Anna, el resultado de matrimonios entre primos hermanos.

Precisamente por lo precario de su salud, la educación del joven príncipe fue descuidada y el Rey Prudente prestó más atención en esos años de formación a su hija predilecta, Isabel Clara Eugenia, que permaneció soltera hasta poco antes de la muerte de su padre. Como los futbolistas que calientan en la banda, la infanta se preparaba por si tenía que saltar en el último minuto e incluso ejercía labores de gobierno cuando los ataques de gota dejaban inválido a su padre. En varias cortes europeas surgió el rumor de que «Su Majestad estaba loco y que a esta causa la señora infanta firma las cartas, teniendo el gobierno en su mano». La locura siempre era una sospecha habitual en lo que a los Austrias se refería.

Pues bien, el joven sobrevivió a todos sus hermanos varones y, estando próxima la muerte de Felipe II, hubo que aceptar que él sería el heredero. El rey intentó

enmendar entonces la deficiente educación del príncipe, constantemente interrumpida por pequeñas enfermedades, a través de larguísimas instrucciones a las que el joven asentía con fingido interés. Nadie podría reprocharle falta de obediencia o disposición, pero en verdad su capacidad de concentración estaba acotada. García de Loaysa, limosnero real y capellán mayor, fue el maestro del joven y uno de los primeros en advertir al padre de que tenían entre sus manos arcilla aguada, esto es, a un chico poco espabilado. Su elección como preceptor había obedecido, al igual que el resto de los hombres del príncipe, a que era alguien de la plena confianza del monarca. Antes lealtad que calidad. Tras el desastre en el que había devenido la crianza de don Carlos, el Príncipe Maldito, Felipe II se prometió no volver a cometer los mismos errores y experimentar lo justo, aunque con ello acaso tuviera que entregar a su hijo a un grupo de mediocres.

¿Poco capacitado o mal educado? Se ha concluido de forma errónea que la raquíta capacidad del príncipe para concentrarse en los asuntos de gobierno era la consecuencia de una dotación intelectual escasa o mediocre. «Casi en el umbral de la deficiencia mental», señala Francisco Alonso-Fernández. Pero eso no es lo que se intuye de sus avances escolares, que en varias materias superaban a los de su padre a su misma edad. Felipe III aprendió pronto a leer y a escribir y sorprendió a todos con su precoz interés por las matemáticas, el arte y la música. Pintaba, cantaba y tocaba la viola de gamba de forma notable. Además, en contraste con los problemas de Felipe II para aprender francés (lo mismo se puede decir de Carlos V con el castellano), el joven ya hablaba y leía esta lengua a los dieciocho años gracias a las clases de Jehan Lhermite.

Felipe III no era tonto o lelo en lo que se refería a su capacidad mental, si bien era un manojo de inseguridades que terminó conduciendo a la apatía hacia los asuntos políticos. Con su educación castradora —al principio simplemente descuidada— el padre se había encargado de que su hijo viviera para complacerle, lo que le dejaba como alguien demasiado sumiso incluso para su gusto. En un codicilo secreto añadido a su testamento, en 1594, Felipe II ordenó que su hijo no ejerciera un poder ejecutivo hasta que tuviera veinte años y que, hasta ese momento, fuera una junta formada por gente de su confianza quien tomara las decisiones en sus reinos. Esta humillante disposición representaba un hecho insólito incluso para un hombre tan desconfiado como el Rey Prudente, pues él mismo había recibido responsabilidades regias siendo un adolescente, y había forcejeado con las cortes castellanas cuarenta años antes para que su hijo mayor, el chiflado don Carlos, reinara inmediatamente después de su muerte. Aquí, en la desconfianza hacia su hijo, volvía a aparecer la sombra de don Carlos.

¿Sospechaba Felipe II que su nuevo heredero pudiera revelarse también una mente trastornada? Tal vez sí. El coeficiente de consanguinidad era prácticamente el mismo. Pero mientras el rey le profesaba desconfianza, se amontonaban en su escritorio los informes favorables al carácter de Felipe III. Según los hombres a cargo

de su educación, el joven era muy religioso, devoto, buen cazador y «en todas sus pláticas y acciones muy templado». Parecía todo lo contrario de lo que había acabado siendo su hermano mayor, salvo que, en opinión de Juan de Silva, conde de Portalegre, también era «más inmaduro que don Carlos». Dado que en ningún caso se podía decir que el Príncipe Maldito estuviera muy sobrado de madurez o de inteligencia, esto significa que Felipe III era realmente muy tonto o que, más bien, el juicio de Juan de Silva estaba marcado por la exagerada timidez del príncipe.

En este sentido, los tutores del joven recomendaron en una extensa carta al rey, en 1595, que se le animara a que hablara más con los señores y criados de la corte, «trabando pláticas de guerra con los que han sido capitanes o de gobierno con los que lo han tenido». Y por si no había quedado suficientemente claro el mensaje, se atrevían a señalar al monarca que debía enseñar a su hijo a ser más afable y a responder «con risa y buen gusto». El adolescente debía reír más, aunque fueran risas enlatadas o las trajera ensayadas de casa.

Con lo de las risas Felipe II, refunfuñón por naturaleza, podía hacer poca cosa, pero de las demás cuestiones el rey tomó buena nota. A partir de ese año, el heredero al trono asumió cada vez más responsabilidades. Asistía todos los días al Consejo de Estado durante una hora, aunque rara vez se le intuyó interesado por lo que allí se decía. Un año antes de que falleciera su padre, Felipe III estaba ya plenamente introducido en el gobierno y en la vida pública, si bien seguía siendo el monarca el que decidía las líneas maestras entre bastidores. Lo hacía a través de Cristóbal de Moura, un portugués que había ido ascendiendo lentamente hasta situarse a la cabeza de los cortesanos que debían conducir la transición de poderes entre padre e hijo. Desde la atalaya que le dispensaba su cargo, Moura fue de los primeros en distinguir la influencia que uno de los nobles de la casa del príncipe ejercía sobre el joven: Francisco de Sandoval y Rojas, Lerma, a la postre el ladrón del reino.

EL NOBLE QUE HIPNOTIZABA A LAS GALLINAS

La figura del conde de Lerma resultaba casi hipnótica para el príncipe. No es que fuera un hombre brillante o un encantador de serpientes (para Felipe III bastaba uno de culebras o de gallinas). Era el resultado de rodear al joven de mediocres y aburridos, haciendo que la única personalidad que brillaba levemente, Lerma, marqués de Denia, fuera visto con fascinación por el futuro Felipe III. Para empezar porque tenía más edad que el resto de los gentileshombres que acompañaban al príncipe en su formación, pues Lerma era un superviviente de la casa de don Carlos, donde ejerció el puesto de menino. Es decir, se sabía unos cuantos trucos a la hora de engatusar a jóvenes monarcas, sobre todo con aquellos tan permeables como el obediente hijo de Felipe II.

Cristóbal de Moura persuadió al rey de que alejara de su hijo a aquel cortesano

que quería «apoderarse de sus consejos y persona». Felipe II ofreció así a Lerma el cargo de virrey de Perú, lo cual significaba un lucrativo destino, así como incentivos económicos en caso de que dudara en cruzar el charco. Y sí, se negó a alejarse tanto del príncipe, pero aceptó trasladarse a Valencia como virrey de este territorio. A los dos años, sin embargo, el conde ya estaba de regreso en la corte y el príncipe Felipe ya estaba pidiendo a su padre nuevas mercedes para él. Al igual que le había aconsejado su padre medio siglo antes, Felipe II advirtió a su hijo sobre los peligros de permitir que uno de los nobles se metiera muy adentro de la gobernación:

Un príncipe como vos se ha de servir de todos y de cada uno en su oficio, sin sujetaros a nadie ni dejaros gobernar conocidamente de ninguno, sino oíd a muchos y reservad el secreto necesario a cada uno, para hacer elección de lo mejor con libertad, como dueño y cabeza de todos; y esto os dará reputación, y lo contrario os la quitará; pues en lugar de mandar, que es vuestro oficio, seréis mandado por falta de resistencia para hacerlos respetar.

Felipe II anuló poco antes de su muerte el codicilo secreto que limitaba el poder de su hijo hasta que pasaran unos años (de hecho ya tenía la edad acordada) y se preparó para la muerte creyendo que su hijo iba a mantener a Moura en labores de privado. No iba a ser así, porque Lerma se negó a soltar a su presa. Cuando murió el rey, por tratarse de un príncipe jurado, la sucesión fue automática, al igual que el ascenso de Lerma, que al año siguiente, en 1599, ya había sido elevado de conde a duque, entrando así en el exclusivo club de los grandes de España. Felipe III sustituyó inmediatamente a quince secretarios reales y apartó en cuestión de pocos meses a los fieles servidores de su padre. Uno a uno, personajes como Moura o Juan de Idiáquez fueron retirados de la primera línea hasta que Lerma congregó una cantidad de poder que resultaba desconocida en un mismo ministro desde los tiempos de Enrique el Impotente. Estas decisiones tal vez se intuían a ojos de los más optimistas como un arranque de temperamento, una forma de sacudirse a los guardianes que le había legado su padre. Pero el tiempo iba a certificar que era precisamente lo contrario: Felipe III había sustituido la obediencia hacia su padre por sometimiento a un noble. «Hace cuanto quiere y en lo que quiere y si deja de ser es porque no quiere [...]. Solo él dispone de la voluntad del rey y quien no va por su conducto, negocia mal o tarde», apuntó el padre Sepúlveda sobre la influencia del duque.

Había nacido un genio. Un genio del mal. O al menos eso revela lo que Jonathan Swift marca como símbolo del surgimiento de un verdadero genio: «Lo reconoceréis porque todos los necios se conjuran contra él». Así fue con el duque de Lerma, aunque no obligatoriamente eran necios. La única hermana viva de Felipe II, María, y el embajador imperial, Hans Khevenhüller, vertebraron un grupo de oposición contra los abusos del noble castellano, al que pronto se unió la reina, Margarita de Austria. Además de a sus secretarios y ministros, su padre se había encargado de elegir antes de su muerte a quien debía ser la esposa de Felipe III. No le faltaron candidatas. El nuevo rey podía considerarse un sujeto apuesto, de aspecto agradable, piel pálida,

pelo rojizo, ojos azules y con el labio inferior característico de los Austrias no tan marcado como Carlos V o Felipe II. Pero dos cosas lastraban su apariencia: tenía tendencia a engordar y era de baja estatura debido a su crecimiento anómalo (medía 1,44 metros en 1591; 1,64 metros en 1594 y 1,73 en 1598).

Una vez más, el rey se decantó por reforzar las relaciones con la rama centroeuropea de los Austrias, eligiendo a una de las hijas del fallecido archiduque Carlos de Estiria, el último hijo varón del emperador Fernando I de Austria. Pese a morir relativamente joven, Carlos tuvo quince hijos, al igual que su padre: la oferta era amplia y variada. Así las cosas, se suele poner como ejemplo de la sumisión de Felipe III a su padre una anécdota completamente novelada, bastante ilustrativa, sobre cómo se eligió a la nueva reina de entre las cuatro hijas del fogoso archiduque. Las opciones pasaban por Catalina, Gregoria, Leonor y Margarita. Siendo Leonor descartada desde el principio por su mala salud, la disputa quedó entre las otras tres, que mandaron retratos suyos a Madrid para que allí decidieran cuál era la más hermosa. Lo mismo daba una que otra a nivel político, por lo que el rey permitió a su hijo que se diera el gusto de elegir a la que más atractiva le pareciese. Y ni en eso puso interés. Según se cuenta, Felipe contestó:

Yo, padre, no tengo más elección que el gusto de Vuestra Majestad, quien se ha de servir de elegir, estando cierto que la que vos escogiereis, esa me parecerá la más hermosa, y sin esta circunstancia no me parecerá la más perfecta.

La indiferencia de Felipe III habría llevado a su padre a decidirse, simplemente, por la mayor de las hermanas, Catalina, cuya muerte prematura hizo que se reanudara la búsqueda. Más allá de leyendas y cuentos, parece ser que el príncipe sí mostró su preferencia por una de las hermanas, Margarita, mientras que su padre prefirió respetar la jerarquía que establecía la edad y, tras la muerte de Catalina, eligió a Gregoria, cuyo cuadro apenas lograba esconder su hombro deformado y su cara llena de cicatrices. Felipe iba camino de casarse con la jorobada de Graz cuando esta también falleció de forma súbita. La mala salud de Leonor, famosa por su mal genio y su inteligencia limitada, desvió a su vez la elección a la favorita del príncipe, Margarita de Austria-Estiria. Bella (para los estándares de la época), con una exquisita educación intelectual y, sobre todo, buena salud, Margarita terminó siendo del agrado de toda la corte española, salvo del duque de Lerma.

Margarita de Austria-Estiria se convirtió casi desde el principio en la cabeza visible de la oposición a Lerma y su red de corrupción. No pudo sumarse a este grupo, aunque tampoco está claro que hubiese querido, la hija favorita del fallecido Felipe II, Isabel Clara Eugenia. La joven poseía «una rara belleza», lo que en este caso significaba que sus facciones eran demasiado similares a las de su regio padre, y empezaba a ser carne de convento cuando el rey se decidió a casarla al fin con el yerno perfecto, o al menos aquel que tenía más a mano. ¿Quién mejor que el sobrino (también era su cuñado, por cierto) favorito del rey, Alberto de Austria, para casarse

con su hija predilecta? Desde su llegada a España en 1570, el hijo de Maximiliano II fue promocionado para compatibilizar la carrera eclesiástica —fue nombrado arzobispo de Toledo (1584)— con la política como virrey de Portugal (1583-1593) y posteriormente como gobernador de los Países Bajos. Viendo cercana su muerte, el rey dispuso que Alberto e Isabel se casaran y recibieran como dote la soberanía de los Países Bajos, donde a esas alturas estaba dispuesto a cambiar de estrategia. Solo un príncipe con sangre real podía frenar los sucesivos episodios de rebelión y traer la paz.

EL DÍA QUE UN CARDENAL SE CASÓ CON UN EMBAJADOR

El compromiso de Isabel Clara Eugenia coincidió con el acuerdo matrimonial de su hermano, lo que llevó al papa Clemente VIII a ofrecerse a officiar las bodas dobles. Tras renunciar a sus dignidades eclesiásticas, Alberto se dirigió a Italia, donde se encontró con su prima Margarita en su ruta hacia España. Las órdenes portadas por el archiduque pasaban por acompañar a la futura reina de España y a su madre, María Ana de Baviera, hasta Ferrara y luego a la península. Ni a Margarita ni a su madre les causó buena impresión el archiduque en un principio, estimándole el peor de los hijos del fallecido Maximiliano II. El paso de los días y la presencia de músicos entre el séquito de Alberto convencieron a las dos austriacas de que aquel no podía ser el peor de los hijos del emperador, sobre todo cuando entre ellos se contaba el extraño Rodolfo II.

En Ferrara, el papa Clemente VIII recibió a los tres con gloriosas fiestas que, saltándose el luto por la muerte de Felipe II un par de meses antes, precedieron a la boda doble. Primero tuvo lugar la de Felipe III, representado por el propio Alberto, y Margarita; y después la de Alberto con Isabel, representada por el embajador español ante la Santa Sede, el duque de Sessa. A Alberto le tocaba hacer de novio por dos veces en un día, lo cual era algo molesto pero no tenía punto de comparación con el papelón de Sessa, al que le tocó ocupar la posición de Isabel Clara Eugenia. No obstante, aún no se destilaba aquello de «ya puede besar a la novia», para fortuna de ambos. Como regalo de boda, el papa entregó a Margarita una carroza parcialmente dorada con seis maravillosos caballos, entre otros extravagantes regalos de oro.

Las dos parejas ratificaron sus bodas en Valencia, ya con todos los cónyuges presentes. Alberto visitó en Madrid a su madre y a su hermana, que seguían viviendo en el monasterio de las Descalzas Reales, recogió a su esposa y, tras la ceremonia en Valencia, viajaron a Italia. El periplo de los recién casados hasta Bruselas estuvo salpicado de muchas anécdotas. «Y como soy tan borracha me lo dieron a mí; y en verdad que poco a poco creo lo he de ser», bromeó en sus notas Isabel, sobre la costumbre de los campesinos suizos de entregarle botas de vino como obsequio. Lo cierto es que la hija de Felipe II no había salido nunca del país, a pesar de sobrepasar

ya los treinta años, y quedó extasiada con los paisajes europeos y con su nuevo hogar. Escribió al duque de Lerma, a propósito de su llegada a Flandes: «Esta tierra es lindísima si no estuviera tan destruida, que es la mayor lástima del mundo».

Mientras esperaban en vano la llegada de un heredero, Isabel y su primo trabajaron durante años para reconstruir el país y restablecer la paz, siendo en este periodo cuando se empezaron a definir con claridad las fronteras entre Bélgica y Holanda. No tuvieron tanto éxito en lo de engendrar un hijo como en la política. La soberana de los Países Bajos organizó novenas y procesiones pidiendo que Dios le concediera un hijo, e incluso visitó la iglesia de Nuestra Señora de Laeken, cuya leyenda afirmaba que la Santa Virgen señaló con un cordón el lugar donde quiso que se erigiera la iglesia y ahora este curaba a aquellas mujeres con problemas para tener hijos. Ninguno de estos remedios le funcionó. Con la muerte del archiduque Alberto, en 1631, quedó sellado que los Países Bajos iban a volver a manos del rey de España. Isabel falleció dos años después sabiendo que las decisiones de su sobrino Felipe IV, al que ni siquiera conocía, conducirían al país a una nueva guerra. Lo hizo agarrada al crucifijo que su padre heredara de su abuelo y este de su esposa.

Isabel Clara Eugenia estaba demasiado lejos y demasiado ocupada en la política flamenca como para seguir la lucha entre la facción de Lerma, casi una banda criminal, y los hombres afines a Margarita, quien llegó a exclamar desesperada: «Mejor monja en Graz que reina en España». Lo gracioso del asunto es que Felipe III también parecía estar demasiado ocupado para prestar atención a esas intrigas que le tenían a él como epicentro. El rey concentraba sus horas en fiestas, interminables jornadas de caza —afición que heredó de su padre—, la cría de caballos, la danza, la música y los juegos de naipes. En este sentido, al igual que su malogrado hermano don Carlos desarrolló una fuerte adicción al juego, tan pronunciada como una ludopatía adictiva. Jugando a las cartas perdió grandes sumas de dinero ante importantes cortesanos, entre ellos el propio duque de Lerma, y modificó de forma caótica sus horarios. A la hora de la comida su comportamiento también era algo compulsivo. Su gula era parecida a la del abuelo Carlos. ¡Algo tenían que tener en común!

El transcurso de los años no despertó al monarca de su apatía. Lo que sí que despertó en él fue un sentimiento de culpa por haber fallado a su padre y, por tanto, a la causa católica. Con el consentimiento del rey, Lerma había firmado tratados de paz con reyes herejes, como Enrique IV de Francia o Jacobo I de Inglaterra, así como una tregua con las Provincias Unidas de los Países Bajos. Esta política de pacificación —conocida como la Pax Hispánica— dio un respiro a las arcas españolas, que en 1596 habían sufrido la tercera suspensión de pagos del siglo XVI, a costa de remover la conciencia de Felipe III. Las severas directrices de su tutor, García de Loaysa, y el afán por imitar a su padre convirtieron a Felipe III en un hombre profundamente religioso. Sus contemporáneos le apodaban Felipe *el Bueno* y Felipe *el Piadoso*, tanto por su bondad como por su fervor católico. Esta religiosidad venía acompañada de

creencias supersticiosas, que le condujeron en algunos momentos de su vida a tomar decisiones basadas en sortilegios relacionados con las fases lunares y la posición de los astros. Es decir, que las pocas veces que no decidían por él otras personas lo hacía siguiendo inspiraciones sobrenaturales.

Una de las pocas decisiones políticas achacables directamente a Felipe III, la expulsión de los moriscos, pudo estar condicionada por esta impregnación supersticiosa, así como por la influencia de su confesor, fray Luis Aliaga. El monarca decidió llevar hasta el final los planes que ni siquiera su padre se había atrevido a ejecutar: expulsar a más de 300 000 moriscos dispersos por la península, basándose en que Dios se lo había reclamado durante una oración. Las consecuencias económicas y demográficas fueron desoladoras, mucho más que en el caso judío. Los moriscos representaban aproximadamente el 4 por ciento de la población española, lo que suponía una importante disminución recaudatoria entre la masa trabajadora y una catástrofe para las zonas donde se concentraba la mayor parte de estos grupos. Se estima que, en el momento de la expulsión, un 33 por ciento de los habitantes del Reino de Valencia eran moriscos. Y si bien los perjuicios en Castilla no fueron evidentes a corto plazo, la despoblación agravó la crisis demográfica de este reino.

El cardenal Richelieu, enemigo eterno de la Monarquía Hispánica, escribió en sus memorias que la expulsión de los moriscos de España constituía «el acto más bárbaro de la historia del hombre». A duras penas se entiende hoy que, a esas alturas de la Edad Moderna, la Monarquía Hispánica se infligiera un daño así tan solo por un designio divino. Sin embargo, se distinguen otras razones y más intereses que los divinos detrás de la expulsión. El rey quedó espantado durante su boda ante la abundante población morisca presente en Valencia, si bien, su voluntad estaba siempre supeditada a lo que opinara Lerma, defensor de mantener la situación sin cambios. El duque contaba con lucrativos negocios en Valencia y solo cambió de parecer cuando la monarquía prometió compensaciones a los nobles que pudieran verse afectados por una deportación. Vio el negocio abierto y se lanzó a una empresa que también avalaba la reina. Margarita era partidaria de la expulsión, porque consideraba a esta población una amenaza contra la corona. Según los informes que manejaban los ministros del rey, los moriscos de la región aragonesa habían contactado con el rey de Francia, Enrique IV, para llevar a cabo una sublevación general con apoyo de barcos franceses. La mayor parte de los moriscos, además, seguía practicando la religión musulmana en secreto. Muchos ni siquiera hablaban castellano.

Tras un año de preparativos, los primeros moriscos expulsados fueron los del Reino de Valencia (el decreto se hizo público el 22 de septiembre de 1609), a los que siguieron los del resto de regiones hispánicas. La expulsión supuso un archivo de dramas humanos. Aquellos moriscos que sobrevivieron a los episodios de violencia que acompañaron la medida terminaron dispersados por el norte de África, en Turquía y en otros países musulmanes. Muchos campesinos moriscos se vieron

obligados entonces a convertirse en piratas berberiscos, que usaron sus conocimientos de las costas mediterráneas para perpetrar durante más de un siglo ataques contra España.

SANCHO PANZA CONTRA LERMA, CONFESOR CONTRA DUQUE

Aunque en el caso de los moriscos logró salirse con la suya, Margarita de Austria cosechó pocas victorias frente a los encantos de Lerma. Murió de sobrepeso cuando aún no había cumplido los veintisiete años, dejando en el mundo de los vivos a ocho hijos. De ellos, solo sobrevivieron y se hicieron mayores Felipe, el futuro Felipe IV, María —que casaría con Fernando de Hungría—, Carlos y Fernando, que sería cardenal. Los funerales de la reina se celebraron sin la presencia del rey, quien prefirió no interrumpir su interminable programa lúdico-festivo. Tampoco lograron gran cosa los otros opositores al todopoderoso duque.

Desde su retiro madrileño, María de Austria trató de advertir a su sobrino de lo perjudicial de dejar el reino en manos de un hombre que pretendía amasar una fortuna a costa del erario público. Lo intentó hasta su muerte, en 1603, con ayuda del embajador imperial, Hans Khevenhüller. Este se enfrentó en varias ocasiones directamente a Lerma, al que acusaba de querer dinamitar las relaciones entre Madrid y Viena en favor de un acercamiento a Francia, como iba a quedar más adelante confirmado con el matrimonio de dos de los hijos de Felipe III con franceses. Hans advirtió al valido del rey que del purgatorio no le podía sacar Felipe III, así como que esperaba que, ya que le tenía por persona prudente, cuerda y cristiana, obrara de acuerdo a ello. Pero lo cierto es que Lerma no tenía a veces nada de prudente y menos de cuerdo. Al morir el embajador, en 1606, el valido se cobró su venganza. La tardanza de los herederos de Hans en llegar a Madrid obligó a la justicia a poner en venta el palacio, según lo estipulado en el testamento. El primogénito de Lerma, el duque de Uceda, fue quien adquirió el edificio y todo lo que tenía dentro, valiéndose de las habituales artimañas de la familia para imponerse a sus rivales. Una valiosa vajilla que guardaba en Arganda fue empleada como obsequio del rey al sah de Persia.

La facción austriaca estaba desarbolada incluso cuando Lerma apenas había intervenido en su contra. No obstante, Hans Khevenhüller había señalado la clave para vencer a Lerma cuando advirtió sobre los peligros de dejarlo todo en manos de las cuestiones mortales. Felipe III no podía salvar del purgatorio a Lerma, al igual que el duque no podía salvar a su rey de ese mismo destino. Eso solo lo podían hacer sus confesores, que sacaron más partido que nadie al pánico que sentía Felipe III por la condenación eterna. El valido maniobró para que alguien de su confianza ocupara el puesto en 1608, creyendo que Aliaga, confesor suyo, le sería leal. Promocionó sin saberlo al que iba a mutar en su enemigo más acérrimo.

Sus rivales describían al dominico como avaro, glotón, lujurioso, grosero con los poderosos y despiadado con los pobres, aficionado a las corridas de toros, a la astrología y, tal vez, a la escritura de ficción. Según varias teorías todavía vigentes, Aliaga pudo ser el autor de *El Quijote* de Avellaneda, una novela de cierto éxito en el periodo, que seguía la estela de la obra de Cervantes e imitaba su tono. Al menos así lo creyeron varios de sus contemporáneos, que le apodaban *Sancho Panza* por los pasillos de palacio. Fuera o no el autor, lo cierto es que Miguel de Cervantes se sintió disgustado con esta mediocre imitación e indagó sobre su origen. En la segunda parte de *El Quijote*, Cervantes relata que durante una visión aparecen unos diablos del infierno usando el libro de Avellaneda como pelota, comentando uno que es tan malo «que si de propósito yo mismo me pusiera a hacerle peor, no acertara».

A partir de 1611, la guerra contra Lerma se hizo pública, sufriendo Aliaga ese año una crisis en su salud, pues, según los rumores, le habían «dado un bocado». O sea, habían intentado envenenar al confesor. Los lermistas lo negaron y le acusaron de haberse dado un atracón en una fiesta en el monasterio de Atocha. ¿Tanto temía Lerma su poder como para envenenarlo? Ningún mortal había en el reino capaz de desplazar a Lerma, ni siquiera Aliaga. Otra cosa era en lo tocante a Dios. En sus últimos años de vida, Felipe III entró en una fase melancólica donde se lamentaba de haber llevado una vida frívola y solo encontraba consuelo en la religión. Aliaga se valió de los temores del soberano para derribar una red casi criminal capaz de trasladar, con fines lucrativos, la corte dos veces de ciudad en menos de cinco años.

Lo más curioso es que el hijo de Lerma iba a ser el mejor aliado de Aliaga en esta guerra subterránea. Cría cuervos y te sacarán los ojos, especialmente si eres el jefe de las aves oportunistas.

LERMA, EL LOBO VIGILA LAS GALLINAS

El 10 de junio de 1603, un aparatoso entierro recorrió las calles de la corte, ahora en Valladolid, en dirección a la iglesia de San Pablo. La ceremonia parecía en su pompa la propia de un monarca fallecido, con los representantes de todas las órdenes del clero, del cabildo de la ciudad, los grandes de España, el arzobispo de Zaragoza y el cardenal de Toledo danzando detrás de un ataúd portado por doce frailes de San Pablo. Lo insólito es que no había ningún cuerpo en el ataúd, sino unos ladrillos cuyo peso equivalía aproximadamente al del cadáver de la duquesa de Lerma. Tras pasarse una semana debatiendo sobre dónde debía enterrar a su esposa, el duque de Lerma se decidió finalmente por Valladolid, para que aquel acto se convirtiera en un alarde de su poder. Todos los elementos facilitaron el plan, salvo el cadáver, que a esas alturas estaba en un estado de descomposición tan avanzado que hubo de ser enterrado antes de los actos fúnebres. El ataúd se rellenó con peso para que nadie sospechara y se reanudó la marcha como si tal cosa. Nunca unos ladrillos fueron tan llorados como

aquellos.

En esa España se hacía lo que el rey dijera, aunque su orden fuera la de enterrar unos ladrillos como si se tratase de los restos del emperador de China. Nada nuevo en la Europa de ese tiempo, si no fuera porque ese rey solo mandaba lo que le hubiera dictado antes el duque de Lerma, y a veces ni eso. Con la llegada al trono de Felipe III se interrumpió la serie de reyes españoles que gobernaron sin necesidad de delegar en validos o favoritos. Una práctica que conservaba un recuerdo amargo en Castilla, donde los accidentados reinados de Juan II y Enrique IV el Impotente permitieron que Álvaro de Luna y Juan Pacheco llevaran en su beneficio las riendas del país. Era la peor noticia posible. Sobre todo por la catadura moral del noble al que Felipe III decidió dar su reino, un carcelero vengativo.

Francisco de Sandoval y Rojas procedía de una familia a la que la suerte le había resultado esquiva en tiempos recientes. Su bisabuelo, don Bernardo de Rojas y Sandoval —segundo marqués de Denia y primer conde de Lerma—, fue nombrado gobernador y administrador de la casa de la reina Juana en 1518, lo que en su estado significaba ser su cuidador y carcelero en Tordesillas. El primer conde de Lerma se encargó de mantener sana a Juana y de que nadie externo presenciara sus locuras en vivo, pero nada aportó, salvo nuevas perturbaciones, para mejorar su estado mental. Poco se sabía de cómo tratar a este tipo de pacientes, resignándose Lerma a que al menos comiera y estuviera aseada, aunque para conseguirlo tuviera que mostrarse brusco y antipático con la legítima soberana de los reinos hispánicos. Carlos estaba agradecido por el trabajo del conde, si bien no faltaban criados y vecinos que «han dicho que yo tengo presa a Su Alteza». Esas acusaciones se basaban sobre todo en la falta de transparencia. El emperador había ordenado reducir al mínimo las personas que conocían la naturaleza de Juana, lo que dio lugar a especulaciones de todo tipo sobre lo que estaba ocurriendo entre las cuatro paredes de Tordesillas. Para cerrar la boca a todos ellos, el conde amenazaba por carta con sacar a la reina de paseo para que la vieran en su plenitud. No lo hizo, puesto que pesó más su lealtad al rey que su reputación.

Además de una labor ingrata, se trataba de un servicio alejado de los centros de poder. Y lo peor es que era hereditaria. Cuando falleció don Bernardo de Rojas y Sandoval a principios de 1536 le sucedió en el cargo su hijo Luis. Hasta la muerte de Juana, toda la familia se alojó en Tordesillas y tres generaciones, incluida la del padre del I duque de Denia, se criaron entre sus asfixiantes paredes. Al ser apresado el hijo chiflado de Felipe II, don Carlos, el padre del primer duque de Lerma fue designado también como uno de sus custodios. ¡Vaya especialización más rara para una familia! Mientras estuvo recluido en el Alcázar de Madrid, Lerma durmió dentro de la habitación de don Carlos hasta su fallecimiento «en sus brazos», y fue uno de los que llevó el féretro sobre los hombros. Lloró a su muerte, lamentando que su joven señor hubiera terminado tan trastornado como su bisabuela. Tantos años de trabajos ingratos hicieron que calara en la familia de Lerma el mensaje de que la corona

estaba en deuda con su estirpe. El heredero, Francisco de Sandoval y Rojas, se propuso cobrarse todas las deudas pendientes, más unas cuantas propinas como intereses.

El tercer conde de Lerma se casó con Isabel de Borja y Castro, la hija de San Francisco de Borja, con la que tuvo al aspirante a ladrón del reino, Francisco de Sandoval y Rojas. Sangre de los Borgia y de Fernando el Católico (hay que recordar que San Francisco de Borja era biznieto ilegítimo de ambos) para reclamar lo adeudado. Con el cadáver de Felipe II todavía caliente, el nuevo rey se encerró en su cámara con el marqués de Denia (Lerma) para abrir algunas escrituras secretas que le había dejado su padre y, cinco horas después, nombró miembro del Consejo de Estado a su confidente y amigo. Toda una declaración de intenciones en sus primeros minutos como rey. Y por si a alguien le quedaban dudas, en menos de cinco años el inexperto conde fue nombrado sumiller de corps (lo que le daba derecho a dormir cerca de él), caballero mayor y capitán general de la Caballería, un cargo creado para la ocasión. Además fue elevado al título de duque con grandeza de España.

A la edad de cuarenta y cinco años, cuando Felipe III le situó a la cabeza de todo, Francisco de Sandoval y Rojas carecía de experiencia política. Su única responsabilidad de Estado había sido como virrey de Valencia, un cargo que Felipe II le entregó precisamente para alejarle de la corte. Se antojaba una locura que aquel hombre, con unas capacidades políticas que se limitaban a saber manipular la voluntad del rey, se encontrara de repente a la cabeza del Imperio. A él eso no le preocupaba. Para hacerse asquerosamente rico, el duque de Lerma no iba a necesitar de experiencia ni de cualidades. Hans Khevenhüller enumera las aristas de su ambición:

Las mercedes que el rey hace cada día a los de Lerma, a sus adherentes y paniaguados, aunque son grandes, copiosas y aun exorbitantes, dañosísimas a su Real Hacienda y a todo el reino, no son bastantes a llenar su ambición y desordenada codicia y si las continúa algunos años como hasta aquí, brevemente no le quedará tuétano en los huesos.

Lerma extendió toda una red de influencia por los reinos hispánicos, con el lucro personal como meta. Después de deshacerse de los hombres de Felipe II, el heredero de aquella familia de carceleros repartió títulos y cargos entre los suyos hasta asfixiar a quienes se vieran tentados a protestar ante el rey. La estrategia del duque consistió en copar todos los oficios palatinos con familiares suyos. Dos hijos, un hermano, dos sobrinos, un cuñado y dos primos del noble fueron simultáneamente gentileshombres de la cámara. Felipe III se acostaba viendo *lermas* y se levantaba viendo más *lermas*. La reina sufría el mismo acoso. Solo entre sus damas de honor se contaban tres hijas, dos nueras y varias sobrinas de Lerma. De ahí que les cogiera tal manía.

En toda esta ecuación la gobernación del país era un asunto secundario, como demostraba el carácter del propio duque. Su interés por los asuntos de Estado tampoco era mayor que el del abúlico Felipe III. El rey ignoró completamente sus

responsabilidades políticas en los tres primeros años. Las respuestas del monarca a las consultas de los consejos reales, que vertebraban el gobierno imperial, tardaban una media de dos a tres meses en llegar a estos. A partir de 1602 la velocidad de respuesta del rey mejoró, aunque la lentitud y la inconstancia estuvieron siempre presentes en su gestión. Lerma, por su parte, sí que atendía con más celeridad las peticiones de estos órganos y del resto que conformaba la burocracia filipina, aunque él era más bien partidario de dejar hacer a la Administración. Una vez invadidos los consejos de gente afín a él y transmitidas sus directrices, Lerma no creía imperativo mantener una supervisión diaria. Compartía con Felipe III la distancia con las tareas propiamente de gobierno, la pereza, el afán viajero y la fe ciega en sus consejeros.

Más valía fiarse de los suyos que pasarse la vida rodeado de papelajos como Felipe II. Del mismo modo que era mejor llevarse bien con los miembros del Consejo de Estado que asistir a sus interminables sesiones. Estuvo presente en solo 22 de las 739 sesiones que el Consejo de Estado celebró entre 1600 y 1618. Un órgano, formado por los grandes de la nobleza española, que pasó de languidecer con Felipe II a agigantarse con el ascenso de su hijo, lo cual fue en detrimento del poder de Lerma. Aquí sí se primaron el talento y la experiencia por encima del favoritismo.

Lerma podía temer las decisiones del Consejo de Estado, porque estaba fuera de su control, pero a este órgano no le faltaban razones para temer tanto o más al valido. El mejor camino era llevarse bien con aquel hombre que susurraba a Felipe III lo que debía hacer. El lobo que vigilaba a las gallinas... Uno de los grandes de España, Alonso Pérez de Guzmán, duque de Medina Sidonia y responsable de estrellar la Grande y Felicísima Armada del rey contra las costas escocesas, instó a su heredero a casarse con la hija del valido cuando su ascenso al poder ya era un hecho. De la misma manera que Lerma era vengativo y solo buscaba su lucro, prefería pecar de generosidad con los grandes de España y con sus amigos antes que enfrentarse directamente con ellos.

En fin, que el trabajo de despachos no le agradaba. Más le gustaba codearse con los grandes y el ambiente cortesano. Los dos únicos asuntos que podían mover al duque a mancharse las manos con tinta eran las finanzas y la designación de cargos políticos y religiosos. Lo primero por razones obvias, y lo segundo porque, a falta de partidos políticos, la corrupción se sustentaba en el reparto de mercedes entre nobles. El duque promocionó caballeros de órdenes militares a personas que no se acercaban a los mínimos exigidos y, por tanto, se pasó por el forro polar la limpieza de sangre que sí primaría en el siguiente reinado. Justo lo que le faltaba al reino donde todos decían proceder de algún godo: más caballeros y más hidalgos. Luis Cabrera de Córdoba describe con claridad cómo empezó esta corruptela:

Se han dado más hábitos de las tres órdenes, después que Su Majestad heredó, que no se dieron en diez años en vida del rey su padre, porque dicen que pasan de cincuenta personas a los que se han dado, y que los más lo han alcanzado con poca diligencia.

TRASLADO DE LA CORTE: EL MAYOR PELOTAZO INMOBILIARIO DE TODOS LOS TIEMPOS

El valido acumuló así un botín millonario. Compró tierras, palacios, rentas, productos de lujo e infinidad de títulos y cargos. Al final del reinado, sus ingresos anuales estaban cerca de los 200 000 ducados y su patrimonio superaba ¡los tres millones de ducados! Él, que había heredado más deudas que rentas, había repetido una y otra vez el milagro de los panes y los peces. ¿Cómo había conseguido aumentar así su patrimonio? La venta de cargos y los beneficios de situar a gente afín a él en puestos influyentes ayudaban, y mucho; pero la gran fuente de beneficios de la red mafiosa de Lerma fue el pelletazo inmobiliario derivado de trasladar la corte de Madrid a Valladolid.

Felipe II había situado la corte en Madrid, sin que nadie planteara la necesidad de cambiar su ubicación en todo su reinado. Eso a pesar de que no había ley alguna que designara la villa como corte perpetua. Sea porque Lerma quisiera alejar a Felipe III de la única persona exenta del marcaje palaciego de su facción, la emperatriz María; o porque buscara sacar rédito económico de la operación, la verdad es que no había ley ni tradición que se lo impidiera. Los rumores sobre sus planes empezaron a cobrar vida a principios de 1600, coincidiendo con la llegada a Madrid de una comisión del Ayuntamiento de Valladolid con el fin de presionar al rey. Su misión era exponer las virtudes de Valladolid y las ventajas económicas que podía conllevar la mudanza. Los representantes de Madrid trataron de contrarrestar por todos los medios estas maniobras.

Uno de los dos enviados de Valladolid murió asesinado en esos días, aunque por razones ajenas a la política. La inseguridad de la villa y su insalubridad jugaban en contra de Madrid. O al menos lo habrían hecho si de verdad se hubiera dado un partido limpio entre Valladolid y Madrid. Lerma, que había nacido en Tordesillas, estaba resuelto a trasladar la corte sin esperar a oír los argumentos a favor y en contra, como revela el hecho de que en agosto de ese año tomara posesión de su oficio de regidor de Valladolid y un mes después comprara el mejor palacio de la ciudad. Las ofertas y contraofertas de los respectivos ayuntamientos, que ocuparon el resto del año 1600, solo valieron para rascar más ventajas a Valladolid. Ya antes de aquellas negociaciones, Lerma había convencido a Felipe III de la necesidad de mudarse de Madrid cuanto antes. Le insistió en que sus malas condiciones higiénicas estaban poniendo en riesgo la salud de todos los cortesanos y sirvientes, aprovechando los efectos de una epidemia de peste que azotó la urbe a principios de ese verano. La peste «picó» la ciudad de forma leve, pero el duque exageró los datos y preparó una solemne entrada del rey en Valladolid, el 19 de julio, como queriendo escenificar que acudía allí a refugiarse de la pestilencia madrileña. Lerma ya estaba haciendo carburar sus negocios inmobiliarios en ese momento.

Frente a los rumores y la incertidumbre, el Ayuntamiento de Madrid recurrió a los medios más lastimosos. Las actas municipales recogen con claridad la petición de «chantajear la conciencia» del monarca hablando con sus confesores y predicadores, así como ofreciendo dinero a quienes «supliquen a Su Majestad» que «no se hiciera mudanza de la corte». Además, los representantes municipales no se olvidaban de que todo pasaba por untar primero a Lerma:

Se le pida licencia (al rey) para ofrecer al señor duque de Lerma una casa para que se avecinde en Madrid o cien mil ducados para ello, quedándose la corte en esta Villa hasta que se desempeñe dando a esta Villa facultad para poder usar de los medios que pareciere.

Los sobornos madrileños no bastaron para igualar los beneficios que el pelotazo urbanístico iba a suponer para las arcas de Lerma. Tal vez ni siquiera superaban los que Valladolid había ofrecido. A finales de verano, Lerma susurró al oído del rey la decisión y Felipe III la dijo en alto: la corte se trasladaría a Valladolid en la primavera de 1601, con el objetivo de «desterrar a los vagabundos y los ociosos de la corte» y revitalizar la economía de Castilla la Vieja. Pretendía con ello dejar atrás a los ociosos, como si la corte del rey más vago no fuera capaz de producirlos por sí misma. Creyendo que así frenaría su llegada, se prohibió la entrada en Valladolid a cortesanos que no fueran imprescindibles, así como a viudas, y se autorizó, eso sí, el acceso de artesanos y prostitutas. Los primeros «por la necesidad que hay de ellos», y las segundas «por excusar otros inconvenientes».

Aquel desembarco babilónico sentó regular a las vallisoletanas, que, según recoge Pinheiro da Veiga en su *Pincigrafía*, intercambiaron insultos con las cortesanas, «llamándose unas a otras hijas de putas e hijas de padres traidores». La plaga de pícaros que surgió en la nueva corte empujó al rey a prohibir la limosna a hombres y mujeres sanos, que estuviesen en edad de trabajar. Además, si en quince días los pedigüeños seguían sin tomar oficio serían desterrados en el caso de las mujeres y condenados a cien azotes y desterrados por cuatro años si eran hombres. Ante el poco éxito de las amenazas, años más tarde se les condenó en todos los territorios a ser marcados a fuego, en espaldas o brazos, para descubrir y enviar a galeras a los reincidentes.

Los daños económicos del traslado de la corte fueron de gravedad para la meseta sur y dejaron a muchas familias arruinadas. Un monje anónimo residente en la Cartuja de Miraflores se lamentaba de que «están destruidos los labradores de La Mancha y Reino de Toledo, por haberles tomado por la mudanza de la corte los carros y recuas cuando las habían menester para sus labores y no haberles pagado lo que merecían». Tanta población ganó Valladolid como perdió Madrid. Se estima que más de 40 000 personas se mudaron de ciudad de golpe y porrazo, con la consiguiente subida en la demanda de viviendas. Los cortesanos tuvieron que apiñarse en casas y posadas.

En contraste con el auge vallisoletano, Madrid sufría los desperfectos de la

desbandada. Mientras el precio del suelo subía de golpe en la nueva corte, en Madrid la demanda de viviendas se desplomó, lo cual fue aprovechado por Lerma para comprar todas las casas que ocupaban el terreno que va de la actual plaza de Neptuno hasta Atocha. Cabría pensar, por tanto, que el Ayuntamiento entorpecería esta maniobra urbanística, si no por decencia, al menos, como venganza por la mudanza de la corte. Nada más lejos de la realidad. Los regidores madrileños habían aprendido la lección: lo que el duque quiere, el duque obtiene; y prefirieron facilitarle sus operaciones en la zona de Neptuno. Así reclamaron, por sugerencia del valido, que se desplazara el Hospital General al lugar donde estaba el Albergue de Pobres, en Atocha, de modo que los terrenos del primero se pudiera vender también.

¿Qué podía estar moviendo a Lerma a aprovisionarse de tantos terrenos en Madrid? Con la emperatriz María fallecida y los regidores madrileños domesticados, el valido de Felipe III ya planeaba la forma de regresar a Madrid y, de paso, lucrarse en el proceso. Como si España fuera Bill Murray atrapado eternamente en el Día de la Marmota, el procedimiento para volver a mudar la corte fue un calco del ocurrido en 1601. Los rumores prendieron en la primavera de 1605, con la misma excusa: falta de salubridad en Valladolid. El concejo madrileño tuvo que pagar un elevado coste por el nuevo traslado al año siguiente, una única cantidad económica y un porcentaje de los pagos por alquileres, pese a lo cual el duque se presentó ante ellos como el «conseguidor» que había hecho posible la mudanza. Aquí repitió la operación urbanística y volvió a dejar a su espalda una ciudad arruinada. Valladolid no tenía ni siquiera fondos con los que pagar las obras de ampliación aún en marcha.

LA REBELIÓN DE LOS CONFESORES Y EL LADRÓN QUE SE VISTE DE COLORADO

Lerma salía impune de todos los desaguizados que creaba. Sin embargo, en junio de 1604 sembró la primera semilla de su caída al designar a Pedro de Mardones como confesor del rey. Al igual que le pasaría años después con Luis de Aliaga (designado en 1608), Lerma calculó mal la lealtad del confesor y la permeabilidad de Felipe III a cualquier recomendación que viniera avalada por Dios. Mardones odiaba con fuerza a dos de los servidores más cercanos del duque, Rodrigo Calderón y Pedro Franqueza, y aunó fuerzas con la reina para orquestar su caída.

Pedro de Mardones estaba un poco sordo, literalmente, lo cual no es recomendable en el sutil oficio de confesor, pero supo actuar con independencia y abrir la primera brecha en el monopolio de Lerma. Así las cosas, el valido consiguió alejar a Mardones forzando su nombramiento como obispo de Córdoba. Había esquivado la primera bala, sin aprender la lección. Le sucedió a partir de 1606 fray Jerónimo Javierre, que, cuando empezaba a enseñar las uñas, murió inesperadamente entre rumores de envenenamiento. Segunda bala. Lerma estaba escogiendo a

confesores que consideraba de su plena confianza y que luego le traicionaban. Tal vez no entendía que dentro del confesionario no estaban un hombre de Lerma y el rey, sino Dios y el rey. O al menos así lo creía Felipe III. La tercera bala fue la definitiva.

El aragonés Luis de Aliaga cerró los ojos al cadáver de Javierre y le sucedió en el cargo. En sus recomendaciones, Aliaga instó al rey a que «gobierne por su persona con sus Consejos, porque no cumple de su conciencia de otra manera», y además alejara de sí y de su familia al infame Rodrigo Calderón. El colaborador más cercano y oscuro de Lerma, al que encargaba las tareas donde ni él quería mancharse las manos, gozaba fama de hombre tenebroso. Cuando la reina Margarita murió durante un parto, en octubre de 1611, Calderón fue acusado de haber utilizado brujería contra ella. Era, asimismo, la réplica a los rumores lermistas de que Aliaga mantenía inerte al rey gracias a hechizos.

Felipe III había tratado de reconciliar a Aliaga y Lerma, mas incluso él iba a verse obligado a tomar partido tarde o temprano por uno de los bandos. Los ataques de Lerma cada vez sonaban más crudos: hechicero, glotón... y ahora acusó al confesor de mantener tratos carnales con una monja. Nada de esto afectó al prestigio del dominico, que fue sumando nuevos aliados, entre ellos el duque de Uceda. El hijo de Lerma empezó a reunirse en secreto con su padre a partir de 1615. Si bien es cierto que el distanciamiento con su padre era un hecho desde la muerte de su madre, sorprende la hambrienta actitud de Uceda, quien tal vez olió antes que nadie la debilidad del patriarca y se decidió a reconciliarse para luego ocupar su lugar. «Todo parece indicar que el tiempo del viejo favorito se acaba», comentó un fraile al conde de Gondomar.

A cada uno de estos golpes políticos, Lerma contestaba fingiendo o tal vez exagerando enfermedades, buscando con ello despertar lástima en el rey. A modo de estrategia, Francisco de Sandoval y Rojas solicitó de Roma el capelo cardenalicio para protegerse de cualquier proceso judicial, puesto que el clero gozaba de inmunidad eclesiástica. «Para no morir ahorcado, el mayor ladrón de España se viste de colorado», rezaba una copla que corrió por Madrid. Sin embargo, no era la primera vez que el duque sentía, o al menos fingía oír, la llamada religiosa.

Tras el fallecimiento de su esposa en 1603, empezaron a correr rumores de que pensaba dejarlo todo y meterse a franciscano. El historiador Alfredo Alvar Ezquerra, sin embargo, resta credibilidad a estos rumores y los achaca a una «autoexaltación al estilo de su abuelo, San Francisco de Borja», que no pasaba de ser un producto pasajero derivado de la depresión. Lerma cayó en un largo estado de depresión con ciertos picos coléricos, aunque en ningún momento hizo amago de dejar sus responsabilidades políticas.

El duque tuvo que retirarse al fin de la vida política en 1618, cuando ya como cardenal fue obligado a dar un paso atrás. Desde hacía dos años estaba desatendiendo sus obligaciones palaciegas, y con su designación como cardenal Felipe III le invitó a retirarse a descansar y a disfrutar de las mercedes que le había hecho.

Su despedida estuvo rodeada de silencios incómodos y de cierto aire crepuscular. El 2 de octubre de 1618, Lerma acudió al Real Palacio de El Escorial y, tras horas hablando con Felipe III en privado, salió lloroso y convencido de que, ahora sí, había perdido su confianza. Al día siguiente, el cardenal hizo el equipaje y marchó en dirección a Madrid. Semanas después dos cometas atravesaron los cielos de España en lo que fue interpretado como un pésimo presagio, porque los asteroides cayendo eran «una de las señales más fuertes y terribles que Dios ha mostrado desde el Diluvio acá cuando ha querido castigar al mundo». Bajo el reinado de un hombre tan supersticioso como Felipe el Bueno, las calles madrileñas se llenaron de proclamas apocalípticas. Todo se estaba perdiendo.

En medio de aquel apocalipsis de chicha y nabo, la alianza entre Aliaga y Uceda duró menos que un amor de verano. O lo que es lo mismo, el tiempo que tardaron en despedazar a su enemigo común. En ausencia de Lerma, Aliaga controló los consejos y el mundo administrativo, mientras Uceda desempeñó el papel de valido y de figura palaciega. Estaban destinados a chocar en algún momento. El final del reinado vivió el nacimiento de esta nueva rivalidad, que, además, contaba con una supervisión más cercana por parte de Felipe III de los asuntos de Estado. El 15 de noviembre de 1618, el monarca revocó un decreto firmado en 1612 que daba la misma fuerza a las decisiones de Lerma que a las órdenes reales. ¿Acaso el rey había vuelto?

MÁS ORGULLO QUE RODRIGO CALDERÓN EN LA HORCA

Tal vez la lástima o el aprecio salvaron a Lerma de que fuera procesado, no así a varios colaboradores suyos. Felipe III detestaba a Rodrigo Calderón, al igual que media corte. A la retirada de Lerma le siguió una acusación de asesinato contra Calderón, esta vez en relación con la muerte del plebeyo Francisco Juara. Al ser procesado, Calderón huyó a Valladolid a destruir papeles que pudieran ser comprometedores para él y a ocultar gran parte de sus riquezas. Allí fue detenido el 19 de febrero de 1619. Estando en prisión se multiplicaron las acusaciones contra su persona, entre ellas el asesinato de varias personas destacadas. Se le acusó de cuatro muertes, 244 abusos de poder, el envenenamiento de la reina (que murió de sobrepeso) y de usar «hechizos» para ganarse las simpatías del rey.

Pese a todo, Felipe flaqueó al ver la ruina en la que se encontraba la familia del noble y contempló el indulto. No tuvo tiempo de firmarlo, dada su inesperada muerte. El ascenso de un nuevo régimen deseoso de proclamar que los tiempos de la corrupción y la administración viciada habían llegado a su fin selló la suerte de Calderón. Los mismos jueces que antes eran partidarios de solicitar su indulto condenaron a Rodrigo Calderón a la pena de muerte, que fue llevada a cabo en Madrid el 21 de octubre de 1621. El arrepentimiento del antiguo secretario del rey y su entereza en su camino a la ejecución conmovieron incluso a quienes habían sido

sus enemigos. Abrazó y besó al verdugo al entrar en la Plaza Mayor, como muestra de su cambio de conducta. De esta forma se acuñó la expresión popular «tener más orgullo que don Rodrigo en la horca». En cualquier caso, el único detalle que fastidia el refrán es que el verdugo le cortó a cuchillo la garganta frente a la Casa de la Panadería. No le ahorcó como presume la frase hecha.

Lerma falleció en una mañana primaveral de 1625, cuando su carrera política ya llevaba años acumulando polvo pero nadie había conseguido arrebatarse lo que se había apropiado de forma ilegítima. El nuevo régimen había embargado parte de sus bienes y los de su hijo, el duque de Uceda, también caído en desgracia, pese a lo cual Lerma se mostró «alegre y entretenido en Valladolid» y apenas se inquietó a causa de estas medidas. Sabía que el nuevo rey y sus ministros poco podían deshacer de las mercedes que el anterior monarca había entregado, libremente, como recompensa por sus servicios. Lerma presentó el proceso contra él —«sobre la inoficiosidad de las donaciones y mercedes que el señor rey don Felipe III le hizo»— como un intento de desprestigiar al anterior monarca. Meterse con él exigía meterse con el rey fallecido, el padre de Felipe IV. Se libró del castigo una vez más.

Su testamento fue una exhibición de las riquezas, propiedades y mercedes que había ido acumulando a lo largo de su vida. Y sobre todo, una demostración lastimosa de su profundo sentimiento de culpa por los errores y excesos cometidos. El cardenal pidió 20 000 misas por su alma (el doble que Fernando el Católico), además de una larga lista de concesiones a mendigos y órdenes religiosas. Aunque el diablo había dotado a Lerma de una infatigable capacidad para el desfalco, no le había dado una conciencia capaz de soportar todo aquello sin preguntarse, constantemente, casi como el repicar de las campanas, si en el purgatorio habría también algún otro lelo al que exprimir.

LA CORTE DECADENTE Y LA ESTAFA DE LA PAX HISPÁNICA

Los reyes no saben morir sin hacer ruido. Fernando el Católico murió de una sobredosis de afrodisíaco; a Felipe el Hermoso le dio un patatús por beber un vaso de agua fría; a Maximiliano una exagerada ingesta de melones le llevó a la tumba, o eso sugieren los anecdotarios menos rigurosos; a Carlos V le persiguió un mosquito hereje hasta Yuste; a don Juan de Austria un cirujano le desangró en una operación rutinaria; y a Felipe II le sobrevino en su agonía otra armada invencible, pero esta de piojos. Y no es algo exclusivo de los españoles: el implacable Atila murió de una hemorragia nasal en su noche de bodas; el papa Adriano IV se atragantó con una mosca; Federico I *Barbarroja* se ahogó por meterse al agua con la armadura puesta... y así una infinidad de personajes históricos. Si bien la mayoría de estas historias no pasan de la categoría de historietas, sirven para demostrar, valiéndose de macabras ironías, que todos somos iguales con un pie en la tumba. Desde el campesino más

humilde al rey más rutilante, todos juegan en la misma división en lo que respecta a morir.

Se puede decir otro tanto de la ridícula muerte de Felipe III el Bueno. El carácter bondadoso del rey no inspiraba para celebrar abiertamente su fallecimiento, pero sí para esbozar un gesto de alivio. Así las cosas, circuló el rumor por las cortes europeas de que el rey falleció a causa de la rígida y absurda etiqueta de la corte española, que, en realidad, era una remota imitación, a la española, de la borgoñona impuesta por Carlos V a su hijo. El francés De la Place cuenta en sus *Pièces intéressantes* que, estando Felipe III sentado demasiado cerca de una chimenea ardiente, el monarca se contuvo de llamar a nadie al impedírsele la etiqueta. Ninguno de los gentileshombres de guardia osaron entrar en la habitación hasta que el marqués de Polar apareció. Entonces, el rey le pidió que apagase o disminuyese el fuego, pero este se excusó con el pretexto de que la etiqueta le prohibía hacerlo, para lo cual se tenía que llamar al duque de Uceda. Felipe III tuvo que aguantar el calor cada vez más intenso hasta que regresó Uceda, lo que le calentó de tal forma la sangre que al día siguiente tuvo una erisipela en la cabeza con ardiente fiebre.

Felipe murió de una rara celulitis, esto es, de una enfermedad infecciosa, erisipela, que contrajo durante un viaje a Portugal. La escena de la chimenea se supone una leyenda, o más bien una parodia. El golpe absurdo que pone fin a un reinado frívolo, donde la corrupción se había extendido desde la corte a todos los grupos sociales. Ante los desfalcos de los gobernantes, la corrupción tiende a bajar los escalones y aflojar la moral de los funcionarios. Muchos rabiaron observando al rey autorizar con aquella ligereza el traslado de la corte o desbocando los gastos públicos. Otros, en cambio, se limitaban a disfrutar de la generosidad de Lerma, quien estando en la cima de su poder celebraba recepciones, saraos, festejos y luminarias en Valladolid como jamás se habían conocido en Castilla. El embajador inglés que visitó Valladolid en ese tiempo, en 1605, quedó atónito por la nueva cultura política, más joven, más populista y a la vez más refinada. Tras dos meses de festejos regresó a Londres a contar lo que había visto. Esperaba una corte sombría de clérigos y armadas invencibles atracadas en el puerto, pero se topó con lo contrario. Aquellos malditos españoles sabían organizar buenas fiestas.

Era una corte inflada de excesos y extravagancias. Lerma construyó una plaza de toros en su huerta del Prado de San Jerónimo, para «cuando Su Majestad los quisiere ver». Pero no conformándose con los toros, Lerma reunió en uno de sus memorables festejos a un tigre, un oso y un caballo, que, «como se vieron juntos, se arrinconaron sin quererse acometer». Allí solo faltaban los gladiadores.

El derroche se dejó sentir incluso en la forma de vestir, cuando precisamente España imponía las modas al continente. A mediados del siglo XVI, el castellano se convirtió en una asignatura obligada en la mayoría de cortes europeas, la literatura española se reveló como un paraíso a descubrir por el continente y Castilla impuso el negro y la austeridad en los ropajes europeos. Desplazando el estilo grandilocuente

italiano, la corte española adoptó una gran sobriedad, caracterizada por el uso de colores oscuros y prendas ceñidas, sin arrugas ni pliegues y aspecto rígido, sobre todo en las mujeres, que usaban verdugado o guardainfantes (una falda hueca compuesta por un armazón de alambres o madera). Esta apariencia rigorista, de tonos oscuros, incorporaba solo unos pocos detalles de color, como cadenas de oro o la cruz de alguna orden. A las mujeres les estaban permitidas más concesiones en forma de complementos. Una concesión que fue llevada en tiempos de Felipe III al borde de lo churrigüesco. El Barroco en todo su esplendor incorporó perlas, perfumes, pedrerías, telas exóticas, e incluso la clásica gola del Rey Prudente fue desplazada por la lechuguilla (cuello exagerado en forma de gran abanico).

También en esto Felipe IV quiso marcar las diferencias con su padre y de paso agrandar a quienes veían en él a un nuevo Felipe II. Los colores se apagaron de nuevo a comienzos de su reinado, siendo el negro el color contrapuesto al brillo de la emergente corte francesa. En 1623 se prohibió el cuello de lechuguilla para ser sustituido por un tipo de cuello grande y plano que caía sobre los hombros. La mayoría de nobles agradecieron el cambio, porque la disputa por ser el mejor engalanado había arruinado a muchos hombres buenos. ¿Austeridad o escasez? Los esfuerzos por fingir recato duraron poco tiempo. Con las paredes de los palacios agrietándose de forma inexorable, Felipe IV y el conde duque de Olivares retornaron el inagotable ritmo de fiestas para mantener la impresión de que las cosas seguían estupendamente. Propaganda de lo rico que era el Imperio español, cuando ya apenas lo era.

Las sucesivas quiebras en tiempos de Felipe II dejaron un escenario desalentador. ¿Tanto como para que entregara el reino al noble más adulator y se dedicara a bailar, cazar y jugar a las cartas? No, la desidia de Felipe III había comenzado incluso antes de leer la primera hoja de cuentas. Venía de fábrica. La respuesta del rey consistió en aumentar todavía más la carga fiscal en Castilla, dejando que la peste y el hambre asolaran los campos. Probablemente entre 1596 y 1602 murieron 600 000 castellanos por la peste, casi el 10 por ciento de la población del reino.

Las reformas del sistema se limitaron, una y otra vez, a aumentar el volumen de los impuestos, sin apenas disminuir los gastos. Asimismo, los pocos arranques de creatividad económica solo empeoraron la Hacienda Real. La llamada «inflación del vellón» condujo al sistema castellano a un hoyo del que tardó un siglo en salir. De este modo, la corona decidió acuñar moneda de vellón de cobre puro, sin plata, y duplicar el valor nominal de la circulante, de tal modo que pronto desplazó a la de plata. El problema residía en que el vellón solo era aceptado en Castilla, y para cambiarla por plata había que pagar una especie de recargo, lo que los castellanos bautizaron irónicamente como el «premio». ¡Y el premio acumulado subió y subió! Hasta el punto de que fue necesario pagar tres reales de vellón por cada real de plata, ante la constante devaluación de la moneda de cobre. Los precios se dispararon en Castilla y la vida de los comerciantes se hizo insoportable en la península.

EL ANTÍDOTO CONTRA LOS PIRATAS Y EL PARÁSITO QUE VALÍA TANTO COMO EL ORO

«El no haber dinero, oro ni plata en España es por haberlo y el no ser rica es por serlo», planteaba con acierto González de Cellorigo. Este economista señalaba a principios del XVII que la decadencia se debía al progresivo abandono de «las operaciones virtuosas de los oficios, los tratos, la labranza y la crianza» por parte del pueblo. La fiebre del oro había consumido a los españoles.

Daba igual que el oro y la plata siguieran llegando a borbotones a España. Las grandes remesas de oro de los primeros años fueron desplazadas por la desatada producción de plata, tanto en México como en el Perú. La producción de plata constituyó la base de la riqueza que los dominios americanos ofrecían a la corona. Tras un crecimiento récord durante todo el reinado de Felipe II, los años finales del siglo XVI mostraron los primeros síntomas de agotamiento. Entre 1604 y 1605 la disminución de las remesas de metales se sintió con fuerza, y se arrastró este problema hasta 1650. Esta contracción no era debida a que las minas se hubieran agotado de golpe, sino a que la crisis castellana, con su caída demográfica, sus derrotas militares y sus problemas económicos, terminó por afectar al engranaje perfecto que había sido hasta entonces la Carrera de Indias.

España mantuvo en América un estricto monopolio comercial. Ningún extranjero ni castellano podía efectuar la ruta de España a las Indias libremente. Si quería hacer negocios en el Nuevo Continente debía dirigirse antes a la Casa de Contratación de Sevilla, fundada en 1503, que más tarde se trasladó a Cádiz ante la dificultad de la navegación por el Guadalquivir. Estas restricciones, que permanecieron invariables hasta el reinado de Carlos III, nacieron como respuesta al incremento de la piratería inglesa y francesa y permitieron a la corona conservar el flujo de oro y plata sin interrupción durante más de un siglo. Como el meticuloso burócrata que era, Felipe II no estaba inclinado a dejar detalles al azar en el traslado de los metales a la metrópoli y, en 1557, estableció por real cédula hasta el más mínimo detalle de lo que debía ser la Flota de Indias.

La secuencia de este sistema de convoyes empezaba en Sanlúcar de Barrameda, donde la flota realizaba las últimas inspecciones, y desde allí partía hacia América. Llegado el convoy a su destino, se fragmentaba en varios grupos: la Flota de Tierra Firme, que se dirigía a Cartagena de Indias (Colombia) y hacia Panamá; la Flota de Nueva España, que marchaba hacia Veracruz; y otros tantos galeones individuales que se repartían entre diversos destinos: las Grandes Antillas, Honduras, Yucatán, etc. De estas, la travesía más exótica era la del llamado Galeón de Manila, que hacía la ruta desde Acapulco hasta las aguas del Pacífico, entonces conocido como «el gran lago español». En el viaje de ida llevaba plata para pagar a los funcionarios de la corona en Filipinas; y a la vuelta, seda y porcelana de China, marfil de Camboya,

algodón de la India, piedras preciosas de Birmania y especias como canela, pimienta y clavo.

Los preparativos para el viaje de vuelta de la Flota de Indias se iniciaban tras las respectivas ferias de comercio. A mediados de abril comenzaba el retorno a España, con la meta puesta en la costa del Algarve y, a continuación, el Cabo de San Vicente, para remontar así el Guadalquivir. La prueba de la efectividad de este sistema, cuyo teórico fue el capitán Menéndez de Avilés, es que permaneció prácticamente inalterado durante dos siglos y sirvió para amedrentar a la mayoría de los piratas. Entre 1540 y 1650, solo el 0,5 por ciento de los 11 000 buques que hicieron el recorrido América-España se perdieron por asaltos piratas. Únicamente dos convoyes fueron por completo apresados en toda su historia: el primero, en 1628, a la altura de Matanzas (Cuba), a manos del almirante holandés Piet Heyn; y un segundo en 1656, con el Imperio español ya patas arriba.

En verdad los enemigos del Imperio no necesitaban asaltar la Flota de Indias para llevarse el botín. Les bastaba con esperar al desembarco. Tan rápido como llegaban los metales, volaban a los bolsillos de los prestamistas del Imperio. Los altos impuestos (los derechos de aduana y el quinto real sobre los metales) apenas lograban retener una cantidad mínima para las arcas reales. La mayor parte de la plata pasaba nada más desembarcar de manos de los intermediarios a los proveedores del norte de Europa. Eso por no hablar de la cantidad de mercancía que los funcionarios corruptos se agenciaban por el camino.

No solo de la plata de otros vivía la metrópoli. El resto de los beneficios procedentes de América estaba en el comercio de materiales poco o nada conocidos en Europa. En un periodo en el que no existía una manera industrial de obtener colorantes sintéticos era necesario recurrir a los pigmentos derivados de flores, plantas e incluso ¡parásitos! Un insecto se alzó como uno de los motores económicos del Imperio español. La cochinilla (*Dactylopius coccus*), un blanco y regordete pulgón, procedente sobre todo de México y de Perú, producía una vez secado un colorante rojo de gran calidad. Algo que ya sabía desde hacía unos dos mil años la cultura Paracas que habitaba la costa del actual Perú, y también los aztecas. Cuando los españoles conquistaron México, en 1521, vieron a los indígenas recoger insectos de los nopales y se dieron cuenta de sus excepcionales propiedades como pigmento natural.

Los españoles comenzaron su exportación a Europa, donde existía una obsesión por conseguir el pigmento rojo perfecto. Un rojo que pareciera rojo. Los tintoreros medievales eran capaces de producir prácticamente cualquier color, pero el rojo se les resistía. Las sedas de los ricos colores carmesí y escarlata eran teñidas con kermes — un pigmento rojo derivado de los cuerpos deshidratados de las hembras de otro insecto, procedente de la familia *Coccoidea*— en centros ubicados en Italia y Sicilia. Con el descubrimiento de América, la cochinilla desplazó al deficiente kermes, puesto que producía un rojo más fuerte con menos cantidad de material. Para la

década de 1570, la industria textil europea había pasado a depender del uso de la cochinilla. En el año 1580, en todo el territorio de la Nueva España (la actual zona de México) ya se producían alrededor de 133 toneladas de grana, siendo la región oaxaqueña de Nochixtlán una de las más importantes zonas productoras en esos tiempos. Los españoles la introdujeron en Canarias, con buen rendimiento económico hasta nuestros días.

El feo insecto que se codeaba con el oro y la plata tuvo más suerte en Europa que el sucio, amargo y picante fruto del *Theobroma cacao*. O al menos al principio. El cacao, introducido por Hernán Cortés en la corte de Carlos V, fue recibido con cierto recelo. En la antigua Mesoamérica era empleado como bebida medicinal, como estimulante e incluso como moneda de cambio, pero no se usaba para dulcificar el paladar precisamente. «Cuando uno lo sorbe, puede viajar toda una jornada sin cansarse y sin tener necesidad de alimentarse», escribió Hernán Cortés como si estuviera hablando de una sustancia dopante. Además, su sabor amargo no era agradable a todo el mundo. Se necesitó experimentar mezclas con azúcar, miel y especias hasta que, avanzado el siglo XVII, se acercara a la textura y sabor que hoy resulta tan familiar. Todavía pasarían años antes de que el chocolate se hiciera un producto popular, quedando restringido su consumo solo a la élite aristocrática, que reconocía en él propiedades estimulantes y afrodisíacas.

Un producto demasiado estimulante como para que fuera invisible al férreo marcaje eclesiástico. Los jesuitas creían que el chocolate era contrario a los preceptos de mortificación y pobreza. Dado que se tomaba también en los periodos de ayuno, pronto se abrió un debate entre los defensores y los detractores de esa costumbre. La controversia finalizó con la manifestación del cardenal François Marie Brancaccio, *Liquidum non frangit jejunum*, es decir, «el líquido no infringe el ayuno». La Iglesia aceptó al final el consumo del chocolate bebido, incluso en Cuaresma.

El chocolate se extendió desde España a los territorios que se mantenían bajo su influencia, como Italia y los Países Bajos. El italiano Girolamo Benzoni anota en su volumen *La Historia del Mondo Nuovo* (1565) que «el chocolate parece más una bebida para cerdos que para ser consumido por la humanidad». Lo que no podía saber en ese momento es que Italia entera iba a retozar en esa bebida de cerdos. En lo referido a Francia, se dice que la hija de Felipe III, Ana de Austria, introdujo el chocolate en su corte al casarse con Luis XIII en 1615. Acostumbró a los aristócratas a merendar y desayunar chocolate.

EL VIRREY TEMERARIO Y EL HOMBRE SIN MIEDO: LA GUERRA DURANTE LA PAZ

La enemistad personal entre Lerma y la reina —así como con todo lo que oliese a austriaco— empujó a la diplomacia española a ignorar la oferta del emperador

Rodolfo II, tal vez el hombre más excéntrico de la Tierra, para formar una alianza internacional contra el Imperio otomano. Se trataba del viejo sueño erasmista de Carlos V al alcance de su nieto, y ni siquiera requería llevarse mal con Francia. Rodolfo II proponía una política de pacificación en Europa para concentrarse en la guerra con los turcos a través de una alianza con los persas, el gran enemigo asiático del sultán. El eje Praga-Viena encontró evasivas, excusas y, finalmente, el silencio como respuestas. Lerma no estaba por la labor de romper la delicadísima tregua que mantenían los dos gigantes desde la batalla de Lepanto. Estas treguas secretas permitieron a Estambul desplazar sus intereses hacia las profundidades de Asia, mientras Madrid hacía lo propio hacia el oeste. El Mare Nostrum dejó de ser el escenario bélico principal de ambos países para siempre, lo cual no se materializó necesariamente en un ahorro económico.

El Imperio español siguió financiando su red de agentes secretos, que merodeaban por el Mediterráneo confirmando que la paz estaba vigente, y los presidios desplegados a lo largo de la costa de África. Estos puntos de vigilancia se mantenían tan activos como siempre, porque en realidad se vivía una guerra fría. La Monarquía Católica no renunció a financiar en secreto a las fuerzas de Persia, cuyo conflicto con el Imperio otomano supuso una especie de Guerra de Flandes para ellos. Les desangró desde dentro. De la misma manera, los otomanos continuaron instigando la actividad corsaria en el norte de África. Las galeotas y fustas berberiscas atacaban y huían con rapidez, sin que los vigilantes españoles pudieran proteger sus costas ibéricas e italianas. Puede que los corsarios ya no contaran entre sus filas con los genios del saqueo que fueron los hermanos Barbarroja o Dragut, pero sumaron a sus aliados la nube de piratas ingleses, franceses y holandeses que se dejaban caer por el Mediterráneo cada vez con más frecuencia. Una escuadra española consiguió hundir dos naves y apresar otras siete en aguas de Almería durante la Navidad de 1601. De los nueve barcos cuatro eran holandeses, otros cuatro franceses y uno escocés.

Frente a esta jauría corsaria emergió el *Virrey Temerario*. El fuego se combate con más fuego pensó Pedro *el Grande* —el virrey español de Sicilia y posteriormente de Nápoles— al organizar una marina paralela y emprender acciones de corso contra los intereses turco-berberiscos. Tras combatir más de un lustro en la Guerra de Flandes, Pedro Téllez-Girón y Velasco fue nombrado virrey de Sicilia, en febrero de 1610. Ante sí se extendía un reino en la máxima miseria económica y acosado por los ataques corsarios. Saneó las cuentas, ajustó los impuestos, limpió los caminos de salteadores y reorganizó la marina, como medio de defender la isla contra las incursiones berberiscas. Partiendo de una exigua y mal provista flota de nueve galeras se valió de los ociosos que poblaban las calles del reino para restaurar y dotar esos barcos. Entre la realidad y el mito, una anécdota da fe de sus métodos para la reinsertión de los pícaros y maleantes:

El duque español convocó un concurso de saltos de altura, con premio de un doblón para los que superasen un listón y un escudo de oro para los que lograsen salvar otro más alto: fue un éxito de asistencia; cojos, ciegos, mancos, tullidos de toda especie se curaron instantáneamente para aspirar al premio: los que lo lograron, obtuvieron su doblón o su escudo... más diez años de condena a galeras por tramposos.

La flota era independiente a la corona, puesto que se autofinanciaba con los ataques a corsarios. En una de estas operaciones, el duque de Osuna malogró el primer ataque registrado por berberiscos contra la Flota de Indias. Osuna envió a sus galeras al puerto de Túnez, donde lograron infiltrarse al amparo de la noche y quemar los bajeles musulmanes con bombas incendiarias. Estos éxitos despertaban envidias y terminaron por causar su caída en desgracia, si bien lo primero que despertaron fueron las felicitaciones de Felipe III, que le designó en 1616 virrey de Nápoles. La miseria de este reino era tan profunda como la siciliana; entre tanto, Osuna repitió allí la misma fórmula. Le ayudó en este caso la presencia de los millares de soldados, por lo general violentos y mal pagados, que poblaban las calles napolitanas a la espera de viajar a Flandes y los alistó en una armada aún más preparada que la de Sicilia. Llevó el hostigamiento hasta los dominios del Imperio turco, en ese momento volcado en su guerra contra los persas.

Como es frecuente en estos casos, el gran duque de Osuna se granjeó la enemistad de la nobleza napolitana, que intuía en él un personaje incorruptible pero en exceso intrigante. Y algo de cierto había en ello. Se le consideró, supuestamente, el organizador sobre el terreno de la Conjuración de Venecia (1618), uno de los episodios más oscuros del siglo XVII. Junto a su amigo el poeta Francisco de Quevedo, Osuna habría pagado a un grupo de mercenarios franceses asentados en Venecia (algunos de ellos hugonotes) para provocar una sublevación en la Ciudad de los Canales. La revuelta, a su vez, debía finalizar con el desembarco de la flota española y la anexión de la república italiana al Imperio español. Sin embargo, la conjura fue descubierta en sus preparativos y los mercenarios franceses acabaron linchados por la muchedumbre, mientras Francisco de Quevedo se veía obligado a disfrazarse de mendigo para escapar de la ciudad. O al menos esa es la versión italiana de la historia. Pudo ser simplemente un invento de la propaganda veneciana, como así lo denunciaron Osuna y Quevedo.

Sea como fuere, la caída en desgracia de su protector, el duque de Lerma, y su fama de intrigante jugaron en contra de Osuna. Los nobles napolitanos le acusaron de pretender independizarse de España y enviaron al futuro San Lorenzo de Brindisi para que elevara el caso hasta Felipe III. El viejo fraile convenció al monarca de que Pedro el Grande conspiraba contra él. Mientras esperaba para ser recibido por Felipe III, el que llamaban los turcos *Deli Pachá* («el virrey temerario») fue encarcelado tras la prematura muerte del monarca. Deprimido y enfermo, el duque sevillano falleció en una mazmorra sin llegar a ser juzgado, siendo sus últimas palabras: «Si cual serví a mi rey sirviera a Dios, fuera buen cristiano».

Otro de los conflictos que el Imperio español cerró a principios de siglo fue la

guerra contra Inglaterra. La disputa entre dos cuñados que aspiraban a casarse, Felipe II e Isabel Tudor, se había elevado a la categoría de catástrofe con la Empresa Inglesa de 1588 y su posterior réplica, la Contraarmada. Pero es que la guerra no terminó ahí. En 1592, el marino Pedro de Zubiaur dispersó en las costas francesas un convoy inglés de 40 buques; en 1596, el pirata Francis Drake y su mentor, John Hawkins, se estrellaron en el Caribe, donde pretendían repetir los lucrativos saqueos de su juventud, y hallaron la muerte frente a poblaciones que se habían fortificado en años recientes. Además, en 1596, Cádiz fue tomada y saqueada de nuevo por una flota angloholandesa. Según una leyenda extendida en Inglaterra, las tropas británicas se animaron al ataque porque aspiraban a apoderarse de una importante cantidad de vino de Jerez, lo que contribuyó a que se designara a esta bebida *seck* («seco»), por *sacke* («saqueo»).

Los daños económicos de este saqueo forzaron, en parte, a que la Hacienda Real declarara otra suspensión de pagos ese mismo año, pero la flota apenas logró su objetivo de reducir la capacidad ofensiva de su enemigo. España cobró ventaja en esos años a nivel estratégico. En el marco de la guerra contra Enrique IV de Francia, el archiduque Alberto conquistó la antigua ciudad inglesa de Calais, en 1596. Desde ese momento, la flota española contó con una base frente a las costas británicas para lanzar todo tipo de ataques. Aquí fue donde el capitán abulense Juan del Águila sacó más provecho de la situación.

Elevado a la categoría de leyenda durante la Guerra de Flandes, el abulense fue presentado en la corte madrileña por Fernando de Toledo, hijo ilegítimo del gran duque de Alba, con palabras graves: «Señor, conozca Vuestra Majestad a un hombre que nació sin miedo». Felipe II se tomó la afirmación al pie de la letra y quiso emplear a Juan Sin Miedo contra su enemigo más resistente. En 1595, tres compañías a cargo de Águila perpetraron un ataque relámpago en la zona de Cornualles. Tras saquear varios pueblos y dismantelar dos fuertes, el maestre de campo ordenó regresar a sus hombres.

Al finalizar la guerra civil francesa, Juan del Águila y el resto de españoles tuvieron que abandonar sus posiciones en el Canal de La Mancha, lo que no significaba que fueran a renunciar a seguir atacando a Inglaterra. El abulense recibió el mando de una expedición en apoyo a los católicos irlandeses, que se habían sublevado en 1601. Aunque la flota de transporte tuvo finalmente que regresar, Juan del Águila y 3000 españoles consiguieron tomar suelo irlandés y atrincherarse en dos fuertes, Castle Park y Ringcurran. Soportaron el acoso inglés de miles de enemigos durante meses. Una salida sorpresa encabezada por Juan del Águila dejó medio millar de bajas inglesas, aunque no logró romper el cerco. Mientras el tercio de Águila aguantaba el asedio, desde España todo intento de socorro se estrellaba contra las tormentas, una y otra vez. Por su parte, los nobles irlandeses entregaron dos castillos a los españoles y levantaron un ejército de 5500 hombres para unirse al abulense. La falta de coordinación entre irlandeses y españoles condenó a Juan del Águila a

rendirse frente a un ejército que le aventajaba en proporción de uno a diez. Trasladado a España por sus enemigos, el Hombre Sin Miedo enfermó en La Coruña, exhausto y abatido por negársele la oportunidad de ir a Madrid a defender su honor contra quienes le acusaban del fracaso de la empresa irlandesa. Falleció en su pueblo natal, El Barraco, el día 5 de mayo de 1605. Seguía sin tener miedo.

La paz era imposible mientras vivieran los dos cuñados, porque se odiaban a muerte y estaban demasiado viejos para perdonarse los errores del pasado. Así las cosas, Felipe II murió en 1598 e Isabel Tudor cinco años después. Entonces sí fue posible que los nuevos soberanos finalizaran un conflicto que se alargaba sin rumbo y sin operaciones en curso. Jacobo Estuardo, rey de Escocia, sucedió a la Reina Virgen al frente de Inglaterra. Al final de su vida, la propia Isabel había aceptado que le sucediera el hijo de su otrora enemiga, María Estuardo, a la que ella misma había ordenado ejecutar. Jacobo I se escudó en que él, como rey de Escocia, no estaba en guerra con España y, dado que no se podía separar al rey de Escocia del de Inglaterra, eso conllevaba que tampoco Inglaterra estaba en guerra con España. Este gracioso galimatías tardó menos de un año en materializarse en una paz duradera. Tal vez la más rentable de las tres que firmó el Imperio en esas fechas.

Los consejeros de Jacobo también estaban deseando firmar, porque básicamente Lerma los untó de joyas y riquezas. El único con ciertas reservas, Felipe III, terminó cediendo al recordar tal vez que su padre ya no podía reprocharle nada, pues prefería callar, como es costumbre en los muertos. Las negociaciones desembocaron en el Tratado de Londres del 28 de agosto de 1604. Los historiadores coinciden en señalar que se trata de un texto favorable a España. No solo obligaba a los ingleses a cesar en su apoyo a los rebeldes holandeses, sino que en uno de sus artículos autorizaba a los barcos españoles a emplear los puertos británicos para refugiarse, reabastecerse o repararse, es decir, que ponían a su disposición toda su red portuaria. En lo referido al corso, el artículo sexto obligaba a ambos países a renunciar a la actividad pirata, sin letra pequeña. Muchos creyeron que este punto solo era papel mojado. Entre ellos, el último de los grandes corsarios isabelinos, Walter Raleigh (adaptado a lo bestia como «Guatarral» por los españoles), quien se embarcó por entonces en una expedición a América que le reportó un botín más bien escaso. De vuelta a Londres, Raleigh fue detenido y ejecutado por un delito de piratería a instancias del embajador español.

AMBROSIO SPÍNOLA, EL «BANQUERO» QUE HIZO LA GUERRA

La pacificación de Lerma se reveló al principio tan poco rentable como la guerra. Las ambiciones de Saboya, tradicional aliado de España, amenazaban con desestabilizar Italia; los corsarios seguían desangrando las arcas hispánicas; y, sobre todo, la guerra con Holanda seguía causando un flujo de gastos infinito. En los doce primeros años del reinado, los Países Bajos absorbieron 40 millones de ducados en gastos militares,

y solo la transferencia de soberanía a los archiduques pareció mejorar la situación política. Porque el problema era que España seguía pagando los costes y ni siquiera controlaba el gobierno. Además de la eterna guerra de trincheras, el conflicto contra las Provincias Unidas se libraba ahora también en otros frentes, en el Caribe y en el Océano Índico, donde los astutos holandeses extendieron sus tentáculos comerciales. En estas circunstancias, la única noticia positiva para la Monarquía Católica llegó de la mano del hijo de unos banqueros genoveses que, como si fuera una suerte de Quijote enamorado de los asedios, abandonó su vida sosegada para defender la causa hispánica.

Ambrosio Spínola se dedicó a aprender matemáticas, fortificaciones e historia en Génova, mientras su hermano pequeño Federico estudió en universidades españolas y se fue a la guerra a servir como soldado de los tercios a partir de 1591. Más adelante, Federico empezó a suministrar por contrato hombres y barcos a las fuerzas españolas. Ambicionando un contrato mayor, Federico convenció a su hermano de que le ayudara a reclutar un ejército de 4000 hombres y conducirlo hasta Flandes. Tanto Federico como Ambrosio, que se unió al negocio de su hermano, entendían la guerra como una actividad lucrativa, una inversión que a largo plazo debía dar beneficios. La proliferación de empresarios militares durante la Guerra de los Treinta Años demostraría que estaban en lo cierto. Sin embargo, Federico no vivió para saberlo, porque antes de llegar al Canal de la Mancha lo mataron unos corsarios holandeses, junto a siete de los ocho barcos que se comprometió a trasladar a Flandes. Al fallecer su hermano, Ambrosio asumió sus negocios y los elevó a otro escalón. Su bautizo militar llegó con el sitio al puerto de Ostende, que se alargaba por casi tres años sin que ningún comandante lo hubiera finiquitado. Sin experiencia militar alguna, Spínola obtuvo la rendición de la ciudad conduciendo el asedio con maestría e ingenio.

Felipe III estaba comprometido a librar una guerra contra los rebeldes a «sangre y fuego, y a llevarla por mar y por tierra hasta sus mismas casas, quemándolos y ahogándolos y arrasando sus campos». Aquí, en este contexto desesperado, apareció Ambrosio Spínola. Y sobre todo, su dinero. El archiduque Alberto nombró al genovés comandante en jefe del ejército de Flandes. La designación de un banquero extranjero, sin ningún tipo de trayectoria militar, como general, constituía el síntoma más evidente de la ruina económica que vivía la monarquía. Era casi como externalizar la gestión del ejército o, si se quiere, privatizar el ejército de Flandes. Desde la corte el nombramiento se aceptó con resignación, ante «la falta de gente cualificada para gobernar ejércitos», si bien cabía admitir que «con el crédito y caudal que tiene, podrá acudir con puntualidad así a la provisión de todas las cosas necesarias, como a la paga y al sustento de la gente». En resumen: que el general banquero valía mientras pagara de su bolsillo la broma.

La victoria de Ostende de 1604 fue el preludio de una gran ofensiva, en el curso de la cual el genovés penetró en Frisia con el propósito de cortar las conexiones entre

las Provincias Unidas y Alemania. No en vano, los holandeses se defendieron bien durante la ofensiva, atrás quedaban los años de torpeza táctica protagonizados por Guillermo de Orange. Ahora contaban con el genio militar de uno de sus hijos, Mauricio de Nassau, que profesionalizó el ejército holandés. Así las cosas, el verdadero motivo del fracaso de Spínola estuvo en el motín de las tropas españolas, a las que se les adeudaban demasiadas pagas en 1606 como para sumergirse en una nueva ofensiva. La solución militar no era posible ni efectiva, porque las Provincias Unidas ya no eran un territorio rebelde, se habían transformado en un auténtico estado. Los archiduques concluyeron, por cuenta propia, un alto el fuego con los holandeses, en marzo de 1607, que se fue prorrogando a lo largo de varios meses. El texto reconocía la soberanía de Holanda como estado independiente mientras durara el alto el fuego. Ya tenían una razón para que les durara la paz.

España tardó todavía dos años más en seguir el ejemplo de los archiduques. Aceptar la soberanía de las Provincias Unidas era reconocer por primera vez la victoria de la rebelión. Lerma quería firmar la tregua, mientras que Felipe III se negaba a traicionar la memoria de su padre y a que se le apareciera en sueños a darle mamporros con el cetro. Entre tanto, prevaleció la voluntad del primero. El rey firmó la Tregua de Amberes el 9 de abril de 1609 (no ratificó el documento hasta el 9 de julio, en la fecha límite para hacerlo), el mismo día que consintió la expulsión de los moriscos de España. La conciencia del rey funcionaba como una balanza: lo uno a cambio de lo otro. La decisión, no obstante, supuso un pequeño respiro para la Hacienda Real. Se redujo el ejército de Flandes a un contingente de 15 000 hombres (en el cerco de Ostende, Spínola manejó una fuerza de cerca de 60 000 hombres) y la asignación anual se recortó de nueve a cuatro millones de ducados. Lo que ganaron por un lado lo perdieron por el otro, porque los holandeses intensificaron entonces el hostigamiento a las posiciones ibéricas de ultramar, sobre todo los territorios peor defendidos de Portugal.

La tregua con las Provincias Unidas dejaba a los católicos holandeses abandonados a su suerte y suponía una traición a lo que el Imperio español pretendía ser. Lo que la Monarquía Hispánica hiciera, por obra u omisión, afectaba al equilibrio europeo y tenía consecuencias a nivel mundial. Ni siquiera China se encontraba lo bastante lejos como para no verse afectada por sus decisiones. Desde los años imperiales de Carlos V había sido habitual el intercambio de retratos y obsequios entre las embajadas de China y España, de tal manera que, cuando Felipe II se hizo cargo de Portugal y sus posesiones en Asia, su nombre ya debió resultar familiar en la corte china. Como monarca de Portugal, Felipe recibió varias propuestas para invadir China y hacerse así con la supremacía comercial en la zona. A pesar de las grandes dimensiones del Imperio Celeste, los consejeros militares del monarca estimaban que el número de soldados necesario para acometer la campaña sería de unos 15 000, reclutados por todos los rincones de la Monarquía Hispánica, más unos 6000 soldados japoneses.

Los planes se sucedieron en el escritorio del rey, a cada cual más disparatado. En 1584, el obispo portugués de Malacca instó al monarca a conquistar el sur de China con una fuerza expedicionaria de 4000 portugueses de Goa y 2000 españoles de Manila. Pero si en algún momento existió la posibilidad real de acometer la empresa, la sepultó el desastre de la llamada Armada Invencible. A partir de entonces, Felipe II contestó con brusquedad a todas las propuestas de esta índole. El Imperio español se conformó con mantener relaciones comerciales con el gigante asiático, lo cual no era poca ventaja frente a otros países. Todavía en tiempos de Felipe III, en mitad de sus ruinas económicas, volvió a surgir la propuesta de invadir el Imperio Celeste. También esta vez se perdió en los cajones de El Escorial.

RODOLFO II, EL PRIMO CHIFLADO DE PRAGA



Fue uno de los monarcas más excéntricos de los cuarenta y cinco que siguieron la estela de Carlomagno. Fue un hombre de ciencia que creía tanto en la astronomía como en la alquimia. Fue un coleccionista de extravagancias. Fue un personaje incómodo que nunca cayó bien a su familia austriaca. Fue muchas cosas en sus cincuenta y nueve años de vida, sin descuidar la principal: el emperador del Sacro Imperio Romano, tal vez el hombre más poderoso de Europa tras el rey de España.

Rodolfo II de Austria asumió la dignidad imperial a la muerte de su padre, Maximiliano II, un criptoluterano criado en el catolicismo. Rodolfo se adivinaba el más enfermizo y de carácter complicado de los quince hijos que Maximiliano tuvo con María de Austria, la hija mayor de Carlos V, pero no por ello se descuidó su educación. En un esfuerzo por alejarles de las influencias luteranas que dominaban a su padre, Rodolfo y su hermano Ernesto fueron educados en Madrid durante ocho años, bajo la tutela de Felipe II. El monarca pensaba que si finalmente moría su hijo don Carlos sus sobrinos austriacos serían la mejor opción para sucederle. Como muestra de confianza, el rey encargó a ambos que escoltaran el cadáver de su tercera esposa, Isabel de Valois, hasta el monasterio de las Descalzas Reales y, en 1570, Rodolfo ejerció como padrino en la boda de su hermana, Anna de Austria. Así y todo, el nuevo matrimonio del monarca, del que Felipe III iba a ser su fruto más maduro, cerró las puertas a la posibilidad de que el joven heredara los reinos de su tío. Ahora el *Rey Abúlico*, en vez del *Rey Excéntrico*.

A su regreso a Viena, los hermanos siguieron hablando el idioma que les resultaba más natural, el castellano, y conservaron algunas costumbres hispánicas. La muerte de su padre, en 1576, condujo al nombramiento de Rodolfo como emperador del Sacro Imperio Germánico, recibiendo además la Corona de Hungría y de Bohemia. Ascendió al poder cuando la crisis religiosa estaba de nuevo a punto de estallar en el Imperio, pues si no lo había hecho antes había sido por las sucesivas concesiones de Maximiliano II a los luteranos y a los calvinistas. Rodolfo intentó continuar con la actitud conciliadora de su padre, pero en paralelo facilitó los medios para la penetración en Alemania de los jesuitas y los capuchinos, los cuales, fieles a los ideales de la Contrarreforma, intentaron por todos los medios que los súbditos del emperador volvieran al seno de la Iglesia católica. Los poderosos príncipes alemanes, que veían en la Reforma una oportunidad para desgastar el poder imperial,

obstaculizaron la labor de estos jesuitas.

Además de estos graves problemas religiosos, la mala situación económica de sus reinos y la interminable guerra contra los turcos supusieron una sangría para el tesoro imperial. Rodolfo II fingió que todo aquello le preocupaba, pero la verdad es que sus intereses en los asuntos políticos eran limitados. Lo demostró cuando instaló al principio de su reinado su corte en Praga para centrarse en su labor como mecenas y coleccionista, despertando con ello las protestas de alemanes y húngaros. Su residencia oficial, el castillo de Hradcany, se convirtió en un centro de estudios de primer orden. El emperador fue mecenas de hombres de letras, científicos, astrólogos y astrónomos, además de un gran número de personajes excéntricos. Supervisar los avances en las investigaciones de estos ocupaba gran parte de su actividad diaria. Se contaba entre sus favoritos el astrónomo y matemático alemán Johannes Kepler. A pesar de sus inclinaciones luteranas, Rodolfo acogió a Kepler en Praga, bajo la recomendación del astrónomo danés Tycho Brahe, cuando venía huyendo precisamente de la persecución religiosa. Tanto Kepler como Brahe están considerados hoy como figuras claves de la revolución científica.

En muchos sentidos el castillo de Hradcany se convirtió en el centro del saber que Felipe II había proyectado en El Escorial. Allí planeaba situar un observatorio astronómico para estudiar la ubicación exacta de los planetas. Murió antes de que este proyecto se pudiera llevar a cabo y los eruditos desembarcaran en masa en Madrid. El monarca sí llegó a firmar, en cambio, varias cédulas para crear una Academia de Matemáticas en la capital de la monarquía, cuyo objetivo era formar un cuerpo de funcionarios de élite y elevarse sobre todas las cátedras universitarias en la materia. El proyecto quedó diluido, pero no tanto como la iniciativa de Juan de Herrera de crear academias de este tipo en todas las grandes ciudades del Imperio. Las cortes castellanas, ocupadas en el esfuerzo de reunir fondos para la Empresa Inglesa, descartaron la idea por razones económicas. Las matemáticas pagaron los platos rotos.

Rodolfo II heredó de su tío este amor por la ciencia. Al igual que se contagió de su inquietud por la alquimia. Más allá de la connotación esotérica que conserva hoy, en aquel periodo la alquimia se entremezclaba con la química y otras ciencias serias. Felipe II promovió varios intentos de obtener plata y oro a partir de otros elementos, si bien no depositó apenas esperanzas en obtener resultados: «En verdad que aunque soy incrédulo de estas cosas, que de esta no lo estoy tanto, aunque no es malo serlo, porque si no saliese no se sintiese tanto». Son las palabras de un hombre curioso, y también las de alguien al que la plata y el oro no le faltaban. Porque la verdadera alquimia era ¡la que llegaba desde las minas de Potosí! Pero mientras toleraba a los alquimistas de elevada formación reprimía por otra parte a los más esperpénticos a través de la Inquisición.

EL EMPERADOR ALQUIMISTA Y SU COLECCIÓN DIABÓLICA

Al igual que con las matemáticas y la astronomía, el excéntrico emperador quiso ir más lejos que su tío. Durante su reinado, hospedó a los grandes alquimistas de la época en la Academia Alquimista Praguense, que llevó a cabo centenares de experimentos. Entre la legión de magos, astrólogos y alquimistas que acudieron a Praga destacó el inglés John Dee. Según cierta leyenda, John Dee se ganó el favor imperial al regalar a Rodolfo II un juguete mecánico en forma de escarabajo volador, con el que ya había impresionado a propios y extraños durante la coronación de la reina Isabel. Acusado de hereje varias veces, los intentos de Dee de comunicarse con ángeles le acarrearón fama de disparatado entre sus contemporáneos, a pesar de que sus aportes a las matemáticas, la óptica, la astronomía y la náutica fueron elogiados más tarde por Isaac Newton. En un momento dado, Dee trasladó al emperador un mensaje funesto de parte de los ángeles sobre el ocaso de su reinado, lo que empujó a Rodolfo a prohibirle, en junio de 1586, la estancia en todo el reino checo.

El también inglés Edward Kelley engatusó durante años a Rodolfo con sus supuestos avances en el campo de la alquimia. El gran truco del mago consistía en verter una gota de un aceite color carmesí sobre medio kilo de mercurio, transmutándolo en oro. O eso hizo creer a Rodolfo II, que le arrojó a las mazmorras del castillo de Krivoklát cuando sospechó que planeaba marcharse a Inglaterra sin haber revelado la fórmula mágica. Sea como fuere, se le condenó por un delito de lesa majestad y, en 1597 falleció mientras intentaba fugarse de su prisión bajando por una escala elaborada con la ropa de su cama. El médico luterano Michael Maier, consejero del emperador, tomó el relevo de los ingleses, sin conseguir ningún resultado, porque no consta que Rodolfo encontrara en la magia una solución a su maltrecha economía.

En fin, que Rodolfo era una versión deformada y extravagante de Felipe II al frente del Imperio germánico. Vivía obsesionado con la ciencia y con una colección de extravagancias. En eso del coleccionismo también compartía la afición con su tío Felipe, aunque lo suyo eran las cosas raras, vivas o muertas. En su colección, conocida como el «Gabinete de las Artes y de las Maravillas», se encontraban monedas, autómatas, relojes, máquinas de «movimiento perpetuo», piedras preciosas y el esqueleto de un gigante. Los animales exóticos le fascinaban, desde leones a guepardos y rinocerontes, pasando por los animales albinos, considerados como seres milagrosos, tales como un cuervo, una urraca y un ciervo que provocaba la admiración de los visitantes. Asimismo, poseía deformidades de la naturaleza tales como una pata de un gavián con doce dedos, la piel de un cervato de dos cabezas, una codorniz con tres patas y un gusano de cuya cola brotaba una rama.

El conjunto de rarezas no terminaba ahí. Tenía una compañía formada solo por enanos y contaba con un archivo visual de personajes y fenómenos insólitos. En esta categoría entraba el retrato de Pedro González y sus hijos, una familia de «hombres lobos» que sufría hipertrichosis lanuginosa congénita (crecimiento anormal del vello

por todo el cuerpo). Su historia vital demuestra que Rodolfo no era el único coleccionista de rarezas entre los soberanos de su tiempo. Nacido en Canarias en 1544, Pedro González o Petrus Gonsalvus, hijo de un jefe guanche, fue llevado a modo de fenómeno de la naturaleza a la corte francesa de Enrique II. Su llegada supuso un acontecimiento social, si bien el monarca francés asumió el reto de transformar al monstruo salvaje en un felino manso. Se le educó con esmero en la corte parisina y se le ofreció matrimonio con una de las damas de la reina. De este enlace nacerían seis hijos, de los que solo en dos no se repitió la enfermedad. En uno de los retratos de la familia, el de Antonietta Gonsalvus, la niña tenía el aspecto de un lindo gatito engalanado con ropas humanas.

Otra pieza rara que se suele incluir en el Gabinete de las Artes y de las Maravillas es la *Biblia del diablo*, también conocida como *Codex Gigas*, que fue guardada casi en secreto por Rodolfo. Este antiguo manuscrito medieval, de colosal tamaño (92 centímetros de alto, 50,5 de ancho y 22 de grosor) y peso (75 kilos) fue creado a principios del siglo XIII presuntamente por el monje German Inklus, del monasterio de Podlažice (la actual República Checa). Según la leyenda medieval, el tal German *el Recluso* fue un monje benedictino condenado a ser emparedado vivo por un grave crimen, que para librarse de la pena propuso crear un código enorme que contendría la *Biblia* y todo el conocimiento del mundo. Con solo una noche por delante para escribirlo, el monje solicitó la ayuda del mismísimo Satanás, el cual aceptó crear el libro en ese plazo a cambio de que apareciera su imagen en una de las páginas. Y sí, el libro cuenta con la famosa imagen de un demonio, aunque es probablemente la obra de una persona que tardó más de veinte años en escribirlo, según calcula la Biblioteca Nacional de Suecia.

Hasta aquí se pueden trazar las similitudes con Felipe II, incluida la afición por coleccionar objetos raros y libros que bordeaban la herejía, pero en lo referido a sus personalidades las diferencias son abismales. Puede que el rey español fuera un obsesivo compulsivo, así como su hijo era un ludópata; mas Rodolfo era excéntrico, melancólico, ensimismado, perezoso y sufría de manía persecutoria. De los periodos melancólicos de su juventud pasó a un delirio paranoide con alucinaciones en su edad adulta. Posiblemente contrajo sífilis en la juventud y, pese a todos los tratamientos médicos, la enfermedad le causó esos graves trastornos mentales. La paranoia le llevó a encerrarse y permanecer aislado del mundo, desde 1600 a 1606. Además, jamás se casó ni tuvo hijos legítimos, lo cual supone una omisión clara en la principal responsabilidad de un soberano: garantizar su sucesión.

Ante la petición de su tío para que se casara con su hija predilecta, Isabel Clara Eugenia, el emperador se dedicó a dar largas y más largas. Desde su retiro madrileño, su madre, María, se desesperó al observar cómo su hijo se negaba a casarse con las candidatas que la diplomacia imperial sugería como adecuadas, y porque vivía obnubilado con entretenimientos nocivos, «para recreación y divertimento del cansancio de los negocios y gobierno como son la alquimia, pintura, escultura y cosas

de ese género». Lo único que parecía interesarle de la correspondencia con España eran las gestiones del embajador imperial para la compra de piezas americanas y de la India. Se valió de él para alimentar su colección de maravillas con bezoares, esmeraldas, diamantes y vestimentas indígenas, así como un formidable grupo de caballos indianos.

JULIO CÉSAR DE AUSTRIA, EL HIJO PSICÓPATA DEL EMPERADOR

¿Rodolfo era homosexual? Si acaso, sería bisexual. Del mismo modo que se han documentado sus relaciones con su chambelán Wolfgang von Rumpf y con varios criados, también se sabe que mantuvo aventuras amorosas con mujeres, que le dieron al menos seis hijos bastardos. Catarina Strada —nieta del anticuario italiano Jacopo Strada— se convirtió en su amante más duradera, diecisiete años, y con la que concibió esos hijos bastardos. Matías, que murió joven; Carlos, que luchó contra los turcos; Catarina, que llegó a condesa tras casarse bien; Dorothea y Alžběta, que acabaron de monjas, y el favorito de sus bastardos, al que llamó Julio César de Austria y le otorgó un feudo en Bohemia.

Julio César se reveló como un perturbado con tendencias sádicas, al estilo del hijo maldito de Felipe II. Sus genes le recordaban que era tataranieta de Juana la Loca e hijo de aquel a quien ya veían en toda Europa como fiel reflejo de la podredumbre de los Austrias. En una de sus frecuentes salidas nocturnas, Julio César dio muestras de su agresividad asesinando a golpes a uno de sus sirvientes. Rodolfo II internó a su hijo en el monasterio cartujano de Gaming, en Austria para corregir su actitud. El joven debía mantener allí una dieta sobria, le debían ser negadas las armas, limitados los recursos financieros y prohibido el contacto con el mundo exterior. Pero aquel no iba a ser su destino. Julio César se marchó del monasterio en cuanto quiso, empezando a cortejar a la bellísima hija de su barbero, Marketa Pichlerová. Cortejar, en su caso, era sinónimo de algo más peligroso.

El bastardo real, cada vez más desquiciado y alcoholizado, comenzó a maltratar a Marketa y, una noche de 1607 intentó darle muerte a cuchilladas. Al suponerla muerta, Julio César la defenestró siguiendo la moda política de la época. Esto es: arrojó su cuerpo inerte por la ventana. La sádica escena forma parte de los episodios más negros de la familia de los Austrias. Así lo narra el cronista palatino Václav Březan:

Estaba tan terriblemente dañada que su cuerpo ya no era una sola pieza, y fue en estas condiciones como él la tiró sobre unas piedras. Pero aquella no estaba llamada a ser su última hora, puesto que cayó en una pila de basura que le salvó la vida. Una vez se hubo recuperado, quiso esconderse de él, pero entonces él comenzó a ordenarle a su madre que volviera a su lado de nuevo.

La familia de la joven se negó a entregar de nuevo a su hija a aquella bestia.

Corrían ya los últimos días de 1607 cuando Lucie Pichlerová, la madre de Marketa, fue arrestada por el real bastardo y encerrada, vestida tan solo con un par de andrajos, en una de las celdas del palacio. La mujer del barbero aún aguantó cinco semanas antes de que las continuas torturas y la ausencia de comida y agua quebrasen su voluntad. El 17 de febrero de 1608, con el beneplácito de la madre sacado a latigazos, Marketa volvió al castillo de los Rosenberg. Menos de veinticuatro horas después, y con el mismo cuchillo con el que meses atrás mutilara a la joven, Julio César de Austria comenzó a descuartizar viva a su amante. «Aquel horrible tirano y demonio, bastardo del emperador», le cortó la cabeza y las orejas, le hizo saltar los dientes «y le fraccionó el cráneo hasta que el cerebro se derramara sobre el lecho», hasta el punto de que «hubo de enterrarse esta hecha pedazos dentro del ataúd». Durante tres horas el asesino desfiguró el cuerpo de su víctima.

La salud mental de Rodolfo II ya era declinante por esas fechas. Pero incluso así distinguió la gravedad de los crímenes de su hijo. El emperador recluyó a Julio César en una habitación con un simple lavabo y rejas en la ventana. Su locura fue en aumento. No se lavaba, destruía el mobiliario de las habitaciones, rompía la vajilla, tiraba los platos por la ventana, dormía en un colchón sucio y manchado de excrementos... El joven esquizofrénico falleció el 25 de junio de 1609, a los veinticuatro años, a consecuencia de una úlcera gástrica, aunque nunca han faltado las teorías sobre un posible envenenamiento por orden de su padre. Desde luego si no lo ordenó fue porque nunca fue un hombre cruel y porque Rodolfo tenía otras cosas en mente a esas alturas de su reinado.

Bueno, en realidad, tenía casi siempre lo mismo en mente: alimentar su colección. En una ocasión Felipe II le envió fondos para la guerra en Hungría, y Rodolfo, ni corto ni perezoso, se los gastó en las más espectaculares piedras preciosas que había en Europa para decorar su corona. Dedicaba su tiempo, casi exclusivamente, a la contemplación de sus grandiosas colecciones, que se convirtieron en su manera de defender el ideal imperial, la dignidad regia y el respeto que iba perdiendo de manera inexorable en el campo de la política. Esta pérdida de prestigio se tradujo, a partir de 1608, en la cesión de Hungría, Austria y Moravia a su hermano Matías de Austria. Valiéndose de su popularidad en Hungría, Matías fue cercenando el poder de su hermano mayor hasta forzar su caída. España y el papa apoyaban también a Matías. La tolerancia del monarca hacia personajes que rozaban la herejía, unido a las concesiones hacia los protestantes, motivaron que la Santa Sede le consideraba poco menos que un brujo extravagante. Los nuncios enviados por Roma, que el emperador se negaba a recibir, informaron al papa de que Rodolfo estaba endemoniado.

LA DESTRUCCIÓN DE SUS MARAVILLAS EN LA GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS

Abandonado por todos, Rodolfo II se obsesionó con que le querían envenenar. Por eso comía solo en su habitación y se hacía servir siempre por el mismo mayordomo, en el mismo plato y en el mismo rincón. El soberano jamás volvió a recibir a un sacerdote y desarrolló un auténtico pánico hacia Dios y los sacramentos. A la vista de su estado, un consejo de familia confió el gobierno de sus estados a su hermano Matías, obligándole a abdicar en 1611. Si bien mantuvo de forma nominal el título de emperador y rey de Hungría hasta su muerte meses después. De nada le sirvió conceder libertad religiosa a los protestantes checos, en un intento desesperado por ganarse el apoyo de la aristocracia de esta región. Los protestantes se lavaron las manos, quizás previendo que las necesitaban limpias frente al baño de sangre que se avecinaba.

Desde que Carlos V hincara la rodilla frente a la realidad religiosa del Sacro Imperio Germánico, los luteranos fueron ganando más terreno sin que Viena y luego Praga pudieran inmiscuirse. No ocurría igual con los calvinistas, mucho más activos y militantes en los asuntos de fe. La casa imperial e incluso algunos príncipes protestantes se negaban a aceptar esta herejía fuertemente arraigada en el norte y este de Alemania. Aunque pocos lo sospechaban entonces, Rodolfo había hecho malabares para mantener sus territorios sosegados, que diría su tío Felipe II. En su ausencia, en los años finales del emperador Matías, con los príncipes católicos y protestantes llenando sus arsenales y levantando ejércitos de mercenarios, se desencadenó otra guerra peligrosa. Y paradójicamente sería el Reino de Bohemia, tan querido por Rodolfo II, el epicentro del conflicto.

En 1617 heredó el trono de Bohemia el archiduque de Estiria, Fernando. Sobrino del emperador Matías, Fernando se educó en el colegio jesuita de Ingoldstad y gozaba de una merecida fama de católico intransigente. Los parlamentarios protestantes de la Dieta de Bohemia, reunidos en Praga en 1618, destituyeron a Fernando y rechazaron a sus enviados al sospechar que el futuro emperador no pensaba respetar las concesiones religiosas de Rodolfo. La conocida como Defenestración de Praga (sin relación con la pulsión asesina de Julio César de Austria) escenificó el 23 de mayo de 1618 el principio de la Guerra de los Treinta años. Así, los representantes protestantes de la aristocracia de Praga —encabezados por el conde de Thurn-Valsassina— capturaron a dos gobernadores imperiales, Jaroslav Martinitz y Wilhelm Slavata, junto con su secretario Philip Fabricius, y los arrojaron desde las ventanas del castillo de Hradcany. Sin embargo, los tres representantes imperiales cayeron suavemente sobre un montón de estiércol depositado en el foso del castillo. Slavata se desmayó, a lo mejor por el olor, pero ninguno de ellos quedó herido de gravedad. La supervivencia de los tres delegados imperiales se vio en los círculos católicos como una señal de que la voluntad divina estaba del lado católico.

En lugar de Fernando de Estiria, la asamblea protestante coronó al elector Federico V del Palatino, el más destacado de los príncipes calvinistas. Su reinado fue breve, tanto como un invierno, de ahí que le apodaran *Rey de Invierno*. La muerte del emperador Matías entregó definitivamente la corona imperial a Fernando, que destinó la maquinaria militar de la Liga Católica, a cuyo frente estaba el duque de Baviera, a la tarea de aplastar la rebelión de Praga. Y no se conformó Fernando II con la Liga Católica, pues en esas fechas reclamó también la intervención de su primo Felipe III de España. En Madrid la estrella de Lerma se apagaba y quien estaba llamado a ocupar su sitio era un convencido belicista, don Baltasar de Zúñiga. Fernando ofreció a España la soberanía sobre Alsacia a cambio de entrar en la guerra y Zúñiga dio el «sí quiero».

Ambrosio Spínola dirigió un ejército de 10 000 infantes y 3000 jinetes hacia lo que todos creían, holandeses incluidos, iba a ser la ocupación de Bohemia. No era así. En un brillante movimiento de distracción, Spínola cayó con los tercios sobre el Palatinado, dominio personal del elector Federico, y conquistó para España la mayor parte de este territorio, a pesar de enfrentarse a un ejército de más de 24 000 mercenarios. Dueño de las dos orillas del Rin, el general banquero envió parte de sus tropas, en concreto tres tercios de valones y uno de napolitanos, a unirse a los ejércitos de la Liga Católica, que se enfrentaron a los protestantes en la batalla de la Montaña Blanca (1620). La aplastante victoria imperial abrió las puertas de Praga a Fernando II, y con él a los padres jesuitas. El elector Federico tuvo que exiliarse y buscar refugio en La Haya.

La fase más favorable a la causa católica había llegado a su fin. Los años siguientes alumbrarían el esplendor protestante y el despliegue militar del revolucionario ejército sueco de Gustavo II Adolfo. Los suecos saquearon el castillo de Praga y el tesoro de Rodolfo II en el transcurso de la guerra. Aparte de su colección de rarezas, el sobrino de Felipe II fue uno de los mecenas del arte más activos de su tiempo. Rodolfo reunió una colección de al menos 1300 cuadros y 500 esculturas. La muestra incluía obras de ilustres artistas como Leonardo da Vinci, Rafael, Tiziano, Veronés, Tintoretto, Durero, Cranach, Holbein y Brueghel entre otros.

A la muerte del emperador, la mayor parte de las piezas fueron trasladadas a Viena por su sucesor. El resto de la colección la robaron los soldados suecos en 1648, incluido el *Codex Gigas*. Lo empacaron en un gran cofre de madera, lo trasladaron 1500 kilómetros hacia el norte y se lo regalaron a la reina Cristina de Suecia, que lo añadió a su biblioteca personal. En Suecia se encuentra hoy este libro considerado maldito, que además de al saqueo de Praga sobrevivió de milagro a un incendio en 1655. También en Suecia se encuentra hoy uno de los retratos más originales que alguna vez se hizo a un soberano: Rodolfo II caracterizado como el dios romano del cambio, Vertumno. Esta sensual y colorida pintura de Giuseppe Arcimboldo, tal vez el primer surrealista de la Historia, conforma con hortalizas, frutas y flores la cara del emperador, en uno de los pocos retratos que se le realizó en vida. El poeta Gregorio

Comanini quiso acompañar el cuadro con unos versos:

*Mira la manzana, mira el melocotón,
cómo se me ofrecen en ambas mejillas,
redondos y llenos de vida.
Fíjate en mis ojos,
de color cereza uno,
el otro de color de mora.
No te dejes engañar, es mi cara.*

FELIPE IV, UN SEXOADICTO EN SODOMA Y GOMORRA



MANDA EL ORINAL DEL REY PLANETA

El conde duque no incluyó un orinal en el escudo de su linaje porque, como miembro de la casa Guzmán, ya contaba con una heráldica de larga tradición, y porque, obviamente, no es un objeto muy heroico. No lo hizo por estas razones; no porque no le debiera su carrera política a uno de estos objetos. Siendo todavía príncipe, el futuro Felipe IV era engreído, antipático, caprichoso y se hacía rodear de palmeros que le reían los desplantes como si fuera el más brillante cómico del planeta. Gaspar de Guzmán y Pimentel, el gentilhombre de cámara del príncipe, se convirtió en una víctima habitual de las fanfarronadas del joven. Un día Olivares se encontraba recogiendo el orinal del príncipe cuando este comentó con voz clara, y en su presencia, lo cansado que estaba de ver la cara del conde cada día. El suyo constituía un aspecto grave, de tez morena, ojos duros y aspecto robusto. Frente a las risas que siguieron, Olivares se limitó a besar el receptáculo de las deposiciones principescas sin hacer comentario alguno. Era su forma de decir que, por obediencia, estaba dispuesto a besar su real culo. Una humillación que, sin saberlo, le abrió las puertas del reino.

La hegemonía de Gaspar de Guzmán y Pimentel resultó inesperada. Mientras el confesor Aliaga y el duque de Uceda se peleaban por ocupar el gran hueco dejado por el duque de Lerma, otros nobles más sutiles jugaban sus bazas desde las sombras. Las suyas eran las jugadas de la generación llamada a acompañar a Felipe IV en su ascenso al trono. Con el cadáver de Felipe III todavía enfriándose, Olivares certificó en voz alta lo que esperaba de las siguientes décadas:

—Ahora todo es mío.

—¿Todo? —interrogó Uceda, presente en la cámara.

—Todo, sin faltar nada.

Los condes de Olivares pertenecían a una rama menor de la familia de los Guzmán, que vertebraban los duques de Medina Sidonia. El padre de Gaspar de Guzmán había sido embajador papal de Felipe II durante el complicado pontificado de Sixto V, al que gustaba más el lujo francés, representado por el protestante Enrique IV, que la rigurosa austeridad del monarca español. El joven Gaspar presenció desde primera fila (nació en Roma) las tensiones que se vivieron entre su padre y el papa.

Su educación fue excepcional por llevarse a cabo en el extranjero, lo que le dio una visión más amplia de la posición de España en Europa, y porque además a la vuelta a la península emprendió estudios universitarios. Esto no era tan frecuente entre la alta nobleza, que más bien acostumbraba a educarse en ambientes privados, y se reservaba solo a hijos segundones destinados a la carrera eclesiástica. Su trayectoria universitaria le legó la pasión por la lectura y una imponente capacidad para hablar en público.

En la Universidad de Salamanca ejerció el cargo de rector en 1603, labor que recordaría con el mayor de los orgullos postrado en su lecho de muerte. «Cuando yo era rector, cuando yo era rector...», farfulló el conde duque antes de agonizar. Ese rectorado honorífico se fue al traste cuando la muerte de sus hermanos mayores hizo necesario que Gaspar abandonara la senda de la carrera eclesiástica. El patriarca de la familia le ordenó dirigirse con urgencia a Valladolid, entonces sede de la corte, para zambullirse en la vida cortesana.

Poderoso caballero era don dinero en la corte de Felipe III, que dijera Quevedo y cantara Paco Ibáñez. A golpe de ducados, Gaspar de Guzmán se abrió paso en la política y cortejó de forma exagerada a su prima Inés de Zúñiga y Velasco, que tenía posición de dama de honor de la reina. Ambos eran de carácter duro (ella fue tachada de «mujer varonil») y supieron compenetrarse para lograr el ascenso de una casa hasta entonces secundaria. Pero aún debería esperar casi una década más alejado de la corte, en Sevilla para más señas, hasta que su nombre resonara amenazante a oídos de Lerma y Uceda. Desde su puesto de gentilhomme del príncipe Felipe, don Gaspar tomó partido por la facción que vertebraron su tío Baltasar de Zúñiga y Velasco — que había sido llamado a la corte en 1617— y el duque de Uceda para derribar a Lerma. Lo que no podía prever Uceda es que el dúo formado por tío y sobrino iba a pasar por encima de él en cuanto Felipe IV ascendiera al poder. El duque de Uceda y fray Luis de Aliaga fueron desterrados en abril 1621.

Su inesperada irrupción no significaba que Baltasar de Zúñiga y Velasco fuera un novato. No era su primer combate. Entre decenas de responsabilidades y cargos ejercidos en tiempos de Felipe II, destacaba el servicio de Baltasar en la Empresa Inglesa de 1588 y su labor como embajador en Bruselas, en París y en la Praga de Rodolfo II. En los viciados años de Felipe III ejerció como ayo y tutor del príncipe de Asturias, al que convenció de que para recuperar las glorias pasadas debían comenzar limpiando la corte de corruptos y retomando las armas. En definitiva: retroceder hasta el reinado de Felipe II, de quien, a su muerte, se creyó que iría al purgatorio por sus numerosas faltas. Ahora de golpe y porrazo, tras el traumático reinado de su hijo, urgía rehabilitarlo, sacarlo del purgatorio y decir que Felipe IV era su continuador. Al acceder al trono, el apodado Rey Planeta proclamó con pomposidad que quería «conformar su gobierno con lo de su abuelo, don Felipe II, y a este fin... en todas plazas poner ministros que han quedado aún de aquella majestad». La elección de Baltasar respondía a este anhelo, si bien su imprevista muerte, en 1622, legó el testigo

a su discípulo y sobrino, don Gaspar.

El conde de Olivares asumió rápidamente el gobierno. Persiguió a los corruptos y sacó adelante leyes para restringir el lujo desaforado entra la nobleza. Así y todo, las similitudes entre el conde duque y el duque de Lerma no se escapaban a los ojos más perspicaces. Ambos sabían que bastaba con dominar el ambiente cortesano para mantener inerte al rey, antes que hacerlo sobre los consejos reales o el aparato burocrático. Ambos sufrían cambios súbitos de genio. Olivares podía mudar en pocos segundos de periodos de exaltación a fases depresivas, donde amenazaba en falso con retirarse de la política. Y ambos controlaban con mano de hierro el país.

También las diferencias eran grandes. Olivares vivía en el Palacio Real, ocupado casi las veinticuatro horas del día en las demandas del rey y de su gobierno. Cuando había un problema urgente acostumbraba a pasarse la noche en vela y jamás rehuía una crisis. Al igual que en tiempos de Felipe II, los búhos volvieron a palacio. Asimismo, el conde era un gobernante bien preparado, magnánimo e incluso bienintencionado, frente a la codicia incendiaria de Lerma. Él se aprovechó de la debilidad de espíritu y voluntad de Felipe III, mientras que Olivares lo hizo de la creencia de Felipe IV, cierta o no, de que no había hombre más adecuado para dirigir el Imperio.

EL IMPERIO ESPAÑOL CONTRAATACA: EL AÑO DE LA BUENA SUERTE

¿También aspiraba Felipe IV a ser un monarca ingrátido como su padre? El joven rey era un hombre inteligente, apasionado del teatro, la música, la poesía (escribió versos de su puño y letra), el arte, los toros, los festejos y, sobre todo, la caza. Incluso en eso ganaba a su errático padre. Se calcula que a lo largo de su vida el monarca mató más de 300 venados, más de 250 jabalís y más de 400 lobos. Pero, sin duda, su presa más famosa fue un toro bravo al que dio muerte durante los festejos por el cumpleaños de uno de sus hijos, en 1631. El animal se impuso a criaturas exóticas (un león, un tigre, un oso, una zorra, una mona, un camello...) en un circo organizado para la ocasión. Al resultar imposible desalojar a la bestia, Felipe IV se colocó el sombrero y reclamó su arcabuz de caza. Un único disparo bastó para matar al «monstruo español», levantar a la grada y desatar una infinidad de composiciones poéticas. Lope de Vega se atrevió a felicitar al toro por haber muerto así:

*Dichosa y desdichada fue tu suerte,
pues, como no te dio razón la vida,
no sabes lo que debes a la muerte.*

Demasiadas heroicidades circenses como para que le quedara tiempo de supervisar directamente los asuntos de gobierno. Superada la edad del pavo, Felipe IV le reconoció al hombre que estaba dispuesto a besar su orinal que solo confiaba en

él. La aspereza autoritaria había jugado en su contra al disputarse la simpatía del príncipe con los palmeros imberbes, pero al final supo ganarse al joven a base de facilitarle su vicio predilecto: los pecados de la carne. Las gestiones del conde condujeron a que, en 1620, a los quince años de edad, Felipe comenzase a hacer vida marital con la francesa Isabel, de diecisiete años. El príncipe estaba enamorado de su esposa desde su precoz matrimonio, aún sin consumar, por lo que agradeció que Olivares les instalara en el palacio de El Pardo para gozar de «las primicias del himeneo». A base de detalles como este se ganó la confianza real.

De su mano, el Imperio recuperó al menos la moral perdida en materia militar. Nada parecía imposible para ese nuevo Felipe el Grande y su valido omnipotente. El país se involucró en la Guerra de los Treinta Años a través del conflicto de Bohemia, pero siguió manteniendo una paz perjudicial con las Provincias Unidas. Los intereses de Holanda en América y en el Pacífico eran incompatibles con la tregua. La Compañía de las Indias Occidentales inició un lucrativo comercio con el azúcar, el café, el tabaco y los negros de Guinea, entre otros productos. Durante los doce años de tregua, los barcos holandeses comerciaron con el doble de pimienta asiática que los portugueses. Además, se rearmaron diplomáticamente para que, llegado el caso, pudieran recurrir a una red de alianzas entre enemigos del Imperio español. Incluso en el remoto Japón, los holandeses colaboraron con los shogunes del clan Tokugawa para perseguir a los padres jesuitas que se repartían por el país. El shogun Tokugawa Ieyasu pudo extirpar así el credo cristiano de sus dominios y crucificar a unos cuantos miles de católicos japoneses.

Baltasar de Zúñiga, y por extensión Olivares, querían retomar las armas contra los herejes holandeses en cuanto expirara la tregua. Eso a pesar de que enfrentarse a las Provincias Unidas significaba sumar este conflicto a la Guerra de los Treinta Años, tan favorable al bando católico en ese momento como incierta iba a ser en el futuro. Sabían los españoles, además, que reiniciar la lucha ya no pasaba por recuperar la obediencia de las provincias rebeldes, sino más bien por ampliar la frontera de los Países Bajos españoles. En el seno de las Siete Provincias, el dilema era parecido. La casa de Orange era partidaria de regresar a la guerra, frente a la facción de los republicanos y demócratas, partidarios de la paz y de un calvinismo más moderado. El gran pensionario Jan Van Oldenbarnevelt se alzó en esos años como el mayor partidario de la paz. Su arresto y ejecución, en 1619, acusado de criptopapista y proespañol, acercaron el conflicto con España.

El año 1625 pareció demostrar que la estrategia del conde duque de Olivares estaba en el camino acertado. Una serie de espectaculares victorias a lo largo del planeta recuperaron de un plumazo el prestigio militar de España, que Lerma había metido en la nevera durante un par de décadas. Y también en Flandes hubo victoria. A pesar de que Olivares defendía una guerra sin grandes operaciones contra los intereses económicos de las Provincias, Ambrosio de Spínola se empeñó en tomar la fortaleza de Breda, una de las más rocosas de Europa. El general genovés contaba a

sus espaldas un largo historial de asedios exitosos, por lo que ni Olivares ni Felipe IV consiguieron disuadirle para que pusiera fin a un sitio que se prolongó durante un año entero. Un observador inglés apuntó desde Bruselas: «El marqués de Spínola ha tomado la determinación bien de someter Breda, bien de enterrar su cuerpo y su honor en las trincheras cavadas ante ellas».

El 5 de junio de 1625, Spínola logró la rendición de Breda y puso la guinda al *annus mirabilis* del Imperio español. No fue el único hecho destacado. La mayor flota que jamás hubiera cruzado el Atlántico, bajo el mando de don Fadrique de Toledo, reconquistó en abril de ese año Bahía, la capital de la colonia portuguesa de Brasil. San Juan de Puerto Rico se defendió heroicamente de un ataque holandés, a finales de ese verano. En octubre una tormenta destrozó la flota anglo-holandesa que bloqueaba Dunkerque. Y, antes de que terminara el año, un ataque inglés a Cádiz acabó en desastre.

Las victorias españolas no se limitaron al Atlántico o Flandes. Ese mismo año una flota hispana, bajo el mando del marqués de Santa Cruz (el hijo del famoso almirante de Felipe II), forzó a las fuerzas saboyanas y francesas a levantar su cerco sobre Génova, la patria de los Spínola y los Doria. Sin mediar declaración formal, Francia empezó a guerrear junto a Saboya y Venecia contra España. A modo de represalia, Olivares ordenó confiscar las propiedades francesas y se prohibió el comercio entre ambos países. Todas estas gestas sirvieron de excusa al valido para poner en marcha una serie pictórica de doce obras que decorarían el Salón de los Reinos, en el Retiro. Así, en 1630, el conde duque inició la construcción de este nuevo palacio real a las afueras de Madrid, que se ubicó en lo que hoy es el Parque del Retiro y requirió una decoración acorde a su grandiosidad.

Distintos autores se encargaron de decorar las paredes de la sala principal con obras de carácter histórico-militar, entre las que brillaba el lienzo del joven Diego de Velázquez *La rendición de Breda (Las lanzas)*. Y si Velázquez puso la imagen, el dramaturgo y militar Calderón de la Barca sirvió la letra. En su comedia *El sitio de Breda*, Calderón retrata las escenas que se vivieron en Breda de forma milimétrica, porque, probablemente, él mismo estuvo entre aquellos soldados, o al menos participó en alguna de las fases del asedio.

La gesta de Breda habría servido en cualquier país para encumbrar a su protagonista a través de los siglos. Pero en eso España ha sido siempre una excepción. Si en Julio César había muchos Marios, en el conde duque había unos cuantos Felipes Segundos. Ambos eran enérgicos y se rodearon de un eficaz cuerpo de secretarios, pero también ambos eran de carácter desconfiado y obcecado. El mismísimo Ambrosio Spínola sufrió sus celos. Con la ayuda de los corsarios de Dunkerque (en 1627, estos aliados de España capturaron 68 bajeles holandeses y hundieron otros 45), Spínola siguió cosechando éxitos militares en las aguas de Flandes tras la toma de Breda. No así en tierra. En enero de 1627, el gobierno de Madrid anunció otra suspensión de pagos. Spínola escribió preocupado reclamando

que no se retrasara más el pago de lo que se debía a su ejército y alertó sobre «el riesgo tan grande de perderse se halla lo de acá». Además de suscribir las palabras del genovés, el segundo al mando, Carlos Coloma, se quejó en otra carta de la falta de oficiales con experiencia: «Cabezas, Señor, es lo que importa». Esa suponía una novedad en el ejército de Flandes, y era un foco de problemas. Castilla ya no paría oficiales al ritmo que las empresas imperiales exigían, y Olivares, además, se encargó de cercenar algunas solo por antipatía personal.

Spínola viajó a Madrid a finales de ese mismo año, porque quería presentar sus peticiones directamente al rey. La Guerra de Flandes y la calidad del ejército no le preocupaban tanto como la enorme deuda que la corona había contraído con su familia. Hay millonarios que se gastan su fortuna en cuadros o en mujeres públicas, y luego está Spínola, que se la gastó en guerras, aunque se supone que pretendía recuperar la inversión. Según los cálculos del general, la deuda sumaba en esas fechas más de seis millones y medio de ducados, suficiente como para que el genovés se comprara varios ejércitos y le declarara la guerra a España. Y aunque volvió a Bruselas con los bolsillos vacíos, se preparó para mudarse una temporada a Madrid. Su viaje lo trasladó a través de la Francia del cardenal Richelieu, que lo agasajó y buscó de forma descarada despertar las sospechas de Olivares. El cardenal le invitó incluso a visitar el puerto protestante de La Rochela, bajo el asedio del ejército real, y a charlar con el mariscal encargado del cerco. Quién sabe si Spínola le dio algún consejo sobre cómo finalizar el asedio.

EL DESCONFIADO QUE CORTÓ LA CABEZA DEL HÉROE DE BREDA

En Madrid el genovés fue cubierto de mercedes y honores, tal vez creyendo que así olvidaría la deuda pendiente. El rey le recibía con regularidad, gozaba de su favor; y él sabía moverse con soltura en los ambientes cortesanos, pese a que Olivares torpedeaba sus maniobras. Su postura política era favorable a la paz, tanto en Flandes como en Italia, si bien nadie le escuchó. Justo en Italia, Olivares se enfrascó en la sucesión de Mantua (1627-1631), cuyas complicaciones costaron el prestigio y la vida a Spínola. La ausencia de un heredero directo para el fallecido duque de Mantua y Montferrat llevó al Imperio español a ocupar este territorio, antes de que Richelieu pudiera reclamar el ducado para el duque de Nevers. El gobernador de Milán, el ilustre Gonzalo Fernández de Córdoba —descendiente del Gran Capitán y veterano de la Guerra de Flandes— tomó el ducado en un rápido movimiento. Al estilo clásico, la respuesta francesa fue cruzar los Alpes con un enorme ejército comandado por el propio Richelieu y el rey de Francia, Luis XIII.

Era la misma pesadilla que había vivido Carlos V, justo un siglo antes: el rey francés emulando a Aníbal para caer sobre Italia. Salvo porque los vientos políticos ahora soplaban en la otra dirección. El ejército francés estaba en proceso de

modernizar sus tácticas y, conquistado el foco hugonote de La Rochela, se veía libre de dirigir sus acometidas al exterior. Incapaces de defenderse, pese a la superioridad de su infantería, los españoles pidieron ayuda al emperador Fernando II. En el verano de 1629, tropas alemanas acudieron a Mantua, convirtiendo Italia también en un escenario de la Guerra de los Treinta Años.

Spínola fue enviado a Mantua cuando las cosas empezaban a complicarse. Su salud se había deteriorado en los últimos años, y el destino estaba hinchado de veneno. Spínola llegó a Génova, en septiembre de 1629, integrado en un grupo del que formaba parte el pintor Diego Velázquez, y se dirigió a asediar Casale. Mientras los alemanes se hacían con Mantua, el experto en asedios seguía atragantado con el último de su vida. Desde Madrid Olivares se quejó, asegurando que cualquier castellano habría tomado ya la plaza y, en una muestra de ingratitud e impaciencia, le relevó del mando para sustituirlo por el marqués de Santa Cruz. «Me han quitado la honra», lamentó el genovés. Y como si la honra y la salud estuvieran unidas por un delgado cordón umbilical, Spínola enfermó y falleció al poco tiempo. Otro de los grandes enemigos del Imperio español, Mazarino (conocido como cardenal cuando entró a servir a Francia), escuchó sus últimas y lastimosas palabras: «Honor y reputación, honor y reputación...». Adiós al mejor comandante que tuvo España en el siglo XVII.

También en lo naval perdió España a la mejor cabeza del siglo, o al menos a la que más prometía. Fadrique de Toledo había infligido importantes derrotas a los holandeses, incluida la recuperación de Bahía, y dedicaba sus esfuerzos vitales a planear la modernización de la flota española. Olivares le envió en 1634 a una nueva expedición a Brasil contra los holandeses. Su negativa a ir, debido a su mala salud, y un fuerte encontronazo en los aposentos de Olivares llevaron a la detención de Fadrique. La familia Toledo, con el duque de Alba al frente, aprovechó el arresto de uno de los suyos para enfrentarse al valido. La cuestión derivó en una pequeña rebelión de los grandes de España, que hacía tiempo que se la tenían jurada al rígido Olivares. Muchos de ellos abandonaron los consejos reales de los que eran miembros en señal de solidaridad. Esto no amilanó al conde duque, ni sirvió para rebajar la condena a don Fadrique: pérdida de los cargos y las rentas de su hacienda, y una sanción pecuniaria de 100 000 ducados. Ni siquiera su inesperado fallecimiento le libró de la denigrante sentencia. Quedó prohibida una misa de réquiem en la iglesia del Colegio Imperial y se ordenó dismantelar el túmulo del *Verde Emperador del Océano*, la grandilocuente forma con la que le apodó Quevedo en uno de sus poemas.

Hacía tiempo que las amenazas de los grandes de España no surtían el efecto esperado. El autoritarismo de Felipe II seguía fresco en la memoria de la alta nobleza. O al menos en la mayoría de ella. El proyecto estrella del gobierno de Olivares sacó a las ratas de las alcantarillas. El conde duque planteó en 1625 que, frente a los problemas económicos que sufría Castilla, se debía implicar más al resto de reinos hispánicos en las numerosísimas guerras europeas y en la defensa de las posesiones

de ultramar. «Todos contra nos y nos contra todos», rezaba una elocuente divisa que portaban las monedas españolas. La Unión de Armas buscaba una distribución más equitativa de la fiscalidad en el Imperio, lo que obligaba a unificar todos los reinos bajo el cuerpo legal castellano. He aquí el gran defecto de las políticas de Olivares, hombre autoritario e impaciente: tendía a pensar en términos que no se ajustaban a la realidad. Forzar a las distintas entidades que componían el Imperio español a aportar lo mismo que Castilla —un territorio horriblemente mutilado por la corona— suponía enfrentarse, uno a uno, a los nobles de cada territorio. Hacerlo, además, con la mayor parte de las tropas luchando en el extranjero era el equivalente político a encenderse un puro apoyado en un surtidor de gasolina.

Olivares estaba obligado a jugar con fuego, porque la Hacienda de Castilla había tocado fondo. Una profunda depresión arrasó los campos y empujó a principios de la década de 1630 a muchos agricultores a emigrar hacia Andalucía. La corona firmó a regañadientes las paces con Inglaterra y con la Francia de Richelieu, quien, sin esperar un segundo, se preparó para una nueva guerra. La tregua coincidió con el cambio a peor de las perspectivas del bando católico en la Guerra de los Treinta Años, debido a la decidida intervención de Suecia y a la falta de fondos. Castilla dependía demasiado de que la Flota de Indias llegara repleta de plata y sin un rasguño a España, lo cual cada vez ocurría con menos frecuencia. En 1628, la escuadra del neerlandés Piet Heyn capturó la flota de plata de Nueva España en el puerto cubano de Matanzas, sin que apenas mediara resistencia. No se trataba ya de Drake asaltando puertos indefensos del Caribe, sino de la mismísima plata americana. El comandante de la flota asaltada, Juan de Benavides, fue acusado de negligencia grave y ejecutado públicamente en Cádiz como advertencia a navegantes. Felipe IV lamentó el resto de su vida un golpe de tal envergadura:

Os aseguro que siempre que hablo del desastre se me revuelve la sangre en las venas, no por la pérdida de la hacienda, sino por la reputación que perdimos los españoles en aquella infame retirada, causada de miedo y codicia.

Poco a poco Felipe IV iba despertando de su letargo. A decir verdad, Olivares no quiso en ningún momento colocar al rey en una vitrina de cristal, cual trofeo, como había hecho Lerma con Felipe III. El valido debía gobernar mientras Felipe IV sumaba años de experiencia en los asuntos de Estado. El rey tenía sus propias ideas sobre el gobierno, y con ellas se enfrentó al conde duque en más de una ocasión. El problema estaba en su falta de constancia y en su indecisión, prefiriendo delegar los asuntos enrevesados en las espaldas de Olivares, para él evadirse a los placeres privados. Los venenosos versos de Francisco de Quevedo le recordaron lo poco que el mundo temía a los reyes dormidos:

*Filipo, que el mundo aclama
rey del infiel tan temido,
despierta, que por dormido*

Ni el rey ni Olivares se libraban de la mala uva de don Francisco. En el reino de Lope de Vega, Luis de Góngora, Calderón y el propio Quevedo era fácil que te hundiera en lo más hondo hasta lo que parecía un elogio. Quevedo y Góngora, sin embargo, se llevaban a matar y se intercambiaron algo más que elogios en sus poemas. El poeta madrileño decía de su archienemigo que era un hebreo, «un hombre a una nariz pegado», y le amenazaba, no sin ironía, con untar sus versos con tocino, «porque no me los muerdas, Gongorilla». Por su parte, Góngora llamaba borracho a Quevedo, «don Francisco de Que-bebo». Una insinuación a cuento de lo mucho que le gustaba pasar su tiempo en las tabernas castizas, fumando, rodeado de hombres de armas y de prostitutas. Así lo recuerda también Arturo Pérez Reverte en su saga de ficción *El capitán Alatriste*. En estos antros, el soltero Quevedo se mostraba tan deslenguado como ágil con la espada.

¿Tan ágil como para vencer al gran maestro esgrimista de su tiempo, Luis Pacheco de Narváez? Según una conocida anécdota, ocurrida en 1608, el poeta y el maestro de armas charlaban tranquilamente en la casa del presidente de Castilla sobre el arte de manejar la espada, hasta que Quevedo cuestionó uno de los postulados de la obra de Pacheco. El esgrimista trató de desarmar con buenas palabras el argumento del poeta, pero este se empeñó en que la única forma de saber quién llevaba razón era sacando las espadas. La presión de la concurrencia hizo que los dos acabasen desenvainando y cruzando aceros. El lance terminó con un golpe de la espada de don Francisco de Quevedo en el sombrero del maestro, descubriéndole y dejándole en vergüenza ante toda la reunión.

La aparatosa cojera de Quevedo pone en cuestión la veracidad de la anécdota, pero no la enemistad entre ambos. Tras años oyendo cómo el poeta desacreditaba sus técnicas, Pacheco fue uno de los que denunciaron a Quevedo ante la Inquisición por sus escritos irreverentes y blasfemos. Olivares y varios nobles mantuvieron a salvo a Quevedo de ataques de ese tipo durante años. A cambio, el poeta se puso a disposición de la monarquía y de su aparato propagandístico. Apenas fallecido Felipe III, el autor de *La vida del Buscón* escribió a Olivares para ganarse su perdón desde la Torre Abad (Ciudad Real), donde permanecía desterrado a raíz de la caída en desgracia del Virrey Temerario. La adulación vertebró la relación entre ambos en los siguientes años.

Todavía en 1633 el poeta mantenía una relación cordial con el valido e incluso ejerció un tiempo como su secretario. No obstante, valiéndose de la servidumbre y de los enemigos de Olivares, el poeta trasladó al rey, en 1639, un poema crítico con la política del gobierno escrito en una servilleta. A raíz de este acontecimiento dos alcaldes de la corte se presentaron en la residencia del poeta —el domicilio de su otro gran protector, el duque de Medinaceli— para arrestarle y confiscarle varias obras. A medio vestir, fue llevado al frío convento de San Marcos, en León, donde pasó cerca

de cuatro años recluido en una celda de la que ni siquiera Medinaceli le pudo sacar. El duque también fue desterrado de Madrid, semanas después. Según la versión oficial, el arresto derivaba de una denuncia del duque del Infantado, que lo acusó de «infiel y enemigo del gobierno y murmurador de él, y últimamente por confidente de Francia». En San Marcos el poeta viviría los peores años de su vida, estando «enfermo con tres heridas que, con los fríos y la humedad de un río que tengo a la cabecera, se me han cancerado y por falta de cirujano, no sin piedad, me las han visto cauterizar con mis manos».

EL DESPERTAR DEL REY PLANETA Y LA INDEPENDENCIA DE ANDALUCÍA

Los gritos poéticos de Quevedo y las funestas consecuencias de la Unión de Armas despertaron definitivamente al rey que habitaba en Felipe. Lo hizo a tiempo de contemplar el peor año en la historia del Imperio español. Si 1625 fue el *annus mirabilis*, 1640 fue el *annus horribilis*. Con la Unión de Armas como telón de fondo, Cataluña, Portugal, Nápoles y Sicilia emprendieron, con suerte desigual, sendas rebeliones contra Felipe IV. A raíz de esta oleada de sublevaciones Cataluña pasó un lustro en conflicto y Portugal conseguiría la independencia plena años después. Según una anécdota, más socarrona que cierta, el conde duque informó a Felipe IV de la rebelión portuguesa con el rostro iluminado con una sonrisa:

—Señor, traigo una buena noticia que dar a Vuestra Majestad. En un momento ha ganado España un ducado con muchas y buenas tierras.

—¿Cómo es eso? —le interrogó el rey.

—Porque el duque de Braganza ha perdido el juicio: acaba de proclamarse rey de Portugal y esta locura da a Vuestra Majestad de sus haciendas doce millones.

En medio de estas acometidas contra el gigante herido que era la Monarquía Hispánica, pasó de puntillas una peligrosa conspiración a cargo de un grupo de nobles andaluces, que pretendían crear una suerte de Reino de Andalucía. Lo peor de todo es que entre los conspiradores estaba uno de los primos del conde duque. Pese a su inmensa fortuna familiar, el IX duque de Medina Sidonia pasaba por dificultades financieras y la mayoría de su patrimonio estaba hipotecado. El primo del valido vio en el caos del Imperio una oportunidad de cambiar su suerte. A eso se sumaba la fuerte aversión entre Olivares y don Gaspar Pérez, el primero por celos acumulados y el segundo por envidias emergentes.

Frente a la proclamación del duque de Braganza como rey de Portugal, Felipe IV y el conde duque empezaron a preparar la reconquista de Portugal a finales de 1640. Para ello, encomendaron al duque de Medina Sidonia la capitánía general de uno de los ejércitos que debía caer sobre los rebeldes. La lentitud y falta de iniciativa del noble andaluz dejaron ya entrever sus planes ocultos. La nueva reina de Portugal,

Luisa de Guzmán, era hermana del duque, por lo que se oponía a contribuir a que ella perdiera su corona. Así y todo, la primera idea del levantamiento andaluz partió del marqués de Ayamonte, Francisco Manuel Silvestre de Guzmán y Zúñiga —titular de una de las ramas menores de la casa de Medina Sidonia—, quien convenció a su primo para iniciar una sublevación con la ayuda de Portugal y las flotas de Francia y Holanda, que tomarían el puerto de Cádiz.

Un espía de La Haya fue el primero en alertar a Felipe IV de lo que se gestaba en el sur de España. Cuando un puñado de «guzmanes» (llamados así por el apellido) fueron llamados a la corte, el duque se excusó alegando razones de salud, puesto que esperaba ganar tiempo hasta que acudiera la flota franco-holandesa a las costas portuguesas. Para fortuna de «los muros de la patria mía», la flota enemiga nunca hizo acto de presencia, y todos los nobles castellanos sondeados se negaron a participar en una empresa que ni siquiera contaba con el apoyo de las clases populares.

Sin que hubiera prendido todavía el levantamiento, Luis de Haro y Guzmán —el gran protegido del conde duque— se presentó en Andalucía a conocer el alcance de la conjura y a detener a Medina Sidonia. El duque escapó a tiempo hacia Madrid para dar explicaciones en persona a su pariente. El valido arrojó, literalmente, a su primo a los pies del monarca, al que confesó todos los planes y rogó que le perdonara. En una muestra de magnanimidad, Felipe IV le libró de ser condenado a muerte, pero no así al otro cabecilla. Tras un prolongado juicio, el marqués de Ayamonte fue condenado a la confiscación de sus bienes y a la pena de muerte. Fue ejecutado en el Alcázar de Segovia, siendo degollado como correspondía a los traidores a la corona.

El castigo a Medina Sidonia se limitó a pagar una multa de 200 000 ducados como donativo a la corona y a un destierro de sus dominios andaluces. Solo cuando violó estas prohibiciones, en 1642, coincidiendo con la presencia de una flota franco-holandesa en las proximidades de Cádiz, fue encarcelado en el castillo de Coca. En un desesperado intento por lavar su imagen, Medina Sidonia tuvo la estafalaria idea de retar a duelo al rey de Portugal. Le convocó a comparecer en Badajoz, cerca de Valencia de Alcántara, donde el duque y su séquito esperaron inútilmente ochenta días la comparecencia del soberano. Su cuñado no se prestó al sainete.

Detrás de muchas de estas sublevaciones se escondió la figura casi literaria del cardenal Richelieu. La rivalidad entre Olivares y él marcó el principio del fin del Imperio español. El intrigante Richelieu trabajó para minar los apoyos internacionales de España y para emponzoñar las intenciones de la nobleza portuguesa y catalana. Gregorio Marañón señala que tal vez «Richelieu era más cauto y eficaz, pero más despótico, duro y cruel». No resulta difícil imaginarle sentado en su silla dorada, acariciando un remilgado gatito mientras trama nuevos ataques contra Olivares, como si fuera el malvado de una película de espías. No lo es porque, de hecho, Richelieu adoraba a los felinos. Reunió hasta catorce gatos de raza angora, entre los que brillaba uno llamado *Ludovico el Cruel*, experto en cazar ratas, y otro apodado

Lucifer, de color negro azabache. Los gatos contaban con una habitación especial y dos servidores para su cuidado. El cardenal despachaba los asuntos rodeado de estos animales.

La culminación a todos los esfuerzos del cardenal, ya con un conflicto abierto entre Francia y España, llegó en la batalla de Rocroi (1643). Allí los tercios españoles se defendieron como «muros de carne» frente a las acometidas del renovado ejército francés. La visión poética y heroica de la lucha dejó conformes a ambos bandos, en la idea compartida de que aquel había sido el hermoso ocaso de la hegemonía de España. Sin embargo, esta visión no corresponde con la realidad: Rocroi no fue la tumba de la infantería castellana, como demuestra el hecho de que unos meses después arrasara a un ejército francés en la batalla de Tuttlingen.

Richelieu no vivió lo bastante como para ver a los franceses venciendo en Rocroi, ni perdiendo en Tuttlingen. Antes de morir, recomendó al rey que nombrara su sucesor al también cardenal Giulio Mazarino. Él siguió haciendo la guerra a España en el mismo punto en que la dejó su antecesor, y continuó con la modernización del país, si bien no pudo evitar que los gatos del controvertido cardenal fueran exterminados. Richelieu, que había reunido una fortuna aprovechando su posición política, legó una pensión a las personas que se encargaban de alimentar a sus gatos, para que nunca les faltara de nada. Los guardias de palacio, sin embargo, los quemaron poco después de su muerte, porque los consideraban animales portadores de mala suerte. De hecho, era tradición quemar a estos felinos en la hoguera de la Noche de San Juan.

Olivares tampoco vivió Rocroi como gobernante. A propósito de la conspiración de los guzmanes, el conde duque entró en un proceso depresivo en el que llegó a replantearse su existencia. Le confesó al embajador de Venecia: «En cuanto a mí, me contentaría con firmar una paz y después morir».

Entre las murmuraciones de la corte se podía oír con claridad la voz de quienes cuestionaban el buen juicio de Olivares. Un asunto de índole privada atormentaba al primer ministro de Felipe IV: su esposa no había podido darle un heredero varón y, entre una nube de rumores, se dijo que Olivares pretendía reconocer como hijo legítimo a un joven de veintiocho años llamado Julián de Guzmán. Si bien constaba como hijo de otro miembro de la familia Guzmán, parece ser que en realidad era el fruto de un amorío que mantuvo don Gaspar con una dama de la corte en 1612. Al borde del colapso personal, Olivares sacó a la luz el mayor secreto de su vida y le dotó de reconocimiento con el nombre de Enrique Felípez de Guzmán. De vagabundo en América, y soldado en Flandes, Julián había pasado de golpe a ser el heredero principal de la casa de Olivares. Esta decisión le enfrentó con la familia de los Haro, y por tanto con su sobrino, uno de los pocos aliados que todavía conservaba entre los grandes de España.

El 17 de enero de 1643, Felipe IV arregló la salida de Olivares sin que cupieran humillación o reproches. La reina Isabel llevaba años conspirando junto a otras

mujeres en la caída del valido y al fin logró su objetivo. El rey le autorizó formalmente a retirarse por motivos de salud a su casa de Loeches y, cuando los enemigos del conde duque reclamaron más dureza, Olivares fue desterrado a la ciudad de Toro. Allí, trastornado y deprimido, murió el 22 de julio de 1645.

EL PRÍNCIPE DE GALES SE PIERDE EN EL MADRID DE LOS PECADORES

Tom y John Smith no trataron de disimular su fuerte acento inglés. Al contrario, los dos misteriosos viajeros decían haber cruzado el Canal de la Mancha y atravesado a caballo Francia y los Pirineos, hasta llegar a Madrid. Era una travesía peligrosa, como lo eran las calles de Madrid, con más pícaros y criminales por metro cuadrado que cualquier otra ciudad de Occidente. Aquella noche del 17 de marzo de 1623, la pareja acudió a la Casa de las Siete Chimeneas de la calle Infantas, la residencia del conde de Bristol. El embajador inglés se vistió apresuradamente y salió a recibir a tan intempestivos huéspedes. La sorpresa fue de infarto: frente a él no estaban dos desconocidos, estaban el príncipe de Gales y su más fiel amigo, el marqués de Buckingham. El hijo del rey de Inglaterra había viajado de incógnito a conocer a la hija de Felipe IV, la infanta María, en previsión de que algún día, esperaba que más temprano que tarde, se convirtiera en su esposa.

La llegada de Carlos de Estuardo, imbuido sin duda por un muy literario sentido de la aventura, cayó con estrépito en la corte. En ese momento, el conde duque de Olivares veía más cerca la confrontación con Inglaterra que el reforzamiento de la alianza a través de un matrimonio. Solo la presencia del hijo de Jacobo I podía salvar la precaria paz que mantenían ambos países desde el Tratado de Londres, impulsado por el duque de Lerma. Inglaterra se comprometió entonces a no intervenir en los asuntos continentales de España, es decir, en la interminable Guerra de Flandes y a combatir la piratería que Isabel Tudor había auspiciado con entusiasmo. Jacobo había cumplido su parte con creces, salvando las críticas tanto de los nobles protestantes como de los católicos. Y también los atentados contra su persona.

Pocos meses después de la firma del Tratado de Londres, un veterano soldado del ejército español en Flandes, el inglés Guy Fawkes, intentó junto a un grupo de conspiradores católicos volar el palacio de Westminster con explosivos situados debajo de la Cámara de los Lores. Pretendía así matar a todos los miembros de la familia real. Sin embargo, los conspiradores no pudieron ejecutar sus planes. Un noble católico llamado William Parker recibió una carta anónima en la que se le recomendaba no asistir a la apertura del curso parlamentario, a principios de noviembre de 1605. Rápidamente advirtió a las autoridades, que sorprendieron a Guy Fawkes almacenando barriles de pólvora en los sótanos del Parlamento.

Fawkes se presentó como un simple criado que estaba cuidando de la leña. El jefe del destacamento interrogó al fanático católico sobre quién era y qué hacía allí a esas

horas. «Me llamo John Johnson», mintió sin titubear. Pero a la segunda pregunta confesó: «Estoy aquí para mandaros a todos vosotros, bastardos escoceses, de vuelta a vuestro país».

Tras su detención, el conspirador católico fue torturado y condenado a una horrible muerte. Siguiendo la costumbre con los traidores al rey, debía ser colgado del cuello sin dejarle morir, «seccionándole los genitales, echándolos al fuego ante sus propios ojos y, hallándose aún vivo, destripándole y arrancándole el corazón antes de decapitarle y despedazarle. Luego se expondría ante el público la cabeza clavada en picas y serían arrojados los restantes trozos a los pájaros para su alimento». El católico evitó tal destino saltando de la escalera del patíbulo con la soga al cuello, rompiéndose el espinazo en el acto. Su tortura y castigo fueron usados como advertencia contra aquellos que pensarán en repetir sus actos. «Recuerden, recuerden, el cinco de noviembre». Lo que pocos recordaron es que él ni siquiera era el cabecilla del grupo, pues lo era el noble Robert Catesby, quien había intentado persuadir al condestable de Castilla, Juan Fernández de Velasco y Tovar, de que apoyara la causa católica antes de firmar el Tratado de Londres.

A pesar del complot católico, el calvinista moderado Jacobo I se mantuvo firme en su paz con España. Era casi un hito en su trayectoria vital. El retrato que se hace del sucesor de Isabel I es el de un hombre inconstante y excesivo: un erudito que adoraba el arte y la literatura, pero a la vez un gran comedor, un desmedido bebedor, un hombre caprichoso, despilfarrador, vanidoso y sumamente cobarde, del que se decía que no podía ver una espada sin sentir náuseas. Además, sufría accesos de cólera durante los cuales no sabía bien lo que decía. Su higiene era descuidada, tanto como su vida sentimental. Alejado la mayor parte de su vida de su esposa, Ana de Dinamarca, el rey mantuvo aventuras con varios de sus privados, especialmente con el marqués de Buckingham. «Nunca vi a ningún marido enamorado coquetear de tal manera con su bella esposa como yo lo he visto hacer al rey Jacobo con sus favoritos, especialmente con el de Buckingham», advirtió el cortesano John Oglander, armado caballero en 1615.

EL INTRIGANTE BUCKINGHAM ACOMPAÑA AL ENAMORADO EN SU LOCURA

Aunque George Villiers pertenecía a la baja nobleza, su madre se encargó de darle una buena educación a la francesa. Hizo de él un joven avezado en danza y modales cortesanos, y más tarde supo aprovechar el espléndido físico de su hijo para hacerle escalar posiciones en la corte inglesa. La homosexualidad del rey era el secreto peor guardado del reino, terreno fértil para los jóvenes cortesanos como Villiers, nombrado conde de Buckingham en 1617 y marqués de Buckingham al año siguiente. Su carrera política progresaba de la mano del cariño que Jacobo sentía hacia él. No

dudaba en abrazarle y besarle en público, así como en llamarle con la íntima fórmula de *my sweet Steenie* («mi dulce Steenie»), o incluso algunas veces por *my wife* («mi esposa»). La azarosa vida privada de Jacobo, anteponiendo sus aficiones a los asuntos del gobierno, exacerbó al Parlamento y limitó su poder. Hasta cierto punto, la paz con España solo era una consecuencia de la incapacidad del rey para convencer al Parlamento de iniciar nuevas operaciones militares.

La buena sintonía entre ambos países se mantuvo a la muerte de Felipe III, e incluso se intentó ampliar con un matrimonio entre los hijos de los dos monarcas. El conde de Gondomar, embajador de España en Londres desde 1613, se encargó durante ese tiempo de contener a Jacobo para que no interviniera en la Guerra de los Treinta Años a favor de los protestantes. En diciembre de 1621, una junta especial analizó las ventajas e inconvenientes de casar a la hermana de Felipe IV con Carlos Estuardo. El monarca deseaba un matrimonio de su hijo con una princesa católica, ya fuera española, francesa, saboyana o toscana, a modo de compensación por el matrimonio de su hija Isabel con el conde elector del Palatinado, en 1613. Es decir, quería equilibrar la balanza. La respuesta de la junta fue favorable al enlace.

Jacobo envió a Madrid al diplomático don Antonio Porter, que mantenía buenas relaciones con Olivares y otros ministros del rey, con la misión de averiguar si la oferta seguía en pie. En privado, Carlos Estuardo pidió a Porter que le escribiera dando detalles sobre su posible esposa y que tanteara cómo caería su viaje al corazón del Imperio español.

El enviado especial constató lo que ya temía Jacobo. El nuevo régimen no estaba por la labor de ampliar con un matrimonio la alianza entre España e Inglaterra. Si mantenían abiertas las negociaciones era con el propósito de retrasar una previsible alianza entre franceses e ingleses. Por eso mismo, Olivares se olvidó de golpe de su amistad con Porter y se mostró agrio de ahí en adelante, lo cual en una persona de su gravedad era como si Batman te cuelga de los talones desde lo alto de la Giralda de Sevilla. Eso sin olvidar que la infanta María estaba en contra de casarse con un hereje. Había amenazado con meterse a monja si le obligaban ello. Y justo cuando la idea parecía disiparse entre las miles de propuestas diplomáticas que se amontonaban en los despachos de Madrid, ocurrió lo inesperado: la llegada del príncipe de Gales y el marqués de Buckingham tras atravesar media Europa.

Poco después de recibir a los ilustres huéspedes, el embajador inglés dio cuenta de la noticia al conde de Gondomar, ahora en Madrid, y este se dirigió a despertar a Olivares. En su estudio sobre la estancia de Carlos en Madrid, el historiador Carlos Puyuelo y Salinas recupera un manuscrito del periodo sobre lo que Olivares y Gondomar se dijeron, una versión probablemente novelada:

—Y bien, conde —le dijo, cuando levantó la cabeza—, ¿qué os trae aquí a semejante hora? Tenéis el aire tan alegre como si tuvierais al rey de Inglaterra en persona en Madrid.

—Si no lo tenemos —replicó alegremente Gondomar—, tenemos lo mejor que

hay después de él: el príncipe de Gales.

El valido de Felipe IV se pasó la noche en vela organizando los preparativos de la recepción. Lo primero que hizo fue reunirse con el rey, que se disponía a dormir cuando apareció el noble castellano. La presencia de Carlos en Madrid solo podía significar que estaba decidido a convertirse al catolicismo. De eso hablaron. El valido dispuso, por lo pronto, que los dos ingleses fueran alojados en el llamado «cuarto viejo» del monasterio de San Jerónimo. La cortesía no debía faltar.

Olivares había desplegado un doble juego diplomático que el desembarco de Carlos podía ahora echar al traste. Al son de lo que estaba ocurriendo en Europa, el Imperio español se dedicó durante años a dar falsas esperanzas a Jacobo, a sabiendas de que la boda entre una princesa española y un príncipe protestante era imposible. A los ingleses les pedían paciencia, mientras al papa le reclamaban en secreto que bajo ningún supuesto concediera la dispensa para un matrimonio así. Con Carlos en Madrid no había forma de alargar más las negociaciones sin que Inglaterra se ofendiera en el proceso. Gondomar lo sabía. Él fue de los pocos a los que la visita no les pilló por sorpresa. El diplomático llevaba meses animando al príncipe de Gales a que viajara a Madrid, mientras ocultaba a Olivares sus maniobras.

Probablemente, Carlos no había meditado mucho sobre la tormenta política que podía provocar su acción. Embriagado por el ambiente literario que se respiraba en la corte de su padre, Carlos viajó a España emulando las aventuras amorosas de los libros de caballerías. La idea de casarse con una princesa católica no le entusiasmaba, y menos si era una española, pero había terminado por convencerse de que estaba predestinado a vivir ese amor imposible. También pensaba que una amistad más estrecha con Felipe IV abriría la opción a que el marido de su hermana, el exiliado conde del Palatinado, recuperara sus territorios después de que el emperador Fernando II se los hubiera arrebatado por lo ocurrido en Bohemia. Por eso decidió viajar de incógnito a Madrid, creyendo que solo su presencia podía desbloquear las negociaciones. Asimismo, la posición de Buckingham era más profana. Él estaba en contra de la boda e incluso de la alianza con España. Sus aliados en la corte inglesa eran de signo contrario a la causa católica. Si acompañó a su señor fue por lealtad y por ganarse todavía más su aprecio.

Jacobo supo de los planes de su hijo a principios de febrero. En una tensa reunión con la pareja de aventureros, les advirtió en vano sobre los peligros del viaje y del riesgo de que Olivares pudiera llegar al extremo de usar al heredero de Inglaterra como rehén. Concluyó prohibiéndoles ir en uno de sus famosos arranques de ira, si bien, terminó cediendo a las pocas horas, en uno de sus no menos célebres cambios súbitos de opinión. Aun así, una vez se quedó solo con sus pensamientos en sus aposentos volvió a concluir que aquello era una locura y al día siguiente así se lo comunicó a Carlos. El príncipe estalló de furia al oír a su padre mudando otra vez de opinión, porque además ya era tarde para deshacer sus planes.

En realidad aquella aventura era, en efecto, una locura. El 27 de febrero, Carlos y

Buckingham se ausentaron de la corte cada uno por su cuenta con la excusa de tratar asuntos privados. Con la complicidad del rey, quedaron en reunirse al día siguiente en la casa de Buckingham, en New Hall, con barbas postizas e identidades falsas. Los hermanos Smith, Tom y John, se escabulleron del país con la misma sutileza que un elefante en una chatarrería. El barquero que les ayudó a cruzar el río Támesis sospechó que se trataba de tres caballeros (iban con un asistente llamado *sir* Richard Graham) que viajaban a Francia a celebrar un duelo, lo cual estaba prohibido por ley. El que le pagaran con una moneda de oro confirmó sus sospechas, a consecuencia de lo cual los denunció ante las autoridades locales. Con las autoridades en los talones, el trío volvió a protagonizar un nuevo incidente a las afueras de Rochester. Se toparon de frente con una comitiva oficial y, tras una absurda huida campo a través, tuvieron que descubrir su auténtica identidad. Dijeron que estaban allí para supervisar la armada en Dover, que era el lugar de reunión acordado con los otros dos miembros de la expedición: *sir* Endymion Porter, de abuela española, y *Sir* Francis Cottington, que se oponía al viaje pero estaba a favor del enlace.

El miércoles 1 de marzo el grupo zarpó hacia Francia. A los pocos días llegaron a París, donde se dejaron caer por las proximidades de la corte de Luis XIII y su esposa española, la reina Ana. Carlos prefirió no revelar su presencia al rey de Francia, creyendo que podría pasar de incógnito por las calles parisinas. Se equivocaba. Varias personas de humilde condición reconocieron su identidad y extendieron el rumor de que el heredero inglés zanganeaba por la ciudad sin presentar, acaso, respetos al monarca galo; pese a lo cual, Luis XIII no hizo pública la noticia. El príncipe de Gales supo de boca del embajador inglés en París que Luis XIII estaba muy molesto por la descortesía, por lo que el diplomático le instaba a que se esfumara del país cuanto antes. Igualmente enojados estaban en la corte inglesa. Frente a los rumores, Jacobo había revelado la verdad a la alta nobleza. Algunos nobles acusaron a Buckingham de alta traición por ayudar en un plan tan peligroso, mientras otros vislumbraron intenciones ocultas: ¿Carlos viajaba a Madrid para convertirse al catolicismo?

Ajenos a las turbulencias políticas que iban dejando tras de sí, Carlos y Buckingham se adelantaron al resto del grupo y viajaron hasta Madrid en solitario. Pudieron observar así las miserias del país y lo fácil que resultaba acabar herido por un arma blanca. Se narra que, en una de las paradas de su travesía, los jóvenes soltaron delante de un grupo de soldados un comentario sobre el superior atractivo de las mujeres británicas respecto a las españolas. Los hombres de armas se contuvieron de cortar por la mitad a los jóvenes extranjeros ante la llegada de un grupo de alguaciles. Los ingleses se habían llevado torpemente las manos a sus armas, sin saber de sus pocas opciones de supervivencia en un país que la pobreza había poblado de pícaros, tahúres, rufianes, ladrones, bandoleros y matarifes. La criminalidad se disparó durante el reinado de Felipe IV. A mediados de siglo, solo entre 1654 y 1658, se registraron cuatro parricidios, cinco degüellos, cinco atentados,

seis actos de extrema crueldad, once envenenamientos, cuatro homicidios, 42 asesinatos, ocho suicidios, etcétera, etcétera. Por no hablar de las muertes sin resolver, que solo en 1658 sobrepasaron los 150 casos. Las calles de Madrid no eran el mejor lugar para dos turistas ingleses con litros de tinta literaria en las venas.

UN METEORITO DIPLOMÁTICO CAE EN MADRID

En Inglaterra, le habían perseguido como a un vulgar ladrón; en Francia, había causado un incidente diplomático; y en España casi le dan matarile por bocazas. Carlos Estuardo se estaba coronando en su viaje, y ahora le tocaba zambullirse en el extraño ambiente cortesano de Madrid. Extraño porque las cosas funcionaban de forma distinta que en Francia o Inglaterra. En Francia, el pecado se cometía con publicidad; en España, con sigilo. Por eso mismo Felipe IV mandó que Carlos se colocara en un coche cubierto mientras su familia y él bajaban y subían por el Paseo del Prado. Así conoció a destellos a la infanta María, que portaba una banda azul sobre su brazo a modo de distintivo. El príncipe de Gales se mordía las uñas de impaciencia por conocer a su posible esposa, pero debía respetar las costumbres españolas. Una vez terminado el paseíllo, Felipe y Carlos se conocieron al fin en un coche cerrado, donde, a través de un intérprete, se dieron efusivas muestras de cariño. Mientras tanto, Olivares conversó con Buckingham y, empleando su habitual crudeza, le preguntó si iban a convertirse al catolicismo. «No», reconoció George Villiers.

Por un momento Olivares había creído que los ingleses venían a abrazar la autoridad de Roma. Pero como no era el caso, el valido retornó sin pestañear al plan A, es decir, marear la perdiz el tiempo que hiciera falta. Carlos y George oyeron decir a Olivares que, si el papa no daba la dispensa para el matrimonio, Felipe IV entregaría a su hija como querida del heredero inglés. Además, en un momento dado, les enseñó una carta que supuestamente había escrito a Roma para acelerar los trámites. Teatro. Todo era teatro. Olivares trabajaba en secreto para que el papa Gregorio XV jamás firmara ese documento. Felipe IV compartía este mismo empeño, si bien él pensaba que era posible que la pareja se convirtiera al catolicismo en el transcurso de su estancia en Madrid. Desde luego merecía la pena intentarlo.

A modo de celebración por la ilustre visita, las cárceles se abrieron para un alto número de presos y muchos reos ingleses, la mayoría piratas, pudieron marcharse de las prisiones y bancos de galeras. Para divertir al príncipe inglés y su comitiva, cada vez mayor, se ofrecieron bailes, mascaradas, cacerías y representaciones de teatro, como no podía ser de otro modo en tiempos del prometedor Calderón de la Barca, soldado, poeta y dramaturgo. Se sabe que el primer drama conocido de Calderón, *Amor, honor y poder*, fue compuesto en esas fechas para ser representado ante el inglés. Las corridas de toros y los juegos de caña completaban este programa de fiestas. Ambos festejos eran extremadamente populares en la corte y se celebraban en

las ocasiones más importantes en la Plaza Mayor.

En todos estos actos el príncipe contó con el cariño del pueblo, quien seguía suponiendo que Carlos había venido a convertirse. Felipe IV intercaló los festejos con actos religiosos, porque no renunciaba a que al final se convirtiera. Sin embargo, lo que consiguió fue espantar más a los extranjeros. Las crónicas hablan de una grotesca procesión del Corpus repleta de cilicios, cadenas, cruces, piedras y toda clase de mortificaciones (algunos monjes portaron huesos de santos en la boca durante la procesión), que estuvieron lejos de despertar la piedad cristiana en el inglés. Dos meses después de su llegada obligaron al príncipe a presenciar el traslado en procesión a una nueva casa de un grupo de antiguas prostitutas metidas a beatas. Tampoco lograron avanzar en las discusiones teológicas sobre la doctrina católica, a las que fueron obligados a asistir los ingleses en el convento de San Jerónimo. En la tercera sesión, Buckingham replicó a uno de los argumentos de los teólogos españoles levantándose de su asiento y pisoteando su sombrero. Los ingleses no mostraban ni el más mínimo indicio de querer hacerse católicos.

Desde que fue oficializada su llegada, Carlos fue trasladado a una habitación del Alcázar de Madrid. El estricto ambiente cortesano de Felipe IV, que seguía respetando la etiqueta borgoñona impuesta por su bisabuelo Carlos V, asfixió al inglés desde que puso un pie allí por primera vez. Acostumbrado a la cercanía de Jacobo, el príncipe de Gales vio en la frialdad del protocolo español una barrera infranqueable para llevar a efecto sus disparatados planes: conquistar a la infanta con palabras bonitas, miradas cómplices y caricias pretendidamente casuales. Una risotada por aquí, un golpe de melena por allá, y un poema inglés recitado en alto para descongelar el corazón de la española. Cosa difícil cuando ni siquiera tenía acceso a la infanta, de pálida y delicada silueta, y ninguno de los dos hablaba más que su idioma de nacimiento. Según la descripción del embajador de Fernando II de Medici, la infanta tenía «rostro de ángel, piel muy pálida, cabellos rubios, más bien tirando al blanco que al oro... la barbilla, un poco saliente».

Cada vez era más evidente que Olivares solo esperaba la respuesta negativa de Roma para despedir al príncipe de Gales y a Buckingham con su mejor sonrisa, que, a la vista de los cuadros de Velázquez, no debía de ser muy convincente. El problema surgió cuando los pajaritos del conde duque en Italia le chivaron que el papa iba a aceptar la dispensa, añadiendo además sus propias exigencias. Para alivio de los españoles, las peticiones de Roma resultaron ser inconcebibles a ojos de la mayoría de los ingleses. El Pontífice exigía una serie de concesiones para los católicos ingleses a las que ni siquiera España había aspirado en el Tratado de Londres. Carlos y Buckingham montaron en cólera al leer la carta, lo que devino en una fuerte discusión del noble inglés con Olivares. Este se limitó a repetir a Buckingham que ellos, por su parte, se remitirían a lo que dijera Roma. No iban a enfrentarse con la Iglesia por defender ese matrimonio.

Se confiaba aquí en que el desilusionado Carlos iba regresar a Inglaterra y dejar

las negociaciones en manos de los diplomáticos. Mas, con su viaje secreto a Madrid, había demostrado que no era un hombre previsible. Tal vez porque estaba sinceramente enamorado de la infanta se quedó en Madrid para alargar, aún más, aquella situación incómoda. Como aquel amigo que viene a dormir unos días en el sofá de tu casa y termina pasando algunos meses a base de excusas, Carlos empezó a lanzar promesas y concesiones demasiado buenas para ser ciertas. La réplica española, ante tantas cesiones, consistió en que el matrimonio se celebrara, aunque sin consumarse, y sin que la infanta abandonase España hasta que Inglaterra diera garantías sobre lo prometido. Ambas partes sabían a esas alturas que si se rompían las negociaciones se tornaría de golpe de una posible alianza a una inevitable guerra. Jacobo, de hecho, temía que de ser así, su hijo podría ser usado como rehén. «¡Ay! Yo ahora me arrepiento de haberos dejado partir; yo no me preocupo del matrimonio ni de nada con tal de que os estreche todavía entre mis brazos», le escribió el viejo rey a su hijo cuando ya llevaba tres meses abusando de la cortesía española.

Carlos no se dio por aludido, porque estaba demasiado concentrado en su auténtico empeño: perder los papeles y tensar la situación al máximo. Un día se saltó el protocolo y se coló en el huerto de la Casa de Campo donde sabía que la infanta acostumbraba a pasear. El apuesto y elegante Romeo causó en su Julieta un susto de muerte. Según los cronistas ingleses, ella se puso a gritar y salió como una loca al ver a todo un príncipe de Gales saltando una tapia. La versión española es más verosímil: la infanta se marchó del lugar, en efecto, pero sin levantar la cabeza ni darse por enterada. A mediados de julio, un desesperado Carlos pidió audiencia al rey. Cuando todos esperaban que fuera a informar de su vuelta, el inglés sorprendió una vez más al anunciar que aceptaba cada una de las condiciones para que se celebrara el enlace. Se cuenta que al saber la decisión de su hijo Jacobo exclamó que ni todos los diablos del infierno podían ya evitar la boda. Le consoló uno de sus consejeros: «Todos los diablos se encuentran en este momento en Madrid».

LOS INGLESES ODIAN A LOS ESPAÑOLES, Y VICEVERSA

Olivares compartía la opinión de Jacobo. Si Carlos aceptaba las condiciones impuestas, ya fuera de forma sincera o cruzando los dedos, no había forma de esquivar el enlace. Así las cosas, los españoles plantearon nuevas condiciones, las cuales también aceptó, y entonces se excusaron con que, tras la muerte de Gregorio XV era necesario pedir una nueva dispensa al recién elegido papa Urbano VIII. Tampoco era problema. El enamorado príncipe aseguró que esperaría a la nueva dispensa y que pasaría en Madrid las Navidades. Sin embargo, el resto de su comitiva no compartía su mismo entusiasmo. La antipatía que les producía España y los españoles cada vez era más manifiesta. Olivares y Buckingham se odiaban a muerte, entre otras cosas porque supuestamente el inglés estaba cortejando a la esposa del

español. Cosa poco probable dada la vejez prematura de la duquesa, que, en palabras del conde de Clarendon, era «encorvada y deforme».

Los nobles españoles también estaban hartos de la actitud de los ingleses y de que se burlaran de la gravedad española. Precisamente ellos, que hoy alardean de la pompa real con más solera, se reían de la excesiva solemnidad de la corte española y despreciaban las tradiciones católicas. En una ocasión, el noble *sir* Edmund Verney golpeó a un jesuita inglés que estaba atendiendo a un paje moribundo de su comitiva. Los españoles se enfurecieron al ver la agresión y, de no ser por la intervención de Gondomar, hubieran llegado a las manos en casa del mismísimo embajador. Al enterarse del incidente, Felipe IV transmitió a Carlos que si quería permanecer en España hasta Navidad debía mandar a casa a la mayor parte de su cabreada comitiva. El príncipe de Gales se ofendió por la exigencia y desempolvó el tema que no se había atrevido a mencionar hasta entonces. Reclamó que su cuñado recuperara la soberanía sobre el Palatinado. Aquí existía poco margen de negociación, porque Felipe IV no iba a enfrentarse al emperador Fernando II por defender a un hereje. Si empleaba sus influencias sería acaso para que los herederos de Federico recuperaran el título en el futuro, una vez educados como católicos en Viena y casados con alguna de las hijas del emperador.

Llegados a este punto muerto, Carlos se preparó para marcharse a principios de septiembre. Harto de unos invitados tan pesados, Felipe IV hizo poco por evitar su salida del país, aunque le prometió que cuando viera avances autorizaría la boda por poderes y mandaría a su hija a Inglaterra. La infanta, de hecho, se había hecho ya a la idea de que algún día sería reina de Inglaterra, e incluso se enamoró levemente de ese caballero inglés que había atravesado media Europa por ella. Tras acompañar a Felipe a El Escorial, Carlos puso rumbo a Santander y entró en contacto con una flotilla inglesa. La generosa despedida que le fueron dispensando las ciudades por las que pasaba apenas podía disimular que Carlos era un hombre derrotado, un amante fallido y un hijo desobediente que volvía con el rabo entre las piernas tras su aventura latina.

De camino a Santander fue consciente de que le habían estado mareando durante meses, de que le habían espiado el correo desde el principio y, al saber que la infanta estuvo siempre en contra del enlace, se le escapó el enamoramiento con la misma velocidad con la que le había brotado. Cuando hizo acto de presencia la flotilla inglesa, ordenó su traslado inmediato en medio de una tormenta, a consecuencia de lo que casi pierde la vida durante la operación de embarque. Antes de salir del puerto, el día 18 de septiembre, escribió una incendiaria carta a su hermana Isabel donde prometía vengarse de los españoles.

El regreso del príncipe pródigo fue celebrado con júbilo por el pueblo inglés, sobre todo porque volvía sin haberse casado con aquella infanta católica. Las crónicas inglesas señalan que la gente enloqueció y salió a la calle a celebrarlo como si fuera una victoria militar. Una cancioncilla muy extendida en aquellos años proclamaba la fecha de su vuelta, 5 de octubre (del antiguo calendario inglés), como día para

mantenerse sobrio. A partir de la vuelta del príncipe, Inglaterra elevó su tono en las negociaciones con España, centrandó sus exigencias no en la boda, sino en que el yerno de Jacobo recuperara el Palatinado. Los españoles presionaron al emperador para que ofreciera alguna concesión, puesto que buscaban la forma, ya casi a la desesperada, de retrasar la guerra con Inglaterra.

A principios de diciembre llegó al fin a Madrid la dispensa papal que autorizaba el matrimonio. Se cumplían los plazos previstos, salvo porque a esas alturas a nadie le importaba un penique la boda. Bristol recibió órdenes de Londres de posponer la boda por poderes, establecida para el 6 de diciembre, hasta que se tratara el tema del Palatinado. Es decir, hasta la eternidad y más allá. Madrid encontró insultante la respuesta inglesa y la empleó de excusa para enterrar el asunto de una vez por todas. El doble juego diplomático finalizó con los dos bandos descubriendo las mentiras del otro. La guerra escribió el epílogo de una boda que nació muerta.

De la posible gran alianza de Felipe IV se viró casi al instante hacia un clima prebélico. El Parlamento inglés rompió los tratados de matrimonio, en 1624, y pidió al rey Jacobo que declarase la guerra a España. Jacobo contuvo las ansias de ir a la guerra, pues sabía bien del peligro de aquellos conflictos cuyo único motor eran los asuntos personales, en este caso la venganza por la afrenta a Carlos. Lo que no pudo contener fueron los preparativos en el puerto de Londres para reanudar la actividad pirata contra el Imperio. No obstante, a la muerte de Jacobo el 27 de marzo de 1625, a los cincuenta y ocho años de edad, la sed de venganza de Carlos condujo irremediamente al país a una nueva guerra contra España. Al final, casado con la católica Enriqueta María, hermana del rey galo, Carlos estrechó lazos con Francia en perjuicio de España, para lo cual curiosamente debió aceptar unas condiciones matrimoniales parecidas a las que le había pedido Felipe IV.

LA GUERRA PERDIDA POR INGLATERRA QUE FUE BORRADA DE LOS LIBROS

El ya duque de Buckingham planeó una gran expedición naval contra las costas peninsulares de España en 1625. En total, ingleses y holandeses reunieron 92 buques, 5400 marinos y unos 10 000 soldados, cuyos objetivos eran causar el mayor daño posible a la corona, capturar algún puerto y asaltar la Flota de Indias que llegaba a finales de año. No lograron cumplir ninguno de estos propósitos. Una vez en las costas hispánicas, los ingleses insistieron en rememorar los éxitos de Isabel Tudor en Cádiz y pusieron cerco a este puerto. Y como si todos fueran víctimas de un bucle histórico, el encargado de defender Cádiz fue el duque de Medina Sidonia, Juan Manuel Pérez de Guzmán y Silva, hijo del que mandó la Empresa Inglesa y defendió con tanta torpeza el puerto andaluz a finales del siglo anterior. Esta vez, sin embargo, el desastre lo protagonizaron los británicos. Asistido por Fernando Girón, un veterano

militar que se movía en una silla para gotosos, Medina Sidonia rechazó el desembarco inglés, mal organizado y peor ejecutado. La Flota de Indias entró sin oposición en Cádiz el 29 de noviembre, lo cual casi agradecieron los ingleses, que habrían multiplicado sus pérdidas de haberse topado con una fuerza así.

Carlos Estuardo ocultó al Parlamento la magnitud del desastre y le reclamó más fondos para seguir la guerra. Esta institución se negó a soltar una libra mientras no se esclareciera lo que había sucedido en Cádiz, a lo que el rey contestó disolviendo el Parlamento y no convocándolo en muchos años. Así se abrió la brecha que conduciría a la Revolución Inglesa. Varias derrotas más, incluida la rendición de Breda, donde había tropas inglesas desplegadas, forzaron a Inglaterra a firmar la paz con España, en 1630, y a dar por finalizada su participación en la Guerra de los Treinta Años.

Buckingham no viviría tanto como para conocer de nuevo la paz con España. En medio de las intrigas donde Alejandro Dumas emplazó a sus tres mosqueteros, George Villiers fue apuñalándolo el 23 de agosto de 1628 en un muelle del Támesis, cuando preparaba nuevas operaciones contra los franceses. Sus ansias de poder condujeron a Inglaterra a enfrentarse a la vez con españoles y franceses y le hicieron enormemente impopular. John Felton, un oficial del ejército, asesinó a Villiers como aparente ejecutor de la voluntad del pueblo inglés. Así las cosas, no se puede descartar que detrás de la impulsiva acción de Felton se ocultaran, en realidad, Enriqueta María y la facción francesa de la corte, que odiaban al favorito de Carlos.

Los costes de los conflictos militares y la mala gestión se sumaron a las disputas entre la monarquía y el Parlamento, que se alargaban desde el anterior reinado. Todo ello desembocó en la Guerra Civil inglesa de la década de 1640, que terminó con la decapitación de Carlos I. Más allá de su mal gobierno y de su resentimiento hacia España, el fallido rey es recordado en la Historia por su amor por el arte, algo en lo que influyó la colección de Felipe IV.

Tras la ejecución del rey, se instauró una república conocida como la Mancomunidad de Inglaterra, a cuyo timón estuvo el militar Oliver Cromwell. A él se le achaca una frase sarcástica, oda al humor negro, al ver el cuerpo decapitado de Carlos: «Perfecta constitución, hubiera podido vivir muchos años». Mientras España debatía sobre cuál debía ser su posición hacia el nuevo régimen, Cromwell mandó a Madrid como embajador a Anthony Ascham, uno de los instigadores de la ejecución de Carlos. El 4 de mayo de 1650, el nuevo embajador aterrizó en la ciudad y se alojó en un palacio ubicado en el centro de la urbe. Unos días después de su llegada, Ascham y su traductor fueron abordados sorpresivamente por media decena de compatriotas suyos. Se trataba de un grupo de monárquicos ingleses que había viajado para España para asesinar a quien consideraban uno de los verdugos del fallecido rey. Después de apuñalar hasta la muerte a Ascham, consiguieron refugiarse en la iglesia de Atocha y retrasaron un tiempo su detención. El asesinato creó un clima de desconfianza diplomática entre ambos países, pues Cromwell sospechaba que España estaba retrasando el proceso adrede. Hasta el extremo de que, a mediados

de 1651, la Commonwealth envió a un emisario a España para presionar. Finalmente el supuesto líder de los asesinos fue ejecutado con garrote vil y España se convirtió en la primera monarquía que reconoció la legitimidad del nuevo régimen.

Por cierto que la Historia guardaba también un importante destino para la infanta María, que se casó con el futuro emperador Fernando III y llegaría a ser, no ya reina de Inglaterra, sino emperatriz del Sacro Imperio Germánico. Murió en Linz de un ataque de apoplejía en 1646, sin saber que una de sus hijas, Mariana, habría de ser la segunda esposa de su hermano Felipe IV.

LOS BASTARDOS MÁS SANOS Y EL HEREDERO MÁS ENCLENQUE

A pesar de ir embozado, el misterioso hombre revelaba su alta categoría por su elegante vestimenta negra y por aquello de que los reyes tienen la sangre azul. Felipe IV era tan pálido que se le traslucían con claridad las venas azules en las manos. Resultaba difícil para un rey disfrutar desde el anonimato del teatro popular, de las corralas, el lugar que Lope de Vega, Calderón de la Barca y otros genios de su tiempo sembraban de ingenio. Así las cosas, el monarca no estaba dispuesto a renunciar a aquellos placeres, incluso cuando su presencia allí se convirtió en el secreto peor guardado de Castilla. Porque, además, tampoco estaba dispuesto a abstenerse de practicar sexo con actrices y mujeres anónimas. Otro rey ocioso demasiado ocupado.

El conde duque no pretendía apartar de la política a Felipe IV. Ni tampoco él quería hacerse a un lado. Y sin embargo, así ocurrió. Lo que en los primeros años estaba justificado por la inexperiencia del monarca se prolongó en su madurez: el interés del rey en los asuntos de Estado era escaso. Habría que buscar la principal causa en las muchas aficiones que ocupaban el tiempo de Felipe IV, al que las mujeres le enloquecían. La adicción al sexo anónimo del rey hace que incluso hoy se dude sobre el número de hijos que engendró. Cerca de cuarenta según las estimaciones más exageradas. Lo más sorprendente es que, tal vez el rey que más hijos ha tenido en la historia de España, murió sin ser capaz de dar más heredero varón que el enfermizo Carlos II.

El apuesto joven desarrolló su obsesión por el sexo «con los primeros hervores de la adolescencia, cuando cabalgó sin freno por todos los campos del deleite, al impulso de pasiones desbordadas». Olivares supo moverse mejor que nadie a la hora de facilitarle el acceso a púberes canéforas. En una ocasión, el conde duque condujo a Felipe a casa de la hermosa duquesa de Veragua, creyendo que su marido estaba fuera de casa, para que el joven hiciera su parte. Entre tanto, el marido sospechó de los planes del valido y regresó a su morada con intención de matar al noble. Con tan mala suerte que en realidad hirió al rey en un brazo. Viendo que la vida del monarca estaba en juego, el conde duque reveló la identidad del hombre al que había dañado. Así se salvó el rey español de recibir una cornada mortal, puesto que el duque de

Veragua no era como aquellos maridos sin escrúpulos del periodo que alquilaban a sus esposas a cambio de prebendas. El colmo de estos maridos explotadores lo alcanzó un tal Joseph del Castillo, que, viviendo a expensas de las aventuras de su mujer, le dio siete puñaladas cuando se negó a serle infiel en Cuaresma. Después de ser rechazado en la embajada de Venecia, donde pidió asilo, Joseph del Castillo tuvo que huir debido a su crimen.

Desde tiempos de Felipe II, si se comprobaba que el esposo había instigado el adulterio de su mujer, se sometía a la pareja a un castigo público ejemplar. Los dos eran montados sobre sendos asnos y paseados por la ciudad. Él delante, adornado con dos cuernos y sonajas; ella detrás, azotando a su marido. El verdugo cerraba la comitiva azotando a ambos. Además, la ley daba facultad al marido ultrajado (ese que no estaba enterado de la infidelidad) para matar a la mujer adúltera y a su amante si los sorprendía in fraganti. Otros familiares podían actuar igual en caso de enterarse de la infidelidad, sin que incurrieran en delito alguno. Si era la justicia la que descubría el adulterio, entregaba a los dos culpables al marido para que los matara, los hiciera esclavos o incluso los liberara. La literatura del Siglo de Oro está hinchada de casos en los que el marido cornudo lleva a su mujer a confesar o elige una festividad religiosa antes de darle muerte en su casa.

DESMADRE A LA ESPAÑOLA, LA PROSTITUCIÓN INVADE MADRID

Con el transcurso de los años, se hizo evidente que Felipe IV era incapaz de gobernarse a sí mismo, y menos en una ciudad que parecía Sodoma o Gomorra pero con más recato. En el siglo XVII hubo en España burdeles públicos (llamados «mancebías») tolerados, reglamentados y amparados por los gobiernos. Considerándolo un mal menor, Felipe II había expedido pragmáticas para que todas las grandes ciudades de Castilla contaran con una mancebía, especialmente las que se hallaran cerca de un puerto o de una universidad, por ser los marineros y los estudiantes dados a estos centros. Si a principios del siguiente reinado únicamente funcionaban tres mancebías en la capital, esta cifra se disparó al ritmo con el que se pudría la moralidad del gobierno. En el reinado de Felipe IV la cifra sobrepasaba las ochocientas casas públicas en la noche madrileña.

La ley dejaba poco margen a los subterfugios. La joven que quisiera dedicarse al oficio debía acreditar ante el juez de su barrio ser mayor de doce años, haber perdido la virginidad, ser huérfana y no ser noble. Aun así, el juez trataba de disuadirla de su propósito con una plática moral que, en caso de no surtir efecto, dejaba paso a una autorización por escrito para que ejerciera el oficio más antiguo del mundo. Un médico visitaba el burdel de vez en cuando para certificar que estuvieran sanas. Asimismo, era frecuente que asistieran con hábitos y escapularios a procesiones y actos religiosos. Esta costumbre se extendió tanto que Felipe II tuvo que prohibir su

presencia, cuando las mujeres «decentes» dejaron de acudir para que no se las confundiera con las pecadoras. La religión y la prostitución mantenían un confuso vínculo en el Siglo de Oro. Algunos Viernes de Cuaresma dos alguaciles de Madrid conducían a las prostitutas de los burdeles a la iglesia del Carmen Calzado, donde un predicador las exhortaba a salir de la mala vida. Y en otra muestra de la hipocresía imperante, se estimaba a los dueños de los burdeles, los «padres» que explotaban a las rameras, como profesionales respetados. Se les daba así el título y trato de «hombres de bien».

Sobre el vestuario de las prostitutas, las Ordenanzas de Mancebía —recopiladas ya en tiempos del Rey Planeta— disponían que estas mujeres debían portar medios mantos negros (mantillas) para distinguirlas de las mujeres pretendidamente honradas, que portaban manto entero. De ahí que a las prostitutas las llamaran «damas de medio manto». Las mujeres públicas se pintaban de forma exagerada para embellecer su rostro y disimular, en muchos casos, las marcas de viruela. Según el sorprendido viajero francés Antoine de Brunel, las pinturas y los adobos no se limitaban a la cara:

Tienen también camisas bordadas de encajes en sitios que solo ven sus galanes: es cierto que esos encajes bastos y picadillos que se traen de Lorena y de Provenza, y con los que adornan la ropa los campesinos, pues los de Flandes les son ignorados.

La inmoralidad de la España de Felipe IV se manifestaba en una sensualidad desenfrenada y en una relajación de las costumbres entre la nobleza. Sin embargo, la licencia sexual era proporcional a cuanto más alto estuvieras en la escala social, siendo el rey el mayor licenciado. Mientras los excesos eróticos de los plebeyos eran castigados con un rigor absurdo, para un joven aristócrata era casi obligatorio tener una manceba, es decir, una amante. Los jóvenes empezaban a la edad de doce o catorce años a tener una querida, que habitualmente se seleccionaba entre las comediantas y mujeres de vida alegre. Incluso casados, los aristócratas seguían amancebados con mujeres. Las esposas veían con desdén y superioridad a aquellas mujeres destinadas a tan bajos oficios, por lo que ni siquiera las consideraban una amenaza. Eso a pesar de que muchas de estas relaciones eran uniones casi tan duraderas como las matrimoniales.

No era este el caso de las relaciones de Felipe IV. El monarca se revolcaba con mujeres sin necesidad de lazos de cariño ni apenas comunicación previa. Es decir, las relaciones estaban desprovistas de todo elemento afectivo. Los suyos fueron amoríos breves, protagonizados por mujeres de toda clase y condición: casadas o viudas, doncellas, sirvientas, damas de alta alcurnia, monjas y, por supuesto, también actrices. El rey frecuentaba de incógnito los palcos de los teatros populares de Madrid, como El Corral de la Cruz o El Corral del Príncipe. Allí conoció a una joven actriz llamada María Inés Calderón, a quien apodaban *la Calderona*, que había mantenido relaciones en el pasado con el duque de Medina de la Torres. De hecho, se

dice que el monarca empezó a interesarse por ella cuando este duque presumió en público de una «propiedad oculta» (se entiende que sexual y muy impresionante) poseída por la Calderona. El monarca quedó admirado en una obra por los encantos de la joven, con más gracia que belleza; y, con la excusa de felicitarla por su actuación, pidió reunirse en privado con ella. De todas las aventuras fugaces, esta fue la más intensa y la que dio al bastardo más ilustre, «un hijo de la tierra» (la forma en que se inscribían en el libro de bautizados a los hijos de padres desconocidos).

Contra los deseos de su madre, el niño fue apartado de su lado para criarlo en un ambiente cortesano. El joven demostró en ese ambiente una gran capacidad intelectual y desarrolló habilidades como jinete y espadachín, siendo la mejor opción que se iniciara en la carrera eclesiástica. No obstante, el reconocimiento de su padre cambió el destino del niño. Emulando al bastardo más célebre de la casa de Austria, el héroe de Lepanto, el niño fue nombrado como don Juan José de Austria y, al menos durante un tiempo, se le estimó por su talento. En cualquier caso, sus facciones morenas y su supuesto parecido con el duque de Medina de la Torres suministraron pólvora a las murmuraciones de sus enemigos.

Pocos años después del parto, la Calderona solicitó al monarca permiso para ingresar en un monasterio del valle de Utande, en la serranía de la Alcarria, y abandonar su estilo de vida pecaminoso. Fue abadesa allí entre los años 1643 y 1646. Así solía ser el destino para aquellas mujeres que abandonaban la cama del rey, o para las que, declinando la oferta del monarca, debían refugiarse en el clero de las posibles represalias y de los rumores populosos. Los conventos de España se alimentaban de la fiebre erótica del Rey Planeta y del resto de aristócratas desbocados. Lo cual no significaba que un hábito frenara las acometidas del monarca, si es que entre sus objetivos se cruzaba alguna monja. Reza la leyenda que el famoso *Cristo* de Velázquez fue encargado por el soberano para sustituir una imagen similar, destruida por él mismo cuando trababa de violentar a una monja.

Entre las andanzas menos discretas de Felipe IV se citan sus relaciones sacrílegas con las monjas del convento de San Plácido, en especial con una hermana de la secta de los alumbrados llamada sor Margarita de la Cruz. Entraba y salía del convento como Pedro, que no San Pedro, por su casa. Hasta que un día las propias religiosas decidieron jugarle una mala pasada. Secundado por el conde duque y el protonotario Villanueva, el rey dispuso la perforación de un tabique desde la casa contigua al convento. A través del hueco entraron los tres embozados y buscaron a oscuras la celda de sor Margarita, donde la priora les tenía preparada una emboscada. En la celda se encontraba sor Margarita tumbada sobre un ataúd, con un crucifijo sobre el pecho, iluminada por cuatro cirios, tal cual se dispondría de haber muerto horas antes.

Ni mansiones, ni conventos, ni mucho menos teatros le frenaban. A decir verdad era casi imposible rechazar el cortejo del rey. No valían excusas. Hubiera dado igual que fuera tan feo como una cabra, el rey era el rey. Pero para consuelo de muchas, los cánones de la época consideraban a Felipe IV de bello aspecto. Poseía una pálida tez,

un pelo dorado, una nariz rosada bajo una frente amplia y, sobre todo, un incontestable porte regio. Los embajadores quedaban asombrados por la solemnidad y rigidez del rey de España, al menos el tiempo que tardaban en percatarse de que la estatua de mármol no mudaba de gesto. De él comentaba el pueblo, jocoso, «que había reído tres veces en su vida», y olvidaban citar cuáles habían sido. «Los escuchaba y los respondía (a su consejeros) con el mismo semblante, no habiendo en su cuerpo nada movable sino los labios y la lengua», describió Brunel en 1655.

ALÍ BABÁ TENÍA MENOS LADRONES QUE EL MONARCA DESCENDIENTES

Con tanta infidelidad, los hijos ilegítimos estaban a la orden del día. La mayoría de los nobles tenía alguno derivado de la relación con su manceba o de alguna estancia en el extranjero. Felipe también era rey en eso. Durante su largo reinado solo ralentizó el ritmo de aventuras sexuales al final de su vida, con resultado de una amante por año y entre treinta y dos y cuarenta descendientes entre legítimos e ilegítimos. Aparte del mencionado don Juan José, que adquiriría protagonismo político durante el reinado de su padre y más tarde en el de su hermano, algunos hijos naturales del rey fueron educados en el entorno de la corte y ejercieron puestos de responsabilidad.

El nacimiento de don Fernando Francisco, fruto de la relación del imberbe Felipe con la hija del conde Chirel, se registró como el primero y fue un motivo de alegría para el rey. A su muerte, a los ocho años, su cadáver fue trasladado secretamente a El Escorial y sepultado en el panteón como hijo de rey. La mayoría llegaron a adultos y entraron en religión o sirvieron en el ejército: hubo entre ellos un par de obispos, una abadesa, un maestre de la Orden de Calatrava y un general de Artillería en Milán. La longevidad de muchos de ellos frente a la alta mortalidad de los hijos legítimos ha hecho que se cuestione hasta qué punto era beneficiosa o no la asistencia sanitaria de la corte, contaminada de sortilegios, hechizos y sangrías. Sin olvidar la conclusión más obvia, casi estúpida: la endogamia se curaba abandonando de una vez los matrimonios entre parientes.

¿Cómo llevaba Isabel de Borbón, la reina, eso de portar la cornamenta más aparatosa del reino? Mal, en verdad. Lloraba en silencio por las infidelidades de su marido y procuraba que no afectaran a la convivencia entre ambos. Sabedora de que no mediaba afecto entre su marido y sus conquistas sexuales, los devaneos no perturbaban gravemente este ni el otro matrimonio de Felipe IV. El rey trató siempre con respeto y cariño a Isabel, y nunca permitió que sus infidelidades afectaran a la posición de la reina en la corte, a diferencia de algunos reyes franceses que dieron preeminencia a sus amantes por encima de sus esposas. La hermosa, inteligente y expresiva Isabel sabía que sus encantos eran admirados por el rey, pese a que su

desenfreno sexual le hiciera fugarse por las noches a probar más mujeres. Tal vez por eso el pueblo adoraba a la francesa, quien desde el principio había intentado adaptarse a las costumbres españolas, toros y comedias incluidos, así como a lo que José Delito y Piñuela define como «diversiones bulliciosas». Esto se basaba en bromas tales como echar culebras y sabandijas en la cazuela de mujeres de teatro del Buen Retiro, o promover riñas entre ellas para disfrutar de la galería de aspavientos y palabrotas que le seguían.

Lo que no es probable es que la jovial y abierta reina le fuera infiel a su marido, pese a lo cual surgieron murmuraciones sobre los galanteos que le dedicó el conde de Villamediana en su juventud. Estando en la plaza Mayor de Madrid, allá por el verano del 1622, el conde salió a rejonear un toro y el público se dio cuenta de que por divisa llevaba varios reales de plata con la inscripción «estos son mis amores», lo que fue interpretado por la muchedumbre como una referencia a la reina. Dado el historial de Felipe, no habría estado mal que por una vez le dieran de su propia medicina. El problema es que los galanteos no fueron correspondidos y, encima, le costaron la vida al conde en extrañas circunstancias. Iba ese mismo año en carroza por la Calle Mayor, repletas las calles por ser día festivo, cuando un hombre salió de un portal y se abalanzó sobre Villamediana. El desconocido golpeó al conde con una daga o ballestilla, rompiéndole dos costillas y asomándole por el hombro la punta del acero. La justicia investigó el crimen, uno de tantos atentados en Madrid, pero no pudo hallar al asesino. Esto alimentó las sospechas de que había sido el propio rey quien lo había mandado eliminar por cortejar a su esposa o, igual de probable, por requebrar a otra de las muchas amantes reales.

Al que Isabel no podía perdonar era, en verdad, al conde duque de Olivares, culpable de haber fomentado en su esposo la adicción al sexo. Desde el primer día mostró su desafecto hacia el valido. Este arrastraba fama de áspero con todas las damas, incluida la misma reina. Se cuenta que en cierta ocasión la francesa iba a emitir opinión sobre asuntos de gobierno cuando Olivares se dirigió al rey y, con desdén, le dijo que la misión de los frailes era solo rezar y la de las mujeres solo parir. A decir verdad, con la guerra intermitente entre su patria de nacimiento y la de su adopción, a Isabel le quedaba un margen mínimo para opinar de política. Vendió sus joyas para costear los gastos del ejército y para que nadie pudiera decir que ella no combatía a Francia la primera. En la Revuelta de Cataluña, alentó a su marido para marchar en persona contra los rebeldes y se postuló para ejercer de cabeza del gobierno.

La adicción al sexo anónimo no impidió que Felipe IV cumpliera con los deberes maritales. ¡Y tanto! En total tuvo trece hijos en sus dos matrimonios. Con Isabel engendró seis hijas y un hijo, de los que solo Baltasar Carlos y María Teresa, futura mujer de Luis XIV de Francia, superaron la infancia. De su segunda esposa, Mariana de Austria, nacieron tres niños y tres niñas, de los que sobrevivieron Margarita María y el sucesor en la corona, Carlos II, el rey *hechizado* y endogámico. Pero no hubiera

sido necesario recurrir a este segundo matrimonio con una prima suya, si hubiera dado más de sí la vida de Baltasar Carlos, retratado por Diego Velázquez, cuando era un niño, a lomos de un caballo rechoncho.

Los tres primeros hijos con Isabel murieron al poco de nacer. Tras nueve años de esperar en vano un varón, nació el príncipe Baltasar Carlos, que fue bautizado el 4 de noviembre de 1629 en la madrileña Parroquia de San Juan. Le habían prometido a Dios que si les daba un hijo varón le llamarían como uno de los Santos Reyes Magos. Se sorteó el nombre de los tres reyes y salió Baltasar, el mago que procedía de Babilonia. Acostumbrada a niños de salud quebradiza, la familia real celebró el buen estado del bebé, quien a los tres años juró ante la nobleza y las Cortes de Castilla como «heredero de Su Majestad» y «príncipe de estos reinos de Castilla y León, y los demás de esta corona a ellos sujetos, unidos, e incorporados, y pertenecientes».

De los retratos y los textos del periodo se puede deducir que era un joven robusto, despierto, simpático y más expresivo que su padre. Si tuvo problemas de salud en la infancia debió de ser en la más tierna edad, pues en la adolescencia se mostró activo en la práctica de deportes varios, como la equitación o la caza. El niño Baltasar se distraía con los prodigiosos juguetes de soldado que le enviaban los generales de su padre desde Flandes; eso cuando no estaba ocupado castrando gatos y cegando pájaros en los parques reales. Se le achacaban estas extrañas prácticas sin que a nadie pareciera importarle la salud mental del príncipe. Cosas de niños, de niños del siglo XVII. El propio Felipe II le cogió gusto a lo de sacar ojos a las aves siendo un infante, y su hijo Carlos maltratando caballos.

A los trece años, Baltasar ya tenía casa propia y empezaba a concurrir al despacho de los negocios reales junto a su padre. O al menos eso nos dicen los cronistas. Dada la proverbial inconstancia de Felipe, sería más bien un ratillo lo que les ocupaban los despachos. En esos años se planteó casarle con la hija de Carlos Estuardo, la pequeña María. ¡Al fin una alianza entre España e Inglaterra! Pero no, de nuevo las intenciones se quedaron sobre el papel. En 1646 se concertó el enlace del príncipe español con su prima, la archiduquesa Mariana, de catorce años. Padre e hijo viajaron a Navarra para que sus cortes le reconociesen heredero en abril de ese año. El joven enfermó durante el viaje con fiebres tercianas, pero la cosa no pareció grave cuando Baltasar se trasladó a Zaragoza ya completamente recuperado. El 2 de octubre registró una indisposición ligera y, en los siguientes días, su estado empeoró de nuevo. Los médicos le trataron con sangrías, creyendo que sufría de viruela. El día 9 falleció el príncipe Baltasar Carlos, a las puertas de cumplir los diecisiete años.

No faltó quien pensó que el príncipe había sido envenenado. Ni quien desarrolló alguna teoría más turbia. Según Brunel, el gentilhomme del príncipe, don Pedro de Aragón, consintió que el joven pasara una noche con cierta alegre daifa para descargar las inclinaciones moceriles. De aquellos excesos brotaron en Baltasar la fiebre y una debilidad grande que le acabó llevando a la tumba. Por si acaso era cierta esta historia, siendo probable que Baltasar hubiera heredado la fiebre erótica de su

padre, Felipe IV apartó de la corte a don Pedro.

Repentinamente, Felipe IV se veía obligado a practicar otra vez lo que mejor se le daba, pero en el lugar donde peores resultados había obtenido. Es decir, tenía que volver a fabricar herederos legítimos. El primer obstáculo que encontró el monarca fue que le faltaba pareja de baile. Isabel creyó que a la caída política del conde duque, incentivada por ella, podría heredar el valimiento tras su diligente actuación durante la revuelta catalana. No fue así, entre otras razones, porque la salud de la reina estaba vista para sentencia.

MISIÓN IMPOSIBLE EN LA CORTE: UN HEREDERO SANO

En el mes de octubre de 1644, el rey se enteró en Zaragoza de que su esposa se sentía indispuesta. Los médicos le sangraron ocho veces en brazos y pies. Al no mejorar llevaron a palacio el cuerpo de San Isidro y, poco después, la Virgen de Atocha. La reina prohibió que la Virgen fuera trasladada a su cámara, por no ser digna de tal visita. A las cuatro y cuarto de la tarde lanzó su último suspiro, no sin antes despedirse de sus dos hijos, Baltasar y María Teresa: «Reinas para España hay muchas, pero príncipes hay pocos». Pese a sus esfuerzos por regresar cuanto antes a Madrid, el monarca no llegó a tiempo de ver una vez más a su esposa. El séquito del rey se detuvo a descansar en un mísero albergue del pueblo de Maranchón, donde los secretarios reales fueron informados de la muerte de la reina. Al soberano se le ocultó la noticia porque acababa de comer y ya estaba lo bastante preocupado por la situación política. En Almadrones, a pocos kilómetros de Madrid, le fue comunicado al fin el deceso de su mujer. Una noticia que le dejó destrozado. En vez de dirigirse a la corte se retiró a El Pardo a emborracharse de tribulaciones sobre el sentido de su vida:

Me veo agobiado de insoportable tristeza, pues en una sola persona he perdido cuanto perder pudiera en este mundo. Y si no conociera, por la fe, que Dios nos envía aquello que nos es mejor y más conveniente, no sé qué sería de mí.

Isabel de Borbón estaba en lo cierto: «Reinas hay muchas». Solo hacía falta encontrar a la candidata idónea para ser la segunda esposa de Felipe, lo que en la costumbre de los Austrias se traducían en tirar de alguna prima o sobrina en edad de casarse. Y la que estaba más a mano era, precisamente, la prometida del príncipe Baltasar Carlos, quien falleció dos años después que su madre. Descompuesta y sin prometido, Mariana de Austria, de quince años, se casó con el que poco antes iba a ser suegro, Felipe IV. El padre de la novia, el emperador, le ofreció a su hija en la misma correspondencia donde daba al rey español el pésame por el fallecimiento de Baltasar.

La consecuencia más inmediata de la ruina derivada de la Guerra de los Treinta

Años era que, por el momento, no había dinero, ni imperial ni castellano, para sufragar el enlace. Hubo que posponer la boda un año por las estrecheces que asolaron a ambos países a mediados de siglo y que, en verdad, sacaron a flote la versión más tacaña del emperador. En su viaje hacia España, la comitiva de Mariana hizo acopio de los regalos que le hacían los reinos hispánicos por donde pasaba y, en vez de entregárselos a la soberana, que iba con la ropa y las joyas justas, se los llevaron de vuelta a Viena. Diez años después, también faltaron fondos para pagar el entierro del emperador Fernando II.

El recibimiento a Mariana resultó igual de cutre. Al divisar las costas catalanas, cuyo principado se mantenía en ese momento en rebelión contra la corona, un grupo de rebeldes disparó varios cañonazos desde la Torre de Llobregat contra el barco que transportaba a la joven. Faltó poco para que los cañonazos hirieran a la hija del emperador. No obstante, durante el resto del viaje le fueron ofrecidos regalos y muestras de cariño (y no cañonazos) a la joven de belleza blanca, rubia y de alegre humor. Tal vez demasiado alegre para la gravedad castellana. Tras lanzar una fuerte risotada al ver a unos enanos y unos bufones gesticulando, la reina fue advertida por su camarera, la condesa de Medellín, de que las soberanas no reían nunca en público. Ella contestó que, siendo reina o no, reiría cuando le viniera en gana.

El 7 de octubre de 1649 se certificó el matrimonio en Navalcarnero, previamente efectuado por poderes. El lugar elegido para la boda, tan pequeño y humilde, respondió probablemente a la precariedad de las finanzas españolas. Dado que el sitio donde se celebraban los enlaces regios quedaba exento de tributos durante una temporada, el rey procuró al menos que no se perdiera mucho con la elección del pueblo. Tras la ceremonia, el veterano rey se contagió del erotismo juvenil de su esposa, casi una niña, y se remangó la camisa para dar un heredero varón a sus reinos. La faena no fue tan sencilla como cabría imaginar de un hombre que contaba por decenas sus hijos naturales. La sucesión de alumbramientos fallidos marcó la relación entre aquella niña y aquel rey infiel y prematuramente envejecido. El 12 de julio de 1651 dio a luz al primer hijo de la pareja, Margarita María, que, no siendo niño, dejaba inconcluso el problema sucesorio. La alegre Mariana entró en una fase melancólica a raíz de estos embarazos. Solo le sacaban de su depresión los festejos y las comedias. Se hizo seca, huraña y tan grave como el resto de la corte, salvo que ella ni siquiera era amable. Martín Hume anota:

Y así vivió aquella pareja mal avenida, en medio de la dignidad majestuosa, en la solemnidad y el aparato exteriores, pasando en épocas fijas de Madrid a Aranjuez, de Aranjuez a El Escorial, y sometiéndose pasivamente a agotar la lista monótona, cansada, abrumadora, de prácticas y deberes preparados de antemano.

En 1657, nació al fin un niño, Felipe Próspero, que vistió una túnica cortísima en su bautizo para que no quedara duda de lo que tenía de cintura para abajo. Un año después lo haría otro, Fernando Tomás. Así y todo, ninguno de los dos sobrepasó los

cuatro años de edad. Felipe IV se atormentaba creyendo que era Dios, y no la reiterada endogamia en los Austrias, quien le castigaba por una vida de excesos. Solo unos días después de morir Felipe Próspero, se obró el milagro. «Vio la luz de este mundo un príncipe hermosísimo de facciones, cabeza grande, pelo negro y abultado en carnes», describió un narrador cortesano.

Las campanas de las iglesias madrileñas repicaron anunciando la buena noticia, el milagro en el tiempo de descuento. El mismo monarca lo confesó a un cortesano: lo había hecho «en la última cópula lograda con la reina». Pero aunque los aduladores lo negaron, el príncipe deseado con tanto anhelo resultó no ser el mismo que salía en las fotos del catálogo. Los reyes se dieron cuenta pronto del destino cruel que le esperaba al bebé. La marquesa de Vélez escribió al rey de Francia elogiando la belleza del bebé, así como alertando de su debilidad, con la cabeza llena de costras y el cuello con una visible supuración.

Felipe IV murió cuando el niño tenía cuatro años. A esas alturas ya sospechaba que su salud física y mental no correspondía con la necesaria para el soberano del Imperio español. ¿Y ahora qué? ¿Es que acaso el Rey Planeta no contaba con más opciones para hacerse cargo de su herencia? Al estilo de la cinematográfica familia de los Panero: la sangre Austria estaba al borde del fin de raza. Ni hijos, ni hermanos. Una de las pocas cosas en las que Felipe III había cumplido con creces fue dejando un puñado de descendientes en la Tierra. El tiempo reveló, sin embargo, que su salud no era tampoco la más robusta.

El infante Carlos, nacido en 1607, era de una inteligencia mínima, de carácter sencillo y afable. Su existencia fue discreta, entregado a sí mismo y a que nadie le viera como una amenaza. El conde duque, receloso por naturaleza, procuró mantener a los hermanos del rey bajo cuarentena política. La flacidez del carácter de Carlos hacía probable que algún noble quisiera utilizarle. Por ello Olivares pensó en casarle cuanto antes, si bien no halló a la candidata idónea; y más tarde sopesó mandarle lejos, como virrey de Sicilia. En verdad no había manera de librarse de él. Ni siquiera cuando le designó para el puesto de gobernador de Portugal, del que no llegó a tomar posesión. En 1632, regresó a Madrid tras un viaje a Barcelona y, en el calor del verano, la maltrecha salud del infante, de veinticinco años, dijo hasta aquí hemos llegado. Contrajo un tabardillo (una muerte acorde a su existencia), que terminó con su vida pocos días después. El más importante legado que don Carlos dejó tras de sí fue el retrato que Diego Velázquez le realizó en 1627, donde parece un clon de su hermano, pero con una expresión todavía más etérea.

En el mismo año que Velázquez retrató al infante, Felipe IV estuvo gravemente enfermo y, sin hijos a la vista, la corona hubiera ido a parar a Carlos de haber muerto el rey. Carlos no mostró ninguna disposición a asumir ese trono ni a ejercer puesto político alguno, como sí hizo el hijo menor de Felipe III. El infante Fernando era de temperamento vivo, inteligente, atlético y tenía más salud que sus hermanos. Se decidió por esta razón que el infante Fernando ingresara en el clero y que así reinara

Felipe IV sin la alargada sombra de un hermano robusto. Con solo diez años, el infante fue nombrado arzobispo de Toledo, la principal sede eclesiástica de España, y poco tiempo después fue designado cardenal. Ejerció como tal, pero sin estar ordenado sacerdote porque la Guerra de los Treinta Años limitó su vida exclusivamente a la faceta militar.

Durante el viaje que costó la vida a su hermano Carlos, el cardenal-infante fue forzado por el conde duque a acompañar al rey a Barcelona, porque Olivares temía que dejar a los hermanos del monarca solos en Madrid daría lugar a más intrigas que provechos. El séquito de los infantes se armó con pistoladas cargadas de pólvora queriendo mostrar su desconfianza hacia el viaje o, directamente, porque temían por su seguridad. Una vez en Barcelona salieron a luz los auténticos planes de Olivares. El valido encargó a Fernando el gobierno del principado, lo que retrasaba su prometido nombramiento como gobernador de Flandes. Al final hubo de esperar al fallecimiento de Isabel Clara Eugenia, en 1633, para asumir el control sobre los Países Bajos españoles.

Antes de viajar a Bruselas, al cardenal-infante se le ordenó dirigir un ejército hacia el corazón de Alemania. Aunque España había asistido de forma intermitente al emperador en su contienda contra los príncipes protestantes, su intervención en la guerra se había centrado sobre todo en la rivalidad con Holanda. Ahora, sin embargo, les tocaba a los tercios españoles plantar cara al revolucionario ejército que había cambiado la suerte de la contienda gracias a las innovaciones militares del rey Gustavo II Adolfo de Suecia. Las fuerzas de esta nación siguieron imponiendo su voluntad por los campos alemanes, incluso cuando una temeridad de Gustavo, llamado *el León del Norte*, dejó sin cabeza a los suecos en la batalla de Lützen, en 1632.

EL CARDENAL CON SANGRE REAL QUE ATERRORIZÓ PARÍS

El plan acordado desde Madrid consistía en enviar al gobernador de Milán, el duque de Feria, con el grueso del ejército —unos 12 500 hombres— hacia Alemania con las órdenes de unirse a las tropas del duque de Baviera. El noble católico trataba de librar Renania de la amenaza de los franceses. Mientras tanto, el cardenal-infante organizaría un segundo ejército para reforzar al de Feria. La brillante actuación del duque de Feria mantuvo abierto el camino español; si bien, las condiciones extremas del invierno europeo causaron la muerte del general de los tercios y la desintegración de sus tropas a principios de 1634. Solo cuando reunió un nuevo ejército casi desde cero, con muy pocas compañías de españoles, el cardenal-infante pudo partir hacia Alemania a continuar la campaña en el lugar donde el duque de Feria la había dejado. El 2 de septiembre de 1634, el cardenal y su primo, Fernando de Hungría, futuro emperador, desmontaron y se dieron un abrazo a pocos kilómetros de Donawörth.

Sabedores de la importancia, por su número y calidad, de los 18 000 soldados, que traía consigo, los católicos recibieron la llegada de refuerzos con vítores de «¡viva España!».

Ahora sí, los imperiales podían enfrentarse a las fuerzas suecas del duque Bernardo de Sajonia-Weimar y de Gustaf Horn, que habían acudido a Nördlingen a romper el bloqueo católico. Frente a las revoluciones tácticas de los suecos, surgió la rocosa resistencia de las fuerzas católicas, sobre todo la protagonizada por los tercios españoles en la colina de Allbuch, rechazando quince cargas de los regimientos suecos. Sobre esa victoria, que dejó en Nördlingen 8000 muertos del ejército protestante, escribió el oficial español Diego de Aedo y Gallart: «No es creíble cuan llenos y cuan sembrados estaban los campos de armas, banderas, cadáveres y caballos muertos, con horridísimas heridas».

El cardenal-infante se convirtió en el hombre de moda de la Europa católica y el 4 de noviembre entró entre vítores en Bruselas. Los festejos culminaron con varias incursiones sobre el territorio holandés, las cuales convencieron al otro cardenal más famoso de Europa, Richelieu, de que la única forma de frenar a España era con la intervención directa de su país. Tras declarar la guerra a España, el cardenal Richelieu ordenó a su ejército que descendiera por el valle del Mosa para unir sus fuerzas a las holandesas y poner así cerco a la estratégica provincia de Brabante. Sin embargo, cuando el cardenal-infante parecía dispuesto a marchar con todas sus fuerzas sobre la frontera holandesa, tomó una sorprendente decisión: inició una maniobra de diversión en la frontera con Francia. La ocurrencia del infante Fernando permitió poner bajo asedio la plaza fuerte de Corbie, a pocos kilómetros de París, donde el pánico se extendió por sus calles y la familia real, a excepción del rey, fue evacuada de la ciudad.

«El año de Corbie» fue la última humillación a los franceses antes del derrumbe de los ejércitos españoles. Faltaban cabezas. Faltaba Spínola, faltaba el duque de Feria... e iba a faltar el cardenal guerrero. Con su reputación manchada en la corte, y en medio de la peligrosa rebelión de Portugal, Fernando cayó enfermo durante una batalla y falleció en Bruselas el 9 de noviembre de 1641. Se cree que su muerte fue provocada por una úlcera de estómago. Lo cual no evitó que surgieran los habituales rumores que apuntaban a un envenenamiento, tal vez ordenado por Olivares, como causa de un fallecimiento que dejó huérfano al Imperio español de su mejor general en activo. Al igual que su hermano, también Fernando se ganó fama de donjuán y dejó algunos hijos bastardos. A todas luces, sobraban bastardos y faltaban herederos.

Sin hermanos, sin herederos sanos a la vista, con el Imperio derrumbándose y la unidad peninsular rota por las rebeliones de Cataluña y Portugal, el rey entró en crisis personal a partir de la muerte de su esposa. Cada vez que las cosas empezaban a estar fuera de su control, Felipe IV se refugiaba en la vertiente más supersticiosa de la religión, guiándose por «las señales divinas» en varias decisiones de gobierno e implorando ayuda divina. Sin ir más lejos, acudió a un sinfín de astrólogos, religiosos

y charlatanes con el fin de embarazar a Mariana. Eso sin olvidar que el rey se había criado entre frailes y había mantenido una extraña correspondencia con sor María de Ágreda. Esta abadesa del convento de las Madres Concepcionistas de Ágreda (Soria) influyó directamente en los asuntos de Estado, a la salida de Olivares del gobierno.

La popularidad de sus éxtasis, arrobos y revelaciones impresionaron al rey como no lo hizo ningún otro religioso. Si bien Luis de Haro —sobrino del conde duque— ejerció de valido hasta su muerte, en 1661, con pésimos resultados en la guerra contra la rebelde Portugal, era la monja quien, en verdad, movía los hilos en la sombra. Conducía la vida personal del monarca y sus decisiones políticas con cautela. Lo curioso es que la mujer que dirigía el primer imperio global jamás salió de la villa a causa de sus problemas de salud. La influencia de la monja se dejó sentir en las oleadas moralizantes, que se intensificaron en los años finales del reinado de Felipe. En la década de 1650, el rey se propuso extirpar la prostitución de las calles, o al menos minimizar los escándalos vinculados a las zonas cercanas a los burdeles. Los *Avisos de Barrionuevo* relatan el 11 de marzo de 1656:

Prenden a cuantas mujeres andan baldías por el lugar, llevándolas de diez en diez y de veinte en veinte maniatadas a la cárcel. La galera está de bote en bote, que no caben ya de pies; y si este rigor pasa adelante, será menester darle a la casa muchos ensanches y aun tener mucha leña de repuesto, por los que habrán de quemar faltándoles este socorro.

Las medidas moralizantes de un rey tan desmoralizado como Felipe IV estaban predestinadas a fracasar. No se puede poner vallas al campo, siendo Madrid un campo de burdeles y mujeres de vida alegre. El remordimiento y la sensación de fracaso acompañaron al monarca hasta su lecho de muerte. A principios del mes de septiembre de 1665, el rey, de sesenta años, comenzó a sentirse mal, probablemente debido a la disentería, y falleció el 17 del mismo mes, no sin antes padecer notablemente a causa de esta enfermedad. Antes de fallecer, confesó delante de toda la corte sus pecados y pidió perdón a su esposa.

LA NIETA NEGRA Y FRANCESA DEL REY DE ESPAÑA

Si tienes decenas de hijos ilegítimos y otros tantos legítimos lo más probable es que surja con los años una multitud de nietos de distintas razas, aunque sea simplemente por algún gen recesivo que sale a flote. Pero no van por ahí los tiros sobre la posible nieta negra de Felipe IV. En realidad fue en el sofisticado ambiente cortesano de Francia donde se desarrolló la historia de una joven monja negra que decía, e incluso creía, contar con sangre real. Concretamente la sangre de María Teresa de Austria, reina consorte de Francia. Un rumor cortesano en la etapa más española de la monarquía francesa, tras el reinado de la vallisoletana Ana de Austria y durante el de la madrileña María Teresa de Austria. Dos mujeres que, para desgracia hispánica, antepusieron los intereses de su país de adopción a los ibéricos.

Ana de Austria se casó con Luis XIII cuando ambos tenían catorce años. El duque de Lerma lo decidió así como parte de los enlaces dobles que unieron a los hijos del español Felipe III con los del francés Enrique IV. Lerma, de hecho, representó al rey francés en su enlace en Burgos. Además, fue su hijo, Uceda, quien entregó a la joven a la representación francesa a orillas del Bidasoa. Con el propósito de encontrar un terreno neutral, los nobles de ambos países se valieron de cuatro embarcaciones locales, las denominadas gabarras, para establecer una especie de puente flotante. El improvisado terreno neutral estaba decorado con tapices de seda y alfombras exóticas para recibir a la nueva reina de Francia. Nada faltó en grandiosidad, salvo la escasez de entusiasmo de Luis XIII.

El joven rey era un hombre tímido y levemente tartamudo, debido a una mala operación de frenillo, al que lo que más parecía interesarle en la vida era el oficio de las armas o, en su defecto, la caza. Su infancia había estado marcada por la superficialidad de la corte francesa y por el asesinato de su padre a manos de un fanático católico. Enrique IV intuía las cualidades militares y políticas de su hijo, pese a lo cual humilló a Luis al educarle en compañía de varios hermanos bastardos. En verdad, una ofensa a la madre del joven, la intrigante María de Medici. A la muerte de su esposo, ella asumió la regencia, negoció los matrimonios entre España y Francia y dio el recibimiento más afectuoso posible a Ana de Austria. Por el contrario, Luis XIII se mostró extremadamente frío con su esposa, tal vez como remanente de la hostilidad histórica entre ambos países. Ana trató de adaptarse a su nuevo hogar y se esforzó en amar a su nueva familia: «Quiero que todo sea francés en mí». La frialdad del rey, no obstante, se disipó una temporada cuando empezaron a compartir el lecho matrimonial. El monarca incluso disminuyó la frecuencia y duración de las jornadas de caza para pasar más tiempo junto a su coqueta, romántica y alegre esposa.

El tiempo abrió una nueva brecha en la pareja. Así como entre Luis XIII y su madre. En 1617, el distante rey apartó a su madre del poder y la encerró en el castillo de Blois. Años después la reina madre intentaría sublevar a la alta nobleza contra su hijo. Una vez indultada, la reina madre cometió el error de promover la carrera política del cardenal Richelieu, sin calcular hasta dónde llegaban sus ambiciones. En septiembre de 1630, María de Medici aprovechó una grave enfermedad del cardenal para pedirle al rey la cabeza del religioso, que ella misma había elevado. A punto de ceder a las presiones de su madre, Luis XIII rectificó ante la aparición fantasmal de Richelieu, pese a lo cual María de Medici creyó haber triunfado en una jornada conocida en Francia como la *journée des dupes*. «¡Es el día de los engañados!», apostilló el conde de Serrant al saber que Richelieu mantendría su preeminencia después de todo. Tras pasar otra temporada recluida, María se exilió definitivamente a la Bruselas de la archiduquesa Isabel Clara Eugenia. Terminó sus días resignándose a vivir en una pequeña casa del pintor Rubens, en la que moriría en 1642.

Richelieu también murió ese año, y con él su enemistad con la reina. A decir

verdad, Ana de Austria incurrió en varios errores de juventud, que no la convirtieron, precisamente, en el personaje más popular de la corte. La española se hizo íntima amiga de María de Rohan, una mujer tan frívola como imprudente. La apodada como *la Pequeña Cabra* retó a la reina, estando embarazada, a echar una carrera por los corredores del palacio del Louvre. La torpeza de la española, dado el avanzado estado de su preñez, provocó su caída y que perdiera al niño que Francia tanto ansiaba. El rey no toleraba de su esposa aquel carácter jovial e irresponsable, así como aquella frivolidad tan característica de la corte de Felipe III. Los cronistas de la época elevan a 420 los pares de guantes diferentes que acumuló la reina a lo largo de su vida. Pero, ante todo, no aguantaba a sus acompañantes. Durante el viaje del duque de Buckingham a París en 1625, *la Pequeña Cabra* intrigó para que la reina, su amiga, mantuviera una aventura con el apuesto inglés.

Mientras paseaba por los jardines de Amiens, Buckingham emboscó a la reina en una zona frondosa. María de Rohan había advertido previamente al ministro inglés de que la reina frecuentaba el lugar. Al oír los gritos de la hija de Felipe III, las damas acudieron a ese punto, donde hallaron a la española temblando y con ánimo colérico. No está claro lo que ocurrió en aquellos jardines, ni hasta dónde llegó el supuesto romance. Lo poco nítido es que Buckingham no se dio por vencido. Unos días después del incidente entró a la fuerza en la cámara de la reina y le declaró su amor llorando. Ella volvió a rechazarle, según la versión oficial, la misma que no convenció ni por un momento al rey Luis XIII. «En el estado en el que me hallo, me veo obligado a perdonarla, pero no a creerla», aseguró el monarca en su lecho de muerte. También en sus últimos instantes de vida se acordó Buckingham de la reina francesa. Murió mientras agarraba en sus manos una miniatura con su retrato.

En 1637 Richelieu aprovechó el rencor que crecía en el corazón del monarca para ganar más terreno. El cardenal presentó pruebas, en forma de cartas enviadas a su hermano, Felipe IV, de que la reina estaba cometiendo un delito de alta traición contra Francia. Aunque fue torturado durante días, el mensajero de la reina defendió la inocencia de su señora y, después de que la reina madre interviniera a su favor, Ana fue exculpada. En verdad, la reina favoreció poco a Felipe IV y a los intereses hispánicos, como Isabel de Borbón en España, que tampoco ayudó. Estaba en una posición demasiado precaria en la corte como para ganarse la fama de agente doble. No había conseguido darle un heredero al rey y el pueblo sentía cierta antipatía por su estilo de vida frívolo. Además, Luis XIII hacía tiempo que mantenía aventuras con varias bellezas de la corte, que, de forma premeditada, Richelieu dejaba caer por la cámara del rey. Aventuras más románticas que sexuales, puesto que la sexualidad del monarca siempre fue una cuestión controvertida. Se especuló con que pudiera ser homosexual, o simplemente apático en lo referente al sexo. De ahí su poco interés en Ana, y lo difícil que le resultó engendrar un heredero.

Fue durante una serie de catastróficas desdichas cuando el rey volvió a frecuentar la cama de su esposa. Cuando visitaba a una de sus amantes plantónicas, sor

Angélica, Luis XIII fue sorprendido por una fuerte tormenta, la peor del año, y se vio obligado a refugiarse en el palacio donde en ese momento se encontraba la reina. Coincidieron en el mismo lecho después de un tiempo distanciados. Como fruto de esa noche tormentosa concibieron a su heredero universal, Luis XIV, el sol que salió tras las nubes. Nacido el 5 de septiembre de 1638, el futuro Luis XIV supuso un alivio para sus padres, pero no por mucho tiempo. Mientras Ana de Austria volcaba todo su afecto en sus hijos (tras Luis llegará otro en 1640, Felipe de Orleans), el rey mantuvo la conocida actitud gélida con sus vástagos hasta su fallecimiento.

Ana lloró la muerte de Luis, al que siempre quiso a pesar de sus desprecios, y agradeció a su cuerpo sin vida que, en vez del arisco Richelieu, ya muerto, le hubiera legado al más manejable cardenal Mazarino. Al asumir la regencia de Francia, Ana logró invalidar el testamento de su esposo, que reservaba un papel secundario para ella, y nombró a Mazarino primer ministro.

La cercanía entre ambos desató las habladurías sobre el alcance de su amistad. Incluso se aseguró que se habían casado en secreto, lo cual es improbable, puesto que, poco antes de morir, el cardenal había recibido del papa Alejandro VII un permiso para ser ordenado sacerdote (era cardenal sin haber hecho los votos). Había pedido este permiso especial porque buscaba ser nombrado papa en el cónclave que estaba por venir, algo incompatible con un posible matrimonio.

Hubiera carne de por medio o no, la española confiaba de forma ciega en él y le dio carta blanca para seguir guerreando contra España y poner fin a la participación francesa en la Guerra de los Treinta Años (Tratado de Westfalia, 1648). Al terminar la regencia, Luis XIV también depositó su confianza en el italiano. Toda esta fe desembocó en una de las mayores derrotas que sufrió España en el siglo XVII: la batalla de las Dunas (1658), donde la magnitud del golpe no dejó espacio, como en Rocroi, a los cantos heroicos. Curiosamente, mientras en Rocroi el general francés fue Luis II de Borbón-Condé, de sangre real; en Las Dunas, el general de las fuerzas españolas y de los realistas ingleses fue también este mismo noble. Luis II de Borbón-Condé se vio enfrentado a su rey, en el marco de las luchas de la nobleza contra la centralización que vivía el país desde el anterior reinado.

Tras unir sus esfuerzos al Imperio español y a los defensores de la restauración de la monarquía en Inglaterra, Luis regresó al bando del Rey Sol con la firma de la Paz de los Pirineos. Este tratado puso punto y final a la guerra, con condiciones favorables a los franceses, que se quedaron Artois y el Rosellón; y cerró uno de los últimos flecos de la Guerra de los Treinta Años. Además, el acuerdo selló una nueva unión matrimonial entre los Borbones y los Austrias a través del enlace del rey francés con la hija de rey español.

María Teresa de Austria fue la única en llegar a la edad adulta de los hijos de Felipe IV y su primera mujer, Isabel de Borbón. El 9 de junio de 1660, la hija de Felipe IV contrajo matrimonio con Luis XIV, convirtiéndose en la segunda reina española de Francia en aquel siglo. Su entrega al rey se formalizó en la Isla de los

Faisanes, el condominio más pequeño del mundo, que hoy se encuentra en el término municipal de Irún, en un acto cuya preparación contó con la participación de Diego Velázquez. El pintor sufrió con las largas jornadas de trabajo y por el trato con gentes groseras. A su regreso a Madrid, el agotado pintor vivió sus últimos días. Por su parte, a la nueva reina de Francia le pareció vivir un cuento de hadas en la Isla de los Faisanes. Su madre, una Borbón, le había relatado las maravillas que le esperaban en Francia. Lo que olvidó mencionar era la tendencia a descuidar sus matrimonios que tenían los monarcas franceses de la época.

Poco interesado por la belleza austriaca y el carácter frío de María Teresa, Luis XIV frecuentó un sinfín de amantes a lo largo de su vida. Entre ellas, la duquesa de La Vallière, tan hermosa como coja; la duquesa de Orléans, su propia cuñada, y un amor adolescente que casi echa al traste el tratado con España. Luis se enamoró a principios de su reinado de la ambiciosa María Mancini, sobrina de Mazarino, y se mostró decidido a casarse con ella. El cardenal hubo de exiliar a su sobrina de la corte para conseguir que el rey recuperara el buen juicio. El día de su primer encuentro con la española, el rey viajó hasta la Isla de los Faisanes con la imagen de la sobrina de Mazarino clavada en su retina. No le apetecía ni un pelo casarse con aquella desconocida; una prima procedente de la belicosa y austera España. Los tiempos del despilfarro de Felipe III habían dejado paso a la austera gravedad de Felipe IV, que llegó a Fuenterrabía a paso lento y solemne. Mientras el rey español se abrazaba emocionado a su hermana Ana, tras cuarenta años alejados, la pareja de prometidos se miraba con recelo. Las diferencias culturales hicieron que la vestimenta de la joven, que portaba un traje blanco muy tieso, y su peinado resultaran de mal gusto al monarca. Los dientes de la joven estaban muy estropeados, y así lo apreció el rey en su primera entrevista.

Evaporada la novedad, ni la reina madre ni el rey vieron en María Teresa cualidades interesantes. De carácter tímido, bondadoso y humilde, la nueva reina era poco amiga del fasto cortesano. Se dedicó a lo largo de su vida a ayudar a los pobres y a asistir en hospitales a las curas más desagradables. A esto se sumaba que la joven no hablaba ni una palabra de francés, y moriría sin aprenderlo del todo. Por supuesto, la reina madre fue la intérprete y gran protectora de la joven, si bien el matrimonio con la española fue una de sus últimas obras políticas. Su apreciado Mazarino murió al año siguiente de la boda del rey. Ana durmió en la cámara contigua a la del cardenal durante su enfermedad y lloró con rabia a su muerte. Francia perdía a uno de sus mejores ministros, pero ganaba un rey. Luis XIV decidió a partir de entonces llevar directamente las riendas del país. Esto significó, a su vez, que la reina madre se hizo a un lado, quedando su papel reservado al de consejera en temas puntuales.

A finales de 1664 la salud de Ana se complicó. Tras una breve pero intensa agonía, la viuda de Luis XIII falleció el 20 de enero de 1666, pronunciando sus últimas palabras en castellano. «Lo que he sufrido perdiendo a la señora reina, mi madre, sobrepasa todos los esfuerzos de vuestra imaginación», confesó Luis XIV. El

dolor del momento obligó a los cortesanos a sostenerlo para que no cayera al suelo. Durante la Revolución Francesa, los restos mortales de Ana, enterrada en la catedral de Saint Denis, estaban entre los que la muchedumbre exaltada arrojó a un vertedero público.

Sin madre que parió al rey, la influencia de María Teresa sobre su esposo brilló siempre por su ausencia. Con la excusa de que la dote de la reina no había sido pagada por parte de España, Luis XIV inició en 1667 la Guerra de Devolución, un breve conflicto bélico entre España y Francia que supuso la invasión de buena parte de los Países Bajos españoles. Solo la intervención de Holanda, Inglaterra y Suecia, viejos y persistentes enemigos de España, evitó que las posesiones hispánicas en Europa quedaran aún más troceadas. En el Caribe, los franceses apoyaron a los piratas (filibusteros y bucaneros), desde la Isla de la Tortuga, en sus ataques contra los mercantes españoles. María Teresa estaba atada de pies y manos mientras Francia cortaba en lonchas finas al Imperio español. Él solo esperaba de ella, nada más y nada menos, que cumpliera con su papel reproductor y diera a Francia hijos. Y en esto cumplió, salvo que lo hizo al estilo austriaco: tuvo seis hijos, pero solo uno logró sobrevivir, el futuro Luis XV.

MARÍA TERESA Y SU ESCÁNDALO CON «NABO»

La hija de Felipe IV contaba con un séquito de damas y consejeros, algunos españoles, para combatir el aislamiento que le brindaba la corte francesa. En este contexto, María Teresa tomó en su compañía a un joven pigmeo negro, imitando una práctica habitual en esos días entre la nobleza francesa, que le servía de entretenimiento y de cura contra la soledad. Es habitual encontrar en los retratos del periodo a negritos disfrazados de paje al pie de las nobles. El duque Beaufort, almirante de la flota, tras uno de sus viajes, había llevado consigo a aquel esclavo y lo presentó como obsequio a la española. El esclavo fue cristianizado con el nombre de «Nabo», tras lo cual fue integrado en el círculo de confianza de la reina. En el mismo año que murió la reina madre, falleció Nabo sin que se conozcan las causas de la muerte.

Lo que no hubiera sido más que una anécdota graciosa se transformó en murmuraciones cuando en esas fechas María Teresa quedó embarazada del que debía ser su tercer hijo. Tras un difícil parto, la reina dio a luz a una pequeña niña con rasgos moriscos y diversas malformaciones. «El hermano del rey me contó lo difícil de la enfermedad (el parto) de la reina, de cómo su primer capellán se había desmayado de aflicción, y el príncipe y toda la gente junto con él se habían reído de la cara que puso la reina cuando vio que la hija que había dado a luz, se parecía a un pequeño moro que el señor de Beaufort había traído, que era muy bonito y que siempre estaba con la reina», recogió en sus memorias Ana María Luisa de Orleans,

duquesa de Montpensier.

La princesa solo vivió cuarenta días, tiempo suficiente para que varios nobles desarrollaran enrevesadas teorías sobre lo que había ocurrido. Así, la mencionada duquesa anotó que, en su opinión, la criatura era hija del esclavo negro, por lo que el entorno de la reina se había obligado a simular su muerte. Eran rumores con poco fundamento. La mentalidad exageradamente puritana de María Teresa descarta casi por completo que hubiera mantenido relaciones extramatrimoniales con Nabo, porque además no se conoce ningún amante en su biografía. ¿Acaso la había forzado el pigmeo? Eso resulta todavía más disparatado, porque básicamente Nabo era un niño de corta edad y de corta estatura (68 centímetros).

Los médicos de la corte confirmaron que la niña murió, porque «era débil y delicada, jamás tuvo salud». En este sentido, es posible que el bebé fuera de rasgos extraños por razones que iban más allá de lo que ocurre en un culebrón latinoamericano. La mala alimentación de la reina y su mala aclimatación a París — un año antes había dado a luz a otra hija que murió a los pocos meses— abren el abanico de posibilidades a muchas causas médicas. Sin ir más lejos, es factible que la coloración oscura de la piel de la recién nacida fuera provocada por una cianosis. Es decir, que se debiera a una presencia de pigmentos hemoglobínicos anómalos. ¿Y si la culpa fuera del padre? A lo mejor los genes de la casa italiana de los Medici, fuertemente arraigados en la familia real francesa, habían salido a flote con esa niña. No hay que olvidar que varios Medici tuvieron rasgos morenos.

Para quienes no creyeron que la niña había muerto surgió un nuevo rumor: la niña había sido criada en secreto y ahora era monja. Concretamente se trataba de Louise-Marie-Thérèse (Luisa María Teresa), conocida como la *Monja Negra de Moret*. Las evidencias eran claras para estos murmuradores. Aparte de que su nombre era la suma del de los reyes de Francia, la joven monja tuvo asignada una pensión vitalicia de 300 libras por parte de la corona. Además, la reina visitaba con cierta frecuencia la abadía de Moret-sur-Loing, donde residía la monja. También la marquesa de Maintenon, antigua aya de los bastardos reales nacidos de los amores del rey, se dejó ver por el convento. Y por si quedaba alguna duda, la propia Monja Negra afirmaba proceder de alta cuna, insinuando en varias ocasiones que era hermana del delfín de Francia y del resto de hijos de María Teresa. Puede que la monja se lo llegara a creer, pero, en verdad, no tenía nada de Borbón.

Las investigaciones de la Sociedad de Historia de París y Francia realizadas a principios del siglo xx concluyeron que Louise-Marie-Thérèse no era la hija secreta de los reyes, sino una huérfana entregada al convento por *madame* de Maintenon, amante del rey e importante figura política. Los verdaderos padres de la joven eran una pareja de moros que trabajaban en la *ménagerie* real (un precursor del jardín zoológico moderno). El aprecio de Luis XIV a este morisco motivó que, tanto la reina como él, figuraran como padrinos de la niña. Esto explicaría que la joven se refiriera al delfín de Francia como su hermano. Cuando los padres murieron, la joven fue

ingresada en un convento y la corona le asignó una pensión.

Aparte de aquel rumor tan infantil, la vida de María Teresa transcurrió de forma discreta. La indiferencia del rey, su esposo, le causaba lágrimas y «a veces parecía que su corazón iba a estallar de tanta agitación», cuenta *madame* de Motteville. Pero lo cierto es que nunca estalló, se pasó la vida llorando en silencio y sin molestar. Salvo una breve regencia, en 1672, no desarrolló actividad política alguna. En 1683, cuando solo contaba cuarenta y cuatro años de edad, una enfermedad acabó con su vida. Murió sin intuir que de su descendencia brotaría el primer rey borbón de España.

CARLOS II, ¿EL TRISTE FINAL DE LAS LOCURAS?



EL DIABLO QUE HABITÓ EN EL REY

Lo halló estupefacto. El nuncio papal Nicolini encontró a un rey de veinte años, de «un cuerpo tan débil como su mente». A veces daba muestras de cierta inteligencia, lo que descartaba que fuera indiferente a la tragedia que le rodeaba. Eso era lo más cruel del asunto. La genética había arrojado un imperio de responsabilidades sobre la espalda de un hombre que «no puede enderezar su cuerpo sino cuando camina, a menos de arrimarse a una pared, una mesa u otra cosa». Con ese rey raquítico se podía hacer lo que se quisiera, «pues carece de voluntad propia». Y un rey sin voluntad es, a vista de los nobles, lo que una bolsa de caramelos abandonada a la puerta de un colegio.

En su lecho de muerte, Felipe IV dirigió unas últimas palabras a su único hijo varón, Carlos, deseándole mayor felicidad que la que él había tenido en la vida. No le dejaba, sin embargo, mucho margen para ser feliz. El Rey Planeta legó a su hijo un erario público vacío (la guerra contra Portugal fue el golpe de gracia), un Imperio en descomposición y una deuda pública de 21,6 millones de ducados. La tragedia final de su vida había estado marcada por la búsqueda de un heredero, más que por los desastres políticos.

Dada la mala salud del niño que se encontraba tras de sí, Felipe dejó de existir con la amargura a cuestas. El 17 de septiembre Carlos II sucedió a su padre, sin que nadie apostara a que el enfermizo niño fuera a vivir más allá de la infancia. Nació con la cabeza gigante (¿no decía el conde duque que faltaban cabezas?) y llena de costras, ante lo cual los cortesanos disimularon su fealdad con un gorrito, primero, y en su adolescencia con una larga melena. Lo que no se podían imaginar ni los más optimistas es que su reinado iba a durar treinta y cinco años, tres décadas y un lustro de agonía política y personal.

El parto de Carlos fue bastante normal, salvo porque la estancia estaba abarrotada de reliquias. Tres espinas de la corona de Cristo, un diente de San Pedro, una pluma del ala del arcángel San Gabriel, un trozo del manto de María Magdalena, entre otras piezas, acompañaron el advenimiento del heredero esperado. El bebé se reveló desde los primeros días portador de una salud maltrecha, puesto que las gripes y los catarros golpeaban al niño de forma constante. Amamantar a la criatura supuso una sucesión

interminable de frustraciones. Catorce amas, más dieciséis de reserva, se encargaron de la lactancia en un ambiente dominado por los médicos. Aquel ejército de cuidadores, damas y meninas (adolescentes en el umbral de la juventud) le retiraron la lactancia por decoro cuando fue nombrado rey, pero no porque su estómago estuviera listo para los alimentos sólidos. A los cuatro años todavía no se sostenía en pie, a duras penas mantenía su enorme cabeza recta y ya era evidente que sufría algún tipo de retraso. Las mismas doncellas que cubrían sus costras con gorritos, le sostenían con cordones para que pudiera mantenerse en pie durante las visitas de los embajadores. ¡Como si fuera una marioneta! Francisco Alonso-Fernández apunta a que su retraso psicomotor estaría tipificado, en la actualidad, como una oligofrenia, o sea, una discapacidad o insuficiencia intelectual del grado superficial denominado debilidad mental.

En cuanto empezó a hablar y comenzaron a discurrir las ideas por su mente, Carlos II notó que era distinto al resto y estaba limitado para alcanzar el nivel de pensamiento medio. Eso era frustrante, y su inteligencia le alcanzaba para saberlo. Podía pasar de la alegría a la depresión en cuestión de minutos; y de manifestar un cariño empalagoso, a un estado de cólera irreprimible. Sus estudios estuvieron adaptados a estas limitaciones, siendo notorio que sus conocimientos escolares se centraron en conocer la geografía de Madrid, concretamente los lugares relacionados con los sitios reales. A los once años se inició en la lectura y la escritura, habilidades que jamás estuvo cerca de dominar. Pues, aunque su mente hubiera dado más de sí, su maltrecho sistema inmunológico convirtió el sarampión, la varicela, la rubeola, la viruela y las afecciones infecciosas en los compañeros de juegos de Carlos. Los ataques epilépticos también eran frecuentes.

La adolescencia tampoco vigorizó su cuerpo. En vez de aparecer los rasgos de la pubertad, florecieron los de la vejez. El niño se transformó en un viejo sin que mediera la fase adulta. El curioso caso de Carlos de Austria, o de cómo un niño se hizo viejo. No hubo rastro tampoco de desarrollo sexual, lo que dio lugar al rumor de que el monarca no era ni varón ni hembra. El aspecto resultante era terrorífico y andrógino: con la mandíbula de los Austrias más pronunciada que ninguno de sus ancestros, una nariz colgante y un labio deforme. Pero mientras el adolescente envejecía, su mente seguía ocupando su tiempo en juegos propios de los niños más tiernos. Jugaba con sus enanos y bufones sentado, pues sus piernas no estaban para correrías. Mariana de Austria, temerosa de cualquier percance, impidió que practicase esgrima o cualquier otra actividad física junto a niños de su edad. Pese a ello, una de las pocas proezas de su infancia fue que aprendiera a montar a caballo a los nueve años.

El origen de la mayoría de estas deficiencias físicas y mentales estaba en el altísimo coeficiente de consanguinidad presente en Carlos. Sus abuelos eran al mismo tiempo sus bisabuelos; su padre, que estaba casado con una hija de su hermana, era también su tío abuelo, y su madre resultaba ser además su prima. El hechizo era el

resultado óptimo de los matrimonios entre Austrias, que ya había lanzado el primer aviso con lo que le había ocurrido al primogénito de Felipe II. Un estudio del catedrático Gonzalo Álvarez Jurado y del genetista Francisco Ceballos muestra la escalada ascendente de los coeficientes de consanguinidad, desde que desembarcó la dinastía en España hasta su final. Cada cual puede sacar sus propias conclusiones relacionando el coeficiente con los méritos y capacidades de cada rey: Felipe I (0,025 por ciento), Carlos I (0,037 por ciento), Felipe II (0,12 por ciento), Felipe III (0,21 por ciento), Felipe IV (0,11 por ciento) y, la guinda del pastel, Carlos II (¡0,25 por ciento!). El nivel presente en el último Austria español era similar al fruto de una relación entre un padre y una hija, o entre un hermano y una hermana.

Por el contrario, la lotería de la genética —caprichosa y cruel— fue benévola con la única hermana de Carlos II que también llegó a la vida adulta, la menina que retrató Diego de Velázquez. Margarita María Teresa era también fruto del segundo matrimonio de Felipe IV, es decir, tan endogámico como Carlos. Sin embargo, la salud de la joven fue normal hasta su muerte, con veintiún años, por las complicaciones en el parto de su cuarta hija. El Rey Planeta vio en ella la pieza que podía reconciliar las dos ramas de los Austrias, distanciadas desde la Paz de Westfalia, por lo que la prometió con el emperador Leopoldo I, su tío.

El problema es que, a falta de un hijo varón sano, Felipe IV dudó en el último momento si entregarle su hija al emperador ante un posible agravamiento del problema sucesorio. A sabiendas de que podía ser la heredera de la Monarquía Hispánica, Leopoldo presionó para que tuviera lugar el enlace cuanto antes. Asimismo, el testamento del rey aparcó definitivamente la cuestión, a la espera de saber si Carlos II viviría lo bastante. Solo la creciente influencia de Mariana, hermana de Leopoldo, propició que se celebrara la boda por poderes el día de Pascua, 25 de abril de 1666, en Madrid. Por cierto que el aspecto físico del novio, el emperador, guardaba similitudes con el de Carlos II, salvo porque sus labios eran todavía más grotescos. El viajero otomano Evliya Çelebi escribió tras conocerle que sus labios eran como los de un camello. A diferencia de su hermano y su marido, Margarita sí contaba con cierto atractivo y rebosaba fertilidad, como evidenciaron los cuatro vástagos que tuvo con Leopoldo. Fertilidad, que no salud... Los hijos del matrimonio presentaron un nivel extremo de consanguinidad, y solo una hija, María Antonia de Austria, sobrevivió hasta la madurez.

En Carlos II se manifestaron al menos dos enfermedades achacables a mutaciones genéticas recesivas, es decir, que necesitan ser heredadas de los dos progenitores. Una acidosis tubular renal, que explicaría su raquitismo; y un déficit hormonal múltiple de la hipófisis (entre otras hormonas, la del crecimiento), lo que justifica su parecido al curioso caso de Benjamin Button. Si bien en la época se creyó que el rey había pagado por todos los pecados del arrogante Imperio español, la visión de los genetistas en estas situaciones encuentra aspectos positivos, aunque igual de crueles. Casos extremos como el de Carlos hacen que los genes malos salgan a la luz y, al

cabo de varias generaciones, favorece la eliminación de genes perniciosos a través de la selección natural. Él no podía reproducirse. Ni siquiera estaba destinado a sobrevivir más allá de su adolescencia.

El embajador inglés dijo en alto lo que todos pensaban. Suyo es el perfil más negro de esta bomba endogámica:

No hay la menor esperanza de la recuperación de este monarca... Parece un fantasma y se mueve como una figura de reloj. Se habla de darle una dieta de gallinas y capones, combinada con carne de víbora.

LOS EXORCISTAS ATROPELLAN A LOS MÉDICOS DEL REY

Con el tiempo su salud no hizo más que empeorar. A partir de los treinta y dos años, la larga y dorada melena del rey desapareció por completo. Le disimularon la calvicie con la colocación de una peluca blanca rizada, a la moda francesa. Del mismo modo que en el cénit de su poder España había impuesto la moda del color negro en la ropa, los franceses exportaron a Europa la de las pelucas para hombres, desde que el Rey Sol comenzara a usarlas debido a su alopecia. El propósito era prevenir la tiña y los piojos, enfermedades muy frecuentes en aquella época, así como encubrir la suciedad. Estas pelucas llegaban a la altura de los hombros, imitando los largos cabellos tan de moda entre los hombres desde la década de 1620. Esta calvicie afeó el aspecto físico de Carlos, que de todas formas, dada la concatenación de enfermedades que se cebaban en él, pasaba por ser el menor de sus problemas. Los accesos palúdicos comenzaron a azotarle con treinta y cinco años y, dos años después, se le acumularon líquidos por todo el cuerpo.

Los médicos del rey apenas habían apagado un incendio cuando debían acudir a otro. Las sangrías, purgas y «medicamentos» incorrectos, como los polvos de víbora, empeoraron aún más su estado. Ante las crisis epilépticas, cada vez más frecuentes, los médicos se limitaban a sujetar al rey para que no se hiciera daño en las sacudidas bruscas. Quien veía al monarca sacudir brazos y piernas de forma espasmódica y mover la boca y los ojos hacia el mismo lado, pensaba más bien en llamar a los exorcistas. Entre los inquisidores y los miembros del alto clero se impuso la idea de que Carlos, que recibió el apelativo de *el Hechizado*, estaba afectado por alguna maldición. En 1687 corrió el rumor de que alguien había metido un diablo en el cuerpo del rey, ya fuera a través de un maleficio sexual o envenenando su comida con sesos humanos. Lejos de desterrar la idea por burda, el inquisidor general se puso al frente de un esperpéntico proceso, con la misión de triunfar allí donde habían fracasado los médicos.

El inquisidor Juan Tomás de Rocabertí contactó con el confesor del rey, el también dominico Froilán Díaz, y con un amigo de este, fray Antonio Álvarez de Argüelles. Este segundo fraile se ocupaba en ese momento del caso de unas monjas

poseídas por el demonio en Cangas de Tineo (la actual Cangas de Narcea, en Asturias). Aprovechando la presencia del demonio en aquellas monjas, Rocabertí ordenó al fraile Argüelles que lo conjurase y le preguntara si el monarca estaba endemoniado. El grupo de clérigos ocultó al Consejo de la Inquisición sus planes, porque un interrogatorio de ese tipo contravenía las disposiciones canónicas, que prohibían preguntar a Satanás de forma directa.

El 9 de septiembre de 1698, el diablo respondió por boca de las monjas que el rey estaba maldito por dos veces: no podría gobernar y no podría engendrar un hijo. Las religiosas endemoniadas, además, apuntaron que la responsable del maleficio era la reina madre, que, hinchada de ambición, buscaba de esta forma conservar el poder a costa de un hijo pasmado. No obstante, solo dos meses después, las religiosas se desdijeron y afirmaron que el diablo no completaría sus revelaciones, salvo si eran trasladadas a la madrileña Basílica de Atocha. Esto resultaba imposible de cumplir si el inquisidor general quería mantener el asunto en secreto. Enredado en su propia trama, Rocabertí falleció en junio del siguiente año, dejando sin cabeza al comando exorcista.

La débil mente de Carlos II se había convencido también de que un demonio habitaba dentro de él. Era tal el pánico que sentía que se acompañaba de su confesor y dos frailes, a quienes hacía acostarse en su dormitorio todas las noches. Por esos miedos, el monarca accedió a ingerir aceite bendito en ayunas y purgas de huesos de mártires pulverizados, y a que le fueran colocados pichones recién muertos sobre la cabeza, y entrañas de cordero sobre el abdomen. Además, a la muerte de Rocabertí, Carlos eligió como nuevo inquisidor general al cardenal Alonso de Aguilar, pensando que él podría llegar hasta el fondo de su maleficio y seguir con la guerra contra Lucifer que se disputaba en su alma. El desesperado monarca le reclamó:

Muchos me dicen que estoy hechizado, y yo lo voy creyendo: tales son las cosas que dentro de mí experimento y padezco. Y pues seréis presto nuevo inquisidor general y haréis justicia a todos, hacédmela a mí también, descargando de mi corazón esta opresión que tanto me atormenta.

Alonso de Aguilar no vivió lo suficiente para descargar el corazón del rey ni para tomar posesión del cargo. Murió solo unos meses después de Rocabertí, quien vomitó durante cinco horas un líquido bilioso antes de fallecer súbitamente. Según las malas lenguas, la segunda esposa del rey, Mariana de Neoburgo, estuvo detrás de las muertes de los dos inquisidores, puesto que no le hacía ni un pelo de gracia que el demonio cada vez apuntara más en dirección a ella como origen de uno de los maleficios (el otro era la reina madre, se supuso). No en vano, se sospecha que ambos inquisidores simpatizaban con el partido francés y, en verdad, emplearon la trama demoniaca para alejar a la reina de su marido.

Harta de las acusaciones, Mariana intentó hacerse con un exorcista favorable a su partido y convocó al saboyano Mauro Tenda, procedente de la corte vienesa. El caso es que el rígido saboyano le salió rana. Su acercamiento al grupo de exorcistas

españoles y sus excesos sacaron todavía más de quicio a la reina. Nada más conocer al rey, Tenda ordenó al demonio que pinchase a Su Majestad en diferentes lugares de su cuerpo, y así lo sintió un sugestionado Carlos. El fraile descartó que el rey estuviera endemoniado, pero dictaminó que había sido hechizado, como ya sostuvieron las mojas de Cangas de Tineo, y reparó en que el monarca llevaba siempre un saquito colgado del cuello, que guardaba bajo la almohada mientras dormía. Advertida por su confesor, la reina arrebató el saquito a su esposo. En su interior se hallaron los ingredientes típicos que se usaban en hechicería: cáscaras de huevo, uñas de los pies y cabellos... Al saber que llevaba años portando esa mezcla supersticiosa, el monarca reconoció que no recordaba quién se lo había dado y que pensaba que eran reliquias.

La parafernalia final de fray Mauro no escatimó patetismo. El saboyano realizó varios exorcismos al soberano. En uno de ellos, el rey y la reina, ambos completamente desnudos y de rodillas, asistieron a los rezos del saboyano, revestido con el traje talar y con todas las honras sacerdotales. Además, aprovechando que los restos de sus antepasados estaban siendo trasladados al nuevo panteón de El Escorial, se destaparon sus ataúdes y se celebró una ceremonia en la que los cadáveres de su padre, Felipe IV; sus abuelos, Felipe III y Margarita; sus bisabuelos, Felipe II y Anna; y sus imperiales tatarabuelos Carlos V e Isabel; fueron exhibidos ante el enfermo.

La propia Mariana de Neoburgo fue sometida a un exorcismo en diciembre de 1698, a cargo de un fraile jerónimo que quería hacerla fecunda. Recitando oraciones junto al lecho de la reina, el fraile entró en estado de éxtasis, con un amplio muestrario de gestos grotescos. Mariana saltó de la cama y huyó entre gritos de su dormitorio ante aquel alarde de muecas. Una escena escandalosa que se saldó con la salida de aquel fraile de palacio, y que se mantuvo en secreto debido al temor a que el Santo Oficio metiera su hocico en palacio.

Las cosas se descontrolaron en esos últimos años de reinado. Cada vez más, los cocineros de brebajes, los astrólogos, los exorcistas y charlatanes ocupaban el lugar reservado a los médicos y farmacéuticos. Antonio Álvarez de Argüelles cargó en esas fechas contra la ciencia: «Todos los médicos que tiene el rey son tan desleales y falsos como cuantos andan alrededor de su persona y los boticarios entran también en el número». La histeria colectiva se contagió a otras cortes europeas. El embajador austriaco recibió del emperador Leopoldo un informe sobre un joven endemoniado de Viena, quien afirmó que sin lugar a dudas el rey de España estaba maleficiado.

La mejoría registrada en la salud del monarca en octubre de 1699 pareció dar la razón a los exorcistas, ya fuera porque el demonio había huido ante los rezos del saboyano o porque en el saquito estuviera el origen del maleficio. Así las cosas, las buenas noticias solo duraron un par de meses. Al empeorar su estado, los charlatanes replicaron que Lucifer se había instalado ahora en el seno de la Inquisición como venganza por echarle del rey. Una afirmación tras la cual probablemente estaba Mariana de Neoburgo, que se había propuesto dar a la Inquisición un poco de su

propia medicina. La reina aprovechó la muerte del inquisidor Aguilar para colocar en el puesto a alguien de su confianza, el autoritario don Baltasar de Mendoza, obispo de Segovia. Él ordenó arrestar a fray Froilán como sospechoso de herejía, por supersticioso y por dar crédito a los demonios y expulsó a fray Tenda de España. Tuvieron que pasar unos años para que el confesor real fuera absuelto de «todas las calumnias, dándole la Inquisición por totalmente inocente».

En este sentido, la actividad inquisitorial de la segunda mitad del siglo XVII es recordada por un publicitado auto de fe, con el pretexto de la boda del rey Carlos II y María Luisa de Orleans, que el pintor Francisco Rizi immortalizó en 1683. Una escena recurrente para ilustrar la solemnidad y tristeza de estos actos, pero que no refleja la auténtica temperatura de la Inquisición española en esos años. El final de siglo vislumbró la decadencia del Santo Oficio, tanto en poder como en número de autos. Mientras que en Sevilla, durante la segunda mitad del siglo XVI se celebraron al menos 23 autos de fe; en Madrid, entre 1632 y 1680, no se había celebrado aún ninguno. El número de procesados y relajados (entregados) también disminuyó en este periodo.

MARIANA DE AUSTRIA CONTRA «EL USURPADOR» BASTARDO

Reinaba sobre todos un hombre que necesitó tutela de por vida. Según estipulaba el testamento de Felipe IV, la reina debía encargarse de la regencia hasta que Carlos cumpliera los catorce años. Al percatarse del grado de retraso del joven, Mariana de Austria prolongó la regencia dos años más valiéndose de maquinaciones. Quedaba ya poco en Mariana de la inocente y risueña niña que desembarcó en España hacía varias décadas. Únicamente las cosas y las personas alemanas eran de su agrado, entre ellas, la etiqueta imperial que introdujo en las recepciones: las damas debían entrar por una puerta y salir por otra. Tal vez para representar esta metamorfosis, la reina madre vestía casi siempre de riguroso negro y con tocas, adquiriendo con los años más aspecto de monja que de soberana. El ambiente en el Alcázar se hizo irrespirable con ella al mando.

Antes del fallecimiento de su esposo, Mariana había alcanzado ya cierto protagonismo político. Las muertes del primer ministro Haro (1661) y de sor María de Ágreda (1665) depositaron la confianza de Felipe IV en su esposa, sobre la que, a su vez, ejercía una magnética influencia su confesor, el alemán Juan Everardo Nithard. Su trabajo en la Universidad de Graz y su fama de sabio le valieron su designación como confesor de la hija del emperador Fernando III. Así se conocieron Mariana y el hombre que iba a adueñarse de su voluntad la mayor parte de su vida. Juntos viajaron a España, donde Nithard no desempeñó ningún alto cargo mientras Felipe IV aún vivía.

Mariana de Austria accedió a la regencia a los treinta y un años. Entre sus

primeras medidas, desalojó a los consejeros hostiles de la Junta de Gobierno, el órgano que le debía asesorar en sus decisiones. A las pocas horas del fallecimiento de Felipe IV, murió uno de los miembros de la Junta, el arzobispo de Toledo, cuyo hueco fue ocupado por Nithard. La Junta se negó en redondo a entregarle el Arzobispado de Toledo a un extranjero, algo que no ocurría desde tiempos de Carlos V, pero la reina halló una solución para apaciguar a los españoles y favorecer a su querido jesuita. El inquisidor general, Pascal Folch de Cardona, recibiría el cardenalato para poder ser nombrado arzobispo de Toledo, mientras Nithard ocupaba su puesto al frente del San Oficio y se hacía con su propia silla en la Junta. La presencia del extranjero, no obstante, seguía siendo rechazada por la mayoría de miembros. A pesar de sus vastos conocimientos, el jesuita no era un hombre astuto ni muy inteligente. Un mal negocio para el extranjero que debía despachar con la díscola y arruinada nobleza española.

Don Juan José de Austria, el bastardo de Felipe IV, fastidió la regencia a la reina y supo explotar mejor que nadie esa hostilidad que generaba Nithard entre la aristocracia. El testamento real reclamaba que se atendiera y favoreciera al hijo del rey conforme a su calidad. El problema es que la reina, cada vez más huraña, no reconocía ningún tipo de calidad en el fruto de una relación adúltera y solo identificaba a un usurpador. El pueblo no compartía su visión, porque además le consideraba un héroe militar. Por subrayar sus escasas similitudes con el bastardo de Lepanto, don Juan José de Austria se había embarcado en una fértil carrera militar desde 1647, cuando fue nombrado máximo responsable de las armas marítimas. Su intervención sofocando ese mismo año una revuelta en Nápoles, auspiciada por Francia, le otorgó prestigio dentro de un imperio en descomposición.

No sufrió los primeros reveses militares hasta que ejerció de gobernador de Flandes. A pesar de obtener algunos éxitos de renombre, como el levantamiento del cerco de Valenciennes, que produjo en Europa «uno de aquellos estremecimientos que solía dar España en tiempos más afortunados», don Juan no pudo evitar la catastrófica pérdida de Dunkerque. El Austria tuvo el deshonor de dirigir a los españoles en la batalla de las Dunas, la derrota que marcó el final de la hegemonía militar del Imperio español. Así las cosas, el monarca volvió a otorgar a su hijo el mando en otro frente complicado: la guerra por recuperar Portugal. La guerra de restauración portuguesa destrozó el prestigio militar de don Juan José de Austria.

La reina accedió finalmente a reunirse con el ambicioso joven a espaldas de la Junta. En este encuentro le ofreció un puesto militar lejos de la corte. Él fingió aceptarlo con gratitud, pero en realidad se instaló en Guadalajara para atraer a su entorno a los miembros de la Junta que habían sido excluidos tras la muerte del rey. Le hubiera costado poco a Mariana cederle en ese punto un sillón en la Junta, con tal de que parara la campaña de acoso y derribo. Y lo hubiera hecho así de creer que don Juan José, en realidad, se iba a conformar con una sillita. Pero él no quería participar en el juego de las sillas: las quería todas. En 1668, el hermanastro del rey salió de Castilla al descubrirse su implicación en un presunto complot contra Nithard. Un

aragonés fue arrestado por querer envenenar al arzobispo extranjero, pese a lo cual no se pudo celebrar juicio alguno al aparecer ahorcado en su celda. Mientras Madrid clamaba contra las corruptelas de Nithard, la reina ordenó sin éxito prender a don Juan José. Al percibir sus pocos apoyos, Mariana exclamó con tristeza que se sentía «tan extranjera como su favorito». Ninguno de los grandes nobles estaba por la labor de detener al hijo natural de Felipe IV.

Desde Cataluña, don Juan José marchó hacia Madrid al frente de una escolta de 300 caballeros, un número de hombres que aumentó conforme la comitiva se aproximaba a su destino. Como si fuera Aníbal a las puertas de Roma, don Juan José no se atrevió a atacar la capital cuando se alzó delante de él. Le temblaron las piernas, conformándose con que el poder pasara a manos de otro hombre de la reina madre, Fernando de Valenzuela. La regente accedió a sustituir a Nithard por miedo a que alguien atentara contra su vida, más que por la presencia del pequeño ejército de don Juan José.

Mariana se sintió tan dolida por la marcha de su confesor que no tuvo fuerzas ni para reunirse con él y cumplir su deseo de «besar sus reales manos», a modo de despedida. Don Juan José había vencido y la había humillado. Y cada vez estaba más cerca de apropiarse del timón del país. Lo que tal vez no había previsto el hijo de Felipe IV es que Valenzuela iba a resultar una piedra más rocosa que su predecesor. Conocido como el *Duende de Palacio*, Valenzuela procedía de una familia de hidalgos originarios de Ronda. El rápido ascenso político de este aventurero inculto y populista estuvo repleto de turbulencias, así como lo estuvo su estancia en la corte.

Una vez a la derecha de la regente, Valenzuela modificó el ambiente monasterial, impuesto por Nithard, sustituyéndolo por un tono más festivo. Financió el cambio con la venta de oficios de gobierno. Durante el reinado de Carlos se multiplicaron por dos los miembros de la alta nobleza: si en 1627 solo había 41 grandes; a principios de 1707, el número llegó a 113. Hasta entonces los cargos habían sido empleados como recompensas de la corona por los servicios prestados, pero no vendidos como quien subasta un cuadro o una vaca. A través de estos métodos, el confidente de la reina logró ganarse el odio de la nobleza, que no soportaba a aquel presuntuoso nuevo rico.

LA ÚLTIMA SONRISA DEL NIÑO VIEJO

En busca del encantamiento que había atormentado su vida, un médico forense practicó una necropsia a Carlos II. No era algo apropiado, y menos con el cadáver de un rey, pero el misterio no podía permanecer inconcluso. Lo que se halló dentro era grotesco y explicaba unas cuantas cosas, apareciendo «un corazón muy pequeño, del tamaño de un grano de pimienta, los pulmones corroídos, los intestinos putrefactos y gangrenosos, en el riñón tres grandes cálculos, un solo testículo negro como el carbón y la cabeza llena de agua». Así era el reverso del monarca con peores cartas del

repertorio de reyes españoles; pero faltaba por valorar la otra cara, siempre denostada y omitida en los libros de Historia.

Frente al niño del corazón pequeño, emerge una versión más simpática y positiva de Carlos II, que se trata de soslayo: el monarca que sentó las bases para que cuajaran las reformas borbónicas, con más inteligencia y voluntad de lo que se considera tradicionalmente. El rey travieso que devoraba el chocolate con adicción. Que se colaba en la repostería de palacio y ayudaba a fabricar los pasteles como si fuera un niño juguetero eternamente. Otra cosa es que pudiera masticarlos con facilidad. Su delicado sistema digestivo y su prognatismo no le permitían saborear los alimentos sólidos.

El enfermizo niño mantuvo en el cargo dos años más a Fernando de Valenzuela, a pesar de la oposición de don Juan José. A través de su confesor, el padre Montenegro, Carlos se convenció de las buenas intenciones de su hermanastro. El entorno del joven hizo pasar al Austria por un héroe de acción, un general injustamente tratado. Así, sin que lo supiera su madre, Carlos escribió a su hermano un mensaje hinchado de elogios pidiéndole que permaneciera a su lado en esos años tan difíciles. En el acto de proclamación de la mayoría de edad del rey, el hijo natural de Felipe IV estuvo en primera fila, lo que advirtió a la reina madre del peligro. Logró alejarle otra vez hasta Zaragoza, con el consentimiento del rey y el apoyo de una parte de la nobleza. A cambio de este favor, los aristócratas exigieron la destitución de Valenzuela, que durante un tiempo permaneció a una distancia prudencial de la corte. Su vuelta enojó a la mayoría de la nobleza, que empezó a boicotear los actos y festejos públicos. El nombramiento de Valenzuela como ministro principal del Imperio, y después como grande de España, provocó una serie de dimisiones a modo de protesta, especialmente por las circunstancias en las que devino la grandeza. Durante una jornada de caza, el débil monarca hirió por accidente a Valenzuela con un tiro desviado. Al alcanzar el corrillo en torno al político herido, el monarca acalló los llantos de su madre dándole la grandeza.

En 1676, un grupo de veinticuatro nobles castellanos exigió a través de un memorial la salida del valido, por tener secuestrado al rey. Los nobles recomendaban a don Juan José como sustituto de Valenzuela, al que la muchedumbre amenazó de muerte y cercó congregándose alrededor del Alcázar. Así las cosas, la reina madre formó un gobierno provisional y trasladó al valido a El Escorial, en un intento desesperado por salvar su posición. Al no conseguir acceder al cargo, la alta nobleza castellana y aragonesa ayudó al hermanastro del rey a organizar una suerte de golpe de Estado desde Barcelona, uno de los episodios más estrambóticos del periodo imperial. «He resuelto ordenaros vengáis sin dilación alguna a asistir en tan grande peso», reclamó Carlos II a su medio hermano cuando la situación se encontraba fuera de control. Uno de los pocos nobles que habían permanecido hasta entonces de parte de Mariana, el duque de Medinaceli, cambió de bando por esas fechas y se llevó al rey al palacio del Buen Retiro.

La colérica Mariana acribilló a cartas a su hijo, sin que los nobles permitieran que las leyera. Don Juan José de Austria marchó sobre Madrid al frente de 15 000 soldados (ya no eran 300), entró con hombres armados en el Palacio Real, recluyó a la reina madre en el Alcázar y permitió que varios nobles asaltaran el monasterio de El Escorial a la caza de Valenzuela. El haber violado el asilo eclesiástico devino en un conflicto entre la corona y la Santa Sede, lo que jugó a favor de que Valenzuela salvara la cabeza y sufriera una condena menor: destierro en Filipinas por diez años. Pasado ese tiempo, el valido trató de regresar a España, pero finalmente terminó sus días en Nueva España viviendo modestamente. Se tiene por cierto que el todopoderoso valido murió de una cox propinada por uno de los caballos que cuidaba para ganarse la vida.

Don Juan José accedió al poder en medio del clamor popular. Sin embargo, la situación internacional iba a chafar en poco tiempo la popularidad del hermanastro del rey. Desde la muerte de Felipe IV, Luis XIV de Francia y el emperador Leopoldo habían firmado una serie de tratados secretos para repartirse los territorios del Imperio español en cuando muriera Carlos. Leopoldo se quedaría España, Italia y las Indias, mientras que el Rey Sol se haría con el resto de los territorios. La rocosa salud del enfermizo y débil rey desconcertó a las grandes cortes europeas y traspapeló los tratados. La Guerra de Devolución, que llevó a Inglaterra y a Holanda a defender los intereses de España, evidenció que a esas alturas Europa temía más las ambiciones de Francia que las de cualquier otro país. En 1673 don Juan José se unió a la Alianza de la Haya, junto a Inglaterra, Holanda y el Imperio, dando comienzo un nuevo conflicto con Francia. Los Países Bajos españoles no pudieron contener las acometidas francesas, del mismo modo que la frontera catalana apenas logró defenderse. El caudillo reaccionó destituyendo a sus ministros, procedentes de la aristocracia y la milicia, y reprimiendo duramente a los críticos. Durante este tiempo, el rey Carlos vivió en una suerte de prisión sin rejas de hierro. El monarca estaba vigilado día y noche, y su hermano supervisaba su correspondencia y sus audiencias.

LA CAÍDA DEL HIJO DE UNA COMEDIANTE QUE QUISO REINAR

Los pésimos resultados de la alianza y tres malas cosechas en Castilla, de 1677 a 1679, convirtieron de golpe al querido hermanastro en el «usurpador» que decía Mariana. Un nutrido sector de la nobleza se organizó otra vez en torno a la reina madre, ahora en Toledo. El hijo natural de Felipe IV había ordenado su reclusión en la antigua ciudad imperial después de que la reina madre se viera envuelta en un intento de asesinar a su rival, precisamente cuando este visitaba a una hija en el monasterio de las Descalzas Reales. El bastardo asesinado mientras se reunía con su propia hija bastarda, el colmo de los complots irónicos. Por desgracia para la literatura, la muerte natural de don Juan José, de cincuenta años, hizo inútiles las

renovadas conspiraciones en 1679. O tal vez no. La extraña enfermedad del nuevo valido dio lugar a especulaciones sobre si el culpable había sido algún tipo de veneno.

Ocurría, además, que no era la primera vez que intentaban envenenarlo. En 1670 fue apresado un tal Antonio de Córdoba Montemayor, un caballero de oscuro pasado que confesó un plan para untar con veneno los pliegos de varias cartas enviadas a don Juan José. Una suerte de ántrax en sobre, pero de la época. Mariana se tomó turbias molestias para borrar el rastro del caballero, que finalmente se llevaría la verdad a la tumba. El 6 de diciembre de 1670, don Antonio de Córdoba escribió una carta al Consejo quejándose de las malas condiciones de la cárcel en la que estaba recluido en Pamplona y en la que solicitaba que lo enviaran a la corte para dar parte de todo lo que sabía. Fue ejecutado en la Plaza Mayor de Madrid, el 12 de febrero de 1672, sin dar a conocer esos detalles.

Sin esperar a la misa de difuntos por su hermanastro, Carlos II fue a refugiarse a las faldas de su madre en Toledo. La camarilla de la reina madre eligió principal ministro al duque de Medinaceli, un hombre pragmático con ideas reformistas, que tuvo que hacer frente a la reordenación monetaria de 1680, a las pestes y a las malas cosechas de esos años. En este sentido, la gran ventaja de servir a un rey indiferente es que ciertos reformistas, como el propio duque de Medinaceli o el conde de Oropesa, se colaron en la gobernación sin necesidad de dar explicaciones de sus políticas al monarca. Mientras los carroñeros estaban ocupados mordisqueando los huesos, los reformistas pudieron realizar su trabajo en paz, apoyados por las distintas facciones aristocráticas, que habían comprobado con don Juan José los peligros de elegir a un hombre equivocado. Los resultados de estos reformistas han terminado por desarmar el mito del rey hechizado dirigiendo un país sin rumbo y extremando la ruina de Felipe IV. La revisión de los datos de su reinado advierten que se registró una recuperación económica a partir de 1660.

La agricultura castellana mostró signos positivos durante estos años, viviéndose un proceso de ruralización que cortó la sangría demográfica iniciada en tiempos de Felipe II. Una sangría de la que estuvo exenta la población eclesiástica. España era cada vez más un país de monjas, curas y fanáticos: si en 1620 había aproximadamente 100 000 eclesiásticos, en 1660 el número sobrepasaba los 180 000. El alto número de representantes de Dios y la acumulación de tierras en manos de la Iglesia, el 15 por ciento de Castilla, dio pie a las protestas de la aristocracia contra los eclesiásticos, en un país donde faltaban trabajadores productivos. En 1689 el gobierno de Carlos II tomó una medida sin precedente al pedir que se suspendieran temporalmente las ordenaciones de sacerdotes.

El bienintencionado Medinaceli, uno de los nobles más ricos de Castilla, consideraba además prioritario acabar con el problema del exagerado precio de la plata. La devaluación del vellón de plata (ese invento desastroso de tiempos de Felipe III) arruinó a miles de rentistas de Castilla y colapsó durante años los circuitos comerciales. El comercio y las finanzas se recuperaron en los años finales del siglo,

porque se pusieron en marcha medidas que aliviaron la presión fiscal. Además, con las remesas de plata americana cayendo, España redujo drásticamente los gastos militares, al menos mientras lo permitió el belicoso Luis XIV de Francia, y Castilla recuperó su tejido industrial. Se permitió que los propietarios de fábricas y los grandes comerciantes pudieran ser reconocidos como nobles. Los oficios de los artesanos dejarían de ser considerados viles: ya no estarían inhabilitados para recibir títulos de nobleza.

En la relación con la Corona de Aragón y el resto de reinos periféricos, Carlos II abandonó los intentos centralizadores de su padre, dando lugar a una etapa sin apenas injerencias en los asuntos de ese territorio español. Carlos mantuvo también sólidamente las riendas del gobierno en Nápoles, Sicilia y Milán, gracias a una serie de virreyes y gobernadores generales cuya capacidad política nada tenía que envidiar a la de los grandes personajes de tiempos anteriores. Las posesiones italianas aguantaron sin despeinarse las acometidas francesas, mientras que los Países Bajos se salvaron con el esfuerzo de las tropas locales.

En cualquier caso, las medidas económicas de Medinaceli funcionaron mejor a largo que a corto plazo. La devaluación de la moneda llevó al colapso de los precios, provocando una ola de protestas en diversos puntos de la península. Así, una nueva ráfaga de derrotas frente a Francia, que concluyeron en la Paz de Basilea (1684), precipitó la dimisión del valido, que se retiró a su residencia alcarreña. Su sucesor contó con los apoyos de Mariana y de la nueva reina, María Luisa de Orleans, una mujer elegida en tiempos de don Juan José de Austria con la oposición de la facción austriaca. Se trazó este matrimonio como una forma de mantener la paz con Francia y evitar nuevos problemas de consanguinidad.

Carlos II se casó en primeras nupcias con María Luisa de Orleans en 1679. Bastó que su hermanastro le mostrara un retrato de la francesa, una «princesa de cuento de hadas», para que el monarca se enamorara de forma platónica. Hija del hermano pequeño de Luis XIV, la francesita disimuló a duras penas lo poco que le apetecía casarse con el deforme rey de España. Máxime cuando el embajador francés, el marqués de Villars, lo describió en estos términos: «El Rey Católico asusta de feo y de mal semblante». Una vez en el territorio peninsular, la pasión fue reemplazada por una especie de amor fraternal entre la cariñosa joven y el niño envejecido. «¡Mi reina, mi reina!», acertaba a exclamar Carlos mientras besaba y abrazaba a su nueva esposa. A él se le podía someter a placer con unas pocas carantoñas. Y a ella le valía haber dado con una familia medio funcional.

En Francia, María Luisa había sufrido las constantes discusiones de su padre y de su madre, quien se negaba a que su marido diera preeminencia incluso en público a sus amantes (masculinos, por cierto). Aquí la joven tendría algo de ese cariño, aunque del sexo se podía decir poca cosa. Carlos no solo era estéril e impotente, le faltaba un testículo y su libido era leve. Esto es porque, entre las numerosas anomalías que se atribuyen al Rey Hechizado, se encuentra el síndrome de Klinefelter, que no permite

un desarrollo sexual normal y mantiene un nivel de testosterona bajo. Obligarle a practicar el sexo tenía cierto grado de crueldad.

En un principio se sospechó que la marquesa de Soisson, célebre envenenadora de la corte de Luis XIV, con sus hechizos, había privado al rey de la facultad de engendrar. Sin embargo, un astrólogo de Bohemia apuntó que la esterilidad de la pareja se debía a que Carlos no se había podido despedir de Felipe IV en su lecho muerte, por lo que fue sacada la momia (¡menudo trajín de momias durante todo el reinado!) para que el soberano se viera frente a frente con su padre. Pero aquello tampoco surtió efecto. Al llegar a sus oídos que Carlos presentaba eyaculación precoz, el embajador francés sobornó a una mujer de la lavandería de palacio para que le proporcionara unos calzoncillos del rey, supuestamente con restos de semen, y la ropa de cama de la reina. Practicaron con ellos todas las fórmulas conocidas, providencialistas y mundanas, para analizar si era fértil, y buscando el deseado embarazo, que en al menos una ocasión se creyó logrado. O más bien eso dijo la reina para justificar una infantil salida de tono.

LAS MUJERES DEL REY IMPOTENTE: DE LA DULCE FRANCESA A LA RÍGIDA ALEMANA

La joven se llevó a palacio a un par de loros que parloteaban en francés a todas horas y sacaban de quicio a su camarera mayor, la rígida duquesa de Terranova. La veterana noble se obsesionó con que los pájaros la insultaban directamente a ella, por lo que mandó envenenarlos. Tras enterarse de lo sucedido a sus loros, María Luisa asestó dos bofetadas a la duquesa de Terranova en presencia de otros miembros de la corte. Carlos II mandó llamar a su joven esposa para pedirle explicaciones por el escándalo. «Señor, fue un antojo», contestó hábilmente. El soberano dejó al instante de regañar a su esposa y prefirió celebrar su supuesta preñez.

En medio de esta retahíla de brebajes y embrujos, la joven vivió sus últimos días acosada por problemas intestinales y obsesionada con que alguien pretendía envenenarla. Falleció en 1689, de apendicitis con peritonitis, que los médicos del periodo trataron aplicando en el vientre de la francesa «rebanadas de molletes empapadas en vino de Lucena». Los molletes no pudieron salvar su vida y, a su muerte, se le practicó una necropsia donde se halló, supuestamente, una hipoplasia genital. Este hecho, desmentido por otros galenos, confirmaba la creencia popular de que la culpa de la esterilidad de aquel matrimonio era de ella. Así y todo, el tiempo iba a demostrar que el problema era de él.

Tanto María Luisa como la reina madre, Mariana, fallecieron antes que el enfermizo Carlos. ¡Vaya resistencia para un moribundo! Es lo único bueno de pasarse la vida a punto de morir, que se le acaba por coger el gusto a lo de estar en el alambre. Ambas mujeres compartían la preocupación por el desdichado rey, a pesar

de que su relación fuera tirante en algunos momentos. Las costumbres y preferencias de la francesa no eran del agrado de Mariana, pero es que a ella ya casi nada le agradaba, y menos desde que hubo de enfrentarse a un cáncer. Su hermano, el emperador Leopoldo, envió a sus mejores médicos desde Viena, sin que pudieran hacer nada para salvar a Mariana de morir en 1696. La enfermedad y su enfrentamiento con la segunda esposa de su hijo llegaron en el peor momento posible.

En vísperas del segundo matrimonio del rey, adquirió enorme protagonismo el sustituto natural de Medinaceli, el conde de Oropesa, un personaje todavía más reformador que su predecesor. Recién alcanzado el cargo, el conde dispuso una nueva devaluación monetaria. Los resultados fueron catastróficos a corto plazo, con el derrumbe de los precios hasta la mitad y con una cadena de quiebras entre los comerciantes. Además de reducir los gastos de la corona, el nuevo valido reestructuró la Hacienda Real, creando la Superintendencia de Hacienda, que tantos buenos servicios prestaría a las reformas borbónicas. Los planes del joven Oropesa eran muy ambiciosos, e incluso se propuso reformar la decadente Inquisición. Pero como ha sido siempre habitual en la historia de España, el reformador no tardó en tocar la tecla equivocada y lo reformaron a él.

El Consejo de Estado propuso al rey un nuevo matrimonio cuando todavía no habían terminado los actos fúnebres por María Luisa. Fue propuesta como la mejor candidata Mariana de Neoburgo, que era hija del elector del Palatinado y prima del rey por vía materna. Lo cual no disimulaba el hecho de que era el primer enlace desde hacía siglos entre un rey de España y una mujer que no era hija ni nieta de reyes. La potencia sexual de Carlos cotizaba a la baja, al igual que su esperanza de vida, habiendo pocos reyes dispuestos a condenar a sus hijas a una vida de frustraciones y exorcismos. Alta, delgada y pelirroja, aparte de su belleza el mayor mérito de Mariana era que sus padres habían tenido veintitrés hijos. Ella, la número doce, debía desplegar aquí la fertilidad que hacía célebre a su estirpe. Sus hermanas fueron también reinas, y muy fértiles, de Portugal (seis descendientes) y de Polonia (cinco hijos) y otra fue la tercera esposa del emperador Leopoldo I, a quien también urgía una mujer fecunda. Y cumplió la misión: la emperatriz Leonor dio a luz a diez hijos, entre ellos dos emperadores.

La boda en persona se celebró el 14 de mayo de 1690 en Valladolid, la ciudad de los enlaces reales. Frente a las tímidas interferencias políticas de la locuela María Luisa, Mariana tardó escasos meses en apropiarse de la voluntad de Carlos, con un estilo despótico. La alemana, robusta y opulenta de busto, gobernaba y reinaba en España sin cortapisas, porque no había quien se atreviera a cuestionarla. Los que se oponían a su voluntad corrían el riesgo de caer en desgracia o ir al destierro, independientemente de su rango o de los servicios prestados. El conde de Oropesa renunció a sus cargos en 1691, y fue desterrado de la corte, todo ello en favor de los hombres de la reina. En un primer momento, Carlos se negó a nombrar un nuevo

primer ministro, pues había decidido gobernar personalmente. Así las cosas, el empeño le duró unas semanas y desembocó en la irrupción en la política de la nueva reina.

Sus constantes quejas sobre la poca suerte que había tenido en comparación con sus hermanas —reinas de países más pujantes— no ayudaron a mejorar la imagen de caprichosa y altanera que ofrecía Mariana. Asimismo, se rodeó de personajes oscuros y mediocres. Un equipo grotesco formado por la baronesa Berlips, apodada por los españoles *Baronesa de Perdiz*; un aventurero sin oficio conocido como *el Cojo*; un italiano que compró a golpe de ducados el cargo de secretario de Estado, don Juan de Angulo (el «don» es por cortesía); y un soprano castrado que llamaban *el Capón*. Con esa tropa era difícil gobernar siquiera un descampado.

Como respuesta popular, se propagó el rumor de que Mariana mantenía secuestrado al monarca y estaba desviando fondos de las arcas españolas para ayudar a la casa de su padre. Tampoco es que fueran desencaminadas las murmuraciones: «Tiene el pelo rojo, se llena de pecas en verano, es gorda y alta como un gigante y no hay dinero bastaste en España para sostener a todos sus hermanos». En un alarde de carácter, Carlos II defendió las pinturas del patrimonio de la corona de la rapiña de su esposa, empeñada en regalárselas a su hermano, el elector del Palatinado Juan Guillermo, que era un ansioso coleccionista. Ya que no podía proteger sus tierras, a Carlos le preocupaba al menos conservar el patrimonio artístico congregado por sus antepasados, y así lo demostró durante una catástrofe que casi borra de un plumazo la octava maravilla del mundo.

En junio de 1671 se desencadenó el mayor incendio en la historia del Real Monasterio de El Escorial, que se alargó durante tanto tiempo (quince días) «que podía acabar con un mundo entero». Se perdieron algunos cuadros valiosos, pero el fuego sobre todo se cebó con la colección de miles de códices árabes y manuscritos medievales reunidos por Felipe II en su biblioteca. Durante el reinado de Carlos II se procedió a la reconstrucción del edificio y se procuró recuperar el patrimonio dañado. La primera propuesta de reconstrucción pretendía eliminar un piso entero, el llamado noviciado, y sustituir los empinados tejados empizarrados de la fachada exterior por cubiertas ligeramente inclinadas. Felipe II tenía razones para revolverse en su tumba: estas modificaciones restaban más de tres metros de altura al edificio, aunque conseguían reducir al mínimo el riesgo de nuevos incendios.

Las fuertes protestas contra aquel proyecto condujeron a la regente, la reina madre, a recuperar la traza primitiva, aunque ello supusiera aumentar el presupuesto. Tras superar los sucesivos problemas económicos, las obras se dieron por terminadas en 1679. Los códices no fueron reemplazados porque era imposible, pero la destrucción de pinturas menores fue compensada con la generosidad de Carlos II y de su madre. El artista Lucas Jordán decoró las bóvedas ennegrecidas con pinturas al fresco; mientras que el pintor de cámara, Juan Carreño de Miranda, se encargó de repartir por el palacio una colección de cuadros, unos cincuenta, donados por el rey.

Aparte de esquilmar el patrimonio, Mariana de Neoburgo ocupó su tiempo fingiendo hasta once embarazos, más de uno por año, como método para retener el espíritu del rey. Falsos embarazos, imaginarios o tal vez simulados, de los que ninguno llegó a buen puerto. Al fin, en la corte todos se convencieron de que la culpa no la tenían las mujeres, sino el rey, que era impotente. Una copla con muy mala leche empezó a circular por Madrid:

*Tres vírgenes hay en Madrid:
la Almudena, la de Atocha,
y la reina nuestra señora.*

Buscando remarcar que su esposo era el culpable de su virginidad, la reina estuvo involucrada al principio en los intentos por desencantar a Carlos a través de exorcismos (de esto se hartó bastante rápido), desenterramientos y pócimas. Algo que empeoró su estado clínico y colmó la paciencia de la reina. En marzo de 1698, la debilidad del soberano no le permitía permanecer más de una o dos horas fuera de la cama y necesitaba de ayuda para caminar y subir a la carroza real. En sus últimos días tenía hinchados los pies, las piernas, el vientre, la cara y a veces hasta la lengua, de tal manera que ni siquiera podía explicar con palabras cómo se sentía. La confusa guerra por suceder al rey de España, que había empezado prácticamente desde su nacimiento, se recrudeció en esos años. Cuando era ya evidente que moriría sin descendientes, urgía que Carlos hablara, si es que podía, sobre sus preferencias a la hora de elegir sucesor.

Cuando la corte española se transformó en un nido de conspiraciones y juegos de espías, Mariana de Neoburgo se alzó como la gran valedora de que la herencia de Carlos permaneciera bajo el control de los primos austriacos, los Austrias de Viena. La segunda esposa de Carlos II defendía la opción del archiduque Carlos de Austria, segundo hijo de su hermana mayor, Leonor de Neoburgo, y del emperador Leopoldo I. Frente al partido austriaco se elevaron los defensores de que Carlos legara sus reinos al nieto del todopoderoso Luis XIV de Francia, Felipe de Anjou, de la familia de los Borbones. Una dinastía elevada a dueña y señora de los campos de batalla europeos, que defendía que Felipe de Anjou era el descendiente más directo de Felipe IV. Si bien era cierto que su abuela, María Teresa, era la única hija de Felipe IV que había dado una descendencia con recorrido, también lo era que el Rey Planeta había estipulado en su testamento que bajo ningún concepto la corona recaería sobre esa parte de su corto linaje. Asimismo, el rey Pedro II de Portugal también aspiraba al trono español, como descendiente de los Reyes Católicos, igual que el duque de Saboya, aunque ninguno de los dos contaba con posibilidades reales.

VENENO, GATOS Y FRANCESES EN LA SUCESIÓN DEL REY

Una mañana primaveral de 1696, Mariana de Austria enseñó a su nuera y rival el pecho izquierdo. Era su forma de decir que le quedaban pocas semanas de vida. Llevaba ocultando a los médicos españoles que sufría un cáncer desde hacía más de un año, y entretanto, se prometió asegurar la sucesión de su hijo en un último esfuerzo. Adelantándose a los movimientos de su nuera, la reina madre propuso una tercera vía mientras su salud aún se lo permitió. La esposa de Felipe IV contrarrestó las intrigas imperiales de la reina apoyando las pretensiones de un candidato alternativo, José Fernando de Baviera, que era sobrino nieto de Carlos II. La causa bávara, liderada por la reina madre, encontró muchos adeptos entre los nobles castellanos, descontentos con la camarilla alemana que rodeaba a Mariana de Neoburgo, así como entre los soberanos europeos que no querían que el rey francés o el emperador alemán se repartieran las posesiones hispánicas. José Fernando de Baviera incluso fue nombrado heredero de todos los reinos, estados y señoríos de la Monarquía Hispánica, salvo de Guipúzcoa, Nápoles y Milán, en el mismo año que murió Mariana. El rey de Francia y el emperador accedieron a este arreglo, básicamente porque pactaron que Guipúzcoa y Nápoles pasarían a manos francesas, mientras que el Ducado de Milán lo haría a la casa de los Austrias.

Al enterarse de la existencia del documento, la reina consorte rompió el papel en un arranque de ira. Se dijo con los dientes apretados que, de ser germánico el heredero, sería el hijo de Leopoldo o no sería. Así las cosas, las aspiraciones bávaras se vieron frustradas con la repentina y extraña muerte de José Fernando, a principios de 1699, a la edad de siete años. Sin explicación aparente, el pequeño empezó a padecer ataques de epilepsia, vómitos y pérdidas prolongadas de conocimiento. El olor a veneno podía sentirse a leguas a la redonda, si bien no se pudo demostrar nada.

Meses después de la muerte del príncipe de Asturias se produjo en Madrid el llamado Motín de los Gatos, en el que, a media mañana, una multitud se dirigió contra el corregidor de la ciudad para protestar por la falta de abastecimientos. Siguiendo la clásica fábula del pueblo contra el déspota, una verdulera reprochó al corregidor de Madrid, Francisco de Vargas, que no podía alimentar a su marido parado y a sus seis hijos con el pan, de mala calidad, que acababa de comprar a doce cuartos. Con desdén, Vargas le dijo que diera gracias a Dios de que al menos no les costaba dos reales de plata, y le sugirió que castrara a su marido si lo que quería era no tener más hijos. Los amotinados marcharon ante el Alcázar Real exigiendo la destitución del corregidor y acusaron al conde de Oropesa, de nuevo al frente del gobierno, de acaparar el trigo. La corona nombró corregidor a Francisco Ronquillo, que era profrancés, y salvó su posición azuzando a los amotinados contra el conde de Oropesa, ahora proaustriaco (en el pasado, probávaro), y ya de paso, contra otro importante aliado de la camarilla imperial, Enríquez de Cabrera.

De los rumores y los pasquines contra Oropesa se pasó al típico grito de los

motines de subsistencia: «¡Viva el rey y muera el mal gobierno!». La gravedad de la situación forzó que el propio Carlos II se dirigiera a la multitud. No era él un hombre de verbo fácil ni de presencia imponente, pero bastó el gesto para templar los ánimos. Los domicilios de los dos nobles fueron saqueados, pero lograron huir con vida y se refugiaron en la casa del inquisidor general. Allí también acudió la muchedumbre pidiendo sus cabezas, mientras el cardenal Portocarrero se presentó en el Alcázar para gestionar la destitución de ambos, que a mediados de mayo fueron desterrados de la corte, junto con otros miembros de la camarilla austroalemana. De este modo, Portocarrero y los profranceses se apropiaron de la influencia en la corte. El nuevo corregidor tomó varias decisiones para que los precios de los productos básicos bajasen, imponiendo, además, fuertes multas a los acaparadores.

Portocarrero esperaba nuevas indicaciones del Rey Sol. Luis XIV no estaba dispuesto a quedarse solo con un trozo de la tarta, y menos si podía hacer que su nieto fuera, directamente, el protagonista del cumpleaños. El embajador francés, el conde de Harcourt, engatusó con obsequios y signos de respeto a Carlos II. Mientras tanto, la esposa del embajador fue ganándose la amistad de las damas de la corte, e incluso logró el aprecio de la reina, hasta el punto de que esta llegó a pensar en la posibilidad de dejar de apoyar la candidatura austriaca y pasarse al bando francés. La diplomacia de Versalles estaba destrozando a la austriaca, que se había limitado hasta entonces a leer sin interrupción una lista de exigencias. Crecido en su orgullo, Harcourt propagó el rumor de que Luis XIV quería casar a Mariana con su hijo, el delfín, por el afecto que el Rey Cristianísimo tenía hacia la reina de España. Pretendía así ganarse definitivamente la lealtad de Mariana, si bien no calculó lo incómodo que es hacer planes con una viuda antes de que lo sea. Al oír el rumor, Carlos expulsó de la corte al embajador, a comienzos de 1700.

La expulsión de su embajador no lastró el ímpetu galo. Tras la muerte del heredero bávaro pactado por las potencias europeas, Carlos II retornó al dilema que marcaba su tragedia. ¿A qué rey extranjero debía entregar el imperio de los chiflados, que él heredara de su padre? El confesor del soberano, el clérigo Eguya, que estaba comprado por Francia, le recomendó que consultara con el papa, como si Inocencio XII fuera, en verdad, un testigo mudo. El papa era en ese momento partidario del bando francés y, poco antes del final de su pontificado, aprobó la elección del duque de Anjou con la condición de que renunciara solemnemente a los derechos a la corona francesa. El obediente Carlos, que se fiaba más de su confesor y del papa que de su esposa, redactó un nuevo testamento el 3 de octubre de 1700 en favor de Felipe de Anjou. Cumplido el trámite, el rey pronunció unas palabras con las que pareció echarse a un lado: «Dios solo es el que da los reinos, porque a él solo pertenecen. Ya no soy nada».

El 24 de octubre comenzó la larga agonía de Carlos, la traca final a una vida cargada de sufrimientos. Los ataques epilépticos y la retención de líquidos mantenían su salud al límite desde hacía años, pero la enésima prueba de los dioses consistió en

cuarenta y dos días de flujo de vientre. Al final, los graves problemas intestinales se vieron agravados por una apoplejía. Carlos II, último descendiente español de Felipe I y Juana de Castilla, falleció el 1 de noviembre de 1700, a los treinta y ocho años, aunque en realidad aparentaba ser un anciano. Sus tres últimas palabras definieron toda su existencia: «Me duele todo».

Es tradición que en el momento de expirar se vio en Madrid brillar al planeta Venus junto al Sol, lo cual se consideró un milagro e incluso una señal del cambio de los tiempos. Brillaran o no los planetas, lo cierto es que en ese preciso instante comenzaba la lucha por hacerse con las posesiones hispánicas. El primer acto se impregnó del tufillo de un *reality show*, con los candidatos a suceder al soberano agarrados de la mano esperando a que se abriera el testamento y se conociera al ganador. El encargado de hacer público el texto fue el duque de Abrantes, quien se mostró exageradamente amable con el embajador austriaco en los momentos previos al anuncio. De ser así, mostró un recochineo sublime. «Tengo el mayor placer, mi buen amigo, y la satisfacción más verdadera en despedirme para siempre de la ilustre casa de Austria», proclamó el duque según la versión novelada. La decisión de Carlos II dejaba a Felipe de Anjou, el futuro Felipe V, como el ganador de la partida y nuevo rey de todos los dominios de la Monarquía Hispánica.

La guerra internacional que se avecinaba, no obstante, iba a dejar claro que solo se trataba del primer acto. Faltaban aún por derramarse bastantes litros de sangre antes de que el primer Borbón pudiera titularse, y fuera reconocido como tal en Europa, rey de España.

EPÍLOGO

LA MALDICIÓN DE LOS REYES LOCOS

Se iba a repetir la historia como si España fuera víctima de una maldición endogámica. Porque las dinastías «condenadas a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre la Tierra», advertían los pergaminos de Melquíades. Los Trastámara, los Austrias... y ahora entraban en liza los Borbones, a través de otro rey extranjero y loco, que apenas hablaba español ni conocía el país. Felipe V fue un niño triste, aislado y medio huérfano, puesto que su madre murió cuando apenas contaba siete años. Su tía abuela, Isabel Carlota del Palatinado, se encargó de su educación y le asignó un mote profético: *Roi d'Espagne*, porque el carácter tímido y humilde del pequeño le recordaba más a un Austria que a un Borbón. También su salud mental recordaba a la de un Austria.

Hasta después de la Guerra de Sucesión que le condujo al trono, pocos repararon en que a Felipe V le faltaban unos cuantos tornillos. El rey de España pasaba en cuestión de segundos de la depresión a la euforia, como evidenció en varias batallas de la Guerra de Sucesión. Felipe confesó a un consejero: «Creo que disfruto más con la guerra que con cualquiera de mis obligaciones». Se achacó esta actitud a su ímpetu juvenil e incluso se le elogió como *el Animoso*. Sin embargo, el final de la guerra y la vida en los despachos le sumieron en un estado de aburrimiento del que jamás salió.

A Felipe V le faltaba confianza en sí mismo y era lento de palabra, lo que, sumado a su melancolía crónica, le convertía en la presa perfecta para que sus consortes les sometieran a placer. Su matrimonio con María Luisa Gabriela estuvo marcado por la guerra y el sexo desbordado, que escondió un tiempo la envergadura de su enfermedad. Así las cosas, el segundo matrimonio arrojó a Felipe a manos de una mujer aún más temperamental. Isabel de Farnesio mantuvo inerte al rey, al que cada instante lejos de ella «le parecía un siglo», y despreció a los hijos del matrimonio anterior, entre los que se contaban dos futuros reyes de España, Luis I y Fernando VI.

En contrapartida, la reina vivió la fase más dura de la enfermedad de Felipe V. La inofensiva melancolía de juventud de Felipe empezó a mutar hacia un trastorno bipolar a partir del verano de ese año. Había días en los que no se sentía con fuerzas de hacer nada y se pasaba las horas en la cama. Sufría terribles pesadillas —en la más recurrente trataba de ensartar a un fantasma con una espada— y en ocasiones creía ser una rana.

En enero de 1724 Felipe V sorprendía a todos renunciando al trono debido a «las guerras y turbulencias que Dios ha sido servido enviarme». El rey abdicó en su hijo Luis, de diecisiete años, y se retiró junto a su esposa al Palacio Real de La Granja de

San Ildefonso. Por si faltaba reemplazo para su locura, el nuevo rey estaba casado con la inestable Luisa Isabel de Orleans, hija del regente de Francia, quien recibió tan mal la noticia del nacimiento de una niña que ni tan siquiera se dignó darle un nombre y delegó completamente la educación de su hija. A la francesa le gustaba jugar desnuda en los jardines de palacio y provocar a los cortesanos mostrando sus partes íntimas, que, dada su fobia a la ropa interior, suponía verle casi el alma. Asimismo, Luis la descubrió en varias ocasiones jugando con tres de sus camaristas a una distracción erótica que podría traducirse como «palo en el culo» y que, básicamente, consistía en darse bastonazos desnudas por el suelo.

Siete meses después de alcanzar el trono, Luis enfermó de viruela y contagió a su joven esposa. Luisa Isabel de Orleans sobrevivió a la enfermedad y permaneció al lado de su marido hasta su último suspiro. No obstante, la corona reservaba pocas expectativas para las reinas viudas y trastornadas, aunque ella estuviera en proceso de corregir su comportamiento. Felipe V envió a Francia a la joven como quien cambia un aparato defectuoso en la tienda.

La rápida actuación de Isabel de Farnesio devolvió las riendas del reino a Felipe V. Todo ello haciendo frente a las críticas de ciertos sectores de la nobleza castellana, que argumentaban que no cabía la marcha atrás en la abdicación de un rey. Colocarle otra vez en el trono resultó un grave error. Las locuras de Felipe V se desbordaron a partir de entonces: dormía de día y trabajaba de noche, estaba obsesionado con fugarse del palacio y golpeaba a su esposa. El único remedio efectivo a su trastorno llegó de la voz del más famoso *castrati* de la historia, Carlo Broschi, conocido por el sobrenombre de *Farinelli*. Al estilo de una de las ratas del flautista de Hamelin, el monarca tranquilizaba su ánimo y salía de su aislamiento con las canciones de Farinelli.

Tras años martirizando a todos los que le rodeaban, Felipe V murió el 15 de enero de 1746. El día de su muerte se despertó a las doce de la mañana y al poco rato le dijo a su esposa que estaba indispuerto. Mientras acudía el médico, que había salido a comer, Felipe empezó a tragar y tragar, hasta que se tragó la lengua. Murió al instante, sin que hubieran pasado más de unos pocos segundos desde el comienzo de sus molestias.

Así terminaba el reinado del hombre llamado a traer normalidad a la esperpéntica corte de los Austrias. Al rey loco le sucedió su hijo Fernando VI, cuyos últimos años de reinado estuvieron trágicamente marcados por el Alzheimer. Compartiendo algunas extravagancias con su padre, Fernando se esforzó en añadir nuevos disparates a la vida cortesana. Le dio por morder a la gente y fingir que estaba muerto o que era un fantasma, entre otras excentricidades provocadas por la enfermedad neurodegenerativa. Y si a Felipe V le calmaba la voz de un *castrati*, a Fernando VI le relajaba el opio.

Los Borbones no empezaron con buen pie su andadura por la historia española. No, al menos, si su objetivo era sosegar aquella corte que Juana la Loca inoculó de

personajes extraños y reyes adictos al sexo, a coleccionar huesos, a comer hasta vomitar, al juego, al chocolate y a tantas otras chifladuras.

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

- ALCALÁ-ZAMORA, José (dir.), *Felipe IV, el hombre y el reinado*, CEEH, Real Academia de la Historia, Madrid, 2005.
- ALONSO-FERNÁNDEZ, Francisco, *Historia personal de los Austrias españoles*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 2000.
- ALVAR EZQUERRA, Alfredo, *El duque de Lerma*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2010.
- , *El embajador imperial: Hans Khevenhüller*, Boletín Oficial del Estado, Madrid, 2015.
- ÁLVAREZ PALENZUELA, Vicente Ángel, *Historia de España de la Edad Media*, Ariel, Barcelona, 2014.
- BOURDEILLE, Pierre de, *Bravuconadas de los españoles*, Altera, Madrid, 2010.
- CALVO POYATO, José, *Juan José de Austria*, Debolsillo, Barcelona, 2011.
- CARRASCO, Rafael, *La empresa imperial de Carlos V*, Cátedra, Madrid, 2015.
- CUADRA BLANCO, Juan Rafael de la, «Arquitectura e historia sagrada: Nuevas consideraciones sobre la idea de El Escorial y el templo de Jerusalén», en *Cuadernos de Arte e Iconografía*, 43, 2013.
- DELEITO Y PIÑUELA, José, *La mala vida en la España de Felipe IV*, Historia Alianza Editorial, Madrid, 2006.
- , *El rey se divierte*, Historia Alianza Editorial, Madrid, 2014.
- ELLIOTT, J. H., *El conde-duque de Olivares*, Austral, Madrid, 2014.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel, *Juana la Loca: 1479-1555*, Diputación Provincial de Palencia-La Olmeda, Palencia, 1994.
- , *Carlos V: el César y el hombre*, Espasa, Madrid, 1999.
- FISAS, Carlos, *Historias de reyes y reinas*, Planeta, Barcelona, 1998.
- GARCÍA GONZÁLEZ, Juan José, *Historia de Castilla. De Atapuerca a Fuensaldaña*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2008.
- GIMÉNEZ MARTÍN, Juan, *Tercios de Flandes*, Falcata Ibérica, Madrid, 2005.
- HABSBURGO, Catalina de, *Las Austrias*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
- IGLESIAS, Rafael, *La estancia en Madrid de Carlos Estuardo, príncipe de Gales, en 1623: crónica de un desastre diplomático anunciado*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001.
- INIESTA CORREDOR, Alfonso, *La educación de Felipe II*, Dalmau Carles, Gerona, 1960.
- ÍÑIGO FERNÁNDEZ, Luis E., *Breve historia de la alquimia*, Nowtilus, Madrid, 2010.
- KAMEN, Henry, *Poder y gloria: los héroes de la España imperial*, Austral, Madrid,

2010.

—, *El rey loco y otros misterios de la España imperial*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2012.

LYNCH, John, *Los Austrias*, Crítica, Barcelona, 2000.

MALTBY, William, *El gran duque de Alba*, Atalanta, Barcelona, 2007.

MARAÑÓN, Gregorio, *Antonio Pérez*, Espasa, Madrid, 2006.

MARTÍN GÓMEZ, Pablo, *El ejército español en la Guerra de los 30 años*, Almena, Madrid, 2006.

MORENO ESPINOSA, Gerardo, *Don Carlos: el príncipe de la leyenda negra*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2006.

MUÑOZ LORENTE, Antonio, *Carlos V a la conquista de Europa*, Nowtilus, Madrid, 2015.

PARKER, Geoffrey, *Felipe II, la biografía definitiva*, Planeta, Barcelona, 2010.

PÉREZ, Joseph, *La leyenda negra*, Gadir, Madrid, 2009.

PÉREZ GARCÍA, Pablo y CATALÁ SANZ, Jorge, *Muerte y herencia de don Juan Tomás de Rocabertí*, Universidad de Valencia, Valencia, 1999.

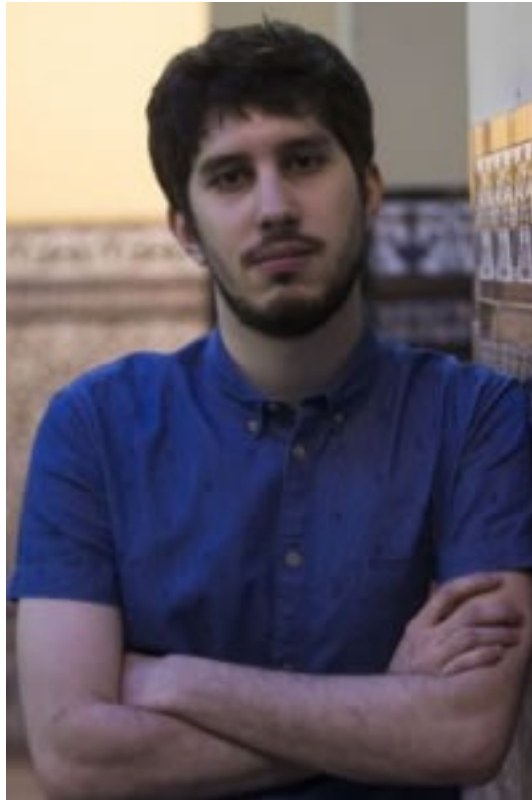
QUERALT DEL HIERRO, María Pilar, *Reinas en la sombra: amantes y cortesanas que cambiaron la historia*, EDAF, Madrid, 2014.

RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, Agustín R., *Drake y La Invencible*, Sekotia, Madrid, 2011.

SÁNCHEZ MOLERO, José Luis Gonzalo, «La formación militar del rey Felipe II», en *Militaria, Revista de Cultura Militar*, 17, 2003.

VILLACORTA BAÑOS, Antonio, *Las cuatro esposas de Felipe II*, Ediciones Rialp, Madrid, 2011.

ZALAMA, Miguel Ángel y VANDENBROECK, Paul, *Felipe I el Hermoso: la belleza y la locura*, Fundación Caja de Burgos, Burgos, 2006.



CÉSAR CERVERA MORENO (Candeleda, Ávila, 1988) es licenciado en Periodismo por la Universidad Complutense y Máster de Periodismo ABC. Se ha especializado en la divulgación histórica de temas militares, curiosidades de la monarquía española y distintos aspectos de la Antigüedad. Desde 2014 trabaja como redactor en el diario ABC.

Es fundador y creador de la página web Una Pica en Flandes.